Bilogía
SOBRE EL ARCOÍRIS...

Bajo la Lluvia

G. Elle Arce

Bilogía
Sobre el arcoíris…

Bajo la lluvia

G. Elle Arce

Diseño de portada por Elle Arce
Imagen de portada por G4889166 en Pixabay
ISBN: 9781670428417

“En mi opinión, si usted quiere disfrutar del arcoíris, tendrá que soportar la lluvia.”

Dolly Partón

SINOPSIS

Hace años, cuando era muy joven, decidí liberarme de las ataduras emocionales que conlleva tener parejas, manteniendo mis “relaciones” —si es que se le puede llamar de alguna manera—, en un plano meramente físico, donde solamente reina el placer sexual; haciéndome gozar en lugar de sufrir.

Como en todas las cosas, tenía una predilección… Ivar. Ivar es un noruego, alto, fuerte y rudo, un chico malo, un motociclista muy atractivo, que me prende con solamente verlo u oírlo.

Sin embargo, todo eso cambia al conocerlo a él… un hombre que, a simple vista, no era mi tipo; un hombre peculiar, que no se parece a ninguno de mis anteriores pretendientes; un hombre que amenaza con destruir mis creencias, y desmoronar mi interior, hasta dejarme totalmente expuesta.

PRÓLOGO

El ruido de la lluvia, suave y cálido, envolvía completamente el ambiente. Gotas diminutas resbalaban en el cristal del auto, para luego ser apartadas por el limpiaparabrisas.

Una canción dulce y melódica sonaba en los parlantes del auto, confiriéndole a sus pasajeros una tranquilidad etérea y relajante. Ambos, estaban serenos, observando la carretera por la que iban. Él llevaba su mano sobre la rodilla de ella. Ella no paraba de sonreír, ese día, se sentía más feliz que ningún otro, casi pensaba que podía llorar de felicidad, por primera vez en su vida. Podría tocar las nubes con las manos y sentir su suavidad.

El semáforo se puso en rojo, quedando el auto en medio de otros dos.

Él la volvió a ver y le sonrió cálidamente, mostrando todos sus dientes, arrugando la comisura de sus ojos, mientras pasaba su dedo pulgar por la rodilla de ella. Ella, no pudo más que devolverle la sonrisa, mordiendo ligeramente su labio inferior, conteniendo esa emoción tan efervescente que crecía dentro de su pecho, embriagándola.

De pronto, todo se precipitó…

Ambos voltearon al oír el pitido estridente de un carro que se acercaba peligrosamente rápido a la intersección. Alcanzaron a ver las luces centellantes frente a sus ojos. Los ojos de ambos se abrieron, percibiendo lo que era inminente.

Ella inspiró y contrajo todo su cuerpo antes de sentir la embestida del vehículo. El ruido del pito del auto seguía resonando en sus oídos, mientras la luz segaba completamente su visión.

Escuchó su propia respiración y, su corazón se paralizó un instante, para reanudar su marcha agitadamente.

Giró su cabeza para poderlo observar, pero no pudo enfocar su vista.

Su cuerpo rebotó de lado a lado, sin poderlo evitar, golpeándose una y otra vez, con la única restricción del cinturón de seguridad. Una vez el automóvil se detuvo, dejando de girar, sintió cómo toda la sangre en su cuerpo iba a parar a su cabeza.

Tembló, todo su cuerpo tembló enérgicamente.

Sus manos colgaban al lado de su cabeza.

Escuchó su respiración lenta y turbia; casi no podía respirar.

Sus sentidos comenzaron a agudizarse, como si de pronto todo su cuerpo hubiera sido activado nuevamente, pero con ello, el malestar apareció…

Su organismo era un amasijo de dolor palpitante.

Gritó, o al menos abrió la boca para intentarlo hacer, pero ningún sonido salió de ella.

Lágrimas brotaron de sus ojos, cayendo una a una sobre el techo del vehículo.

Su vista estaba borrosa, pero, aun así, trató de enfocarse en él.

Él tenía las manos puestas sobre techo del auto, sosteniéndose. Lo escuchó toser agudamente. Pero no pudo observar nada más, no podía saber cómo se encontraba él, y eso le causó más desesperación.

Trató de respirar más profundamente, pero todo se desvaneció al sentir una fuerte opresión en su pecho.

A lo lejos, escuchó la sirena de una ambulancia, o tal vez la de la policía, no lo sabía, su cerebro no funcionó correctamente.

Sintió varias manos sobre su adolorido cuerpo, y luego percibió cuando le ponía algo en el cuello, para después ser movida del asiento y ser llevada hacia una camilla rígida.

Aún no podía respirar con normalidad, sentía en su pecho una gran presión, que le impedía poder expandirse y contraerse para realizar una tarea que hace unos minutos se le antojaba tan involuntaria y sencilla.

Logró abrir un poco los parpados y divisó las luces crepitantes de la ambulancia. El rojo, el blanco y el azul se fundían unos con los otros.

Las manos siguieron trabajando en su cuerpo, pero ya no sabía qué era lo que estaban haciendo.

Una mano grande, que reconoció al instante, se posó sobre la suya, cubriéndola completamente.

Giró levemente su cabeza hacia ese lado y lo vio a él.

Parecía estar recubierto de luz.

“¡Hermoso!” —pensó ella, mientras sus lágrimas le convertían a él, en un borrón de colores.

—No te preocupes, amor, todo va a estar bien —le escuchó decir, antes de perder nuevamente la conciencia, mientras una lágrima se resbalaba por su mejilla, sabiendo que, aunque confiaba inmensurablemente en él, nada de lo que él le había dicho era cierto…

Nada estaría bien…

1

Sus manos grandes y fuertes recorren mi cintura, acercándome más a su torso. Nuestros labios se fusionan en una danza apasionada y vertiginosa. Levanto mi pierna derecha a la altura de su cadera, buscando la fricción que su cuerpo produce en mi entrepierna, para saciar un poco mi lujuria.

Le escucho gruñir, al separar un poco su boca de la mía.

Mi respiración es agitada y sinuosa, quiero más de él y de lo que su cuerpo me está proporcionando.

Pongo mis manos sobre sus duros y amplios pectorales, sintiendo, lejanamente, el palpitar de su corazón que, acalorado, me comunica lo mucho que él quiere lo mismo que yo.

—¿Seguro que no nos escucharan? —le pregunto, observándolo embelesada, admirando su duro rostro.

Sonríe ladinamente, de lado, sin mostrar ni un poco sus perfectos dientes. En su mirada noto su ardor y deseo, pero también puedo observar esa malicia que le oscurece sus iris color celeste, pidiendo que me sumerja en esa hoguera azul, sin importarme nada más en el mundo.

—Despreocupate, bebé —murmura, endulzando, solo un poco, esa voz ronca y profunda que por naturaleza tiene.

Me muerdo el labio inferior y de soslayo, miro hacia la puerta de la oficina. Afuera, sus compañeros están trabajando en los vehículos, arreglándolos… hay mucho ruido en el exterior, pero eso no quiere decir que ellos no vayan a darse cuenta de lo que estamos haciendo aquí adentro.

Relamo mis labios y vuelvo mi vista hacia Ivar. Sus ojos están fijos en mí, calculando mi reacción, observando si, finalmente, doy mi brazo a torcer y autorizo lo que su mente retorcida quiere hacer.

Sonrío, soltando el aire de mis pulmones y me lanzo a sus brazos nuevamente.

Sus labios se posan sobre los míos furiosamente, tratando de saborearlos por completo. Me rindo ante sus deseos, poniendo mis manos en sus hombros.

Respiro superfluamente, en medio del beso, llenando mi nariz con su aroma tan varonil; una mezcolanza de su sudor y del jabón de ducha que usa. En Ivar, no hay nada químico que degenere su olor corporal, todo en él es natural y primitivo, lo cual, solo hace que mis hormonas se alboroten cada vez que lo veo, o lo pienso.

Bajo mi mano izquierda por su brazo, quedándome justo por debajo del dobladillo de la manga de su camisa negra, sintiendo su piel cálida

y un poco áspera. Casi logro percibir su intrincado tatuaje de un hacha vikinga.

Las manos de Ivar bajan de mi cintura a mis caderas y luego, las mueve un poco más al centro para apretujar mi trasero y, hacer que el contacto de nuestras entrepiernas sea más claro.

Gimo, apartándome un poco de él, mirando nuevamente a la puerta que nos separa de todo el ajetreo que tienen afuera.

Reparo en Ivar, pero él no me da tiempo de pensar, ya que, con un movimiento fluido, nos voltea, poniendo mi espalda contra la pared, presionándome contra está. Mi camisa se me sube en el movimiento, hasta que solamente cubre mis senos. Aprecio la fría pared contra mi piel, contrastando con el calor que desprende mi cuerpo, provocándome más.

Sus manos siguen en mi trasero, empujando más, mi cadera hacia él, luego las desliza por toda mi espalda hasta que da con mi camisa, la jala sobre mi cabeza, despojándome de ella, tirándola lejos de nosotros.

Ivar mira hacia mis senos, para luego agacharse hasta ellos y besarme el escote. Pequeños besos que van dejando motas de fuego sobre mí.

—¿Qué esperas? —cuestiono, alzando mi cabeza hacia el cielo, jadeando ligeramente, entrecerrando los ojos, exponiendo más mis senos a él, al inhalar y exhalar tempestuosamente.

Percibo su sonrisa rozando mi piel, contra mi seno.

Las sonrisas de Ivar, son droga para mi cuerpo, aunque, nada más las veo cuando él me hace sufrir, prolongando más mi placer.

Rápidamente, él se precipita a bajarme los pantalones y las bragas, sin quitármelas del todo, solamente liberando mi pierna derecha de estas ataduras. Se yergue nuevamente y posando sus manos en mi trasero me obliga a subir mis piernas hasta su cadera, enrollándolas en su espalda.

Pongo mis manos sobre sus hombros nuevamente, y espero ese momento tan sublime en el que nuestros cuerpos se conecten del todo, finalmente.

Me relamo los labios por enésima vez, ante la expectativa de tenerlo dentro de mí y saciarme de él.

Mirándome fijamente, con las pupilas totalmente dilatadas, las cuales apenas me permiten observar sus iris celestes, quita su mano derecha de mi trasero y la pone entre nosotros, rebuscando entre su ropa para liberar su miembro.

Respiro lentamente, escuchando el martilleo de mi corazón, pidiendo más y más.

Mi cuerpo quiere consumirse en el infierno del suyo.

Siento cuando el motivo de mi concupiscencia es liberado

definitivamente; su miembro se alza contra mi cuerpo, pidiendo entrada dentro de mí. Gimo quedamente, removiéndome contra Ivar, apretando sus hombros al grado de introducir parte de mis uñas en su camisa, estrujándola. Saca del bolsillo delantero de sus pantalones un sobre metálico y rápidamente se pone el preservativo, sin quitar sus ojos de los míos, calculando mi reacción.

La mano de él, que todavía está entre nosotros, toca ligeramente la entrada de mi templo, el cual está a punto de ebullición, rogando que él entre y complete la ceremonia.

—¡Ivar! —gimo, rogando, con la voz trémula, sin poder observarlo, simplemente cerrando los parpados.

Lo escucho resoplar, en una risa sardónica, cargada de majadería.

Antes que me dé cuenta, él redirige su miembro a mi entrada, y con una exhalación prolongada, se adentra en mí por completo.

Apoyo mi cabeza en su hombro izquierdo, mientras él comienza a entrar y salir de mí, frenéticamente, ejecutando el perfecto masaje entre su cuerpo y el mío. Clamo contra su hombro, ahogando mis gritos en su camisa. Abrazo su espalda fuertemente, sintiendo sus músculos contraerse en cada embestida.

La mano que aún tiene entre nosotros se desplaza hasta ese nudo de nervios, y justo, cuando pienso que no necesito nada más para que haya una hoguera dentro de mí, él me toca ahí, y exploto en un cumulo de sensaciones, tensándome por dentro, para luego relajarme por completo. Le muerdo suavemente el hombro y escondo mi cara en su cuello.

Él sigue, buscando su propio nirvana, llevando mi cuerpo a los extremos, pidiéndole que ese fuego dentro de mí no se agote.

Rasguño su espalda, arremolinando entre mis dedos la tela de su camisa.

—Vamos bebé, sé que puedes más que esto —me anima, con la voz más ronca de lo normal, volviendo a penetrar dentro de mi subconsciente, ordenándome que siga.

—¡Ivar! —exclamo, con la voz quebrada, antes de que juntos nos lancemos al pozo del pecado, del mismo infierno, donde ambos planeamos quemarnos completamente.

Permanecemos así por un momento, por un instante, sin poder pensar en nada, solo metiendo aire en nuestros pulmones, anhelando que nuestros corazones se calmen.

Bajo mis piernas de su cadera, sin quitar mis manos de sus hombros, para poderme estabilizar. Las piernas me tiemblan todavía, pero no permito que eso me impida seguir con lo que debo hacer.

Observo rápidamente mi reloj para divisar la hora.

—¡Es tarde! —profiero, maldiciendo por lo bajo, pasando rápidamente mis manos por mi cabeza, alterada.

Introduzco mi otra pierna en el pantalón y la braga y los subo ágilmente, sin importarme nada.

Busco mi camisa por el suelo, y luego me meto en ella, para después ponerme encima la cazadora que llevaba puesta antes de que fuera atacada por Ivar.

Yo solamente había pasado por su taller mecánico, porque quería saludarlo antes de ir a la universidad, y ahora, ya voy tarde para mi examen.

Sacudo mi cabeza, rascándome con mi mano derecha, el cuero cabelludo.

No sé cómo voy a hacer para poder llegar a tiempo, si la clase comienza a las cuatro y faltan apenas quince minutos. En ese tiempo, estoy segura que no llego a la universidad. Tendría que correr desde aquí; e incluso así, dudo llegar.

De pronto, se me ocurre una idea.

—Prestame tu moto, Ivar —le pido, extendiendo mi mano hacia él, completamente seria observándolo.

—¡Estás loca, bebé! —se burla, viéndome, observando mi mano extendida, mientras se acomoda su miembro en sus jeans oscuros y desgastados por el uso.

Niego con la cabeza e insisto con mi mano extendida, moviéndola frente a él.

—Tú no puedes irme a dejar a la universidad, tienes trabajo que hacer, tú mismo me lo dijiste hace algunos segundos —le recuerdo con insistencia, dándole una rápida mirada a mi reloj, viendo como los minutos pasan—. Solo será por esta vez. Ya me has enseñado a conducirla, así que, ¿por qué no…? —cuestiono, suplicando, haciendo un puchero, poniendo los ojos como borreguito.

—Una cosa es que la hayas conducido cuando yo estaba presente, y otra muy distinta es dártela sin más —replica, serio, dándose vuelta para deshacerse del preservativo.

—¡Por favor, Ivar, te prometo que la cuidaré, de verdad! —le indico, aniñadamente, utilizando mi tono de voz más dulce, tomando todas mis cosas para apresurarlo a decidir.

Lo volteo a ver. Ha puesto sus pulgares dentro de los bolsillos de su pantalón, haciendo más evidente su miembro semi-erecto.

—Si haces eso por mí, te prometo que haré lo que tú quieras —ofrezco, alzando una ceja, dándole a entender que me refiero a cualquier cosa sexual que él pretenda.

Frunce el ceño y se me queda viendo con los ojos achicados, pensando por un momento mi proposición.

—No estoy seguro de que estés preparada para ello —dice, hablando lentamente.

—¡Lo que quieras! —aseguro, abriendo bien los ojos, totalmente

comprometida con el asunto.

Saca su mano izquierda de sus baqueros y se rasca la barbilla, desordenando su desalineada y bella barba rubia, que le confiere ese toque tan varonil a su, ya de por sí, masculina, cara.

—Sin condiciones… —tantea él, contorneando los ojos.

Asiento con la cabeza, repetidas veces.

Bufa, cerrando los parpados, sabiendo que se puede arrepentir de ello, pero finalmente saca de su pantalón, las llaves de su moto y me las pasa.

—Con cuidado —advierte con la voz tensa, con su musculoso cuerpo erguido y rígido, mientras deja caer las llaves en mi palma.

Las acepto y antes de irme, le doy un gran beso en los labios, entreteniéndome más tiempo del adecuado en ello.

Corro hacia la salida pasando en medio de dos vehículos que están arreglando. Los chicos de Ivar me chiflan al pasar, y casi me sonrojo porque sé que ellos se dieron cuenta de lo que estábamos haciendo adentro, pero yo sé que todos ellos son más degenerados que yo, así que no debo sentirme cohibida por eso.

—Nos vemos Raudi —me grita Jon, llamándome por mi apodo, el cual me pusieron la primera vez que los vi a todos, después de salir, así como hoy, de la oficina de Ivar, aunque esa vez no habíamos tenido sexo. Ese día, me ruboricé por lo que yo le había estado haciendo a él, y desde ahí todos me apodaron Raudi, o lo que es lo mismo: rojo.

Les muestro mi dedo medio a ellos, y localizo la motocicleta de Ivar, mientras Jon y los demás se mueren de risa.

—¡Santo Cristo, ella se va a llevar tu moto, Ivar! —se burla otro de los muchachos.

—Más te vale cuidarla, nena —grita Ivar, preocupado.

No volteo a ver a ninguno de ellos, no tengo tiempo para estos raros y simpáticos sujetos.

Me coloco el casco de Ivar y me monto en la motocicleta, para luego encenderla y salir pitando de ahí.

No tengo tiempo para nada, necesito llegar rápido a la universidad o si no, no podré hacer mi examen final de “Opinión Pública”. Es el último examen que tengo en este semestre, y de llegar tarde, no podré ni hacerlo.

Conduzco apresuradamente por las calles y rápidamente llego a la universidad. Estaciono la motocicleta y sonrío pícaramente al quitarme el casco.

Y… Ivar que pensaba que no podría manejarla yo sola…

Bufo.

***

Salgo del aula, después de haber entregado el examen, camino con tranquilidad hacia el estacionamiento de la universidad, pero me quedo frente a las escaleras, antes de bajar a donde se encuentra la moto de Ivar.

Meto mi mano derecha a mi cartera saco un cigarrillo y el encendedor. Debo relajarme, y para estas ocasiones, ¡no hay nada mejor que un poco de nicotina en los pulmones!

Enciendo el cigarrillo y con primera calada que le doy, comienzo a aflojarme. Contraigo mi pierna izquierda y con ella me apoyo en el pilar que tengo en la espalda, recostándome en el proceso. Inhalo profundamente, hecho la cabeza hacia atrás y suelto lentamente el aire ahumado hacia el cielo.

—¿Acaso no piensas invitar? —me pregunta Ana al acercarse a mí, con su voz chillona y aniñada.

Bajo la cabeza y la observo, moviendo su cuerpo exageradamente, mientras camina para ponerse al lado mío.

Ella es parte del grupo de inadaptados con los que a veces me junto. No la considero mi amiga, pero a veces es bueno tener con quien fumar o beber, según sea el caso.

Alzo una ceja y la miro inquisitivamente, mientras le doy una corta calada a mi cigarrillo y luego le hecho el humo encima.

—¿Suficiente? —le pregunto, mirándola seriamente, con la ceja alzada.

Rechina los dientes al apretar la mandíbula.

Volteo los ojos, fastidiada por su actitud de niña malcriada. Dentro de todo grupo de personas, inclusive dentro de esos grupos que solo se juntan para pasarla bien, existe un individuo como Ana; una reinita del drama que solamente se quiere hacerse pasar como parte del grupo, cuando no es así. Estoy casi segura que ni siquiera le gusta fumar y, sin embargo, hela aquí, pidiéndome un cigarrillo.

Saco otro cigarro de mi bolso y se lo enseño, sin dárselo, todavía.

—Estos no son mentolados, ni nada por el estilo —le advierto, con un poco de ironía, frunciendo ligeramente el ceño, esperando qué dirá, aunque puedo estar segura que, por cómo la he tratado, lo va a aceptar.

—¡Eso no me importa! —alega, con un fingido aire displicente, moviendo su cabecita cual pavo real, justo antes de tomar el cigarrillo que le ofrezco.

Sonrío burlonamente y luego le doy otra calada a mi cigarro, mientras ella se queda con el suyo entre los dedos flacuchos y morenos, esperando a que se lo encienda.

Niego con la cabeza, expulsando el aire por la nariz, y luego inhalo por última vez mi cigarro, justo antes de tirarlo al suelo y apagarlo.

Me doy media vuelta y la escucho carraspear su fina garganta.

—Virginia —me llama, haciendo su voz más chillona y nasal.

Toco, con mi lengua, mi colmillo derecho y me giro hacia ella.

—Dime, Ana —junto mis manos y la miro con toda la seriedad que puedo.

—¿No vas a venir con los demás? —me pregunta, mientras revuelve, con una mano, las cosas en su bolso.

—¿A dónde? —cuestiono, alzando una ceja, dejando fuera mi sarcasmo.

—Vamos a ir aquí cerca, a beber unas cuantas birras —sonríe con suficiencia, dándose cuenta que ella fue avisada de la "fiesta" antes que yo.

La bilis se me viene a la boca al escucharla pronunciar "birras", de esa forma tan obscena e indecente, que solamente provoca en mí, repulsión hacia ese delicioso néctar.

Reajusto mi bolsa sobre mi hombro, aunque por la cazadora de cuero que llevo puesta, casi no se resbala, no obstante, es como un acto reflejo que tengo a veces.

—Si me llevas en la moto que has traído, te puedo mostrar dónde es —indica, poniendo su mejor cara, la misma que les hace a todos cuando quiere que haga algo por ella, como si todos le debiéramos algo. Hace un puchero ridículo con su boca bien esmaltada de pintalabios rojo y, enmarca sus ojos con esas cejas tan irrealmente maquilladas y perfectas. En general Ana se ve justo como lo que una persona no debe hacer al maquillarse… sí, está bien maquillada, pero es como si a la vez no le quedara nada bien lo que lleva en la cara, nada le combina. Y para rematar, su vestuario siempre es de la misma forma, es decir, trata de imitar las tendencias de moda, aunque ni siquiera le vayan con su cuerpo delgadito y escuálido.

Finalmente, saca su mano de su cartera y junto con ella, un encendedor rosa y floral que degradan, por sí mismos, el acto de fumar.

Me lo pienso por un momento. De verdad tengo ganas de ir a tomar un poco, quiero quitarme todo este estrés que llevo desde hace unas semanas. Ayer casi no dormí nada por estudiar, y no solo ayer, sino más bien, toda esta semana. Casi no he dormido, y de paso, algo que pensé que iba a mejorar mi humor, es decir, tener sexo con Ivar, no lo logró, al menos no a largo plazo.

Por otro lado, debo regresarle su amada moto a Ivar, de lo contrario me matará, sin importarle que se quedará sin nadie con quien follar.

Me rasco el cuello, indecisa.

—Me vas a decir, que tú, Virginia, ¡serás una niña buena porque tienes miedo de lo que te pueda hacer tu noviecito, por usar un rato más la moto suya! —prorrumpe, con burla, graznando con esa peculiar voz escandalosa que tiene.

Cierro los ojos por un instante.

¡Maldita sea la hora cuando ella me vio bajar de la moto, y luego me preguntó de quién era! ¿Para qué carajos le dije que era de Ivar?

Ahora no me va a dejar en paz, porque va a decir que al final yo soy como todas esas mujeres sumisas a sus novios, cuando Ivar y yo ni siquiera somos eso. Solamente somos el buen polvo del otro… ¡Por favor!

Sino no voy a esa cosa, después todos creerán que soy una blanda manipulable por culpa de ella…

—No era por eso, simplemente estaba considerando llevarte o no —respondo cáustica.

Jadea, moviendo todo su cuerpo en el proceso, exagerando, como siempre, sus gestos.

—Está bien, te llevaré, así me dices a dónde van a estar todos —dimito, aunque más para no darle gusto de mofarse de mí, después.

Le da una leve probada al cigarro y trata de sacarlo por la nariz, pero se le atora y tose dos veces.

Niego ligeramente con la cabeza, horrorizada.

—Vámonos —le digo, girando sobre mis talones y comenzando a caminar hacia donde está la motocicleta, sin importarme si me sigue o no.

Al llegar a la moto, me coloco el casco primero, me subo con mucha destreza y espero a que ella se suba. Al voltearla a ver, abro los ojos como platos, al darme cuenta que ella aún tiene el cigarro en la mano, prendido, y que así es como se quiere subir detrás de mí. Niego repetidas veces con la cabeza.

—¡Ni loca te dejo subir con el cigarrillo encendido! —exclamo, alarmada, con solo imaginarla detrás de mí, con esa cosa cerca de mi largo cabello castaño, del que tanto me enorgullezco por su color y forma.

Refunfuña y luego lo tira al suelo, para después apagarlo con sus tacones de marca.

Se sube detrás de mí y se trata de agarrar de mi chaqueta, pero no se acomoda, por lo que pone sus manos sobre la moto, detrás de ella.

Feliz, enciendo el motor y lo pongo en marcha, no sin antes escucharla decir hacia dónde vamos.

Manejo deprisa, oyendo a Ana a mis espaldas gritar, y cada tanto, se trata de agarrar a mi cintura, pero simplemente no se adapta al material de mi cazadora y termina llevando las manos al lado de su cadera.

Sonrío, encantada con el hecho de hacerla sufrir, pero no dura mucho, porque al poco tiempo, llegamos al local. Es una licorería un poco menos tranquila de lo normal, donde va toda clase de personas,

aunque por supuesto, la mayoría son estudiantes universitarios, que buscan relajarse después de las clases.

Al entrar, la música electrónica del lugar nos ensordece, hasta que nos adecuamos a esta.

Llegamos a la mesa donde están mis otros compañeros de grupo. Todos están divirtiéndose, junto a una gran cuba de cervezas. Sin rechistar, me uno a ellos, olvidándome completamente de Ana, de Ivar y su amada moto.

Las horas comienzan a pasar, mientras tomo una tras otra cerveza.

Alguien saca un pequeño porro y todos le damos una caladita, para ponernos un poco más sobrios.

Sobre las doce de la noche, levanto mi trasero de la banca, y me dispongo a irme al taller de Ivar, para dejarle la moto ahí. Sé que lo voy a encontrar, porque justo encima del taller, está su departamento.

—¡Quedate un poco más! —dice Cristian, animándome, mientras me muestra el siguiente paquete de cervezas que se tomaran.

La marca es una de mis favoritas, sin embargo, declino el ofrecimiento, y ante el abucheo de todos, por aguafiestas, doy media vuelta y salgo del local.

Pese a que he tomado una buena tanda de alcohol, mi cerebro aún esta despierto, por lo que no veo ningún inconveniente en manejar de esta forma.

Por centésima vez en el día, me pongo el casco y prendo la moto. Tomo el camino más rápido para llegar al taller del Ivar. Conduzco de forma tranquila, no obstante, mis parpados, comienzan a traicionarme, pero no es por culpa del alcohol, o de la yerba que he fumado, ¡no!, sino porque, después de tantas horas de estrés y de estar despierta, mi cuerpo comienza a relajarse y con ello, me comienzo a dormir.

Trato de mantenerme centrada, achicando los ojos y observando bien la carretera. Por suerte, a esta hora, y en los suburbios, que es la mejor ruta para llegar donde Ivar, no hay nadie pululando por las calles.

Aprieto con las manos el manubrio de la motocicleta y acelero un poco más, para llegar más rápido; sin embargo, en un parpadeo más largo de lo que debería, trastabillo, moviendo bruscamente hacia la izquierda el volante, al notar un gato muy cerca de mí. Y antes de que mi cerebro reaccione enteramente, ya estoy casi frente a un carro, por lo que giro nuevamente el manubrio y me voy con todo contra una cerca de madera blanca, llevándome conmigo un rosal grande, entre otras flores de las cuales ni me sé el nombre.

Todo pasa por mí cabeza velozmente, como en cámara rápida.

Atravieso casi por completo el patio de la casa en donde me he metido, pero lo que finalmente no logro evitar, es una piedra de

mediano tamaño.

Freno la moto, pero salgo despedida de está, al soltar el manubrio cuando colisiono con la estúpida piedra. Vuelo unos cuantos metros, adentrándome más en el patio de la casa, hasta que, por último, mi cuerpo se estrella contra algo de madera que no logro identificar.

Escucho el crujido de la madera romperse, y junto con ella, mi pierna derecha. Es un pequeño sonido, en comparación con el crujido de la madera, pero, es lo que me hace gritar adolorida.

Por suerte, el casco ha servido y no ha hecho que me rebane la cabeza.

Respiro lentamente y poniendo una mano en el suelo, trato de sentarme, pero todo se nubla cuando me siento, ya que un dolor punzante me parte en dos, y estoy casi segura que no solo me he jodido la pierna, sino una o dos costillas.

Mi visión se hace borrosa y parece que estoy entrando en un túnel; poco a poco, dejo de ver lo que hay en mi alrededor, hasta que todo se vuelve negro.

2

Abro los ojos lentamente, captando la poderosa luminiscencia de la lampara que está sobre mí. Mis ojos comienzan a adaptarse a la luz.

Bajo la cabeza y noto que mi pantalón esta arruinado irremediablemente. Mi pierna derecha esta enyesada y para ello, han cercenado mi pantalón. En parte, mi pantalón sigue bastante entero, pero ya no me lo podré poner como antes. Básicamente no tiene la tela que me cubre la pierna derecha.

Resoplo, frustrada. Era uno de mis pantalones favoritos, aunque mi madre dice que no hay diferencia en nada de lo que uso; que soy una persona tan básica, que su guardarropa se compone exclusivamente por ropa negra, camisas, y jeans, todos negros. Las únicas cosas que no tengo negras, son un vestido azul que mi madre me compró hace años, y una blusa rosada que mi difunta abuela me regaló, de ahí, todo es igual. Sin embargo, voy a extrañar esté pantalón.

Me rasco la nuca con mi mano derecha y cuando intento mover mi mano izquierda, me doy cuenta que la tengo esposada a la cama.

—¡Qué carajos! —profiero, maldiciendo por lo bajo, moviendo mi mano, forcejando con las esposas.

La cortina con la que estaba cubierta mi camilla se entreabre y entra mi madre, completamente seria, observándome desde su altura.

Esa es la típica expresión que tiene ella cada vez que me ve, pero esta vez su ceño está más fruncido y sus labios forman una línea muy fina de tanto que los está apretando.

—¿Qué pasó? —cuestiono, mostrándole con mi mano derecha, la esposa.

Mi madre respira profundamente, cerrando ligeramente los ojos, desarticulando su cuello en el proceso.

—¿No lo recuerdas? —pregunta con la voz ronca y la cara enjuta.

Pienso en el accidente y lo que sucedió antes de eso, claro que recuerdo todo.

—Recuerdo bien lo que pasó —siseo, algo molesta.

—Entonces sabrás que te metiste en propiedad privada y te accidentaste ahí, aparte de que ibas alcoholizada y drogada —afirma, respirando agitadamente, las aletas de la nariz se le mueven continuamente, y sus ojos son cómo dos dagas, entrando dentro de mi cuerpo.

Achico un ojo, mientras mi parpado tiembla, y la boca se me abre, pero simplemente no puedo creer lo que acaba de decir.

—¡Yo no iba ni drogada, ni alcoholizada! —me defiendo, comenzándome a molestar tanto como ella.

—Ah, ¿no? —imita mi tono, usando más sarcasmo del que estoy acostumbrada a escucharle—. ¡Entonces las pruebas clínicas mienten! —asiente con la cabeza, burlándose.

Pienso en el alcohol y en la hierba que había consumido antes del accidente, sin embargo, no fue nada de eso lo que hizo que me accidentara, no, en realidad, toda la culpa lo tiene ese tonto gato y una piedra estúpida.

—Tienes suerte de solamente haberte esguinzado levemente una pierna y unas cuantas costillas amoratadas —refunfuña mi madre, y noto que su tono de voz cambia a uno más preocupado.

Se pasa la mano por la nuca y luego mira hacia la cortina.

Mi enojo, de pronto se baja, del todo.

—¿Qué tanto jodí las cosas para estar esposada? —pregunto, más calmada, viendo hacia la cortina, sin poder darle la cara.

Mi mamá se queda en silencio por unos minutos, sin mirarme un poco, sosteniendo su bolso contra su cuerpo, firmemente.

—Arruinaste la cerca de madera de una casa, junto con un jardín que antes era una preciosidad, o al menos eso dicen —encoje los hombros—. Y, por último, te estrellaste con una reja de madera, cubierta de una enredadera —concluye, volviendo a tensar la mandíbula, haciendo que su voz suene más grave.

"¡Nada importante!" —me digo mentalmente.

Por lo visto solo destruí trozos de madera, nada que unos cuantos pesos no arreglen.

—¿Solo eso? —pregunto con sarcasmo, riéndome un poco, más relajada.

Mi madre voltea a verme, asombrada, con los ojos bien abiertos y la boca desencajada.

—Piensas que es poco… ¿No te das cuenta que es un delito conducir en estado de embriaguez? ¿O destruir propiedad privada? ¡Ya no eres una niña, Virginia! ¡Lo que hiciste tiene consecuencias! —exclama alterada, con cierto retintín sardónico en la voz, que me deja ver que, entre líneas, me está llamando idiota.

Volteo los ojos.

—Es la primera vez que lo hago, seguramente me van a dar algún castigo mínimo —le quito importancia, haciendo un gesto con la mano.

—¡Ojalá tengas razón, jovencita! —masculla mi madre, utilizando ese tono entre autoritario y burlón que solo las madres saben utilizar cuando creen que tiene la razón.

Bufo, y me acomodo mi cabello detrás de mis orejas.

No creo que me envíen a la cárcel y mucho menos que alguien crea que lo que hice merezca algo más que una reprimenda. Mi madre, como en muchas cosas, debe estar exagerando.

***

Me han dado el alta apenas hace unos minutos, aunque he tenido que pasar toda la noche en el hospital, debido a que el medico que me atendió, quería confirmar que todo estuviera bien conmigo.

La mala noticia, es que voy acompañada de dos policías, quienes me trasladarán a bartolinas, para después llevar a cabo el procedimiento penal.

—¡Qué mierda! —murmuro por lo bajo, mientras lentamente me desplazo por el hospital directo a la salida.

Las personas se me quedan viendo fijamente, y cómo no… No voy esposada, porque si lo estuviera, ni siquiera podría caminar, pero, los dos oficiales me van custodiando.

Una vez el doctor dijo que me podía ir, antes de darme el alta por escrito, se presentaron estos sujetos, bien uniformados, y malencarados.

Al despertar, había otro policía, uno más o menos agradable que me quitaba las esposas para ir al baño, pero por lo visto, al cambiar de turno, se vinieron los más malhumorados.

Por la noche, mientras trataba de dormir, vino la dueña de la casa a la que le destruí el jardín delantero, y habló con mi madre, aunque no fue una gran charla. Mi mamá no me dijo mucho, solo que después iba a hablar con ella para poder arreglar mi lío…

La señora, había venido al hospital debido a que se sentía preocupada por mí. Ella fue la que me halló, tirada en su jardín, desmayada, y ella fue la que habló a emergencia.

Afuera, uno de los oficiales me ayuda a entrar a la patrulla, mientras el otro se va directo al asiento del piloto y arranca el vehículo.

—Te veo en la estación de policía —me grita mi madre, preocupada.

La veo saludarme con la mano, y noto por primera vez su cara, afligida, que trata de disimular con una sonrisa. Parece que ha envejecido diez años en una noche. Su tez se ve ligeramente pálida y tiene más arrugas debajo de los ojos, aparte que le tiembla el parpado de un ojo.

Trago saliva, pasándome el nudo que se me ha formado en la garganta.

El policía cierra la puerta de la patrulla, para luego abrir la puerta del copiloto y meterse rápidamente.

—¡Sí que has hecho sufrir a tu madre! —dice el oficial que va de conductor, poniendo el carro en movimiento. Me mira por el retrovisor, serio. Sus ojos oscuros se adentran en mí y me hace sentir incómoda.

Rehúyo la mirada del policía y decido mirar por la ventana.

El camino se me torna largo. No paro de repetirme que todo estará bien, no hay razón para estar temerosa…

***

Me quedo viendo las rejas mientras cierran la puerta por la que he entrado. Suspiro profundamente, pasando mi mano derecha por mi cabellera, mientras me trato de equilibrar poniendo mi otra mano sobre la reja.

Por alguna razón, no me han permitido entrar con las muletas, dicen que me las darán de nuevo, si salgo de aquí…

Brincando, me voy directo a la esquina que da con la reja.

Observo la celda en la que estoy encerrada: es una celda un poco más grande de lo que creería, quizás mide alrededor de unos cinco metros cuadrados, aunque no puedo estar segura… es de color gris, pero es porque no está ni pintada. El baño está en la esquina contraria a la que me encuentro. Es un inodoro algo escalofriante, sin embargo, me da más asco pensar que lo tendré que usar enfrente de todas las personas que están aquí.

Miro a cada una de las mujeres que están en la misma celda que yo. Todas tienen cierta actitud extraña, que no sabría describir. Algunas de ellas llevan prendas que se ven ridículas, ajustadas a sus cuerpos, deformados por las mismas; aparte, otras van tatuadas, y solamente hay una mujer que se ve más o menos normal.

—¿Qué miras princesita? —me pregunta una mujer toda encarada, con el ceño fruncido. Es muy corpulenta y mucho más alta que yo, de hecho, es la más alta de todas. De tez morena y el cabello rubio, que no le queda ni un poco. Lleva un pantalón verde ajustado a su cuerpo que seguro es dos tallas menores de la que debería usar, junto con una camisa de tirantes blanca, que de blanca ya no tiene nada.

Trago saliva y niego con la cabeza, sonriendo tontamente. Ella frunce más el ceño, y decido mejor ver el suelo.

Acerco mis piernas a mi cuerpo y me acurruco más. Respiro hondamente, buscando controlarme. La incomodidad no es nada, comparado con el miedo que crece cada vez más y más en mí.

La mujer corpulenta que me cuestionó, no ha dejado de verme con insistencia, como si fuera un bicho raro.

No me siento yo, no me siento en mi elemento. Normalmente, yo soy quien puedo intimidar a los demás, pero esta vez, es como si me hubiera hecho pequeña.

Y ya no sé qué me asusta más; el hecho de no ser tan ruda como me creo, o la idea de que tal vez, esas mujeres me puedan hacer algo.

El tiempo comienza a pasar lentamente y yo no me muevo de mi sitio, tratando de no llamar la atención de estás mujeres.

No sé si mi mamá ya habrá venido aquí para arreglar todo.

¡Ojalá en unos momentos este nuevamente libre!

Miro el yeso en mi pierna.

Al menos, a diferencia de algunas de estas mujeres, a mí, sí se me permitió bañarme hoy en el hospital. Mamá me llevó un cambio de ropa, y ahora traigo puesto un chándal gris flojo de mi madre, y una camisa negra mía.

—Ey, niñita —me habla una de las mujeres que tengo a la par. Ella está sentada en una especie de banca hecha de cemento que está pegada a la pared.

Le volteo a ver, sin alzar la cabeza.

Se ve algo similar a la mujer corpulenta, pero es un poco más escuálida y no anda pitado el cabello. También parece que lleva menos tiempo aquí que las demás, se ve… más limpia.

—¿Por qué te metieron al tambo? —me pregunta, bajando la voz, viéndome inquisitivamente.

Me relamo mis resecos labios.

—Por daños y por conducción peligrosa de vehículo automotor —contesto quedamente, sin mirarla fijamente.

Ella no me intimida ni un poco. Hasta cierto punto, parece estar tranquila a mi alrededor, pero desde que llamó mi atención, la grandulona, no me ha quitado ojo de encima, y eso no me permite sosegarme.

—¡Ah! —exclama cómicamente, restándole importancia, haciendo un gesto con la mano—. Si tienes suerte, y creo que sí, porque, ya sabes, no te ves como nosotras, saldrás de aquí en tres días —resuelve, con una sonrisa burlona.

Giro lentamente mi cabeza hasta verla casi frente a frente, abriendo bien los ojos, aterrada con la idea de pasar tres días completos aquí.

—¿Cómo que tres días? —pregunto, tartamudeando un poco, volviendo a tragar el nudo que se me ha formado en la garganta.

—¡Cómo se nota que eres nueva! —profiere riendo a carcajada suelta—. Mira, los tres días te los echas aquí, sí o sí. Después te llevaran a la primera audiencia, y con suerte, saldrás con alguna medida, o con suspensión, todo depende de tu abogado —encoje los hombros.

No entiendo cómo sabe todo eso, pero por alguna razón, le creo, y mucho.

—¿Y usted por qué esta aquí? —me aventuro a preguntar, una vez siento que esa mirada penetrante de la grandulona ya no está sobre mí.

Mi interlocutora se mira sus uñas sucias y con pedazos restantes del esmalte rojo, que alguna vez las cubrió todas.

—Ya sabes, niña, lo usual… —vuelve la cara hacia mí, sonriente,

sin aparentar estar preocupada—. Crimen organizado —comienza a enumera con la mano—, por tráfico ilícito de maría, y por tenencia ilegal de arma de fuego —concluye, observando sus tres dedos, asintiendo levemente—. Andaba dando mis vueltitas, vendiendo maría. Mis niños tenían hambre y yo tenía las bolsas de maría que vende mi novio, así que no dude en salir a hacer las vueltas de él y me lleve su mecha —se encoge de hombros, mientras explica todo calmadamente—. No tenía de otra…

Bufa y luego se ríe quedamente.

—Lo bueno es que mis niños quedaron con mi mamá —vuelve a sonreír, y noto como le tiembla la comisura de la boca, pero solo le dura un segundo.

Regreso la vista al suelo y me quedo acurrucada, sin saber qué decir.

Disimuladamente, miro nuevamente a todas las mujeres que me acompañan. Sí, probablemente ellas entienden más a esta mujer que yo. Sí, puede que no todas estén porque creyeron que lo que hacían estaba justificado.

Exhalo profundamente, frotando mis ojos, para quedarme con la cabeza pegada a mis piernas.

***

Paso la noche acurrucada en mi puesto, sin apenas moverme, nada más lo he hecho cuando ya no pude aguantar las ganas de ir al baño. Lo que diría que fue la actividad más humillante que he tenido que hacer en mi vida.

Mi mamá vino hace unas horas, para decirme que vamos a conciliar con la dueña de la casa, pero que ha hablado con un abogado y siempre tendré que ir a juicio, y por ende tendré que quedarme aquí por más tiempo, mientras me programan la primera audiencia y demás.

Además de eso, me trajo comida y una frazada para que me cubra. La frazada la tengo puesta, porque, aunque hace algunas horas hacía calor y hasta estaba sudando, ahora está helando.

Miro mi comida en el recipiente. Mamá me ha puesto suficiente para que aguante hasta que ella venga mañana, pero no tengo mucha hambre.

Me recuesto en mis piernas y observo a la mujer con la que hace un rato hablé. A ella nadie la ha venido a ver y desde hace ratos noto cómo, sin que la mire, ve mi comida.

“Seguro no ha comido nada” —me digo mentalmente, mientras un sentimiento extraño se mueve dentro de mi pecho.

Abro el recipiente que ha traído mi madre con unos sándwiches y saco dos.

—¿Quieres uno? —le pregunto, ofreciéndoselo.

Ella mira el sándwich y a mí, alternativamente.

—¡Venga, pues! —exclama al agarrarlo. Abre la envoltura de servilleta y le da una buena mordida.

Sonrío sin poder evitarlo y de pronto, al verla tan tranquila, comiendo, me entra hambre y desenvuelvo mi emparedado para comenzar a comer tranquilamente.

—¿Cuál es tu nombre, niña? —pregunta ella, mientras mastica, enseñándome la comida dentro de su boca.

Paro de masticar un momento y me obligo a tragar, algo asqueada, pero ella sigue con lo suyo sin mosquearse por mi actitud.

—Virginia —respondo una vez trago todo.

—Yo me llamo Leonor —dice ella, mordiendo grandemente el pan.

Sigo comiendo y hablando con ella por un rato, hasta que finalmente me quedo dormida, sin darme si quiera cuenta.

***

Los días pasan y mi juicio se realiza un poco después del plazo de tres días.

Cuando me llegaron a sacar de la celda, la grandulona se paró de su confortable asiento, se irguió por completo, sacando pecho y cuadrando hombros, dijo:

—No te quiero volver a ver aquí, princesita —me señaló con un tono de voz escalofriante, que retumbo por toda la celda. Su ceño se frunció más y achico los ojos.

Asentí instintivamente, sonriendo tensamente, aunque la boca me temblaba y creo, fervientemente, que esa ha sido mi peor sonrisa.

Leonor se despidió de mi con una palmada en la espalda, sin decir nada.

Al llevarme al juzgado, vi a mi mamá en la entrada, y junto con ella un abogado que había contratado.

A recomendación de los dos, me declaré culpable y la jueza del caso resolvió al final la "Suspensión Condicional del Proceso", lo que significó que se me impusieran algunas medidas, dentro de las cuales, se me prohibió el uso de bebidas alcohólicas y de drogas ilícitas, por un plazo. Además, tengo que ver la manera de llegar a un acuerdo con la dueña de la casa, de lo contrario, se volverá a reanudar el proceso…

Mi mamá ya habló con la dueña de la casa, pero todavía no ha llegado a un acuerdo, porque las dos quieren que yo esté presente para responsabilizarme.

Salgo del juzgado junto a mi madre, sin poder decir nada.

—Ya estuve pensando en lo que harás para compensar a Leslie —dice mi madre, utilizando el mismo tono de voz que hace cuando me regaña.

Ella camina rápidamente hacia el carro, por lo que voy casi

corriendo detrás de ella, usando las muletas para, básicamente, saltar de un lado a otro.

—¿Quién? —cuestiono, alzando una ceja, al darme cuenta que no sé de quién está hablando.

—Así se llama la señora a la que le arruinaste el jardín —menciona ella sin voltear a verme.

Llegamos al auto y se sube en el asiento del piloto. Doy media vuelta y como puedo me subo a su lado.

—Creo que lo más conveniente es que tú, con tus propias manos, arregles todo lo que arruinaste —resuelve mi madre, sin voltearme a ver, encendiendo el auto.

Giro la cabeza para verle bien la cara. Está completamente seria, y sin embargo…

—Estás bromeando, ¿no? —pregunto bufando, incrédula.

¿Cómo carajos se supone que yo voy a arreglar un jardín, si yo ni sé cómo regar una maceta?

Comienzo a reír cual loca.

—Es enserio —indica mi madre, volteándome a ver, con el ceño fruncido y la boca echa una línea fina—. Lo harás, porque yo no pienso hacerlo, ni pagarle a alguien para que lo haga —sentencia y luego pone el auto en marcha, sin agregar nada más, sin volver su vista hacia mí, sin ponerme atención.

Me le quedo viendo por un momento, sin lograr procesar lo que acaba de decir.

Niego con la cabeza. No, de ninguna manera haré eso.

Giro la cara y me quedo observando el panorama, sin preocuparme por ello que, a mí, ¡nadie me obliga!

3

Al llegar a la casa, voy directamente a mi habitación, sin dirigirle la palabra a mi mamá. Como puedo, me quito la ropa con la que he andado estos días y luego me quedo tirada en mi cama, en ropa interior, mirando el encielado de mi habitación.

Mi madre está loca si piensa que yo voy a hacerle de jardinera y carpintera…

Algo en mi se remueve violentamente, recordándome inevitablemente a mi padre.

No, sacudo la cabeza, tratando de sacar todo ese sentimiento oscuro y lúgubre que se arremolina dentro de mí, al pensar en él.

Me levanto de mi cama, brincando, me acerco a la puerta de mi habitación.

—Mamá, quiero bañarme —grito, obviando que, es posible que ella esté enojada conmigo y que por eso puede que no me quiera ayudar.

La escucho remover unas cosas en la cocina, para después aparecer por el pasillo. Esta muy seria, trae con ella una bolsa grande, agitándola de un lado a otro.

—Ponte esto en el pie —alza la bolsa, dándomela. Me apoyo en el marco de la puerta y agarro la bolsa plástica—. Traeré un banquito para que te duches —dice, antes de girar sobre sus talones e irse.

La miro alejarse y suspiro hondamente.

Brincando, me acerco a mi cama, para sentarme en ella y ponerme la bolsa en la bota de yeso, resguardando el material.

—Puta mierda —murmuro, admirando lo ridícula que me veo con esa cosa alrededor de mi pierna.

—¡No digas malas palabras, Virginia! —me regaña mi madre, entrando por la puerta con el banco de plástico que usa ella para sembrar las flores en el jardín.

Me quedo callada, sin contestarle, más por miedo a que no me ayude, que a otra cosa. Veo hacia otro lado, y sin que ella se dé cuenta, volteo los ojos, un tanto exasperada.

Mamá entra a mi baño para dejar el banco bajo la regadera.

—Lo demás hazlo tú sola, niña majadera —señala ella, sin voltearme a ver, con el ceño bien fruncido, tanto, que me parece que hasta le ha salido una nueva arruga en la frente.

Sale de mi habitación cerrando la puerta fuertemente. Doy un medio brinco, exaltada. Encojo los hombros y me dispongo a darme un buen baño.

***

Me termino de cambiar y salgo de mi habitación, camino el resto

del pasillo, hasta la habitación de mi madre, la cual es la última de la casa. La casa de mis padres, es algo pequeña y tiene una distribución un poco curiosa.

La sala está unida al comedor, sin ninguna clase de división, y al lado del comedor esta la cocina, que solamente está dividida del comedor por un pequeño muro de un metro, que de niña ocupaba como barra desayunadora.

Al lado de la sala, está el pasillo que conlleva hacia el baño para visitas, y después esta la puerta que lleva a mi habitación. Por último, está la puerta de la habitación de mis padres. Por la cocina, se sale al patio de atrás, y al lado derecho, está el que era el taller de mi padre. Es una casa pequeña, aunque es curioso que tenga tres baños y solo dos cuartos.

Me acerco cuarto de mi madre, pero antes de entrar me reacomodo las muletas con los brazos.

Aproximo la mano al picaporte, pero un sonido peculiar me detiene y me quedo quieta, parada solamente con un pie, apoyándome en las muletas.

Agudizo el oído y logro escuchar un leve sollozo, junto a una gran exhalación.

Me acerco un poco más a la puerta y con cuidado, giro el pomo abriendo la puerta unos centímetros. Meto mi cabeza solamente un poco, dentro de la habitación de mi madre y, lo que veo, me hela la sangre, haciendo que mi corazón se detenga.

Trago saliva fuertemente, no obstante, el nudo que tengo en el pecho no desaparece.

Mi cuerpo está completamente tenso, ante la imagen que ante mí se proyecta.

Mi mamá está en una esquina de su cama, dándome la espalda, pero puedo escuchar claramente sus sollozos, puedo, casi, hasta ver sus lágrimas derramándose sobre sus mejillas coloradas. Es como si la estuviera viendo frente a frente. Está totalmente encorvada y su cuerpo se mueve entre cada lamento. En sus manos sostiene una foto. El marco de madera envejecido, delata de qué foto se trata.

Me muerdo el labio inferior y siento mis ojos arder, pero no hay lágrimas en ellos. Aprieto las muletas bajo mis manos.

La foto que sostiene mi mamá es la del día de su boda. Sé cómo se ve la fotografía de memoria, la he visto muchas veces. En ella, se observan a mis padres, ambos sonrientes, felices. Mi mamá lleva un sencillo vestido blanco y mi papá no lleva traje, solamente está en una camisa manga larga de botones y con una corbata pulcramente anudada. Aún recuerdo cuando él me contó que, como no tenía mucho dinero cuando se casaron, y como estaban tan jóvenes —además del hecho de que se casaron a escondidas de mis abuelos—, no tenían

mayor cosa para la boda, por lo que él no pudo comprarse un traje, porque le dio todo el dinero a mi mamá para que ella sí pudiera comprarse su vestido. Para lo único que le alcanzó, fue para la corbata. Según él, nunca había usado una, así que estuvo practicando todo un día, cómo anudársela, hasta que finalmente pudo hacer un nudo Windsor perfecto.

La imagen de mi padre, contándome esto, cuando estaba muy pequeña, se aparece frente a mis ojos, como si estuviera pasando ahora mismo, como si yo no fuera la niña que está sentada sobre sus piernas mientras le enseña la foto.

Sacudo mi cabeza y me centro en mi madre, rezagando todos esos recuerdos, que ahora solo son dolorosos.

—Lo siento mucho, Rodrigo —le susurra mi madre a la foto, sin dejar de llorar. Se limpia la nariz con el dorso de la mano—. Ojalá estuvieras aquí… Ayudame con Virginia —solloza fuertemente, mientras su cuerpo tiembla—. Me he equivocado con ella. Ya no sé qué hacer —deja de llorar, y acaricia con una mano, la imagen de mi papá. Niega con la cabeza lentamente—. Te he fallado…

Siento mi estómago retorcerse y mis ojos arden más que antes.

Con mucho cuidado, cierro la puerta, para luego alejarme de esa escena tan triste, olvidándome de preguntarle, qué cenaremos.

Llego a mi habitación y percibo cómo se mojan mis mejillas. Con mis manos me seco la cara y paro de llorar.

—Está bien, mamá —claudico, bajando los hombros, rascando mi nuca—. Lo voy a hacer —balbuceo mirando hacia el suelo, con una sensación pesada sobre mi pecho.

***

—¿Ya estás lista, Virginia? —pregunta mi madre desde la puerta, metiendo su cabeza en la casa. Tiene una ceja alzada, pero por lo demás no parece muy molesta.

Con mi lengua toco mi colmillo y luego comienzo a caminar, ayudándome con las muletas.

—Ya voy —respondo con tono cansino.

Salgo de la casa y mi mamá pone llave a la puerta, para después salir corriendo hasta el auto y encenderlo, mientras yo todavía voy caminando hacia la puerta del copiloto.

Bufo antes de entrar en el auto, con alguna que otra dificultad.

Mi mamá pone en marcha el vehículo y conduce directo hasta el lugar donde me accidente.

Hoy veremos a la dueña de esa casa… Y, solo espero que sea un poco más benevolente de lo que me la imagino.

Al llegar, lo primero que miro, es el jardín delantero. Esta, con toda la expresión de la palabra, hecho una mierda. Las plantas están, casi

todas, aplastadas o cortadas de cuajo. El que era un hermoso rosal, está hecho añicos sobre lo que quedo de césped, y toda la valla de madera esta destruida, solo se han salvado unos cuantos eslabones, pero no le veo cómo eso puede ayudar.

La rejilla de madera donde terminé cayendo, está en el suelo, toda quebrada, y con ella, la enredadera marchita.

Arrugo la nariz.

Esta tan mal el jardín, que todavía puedo ver las llantas de la moto…

¡La moto!

—Joder —maldigo por lo bajo.

Mi mamá voltea hacia mí, enojada, alzando las cejas y tensando la mandíbula.

—Ni se te ocurra hablar así delante de Leslie —me advierte mi madre, con un rictus que me dice mucho más de lo que quisiera.

Encojo los hombros y me quedo callada.

“¡Joder, la puta moto!” —vuelvo a pensar.

Ivar me va a matar si le pasó algo a esa cosa.

Rasco mi nuca y resoplo.

Tengo que hablar con él, pero cómo le hago, si básicamente he estado custodiada por mi madre desde que salí del juzgado.

¡Carajo!

¡Ni siquiera me había acordado de Ivar!

He estado tan ensimismada, que no me he dado cuenta que esa moto pudo haber quedado destruida.

Carraspeo mi garganta.

—Mamá —la llamo, antes de que ella baje del auto—. ¿Qué le pasó a la moto? —pregunto sin voltearla a ver, observando las marcas de las ruedas, achicando los ojos.

Bajo la cabeza.

¡Joder una y mil veces!

—¿Te refieres a la cosa esa en la que te accidentaste? —cuestiona mi madre con sarcasmo, gruñendo. Asiento con la cabeza, lentamente —. Su dueño fue por ella un día antes de tu juicio. Lo vi, al muchacho —dice mi madre, con un tono de voz agrio, cargado de ironía—. ¡No puedo creer que te involucres con esa gente! —murmura, quejándose, indignada, pero ni así me atrevo a verla, no por ella, sino porque Ivar debe estar muy molesto.

—¿Le dijiste algo? —pregunto con cautela.

—Le pregunté por la moto, temiendo que se hubiera arruinado, pero él dijo que ya lo había arreglado contigo. —Volteo hacia ella, exaltada, con los ojos bien abiertos y la mandíbula desencajada.

—¿Có-cómo que ya lo había arreglado conmigo? —pregunto tartamudeando, sin salir de mi asombro.

—Eso mismo me pregunté, pero no le quise decir nada a él… —le da un escalofrió, que agita su cuerpo y pone cara de haber olido algo en descomposición—. La verdad, no le vi talle de querer hablar conmigo, así que no quise preguntar nada más, supuse que te había ido a ver a la celda —alega, para luego quitarse todo eso la cabeza con una exhalación prolongada. Sale del auto, dejándome completamente inquieta.

—¡Joder! —repito, pasando una mano por mi frente.

Tendré que ir a ver a Ivar lo antes posible…

Mi madre me saca de mis pensamientos, tocando la ventana de mi puerta, abre la puerta y me obliga a salir, ayudándome con las muletas.

—Comportate —sisea en advertencia, para luego soltar la cara y sonreír tranquilamente.

Camino detrás de ella por todo el patio destruido y luego llego al pórtico de la casa. Mi mamá toca la puerta rápidamente.

Al instante se abre la puerta y veo a un señora delgada y más alta que yo frente a la puerta. Va vestida con unos pantalones formales y una camisa floral. Su cabello oscuro, casi negro, ondulado, que lleva bastante corto, aunque no lo suficiente como para considerarlo un corte de hombre. Es muy blanca, de hecho, es la mujer más blanca que he visto. Es algo mayor que mi madre, aunque no creo que se lleven más de 10 años. Sus ojos son oscuros y redondos. Sus facciones son finas y delicadas, y en general, parece una persona amable. Aunque eso no hace que me sienta más tranquila…

—¡Lucía! —saluda a mi madre, alegremente, mostrando una sonrisa sincera y amplia.

—¿Cómo estas Lesli? —le devuelve el saludo mi madre, con una sonrisa más tensa.

—Bien, muy bien —reconoce la otra—. Pero entren —se hace a un lado para dejarnos pasar.

Frunzo en ceño, confundida.

Esto no era precisamente lo que me esperaba.

Una vez entramos nos alienta a sentarnos en su pulcra sala. Una sala muy bonita, pero algo antigua.

"¡Por suerte no me estrelle contra la casa!" —pienso al ver un montón de esculturas de vidrio o cristal, sepa.

Me siento junto a mi madre en un sillón de tres plazas y después de cerrar la puerta, la señora Lesli, toma asiento al lado de mi madre, en un sofá individual.

—Te presento a mi hija, Leslie; Virginia, la delincuente que te arruino el jardín —dice mi madre, tensando la voz y negando hacia mí.

—Buenas tardes —saludo, sintiéndome absurda y fuera de lugar,

queriendo irme de aquí.

—¡Que preciosa muchachita! —exclama la señora Lesli, observándome, sin dejar de sonreír, poniéndome los pelos en punta—. Espero que ya estés bien. No sabes el susto que me llevé cuando te vi tirada en mi patio, luego de escuchar el ruido de la madera quebrándose, y el grito que disté —admite algo horrorizada.

—Lo siento mucho, Leslie —dice mi madre y me da un codazo para que la imite.

—Perdón, señora, no era mi intención… —respondo de forma automática.

—¡No te preocupes, cariño! —resuelve ella, restándole importancia, moviendo la mano.

—De verdad estamos muy apenadas, Leslie —continúa mi madre—. Por eso es que Virginia debe reparar los daños que ocasionó.

—Honestamente, eso no importa, creo que ya le hacía falta una remodelación a mi jardín —se ríe la señora Leslie, achicando sus ojos, muy divertida, como si de verdad no estuviera afectada con la situación.

Mi madre voltea a verme de mala forma, pidiéndome que hable, y que me haga cargo de mis consecuencias, y aunque ella está frente a mí, con el ceño bien marcado y los ojos entornados, no puedo evitar verla, cómo estuvo ayer; llorando en su habitación, junto a la foto de mi padre.

Bajo la cabeza.

—De verdad ciento mucho haber ocasionado tantos problemas —me disculpo sinceramente, aceptando mi responsabilidad, y aunque me estoy disculpando con la señora Leslie, sé que la disculpa va más dirigida a mi madre—. Y tenga por seguro —levanto la cabeza y miro a la señora Leslie—, que yo misma arreglaré su jardín.

—Así es —concuerda mi madre, suspirando profundamente, y puedo sentir cómo, de sus hombros, cae una pesada carga.

Me relajo un poco, sintiéndome mejor.

—No, no creo que lo debas hacer, cariño —exclama la señora Leslie, con una sonrisa dulce y relajada—. Hay mucho por hacer, además hay cosas que no podrás hacer por más que quieras, a menos que sepas de carpintería —se ríe al final, una risa sin pretensiones.

—Ella sabe —habla mi madre, seria, tragando saliva, audiblemente.

La señora Leslie se le queda viendo a mi madre, alzando sus cejas oscuras, sin comprender lo que mi mamá le ha dicho.

—Su padre le enseñó desde pequeña, así que, sí sabe de carpintería. Ella puede rehacer la valla —asegura mi mamá, relamiéndose los labios, con el cuerpo rígido.

—¡Ah que bien, entonces! —profiere la señora Leslie, con una sonrisa incómoda en su rostro, aunque creo que es por cómo está mi

madre.

Creo que, hasta ella se dio cuenta que nuestra mecánica familiar es un poco, delicada, como para tratarla con extraños.

—Cuando te recuperes puedes venir a arreglar, y hacer todo lo que puedas —acuerda la señora Leslie, volteando a verme, sonriendo naturalmente.

—Si no tienes inconveniente, Leslie, creo que lo mejor es que comience en unos días, lo antes posible —dice mi madre, todavía un poco tensa.

—Yo no tengo inconveniente, pero creo que sería bueno que ella se repusiera —la señora sellala mi pierna enyesada.

—No te preocupes por eso —le quita importancia mi madre, y noto cierto dejo de malicia en el tono de voz—. Para lo que hará, no necesita estar mucho tiempo de pie, además, hay que aprovechar que tiene vacaciones de la universidad, ¿no es así, Virginia? —voltea mi madre hacia mí, ladeando la cabeza y lanzándome una mirada que no admite apelación.

—Con gusto vendré lo antes posible, si le parece bien —claudico, sin dejar de ver esa imagen de mi madre en la cama, sollozando, diciéndole a la fotografía de mi padre, que no sabe qué hacer conmigo.

—¡Esplendido! —aplaude la señora Leslie, emocionada—. Aquí te espero, cariño —me sonríe abiertamente.

“¡Genial!” —pienso amargamente en mi cabeza, aunque por fuera le devuelvo la sonrisa a la señora Leslie.

4

Días después…

Es de noche, y ya no puedo seguir postergando ponerme en contacto con Ivar, debo hablar con él, sin importar la hora.

Cierro con pestillo la puerta de mi cuarto y, silenciosamente me desplazo hasta mi cama. Saco mi celular y dudo por un momento, viendo la pantalla del teléfono, sin saber si, mandarle un mensaje o llamarlo.

Resoplo y me reacomodo en mi cama, para finalmente mandarle un mensaje corto, diciéndole que quiero verlo.

Las palabras de mi madre vuelven a mi cabeza… Ella dijo que cuando Ivar habló con ella sobre la moto, él le dijo que él ya lo había solucionado conmigo…

¡No tengo ni idea de a qué se refería Ivar con ello!

Me muerdo el labio inferior, mirando a cada momento mi celular, sintiéndome nerviosa.

Hasta ahora, no sé cómo habrá quedado la moto de Ivar. Puede que no le haya pasado nada grave, después de todo, solo me estrellé con una piedra, que tampoco era muy grande, no obstante, una vez salí despedida, no sé qué ocurrió con ella

Paso mi lengua por mi colmillo, distinguiendo la dureza de mi diente contra mi lengua.

Tarda unos minutos en responder, pero finalmente, un mensaje llega a mi celular. Me precipito a abrir el mensaje y lo leo una y otra vez.

"Estoy libre ahora, si quieres puedes venir a verme."

El mensaje es simple y me deja un poco desconcertada. A decir verdad, no sé ni cómo interpretarlo, no sé si lo ha escrito enojado, o si lo ha hecho sin ninguna emoción.

Exhalo profundamente hasta que no hay aire en mis pulmones.

Miro mi habitación, pulcramente ordenada, sin nada fuera de orden.

Sin salir de la cama, me acerco a mi ropero y lo abro, para sacar de él un montón de ropa. Disgusta por lo que voy a hacer, tomo la ropa y la meto bajo las sabanas, formando con ella un bulto similar al que haría mi cuerpo bajo las mantas.

Levantándome de la cama, le doy mejor forma a la ropa, asemejando más y más, la forma de mi cuerpo. Sé que normalmente la gente hace esto con almohadas, pero yo no tengo suficientes almohadas, además, mi madre se daría cuenta que no soy yo si no ve mis almohadas en su lugar, es decir, junto a la cabecera de la cama.

Por último, busco mi cazadora y me la pongo con un poco de cuidado, debido a que, al levantar mi brazo izquierdo, el dolor en mi costado amoratado se hace muy evidente, pese a que ya lo tengo mucho mejor que antes.

Me vuelvo a sentar en la cama y me coloco la bota ortopédica para poder caminar con el yeso. Por suerte, al venir de la casa de la señora Leslie, mi mamá me la compró, aunque ella lo hizo para que pudiera ir a trabajar a la casa de esa señora…

Una vez ya estoy lista, tomo mi celular y mi cartera, abro lentamente la ventana que está al lado de mi cama. Es una ventana "primavera", de buen tamaño. Una vez lo suficientemente abierta, quito lentamente todos los paneles que componen la ventana, dejándolos cuidadosamente sobre el suelo, empujándolos por debajo de la cama. Una vez ya no hay vidrio de por medio, desprendo el marco de los barrotes para luego bajarlo al suelo del patio delantero, sobre la grama, con sumo cuidado, para no hacer ruido. El marco es de madera, sólida y bien construido —por mi padre—, sin embargo, al ser mi padre un carpintero, aprendí muchas cosas de él. De hecho, recuerdo cómo en una ocasión el marco de una de las ventanas de la sala se había caído y juntos la reparamos. Solo digamos que eso me sirvió después, cuando comencé ir a fiestas y mi madre no me dejaba, a salir por mi propia cuenta.

Me río suavemente, al pensar en la primera vez que destrabé el marco de mi ventana. Era de día y mi mamá estaba trabajando, así que fui al taller de mi padre y saqué las herramientas que necesitaría. Me tardé un mundo en hacerlo, y casi me ve una de las vecinas "comunicativas" del barrio, no obstante, después de una hora y media de lucha, pude quitar el marco y luego elaboré una forma para poderlo quitar y poner sin necesidad de hacer ruido.

Una vez tengo paso libre, me agacho y me escabullo por mi ventana, pasando primero mis pies y luego el resto de mi cuerpo.

Al salir, vuelvo a colocar el marco de la ventana. Camino despacio hacia la calle, con el fin de no despertar a mi madre. La grama bajo mis pies hace que mis pasos sean menos sonoros, pero debo esquivar las hojas secas del limonero de mi madre.

En la calle, camino un poco más hasta llegar a la calle principal. Paro al primer taxi que pasa y le doy la dirección del taller/casa de Ivar.

"Voy para allá."

Le mando el mensaje a Ivar.

En la carretera, mis nervios aumentan, y no estoy muy segura si he tomado la decisión correcta de ir a verlo. Debe de estar molesto todavía. Ivar se enoja horrible, no es de esas personas que se guarda el sentimiento, si quiere decir algo indebido o hiriente, lo dice. Lo he

visto explotar pocas veces, ninguna contra mí, sin embargo, esas ocasiones, pese a que no estaba molesto conmigo, ni siquiera me volteó a ver.

Me rasco la nuca, mientras veo cómo las casas quedan atrás.

Al llegar al taller, le pago al taxista, y rápidamente salgo del vehículo, en un momento de valentía, cojeando, con un poco de dolor, debido a lo que he tenido que caminar, toco el portón del taller.

Espero ansiosa por unos minutos, poniendo las manos en las bosas de mi cazadora, viendo cómo mi aliento sale en forma de una pequeña nube.

Pasan unos minutos, que se sienten como una eternidad y luego, el portón es abierto velozmente, y frente a mí, aparece Ivar.

Va vestido solamente con uno bóxer negro ligeramente ajustado a su anatomía, dejando expuesta su piel blanca y bajo esta, sus músculos bien definidos. Me relamo los labios, pasando la vista desde sus piernas desnudas y duras, marcadas por horas y horas de ejercicio; mi vista sube hasta su bóxer y me quedo fascinada mirando cómo se marca su miembro, aunque ni siquiera esta erecto, y creo que tengo la impresión que se nota más debido a que sus manos están en su cadera, en jarra. Es como si quisiera que advirtiera, más de la cuenta, esa parte de su cuerpo.

Subo más la mirada, y me topo con su firme abdomen, que se contrae y extiende en cada inhalación y exhalación que realiza.

Suspiro lentamente, sintiendo mi corazón latir apresuradamente, mientras mi temperatura se eleva. Ya no siento frío, en absoluto, por el contrario. Mi entrepierna se calienta más que las otras partes de mi cuerpo, y comienzo a sentir esa sensación de cosquilleo dentro de mis entrañas, pidiéndome que me acerque más a Ivar, y tengamos una larga sesión de sexo puro y duro.

Elevo más mi cabeza y me quedo trabada observando el tatuaje intrincado de su brazo derecho. Es un tatuaje de un hacha vikinga con miles de detalles que no he logrado descifrar todavía. Sé que en el hacha hay runas vikingas con diferentes significados. Ivar me dijo lo que simbolizaba cada runa en una ocasión, pese a ello, solo recuerdo la del circulo con cuatro medio círculos saliendo de este, que quiere decir: “conseguir todos los deseos”; y la otra que parece los puntos cardinales con una “x” en medio que, significa “protección ante los peligros”.

Ver su tatuaje me remueve más, haciéndome tragar saliva con dificultad. Desde adolescente, siempre me sentí atraída por los chicos malos, y los tatuajes que tienen muchos de ellos.

Por último, estudio su rostro, que solo demuestra que, mi gusto por esos hombres con apariencia ruda y maliciosa, es evidente con él. Ivar es rubio por naturaleza, un rubio algo oscuro, sobre todo en esa barba

espesa que siempre lleva que parece que nunca ha recortado, cuya boca prácticamente desaparece debido a ella. Su nariz es recta y fina, aunque cuando se enoja, sus fosas nasales se ensanchan y lo hacen parecer todo un toro embravecido…

Contengo la respiración y me quedo atontada cuando nuestros ojos se conectan. Sus ojos celestes son pequeños, pero no estoy segura si se debe a que sus cejas pobladas, están en más relieve que sus ojos. Sin embargo, su mirada es lo más intimidante en él; es una mirada siniestra parecida a la de un depredador.

Ladea la cabeza y alza la ceja. Su cabello se mueve con el movimiento, y me doy cuenta que lo anda suelto, no como acostumbra a andarlo, es decir, siempre lo lleva en una coleta. El cabello de Ivar es algo largo, lo lleva hasta los hombros. Ahora, le cuelga, ondulado y revuelto.

Respiro profundamente, tratando de volver a la realidad.

—¡Tienes una puñetera suerte! —exclama sin cambiar el gesto, sin revelar sus emociones, ni siquiera ha elevado su voz.

—¿Qué? —pregunto aturdida, sin dejar de ver sus pectorales duros y anchos.

Endereza su cabeza y baja la ceja. Quitando su mano derecha de su cadera, me hala con ella hacia adentro, para luego cerrar el portón con un golpe duro y seco, que resuena en todo el taller.

Me exalto con el golpe, lo que termina regresándome a la realidad.

—¿Cómo está la moto? —pregunto, un tanto preocupada.

Ivar cruza los brazos bajo sus pectorales, viéndose más alto de lo que es, y mucho más corpulento.

—Primero —comienza a hablar sereno, aunque advierto cierta tensión en su boca—, nunca más te la voy a prestar, incluso si me prometes que la mamarás durante todo el resto de su vida —acota, sin que sus palabras suenen vulgares, aunque sí suenan bruscas—. Segundo, y repito, tuviste una puñetera suerte para que no le pasara nada, mejor dicho, casi nada —sellala la moto, y la miro casi como siempre, aunque al verla bien, noto que el retrovisor del lado derecho no está—. Y, por último —se acerca a mí lentamente, con pasos firmes. Sin darme cuenta, retrocedo hasta que mi espalda topa con el portón del taller. Ivar pone ambas manos al lado de mi cabeza, arrinconándome completamente contra el portón—, tienes suerte de que seas tan jodidamente sexy —concluye, antes de agacharse y poner su boca sobre la mía.

Es un beso violento, rápido, como si estuviera buscando cobrarse con mi cuerpo lo que le he hecho a su amada moto.

Mi organismo comienza a responder al suyo, al instante en el que él me toca.

Sus labios suaves y delgados contrastan a la perfección con los

míos.

Ivar acerca más su entrepierna a la mía, rosándose contra mi cuerpo, aunque en realidad, su miembro queda a la altura de mi abdomen.

Pongo mis manos sobre sus pectorales, sintiendo el contraste entre su piel ligeramente suave y sus músculos duros y tensos.

Él tiene su cuerpo contra el mío, pese a que su torso está un poco despegado del mío debido a su altura.

Se aparta de mí, deteniendo sus labios.

—Te voy a cobrar todo lo que me has hecho pasar —susurra cerca de mis labios, rosándolos al hablar. Su voz se ha engrosado más, haciéndola parecer más grave de lo que es.

Baja sus manos hasta mis glúteos, me los apretuja por un momento, y luego me hace subir mis piernas hasta su cadera, y poner mis manos detrás de su cuello, agarrándome fuertemente de su cuerpo. Noto el dolor de mi pierna enyesada, pero justo ahora nada de eso me importa.

Me vuelve a besar, con hambre, desenfrenadamente, queriéndose comer mis labios, introduciendo ligeramente su lengua en mi boca.

Mi pecho se expande y contrae rápidamente, aunque me llega poco aire a los pulmones. El corazón me late deprisa. Pero nada de eso me importa.

Me remuevo contra él, pero el pantalón no me permite sentir mucho.

Ivar me toma con más fuerza, juntando más mi cuerpo al de él, y así, me lleva escaleras arriba hasta su departamento. Al llegar arriba, sigue caminando hasta su habitación, para luego, bruscamente, arrojarme contra la cama.

En la caída, abro los ojos y lo veo quitarse el bóxer con una destreza magnifica, dejando al descubierto todo su cuerpo desnudo frente a mí.

El corazón se me detiene al contemplar su grande y duro miembro. Me mareo un poco con la falta de oxígeno, pero no puedo dejar de sentir lo que mi organismo está experimentando; algo que solo él me provoca.

—Vamos, bebé, quitate todo eso —dice, señalando mi ropa.

Sin que me diga más, me siento sobre su cama, sin dejar de mirar su cuerpo. Y, como si él estuviera diciéndole a mi cerebro qué hacer, me comienzo a quitar la ropa.

Me quito sin cuidado la cazadora, para luego proseguir con mis pantalones de chándal, nuevamente, prestados por mi madre, ya que justo ahora, es básicamente lo único que me puedo poner debido al yeso. Antes de quitarme del todo los pantalones, me quito la bota ortopédica, arrojándola todo al mismo sitio.

Ivar no espera que me quite la demás ropa, sino que se lanza sobre mí, recostándose sobre mi cuerpo, y haciendo que me adhiera sobre la cama.

Me besa la boca primero, pero esta vez no se entretiene tanto en ella. Sus labios descienden hasta llegar a mi cuello, donde succionan, sin ninguna delicadeza, mi piel.

Sus manos se deslizan debajo de mi camiseta y la va levantando poco a poco, para luego separarse de mi cuerpo y quitármela por la cabeza.

Una vez me quita la camisa, se inclina y comienza a besarme el escote, exponiendo más mis senos al poner sus manos bajo la pretina del sostén, apretando ahí, alzándolos. Con ese movimiento, logra sacar mi seno derecho de su envoltura. Se aparta ligeramente de mi piel, para colocarse mejor sobre mi cuerpo, dejando sus piernas al lado de las mías.

Rueda sus manos por mi cintura y luego hacia mi espalda, desabrochando mi sostén. Me quita la prenda por la cabeza, pero justo antes de quitarla del todo, con los brazos alzados, anuda, como puede, mi sostén a mis manos.

—Recuerda que puedo hacer lo que quiera con tu cuerpo —me dice, acordándome de lo que le prometí.

Asiento, atontada, respirando agitadamente, sin poder apartar mis ojos de su turbulenta mirada, llena de lujuria.

Me hace agarrarme al respaldo de la cama y luego baja nuevamente su cabeza hasta mis senos. Tomándose más tiempo del que quisiera, respira sobre mi pecho, dejando caer su aliento caliente sobre mi pezón, irguiéndolo más.

Me remuevo bajo él y, silenciosamente, le pido que ya no se tarde tanto, pero él solo me voltea a ver y me regala una de esas sonrisa traviesas y descaradas que siempre pone antes de divertirse, por mucho tiempo, con mi cuerpo, llevándome al límite del placer, solo para luego detenerse, o demorarse, volviéndome completamente loca.

—¡Ivar! —gimo, alzando más mi torso, dispuesta a que tome entre sus labios, mis senos.

Con una mano baja mi cuerpo, poniéndola, a su vez, sobre mi seno izquierdo. Perezosamente su boca se acerca a mi seno derecho. Abre la boca, sacando su lengua y lame despacio —muy despacio— mi pezón, haciéndome gemir, poniendo todos mis vellos en punta.

Me remuevo otra vez, no obstante, sus piernas me inmovilizan, haciendo que mi cadera quede apretada contra sus piernas.

Me quejo, pero a él no le importa.

Acerca más su boca a mi piel y se mete todo mi pezón, calentándome más.

Puedo sentir mi entrepierna totalmente caliente, húmeda,

preparada para que él entre dentro de mí.

Su lengua y su boca me consumen, en el fuego de la pasión. Observo cómo mueve su cuerpo sobre el mío. Los músculos de su espalda se contraen constantemente, mientras su boca se revuelve sobre mi pezón, estimulándolo más y más.

Desde mi posición, admiro su espalda amplia, junto con el otro tatuaje que tiene su cuerpo. En medio de sus omoplatos tiene el tatuaje del "nudo de Odín", entrelazado con el "Aegishjalmur", una especie de circulo y triángulos que tanto me fascinan observar.

Todos los tatuajes de Ivar, se debe a su origen… todos hechos únicamente en tinta negra, lo que le confiere a su piel un toque más varonil, estando alrededor de tanta blancura.

Una vez está feliz con el trabajo que ha hecho en mi seno derecho, pasa a realizar un trabajo similar con mi pecho izquierdo, sin dejar de excitar el derecho con su mano.

—¡Ivar! —ruego, desesperada, con la voz entrecortada. Mi cuerpo necesita con desesperación al suyo, estoy casi por tocar el cielo. Casi veo el final del arcoíris…

Se separa de mí al instante, dejando de magrearme, abriendo más sus piernas, quitando la presión que me inmovilizaba.

Abro grandemente los ojos, sintiendo su ausencia en todo mi cuerpo.

Lo veo hincado, conmigo en medio de sus piernas, con las manos paralizadas. Me remuevo otra vez, mordiendo mi labio inferior, admirando su duro pene, que gustosa quiero probar de todas las formas posibles.

Lo escucho reír ligeramente, una risa burlona.

Sin decirme nada, me da media vuelta, aplastando mis pechos contra la cama y poniendo mi trasero en pompa.

Jadeo al percibir sus manos grandes y rudas contra mi cadera. Su miembro se coloca entre mis glúteos, abiertos por sus manos.

Se frota lentamente contra mis bragas húmedas.

—Así me gustas, nena —me da un azote suave, que resuena en toda la habitación.

Gimo, desesperada, aunque la fricción de su miembro contra mi entrada está provocando que me precipite más y más hacia mi nirvana.

Se detiene en seco, alejándose nuevamente.

Rezongo, toda estimulada, con el cuerpo muy caliente; la piel me quema y solo quiero poder encontrar la satisfacción que tanto necesito.

Pese a ello, Ivar no me presta atención. Pone sus manos en la pretina de mi braga y la baja lentamente por mi cuerpo hasta que la deja enrollada sobre mis rodillas, haciendo un nudo con ellas para que

no pueda separar las piernas, y me deja en esa posición en la que él me ha colocado: con las manos y piernas paralizadas.

—¡Me encanta cuando estás en esta postura! —sisea, con la voz más ronca y sexy que alguna vez le escuché—. Me encanta que tus caderas y tu trasero se ven más grandes y sexuales —prosigue, calentándome aún más.

Si algo me hechiza de Ivar, es que a él le fascina la parte que más odio de mi cuerpo…

Mi cara hierve de lo caliente que siento todo el cuerpo. Mi piel hormiguea, mi vagina pide a gritos ser atendida por su miembro.

Sin darle más prorroga, Ivar, me embiste rápida y profundamente, de una sola estocada, sacándome, de un jadeo, todo el aire de los pulmones.

Arrugo sus sabanas entre mis manos y presiento cómo, mi cuerpo, cae en el precipicio del placer, haciéndome contraerme por dentro violentamente, explotando todos y cada uno de mis sentidos. Mis oídos se quedan sin poder escuchar nada más que mi acelerado corazón y mi tumultuosa respiración.

Abro la boca para gritar, pero nada sale de mis labios.

Ivar me sigue penetrándome, enloqueciéndome más y más, sin tener reparo en que estoy llegando a mi limite, que estoy muy sensible como para soportarlo.

—¡Ivar! —susurro quedamente, sin poder hablar con claridad, rogándole para que se detenga un poco.

Sin manos duras aprietan mi cadera, agarrándome fuertemente, manteniéndome en mi lugar.

Por un segundo, se queda quieto, completamente dentro de mí.

Percibo cómo, dentro de mí, todo se mueve alrededor de él, no obstante, me relajo un poco cuando él para.

Una leve capa de sudor cubre mi cuerpo entero.

Antes de que pueda recomponerme del todo, Ivar empieza a agitarse nuevamente, acelerando más el paso; llevándome, una vez más, al risco y tirándome al paraíso.

Esta vez, sí grito, sintiendo cómo mi cuerpo se convierte en lava liquida. Mi entrepierna se humedece más y todo mi cuerpo se contrae en rápidos y deliciosos espasmos.

Cansada me desplomo, flácida, sobre la cama, siendo sostenida por está.

Ivar se ha detenido. Volteo un poco la cara y lo miro, con los ojos cerrados, masturbándose, hasta que su esencia cae sobre mi espalda, cálida y espesa.

Se derrumba al lado mío, recostándose sobre la cama, boca arriba.

—Dame un momento, y ya verás, nena —promete con la voz entrecortada, tomando mi rostro con sus manos. Reacomoda mi

cuerpo con sus piernas y manos, bajando mi cadera, y poniendo parte de mi torso sobre su cuerpo.

Escuchó su respiración agitada y su corazón acelerado.

Beso su pectoral izquierdo y me quedo ahí, quieta, sintiendo el calor de su piel y escuchando su corazón latir.

5

Camino por la calle, sosegadamente. Ya casi estoy por llegar a mi casa. Es de madrugada, el sol ha comenzado a salir, pintando el cielo poco a poco.

He tenido que caminar despacio debido a mi pierna, después de todo, la he sometido a mucho trabajo, lo que ha provocado que me duela, aunque no es nada grave.

Después de tener sexo, nuevamente, con Ivar, nos quedamos dormidos sin apenas darnos cuenta, y cuando me desperté hace una media hora, me di cuenta que ya era muy tarde, o temprano, dependiendo desde qué perspectiva se quiere ver.

De mi billetera, saco el cigarrillo de repuesto que siempre llevo en mi cartera, obtengo el encendedor que ando en la bolsa derecha de mi cazadora y enciendo en cigarro, dando la primera calada del día.

Llevo algún tiempo sin poder fumar a gusto, ya que a mi madre no le gusta que fume, tome, o haga cualquier cosa, básicamente. En casa, trato de respetar sus reglas, pero ahora no estoy en casa.

Doy una gran calada, mantengo el aire dentro de mí por un instante y luego lo expulso por la boca, lánguidamente, formando una pequeña nube frente a mí que luego atravieso.

Con todo, mi pierna enyesada no es lo que más me molesta justo ahora… El rose de mis piernas me incómoda más y más a medida me muevo. Cuando me cambié, no pude ponerme mis bragas, pues Ivar, al quitármelas de las rodillas, las guardó para sí, en su mesita de noche. Siendo honesta, no tuve el valor de quitárselas, simplemente me vestí con todo lo demás. Incluso si él hubiera estado despierto cuando me levanté, no creo que se las hubiera pedido, al menos no después de ver cómo me las quitaba, las olfateaba y las guardaba. Recordar sus ojos tan libidinosos, sus pupilas dilatas… es algo que siempre me va a excitar, y sería una tontería querer recuperar unas bragas para no sentir la incomodidad que ahora tengo.

Me encojo de hombros. Da igual lo que pase a mi ropa interior… si vuelvo a tener, otra vez, sexo, cómo el de ayer, bien me puede enviar a mi casa con solo una camisa y me daría lo mismo.

Desarticulo mi cuello, moviéndolo de un lado a otro. Doy otra calada al cigarro, sacando el humo por la nariz, embriagándome con ese delicioso vicio.

Antes de entrar al patio de la casa, apuro el puro y me lo termino velozmente, tirándolo al suelo, apagándolo con mi zapato. Con el pie, arrojo la colilla hacia la casa del vecino, lo más lejos posible.

Llego hacia mi ventana, quito el marco y entro a mi habitación.

Cansada, bostezando grandemente, vuelvo a colocar el marco, para después poner cada uno de los paneles de vidrio.

Una vez todo queda en orden, me acerco a la puerta y le quito llave. Sabiendo perfectamente que a mi madre no le gusta que mi puerta quede de esa forma. Creo que ella se imagina que podría meter a un hombre en la casa y que, ponerle el cerrojo significa que estoy con un hombre, adentro, follando indiscriminadamente… ¡Cómo si lo pudiera hacer bajo sus narices!

Bufo, ante la idea ridícula de tener sexo en mi habitación.

Debo reconocer que sí lo hice una vez, cuando era más joven, de hecho, fue mi primera vez, pero ahora mi habitación sigue pareciendo un poco juvenil, y aunque por el momento solo tengo de pareja sexual a Ivar, ninguno de los hombres con los que he estado desde mi adolescencia, se imaginarían que mis sábanas son de color rosado pastel y que tengo un oso grande, sentado en una silla en la esquina de mi cuarto. Mucho menos se imaginarían que tengo un poster autografiado de Carrie Underwod. O que hay un diploma al mérito, enmarcado, donde se me reconoce por mis habilidades en matemáticas, o que junto a este hay una banda al mérito por ser el primer lugar en el bachillerato…

No creo que alguien llegue a imaginarse mi verdadero cuarto. Cierto, desde hace muchos años yo no he modificado nada, pero eso no quiere decir que las cosas que están colgadas o, en general, cómo se encuentra decorada mi habitación, no me guste.

Me sigue gustando, Carrie Underwod, en especial la canción "Before he cheats"; sigo estando orgullosa de haber sacado esas cosas al mérito, sobre todo por el tiempo que me llevó obtener las calificaciones que me condujeron a estar sobre el promedio, y lo que por supuesto, hizo que consiguiera una maldita beca para estudiar en la universidad.

Sin embargo, a mi santuario, no pienso dejar entrar a nadie, mucho menos a esos hombres con los que solamente tengo sexo. Ni siquiera me quiero imaginar la cara que pondría Ivar de entrar en mi cuarto, o si tan solo supiera una de esas cosas.

Vamos, que mi fama no es de nerd, ni de niña bien, mucho menos de responsable. Se me conoce por revoltosa, por drogadicta, incluso, aunque eso último es mentira —yo de maría no paso—.

¡Las personas ni siquiera saben cuál es mi primer nombre!

Sonrío complacida.

Y, me gusta que nadie sepa nada de eso…

Quito la colcha de mi cama y con ello reacomodo mi ropa dentro del ropero, ubicándola exactamente dónde estaba antes de armar la pantomima.

Una vez tengo todo en su puesto, me libro de la bota ortopédica y

cuelgo la cazadora.

Me tiro a la cama, sintiendo el palpitante dolor en mi pierna.

Sobo mi costado al sentir un poco de malestar. Por suerte, debido a la luz, Ivar no logró ver el gran morete que tengo al costado, o si lo vio, no dijo nada.

Veo mi teléfono, verificando la hora. Son casi las seis de la mañana, lo que significa que todavía tengo unas horas antes de comenzar mi castigo…

Bostezo grandemente, estirándome sobre mi cama.

Me acobijo completamente, poniéndome del lado bueno.

Los ojos se me comienzan a cerrar y en nada, me quedo completamente dormida.

***

—¡Levantate ya, Virginia! —canturrea mi madre, moviendo mi cuerpo de un lado a otro.

Como puedo, abro pesadamente un ojo y al instante, lo vuelvo a cerrar debido a que la luz que entra por la ventana, me enceguece.

Me remuevo bajo mi edredón, queriendo quitarme las manos insistentes de mi madre, que no paran de halarme para que me termine de despertar.

—¡Dejame ya! —exclamo, molesta, con la voz ronca y suave.

Frunzo el ceño cuando mi madre me quita la cobija.

Abro los ojos de inmediato, completamente enojada, viéndola de mala forma, achicando los ojos, frunciendo lo más que puedo el entrecejo, mientras aprieto los labios para no decirle algún improperio.

—Anda ya, Virginia, tienes que ir a arreglar el patio de Leslie —alega mi madre, con toda la calma del mundo, para luego darse media vuelta y caminar hacia el pasillo. Una vez está fuera de mi cuarto, y antes de cerrar la puerta, gira nuevamente hacia mí—. Debes estar lista en menos de 45 minutos —indica, con un tono de voz que no admite objeciones.

Asiento, sin cambiar el rictus, observándola mientras cierra la puerta y desaparece de mi vista.

¡Genial!

Me desperezo y a mi mente vienen los recuerdos de hace unas horas. Puedo sentir la tela del chándal pegada a mi trasero, recordándome que no traigo puestas bragas.

Sonriendo ligeramente, me levanto, por fin, de la cama y, utilizando la misma bolsa que use ayer para poder bañarme, me encamino a la ducha, sintiendo un poco incómoda la pierna, pero después de lo que hice ayer, y ahora… era de esperarse.

Me baño tranquilamente, sentándome en el banco que mi madre

trajo ayer.

Una vez estoy limpia, busco la ropa para ponerme, pero no encuentro nada que pueda pasar por el yeso. La mayoría de mis pantalones son ajustados, lo que significa que no pueden pasar por mi jodida pierna.

Revuelvo toda mi ropa hasta que finalmente doy con unos pantaloncillos negros, que tengo desde hace años, los cuales solo he usado dos veces.

Resoplando, encojo los hombros.

¡Ni modo!

Me pongo los pantaloncillos y una camisa desmangada con la sonrisa del logo de Nirvana. Meto mi pierna buena en un calcetín y me calzo las botas, una ortopédica y la otra normal.

Seco mi cabello con la toalla y lo cepillo.

Una vez considero que estoy más que arreglada, sobre todo considerando que me va a tocar ensuciarme… tomo mi cazadora, guardando en ella mis llaves y mi celular.

Salgo del cuarto y me encuentro con mi madre en el comedor. Ella, ya está desayunando un gran pedazo de tarta de manzana verde, junto a una taza de café.

—Todavía quedó una rebana de tarta en el frigorífico —señala la refrigeradora, para después meterse un gran bocado de comida.

Achico lo ojos y niego con la cabeza.

—Sabes que no puedo comer nada de eso —comento, observando su plato, y lo bien que se ve su comida.

Sacudo la cabeza, de manera imperceptible, quitándome las ganas de la cabeza.

—Cierto, no comes nada de harina —se burla mi madre, para después, ante mi incrédula mirada, saborear otro trozo de tarta, como si fuera la mejor cosa que hubiera comido, haciendo pucheros y toda la cosa.

Abro el frigorífico y saco un pedazo de papaya, me siento en la mesa y como tranquilamente, sin prestar mucha atención a mi madre, quien no para de exagerar su reacción con la comida.

—Creo que estás muy obsesionada con el hecho de que te puedan crecer más las caderas —alega mi madre, dejando los platos sucios en el fregadero.

Ruedo los ojos y sigo comiendo mi fruta.

—Sabes que tienes mí mismo tipo de cuerpo —acota ella. Le volteo a ver, mientras ella se mira su cuerpo, para asentir más segura—; y con honestidad, no está nada mal. Sí, tengo un poco más de caderas que tú, pero no es nada grave, Virginia —toca mi hombro, apretándolo suavemente.

Me quedo viendo mi papaya.

Giro la cabeza para ver la refrigeradora y luego vuelvo a mi plato.

A mi mente viene la expresión de Ivar cuando me dio vuelta, poniendo mi trasero en pompa. Su mirada completamente excitada, mientras observaba mi trasero y cadera… me deja sin palabras.

—Aun así… —digo en voz alta, terminando mi fruta.

***

Una vez estamos frente a la casa de la señora Leslie, salgo del auto de mi madre.

—Te vendré a traer a las dos de la tarde —me indica ella, antes de que me aleje del carro, luego arranca y se va.

Resoplo, acongojada, pasando mi mano derecha por mi nuca.

Camino hacia el pórtico de la casa y toco el timbre dos veces.

Al instante, la señora Leslie abre la puerta.

—Hola, preciosa —saluda cordialmente, sonriendo grandemente, para luego dejarme entrar en la casa—. Siento tenerte que hacer venir tan temprano en tus vacaciones, pero debo irme al trabajo y necesitaba decirte algunas cosas antes…

—No hay problema —digo, fingiendo una sonrisa tranquila, aunque por dentro quisiera decirle que preferiría estar en mi cama, descansando la pierna.

—Bien, mira yo normalmente no paso por la casa, y aunque mi hijo sí lo hace, ahora mismo no está en el país, así que te dejaré abierta la casa por cualquier cosa —habla rápidamente, mientras se termina de poner su chaqueta de punto y calzar unos tacones de abuelita—. Cuando te vayas, solo cierra con la llave que hay en ese porta llaves —señala la cosa detrás de mí. Volteo a verlo y luego asiento—. En el patio trasero, al cual puedes acceder desde el frente o desde la casa, hay un pequeño estudio que ocupaba mi exmarido, en donde todavía hay algunas herramientas. Puedes usar lo que quieras —hace una pequeña pausa, para luego continuar—. Siento tener que dejarte ese desorden ahí afuera, pero desde que pasó todo, no he podido arreglar nada por falta de tiempo, y porque realmente soy una inútil para todo lo que tiene que ver con jardinería. ¡Ni siquiera planté nada de lo que hay aquí! —exclama riendo por lo bajo—. Mi exmarido hizo todo eso, excepto lo de la valla, digamos que no tenía la habilidad —susurra con picardía, alzando las cejas.

Sonrío para no verme mal, asintiendo, como si comprendiera a qué se refiere, cuando no es cierto.

—Bien, pues te dejo. Siéntete como en tu casa. Puedes usar lo que quieras. Ahí está la cocina y utiliza lo que desees —termina, señalando rápidamente un cuarto, para luego salir corriendo, cerrando la puerta tras de ella.

Me quedo parada por un minuto, observando mi alrededor.

La casa de la señora Leslie se parece un poco a la mía, nada más que es más amplia y por supuesto, aquí sí hay divisiones entre cuatro y cuarto. En general, la decoración es similar a la que hace mi madre cada vez que "remodela" la casa, mejor dicho, cada vez que mueve los muebles, dejando las cosas de forma distinta.

Los sillones de tela, con un diseño de abuela, son parecidos a los que hay en mi casa. Frente a estos, hay una televisión de mediano tamaño, empotrado en una juguetera hecha de madera, aunque desde aquí puedo notar que está un poco maltratada por el tiempo y por la falta de barniz. Al lado derecho de la sala, hay una gran ventana que da a un pequeño patio "pasillo", que es donde creo que terminé por accidentarme.

El terreno mide alrededor de los diez metros, dentro de los cuales, la construcción está en los ocho, y al lado derecho, hay un "pasillo", por llamarlo de alguna manera, que según entiendo, conecta al patio delantero con el trasero.

La curiosidad me puede un poco y exploro la casa, abriendo los cuartos, viendo la cocina, en donde también está un pequeño comedor redondo, luego miro el baño y hasta veo, por encima, la habitación principal, que asumo que es la de ella. Por todos lados noto fotos de la señora Leslie junto a un niño. Su hijo probablemente debe de tener unos doce años máximo, o al menos eso aparenta en sus fotos.

Es un niño delgaducho y pálido, tan blanco como su madre y con el mismo oscuro color de cabello, y también la misma forma ondulada, casi rizada. Ojos tan oscuros como los de su madre, aunque a diferencia de la señora Leslie, los tiene rasgados, como la mayoría de asiáticos: son achicados y su doble parpado no está cerca de la cuenca del ojo, sino casi en las pestañas; pese a ello, no tiene ojos pequeños.

Sigo fisgoneando la casa, para luego toparme con una puerta cerrada, la cual asumo, debe tratarse de la habitación del hijo de la señora Leslie.

Saciada mi curiosidad y sin mayor cosa que observar, camino hacia afuera de la casa y comienzo a ordenar todo el patio, recogiendo primero los trozos de madera desperdigados por todo el lugar.

Parte de la reja donde me fui a estrellar, está en el frente del patio, pero puedo ver cómo, en realidad, estaba colocada al lado.

Una vez recojo todas las piezas de madera, el pie me pulsa fuertemente, y el dolor pasa de incómodo, a de verdad doler mucho.

Me siento en las gradas del pórtico y espero unos minutos a que el dolor baje.

Me quedo viendo todo lo que me hace falta por hacer, y todo lo que necesito traer para poder seguir con los arreglos necesarios. Para comenzar tengo que entrar al taller de mi papá y revisar si quedó suficiente madera, después de que él murió. Aunque lo más probable

es que sí haya, puesto que, a él le gustaba tener una buena reserva, por si le encargaban un trabajo de improvisto.

Rasco mi cabeza y con una sonrisa nostálgica, recuerdo las veces en las que le estuve ayudando a él a construir cosas o arreglar otras tantas. Aún puedo acordarme cuando me ponía a trabajar junto a él, a veces me daba clases de carpintería y otras, simplemente era para arreglar cosas que se había arruinado en la casa, como esa vez que cambiamos el grifo del lavaplatos, o cuando cambiamos el dado del interruptor de mi cuarto. La mayoría, por supuesto, eran cosas sencillas, pero él decía que yo tenía que aprender a hacer todo eso, para que algún día, yo pudiera realizar lo que quisiera con mis propias manos, sin tener que pagarle a nadie. Sospecho que en realidad, nosotros hacíamos la mayoría del trabajo, ya que no teníamos mucho dinero como para pagar a una persona especializada en ello.

Pese a que los trabajos de arreglar la casa eran sencillos, las clases de carpintería se las tomaba muy enserio, casi todos los días me enseñaba algo nuevo. Él sabía que yo no quería hacer una carrera parecida a la suya, pero siempre insistía en que aprendiera, porque era una tradición familiar. Mi abuelo, que en paz descanse, le había enseñado a él todo lo que sabía, y su padre le había enseñado a él. Como mi padre no tenía más hijos, me enseñó a mí, aunque una vez me dijo que, incluso aunque hubiera tenido otro hijo, y este hubiera sido hombre, él siempre me habría enseñado a hacer de todo.

En cuanto a la jardinería… de eso sé muy poco, por lo que tendré que ver la manera de poder arreglármelas. Quizás deba hacer uso del internet…

Alzo la cabeza, bostezando grandemente, y una vez siento que ya mi pierna no duele tanto como antes, me levanto y sigo trabajando, aunque esta vez, lo hago viendo cuáles plantas se salvaron y cuáles no.

Hacia las dos de la tarde, termino todo por completo, me siento, cansada, a esperar a mi madre, con los hombros encorvados y el pecho sumido, medio recostada sobre uno de los pilares del pórtico.

Todavía no he revisado lo que se supone que tiene la señora Leslie, en el estudio del patio trasero.

“Ya mañana lo haré” —me digo moviendo mi mano, con displicencia, agotada por no haber podido dormir mis ocho horas diarias y luego tener que trabajar, incluso con el dolor de la pierna.

A las dos en punto, el carro de mi mamá se detiene y me pita.

Levanto mi trasero y camino, arrastrando el pie hasta el auto.

—¿Qué tal tu día? —pregunta mi madre, mirando mi progreso, alzando la cabeza sobre el timón para ver todo el patio.

—Al menos ya se ve limpio —digo, derrumbándome contra el asiento.

Mi madre asiente y luego salimos hacia la casa.

6

Al llegar a casa, me quedo sentada en la sala, poniendo elevando el pie, utilizando un cojín bajo mi pierna.

Estoy agotada, y lo peor, es que todavía me faltan muchas cosas por hacer.

—Mamá —la llamo, gritando, mientras ella sirve la comida—, creo que un día de estos tendré que quedarme para poder hacer la cerca aquí, en el taller de papá. Además, creo que voy a necesitar dinero para poder comprar algunas cosas —comento, volteando a verla.

Mi madre se queda quita por un minuto, con la cuchara metida en la comida china, aprieta los labios, asimilando lo que le acabo de decir. Gira su cabeza para poderme ver.

—Dime qué necesitas y yo te lo compraré —indica, con la voz ligeramente quebrada. Carraspea su garganta antes de seguir sirviendo.

Al instante, me arrepiento de haber nombrado a mi padre. Aunque ya lleva algún tiempo muerto, aún es algo reciente para mi madre. Para ser honesta, a veces me parece que esos cinco años que han pasado, son solamente un espejismo; en ocasiones, el dolor se siente más fuerte, y tan reciente, que no parece que ya lleva enterrado ese tiempo.

—Ven a comer, Virginia —señala mi madre, seria, con la cara fría, sin hacer ningún gesto que me indique cómo se siente.

Rasco mi nuca con mi mano derecha y luego me levanto del sillón.

Lo mejor será que ya no pregunte nada que tenga que ver con mi papá.

***

Cuando mi madre regresa a su trabajo, como cajera en un banco, me quedo tirada en la sala, mirando la televisión, aunque cada tanto se me cierran los parpados y tengo que espabilarme moviendo la cabeza de un lado a otro, rápidamente.

El teléfono celular vibra en mis pantaloncillos, notificándome que me acaba de llegar un mensaje.

Saco el celular de mi bolsillo y lo veo.

Me enderezo apresuradamente, totalmente alerta al ver que el mensaje es de Ivar, y no de la compañía telefónica, tal y como supuse en un primer momento.

“Este viernes quiero verte… Tenemos planeado ir a la playa. Debes venir, me lo debes.”

Trago saliva sonoramente, al intuir para qué me quiere ahí.

Un sábado al mes, los chicos de la pandilla de motociclistas los "Vikingos", como le puso Ivar hace muchos años, salen en sus motos hacia algún lugar. Creo que les gusta sentir el viento en sus mugrientas melenas largas, pero parte de mí, sabe que lo hacen por exhibicionistas. De hecho, fue así como conocí a Ivar, en uno de esos "tours" que andaba con los demás, ellos pasaban por una feria a la que yo había ido junto a alguien. Se había detenido un momento y yo me acerqué a Ivar para pedirle fuego para mi cigarro. Recuerdo lo dramático que fue al quitarse su casco y rebelar su cara.

Ivar puede decir lo que quiera, pero a él le gusta tener esa apariencia del estereotípico "hombre malo", y por supuesto, a mí también me gusta, de otra forma no tendría sexo con él.

Después de prender mi cigarro, me pidió mi número de teléfono, y como no soy de andar con rodeos… una cosa llevo a la otra, es decir, tras vernos esporádicamente algunas veces, nos convertimos en… ¿cómo decirlo?: ¿Amantes?, ¿folla-amigos? Bueno, lo que sea. Para esa época aún me daba un poco de vergüenza que todos supieran qué hacíamos en privado, pero poco a poco, les he ido perdiendo el temor a esa bola de hombres que no son más que unos lujuriosos de mierda, es más, ahora hasta me llevo bien con la mayoría de ellos.

"Ya veré cómo hago para escaparme"

Le respondo a Ivar, después de un rato, solamente para que no piense que estoy pendiente de mi celular, esperando algo de él.

Levanto mis cuatro letras del sillón y camino hasta el patio trasero de la casa. Me quedo viendo la puerta de madera del taller de mi padre. Hace mucho nadie entra a ese lugar… debe estar lleno de polvo.

Toco mi colmillo con la lengua, sintiendo su punta afilada.

Niego con la cabeza, exhalando profundamente.

Si quiero que mi mamá me dé permiso para ausentarme este fin de semana, tengo que trabajar duramente en la casa de la señora Leslie, y para ello, tengo que comenzar con la verja de madera que destrocé…

Desde que mi papá murió no he podido entrar a su taller, y mi madre tampoco lo ha hecho. Sé que esta abierto, porque todo quedó tal cual lo dejó él, así que ni mi madre ni yo, nos hemos atrevido a ponerle el candado con el que siempre se cerraba por fuera.

Aprieto mis manos en dos puños, cierro los ojos por un instante, agarrando las fuerzas suficientes.

Doy un paso al frente y luego otro, extiendo mi mano derecha y la pongo en la manija de la puerta, tomo firmemente la pomo y halo lentamente la puerta, escuchando el chirrido de esta al abrirse.

Inspiro hondo y luego me adentro al taller. A tientas, busco la luz del lugar y la enciendo. Todo a mi alrededor cobra vida propia y parece como si estuviera viendo a mi padre trabajar en algo, aunque

él no está aquí.

El fuerte olor a madera inunda mis fosas nasales. Una sonrisa leve aparece en mis labios, aunque mi vista se comienza a distorsionar a causa de las lágrimas que se acumulan en mis ojos, recordando todo lo que he pasado en este lugar, recordándome de él.

Niego con la cabeza, deshaciéndome de ese sentimiento agridulce.

Observo mi alrededor. Hay algunas telarañas por aquí y allá, y un montón de polvo, pero de ahí, todo lo demás, se ve… igual.

Paso mi mano por la mesa de trabajo de mi padre, donde está también, empotrada, la sierra que ocupaba.

El gabinete de las herramientas esta tan ordenado como él lo mantenía, es decir, no tiene ninguna clase de orden.

Hay bastante madera al final del taller. Toda esta apilada unas sobre otras, sin importar nada el tamaño.

En el suelo todavía hay volutas de madera, que se esparcen por todo el lugar. Las herramientas más pesadas están en otra mesa, en la que normalmente él tenía acostumbrado dejarlas como mejor quedaran.

"¡Mi papá era una persona muy desordenada!" —pienso, riendo por lo bajo, aunque no estoy muy segura de qué es lo que me causa gracia.

Contemplo todo el lugar, inhalando profundamente, queriendo guardar en mi nariz, todos los recuerdos tristes que esto me trae a la mente.

—Al menos hay la suficiente madera —digo en voz alta, bajando los hombros y encorvándome un poco.

Camino hasta la mesa de herramientas, y me doy cuenta que mi padre dejó a medio hacer una cosa. Dejo lo que estaba viendo en su lugar. Me acerco a la esquina en donde están unas cosas a medio hacer. Hay una mesita de noche, que estoy segura nunca vinieron a reclamar, porque ya está terminada, aunque le hace falta el barniz. De ahí, hay algunas cosas que están cortadas, pero no parece que haya nada semi terminado, a excepción de otra cosa que ya casi no le quedaba nada para terminarla, pese a que no está ensamblada.

Por las piezas, de inmediato me doy cuenta que se trataba de una cuna. Es una cuna muy bonita, o al menos eso parece; los barandales están pulcramente tallados y la verdad es que parece que le dedico mucho tiempo.

Probablemente para quien la estaba haciendo ya no la necesite.

Suspiro y me alejo de ahí.

Me acerco a las tablas de madera sin ocupar y veo sí hay lo suficiente para trabajar, pero desde antes estaba más que claro que lo había.

Una vez termino mi leve inspección, vuelvo al mueble de las herramientas y tomo la cinta métrica y algunas cosas más, como el

cinturón de herramientas de mi padre.

—¡Creo que mañana me veré genial! —me digo, mientras me pongo el cinturón de mi padre y me visualizo con él.

***

Al día siguiente, mido todo el frente de la casa, y hago mis respectivas anotaciones, e incluso, un pequeño boceto de cómo puede quedar la verja. También he medido el lugar donde pondré la nueva rejilla de madera. Riego las plantas que han quedado invictas y veo que otras plantas se pueden sembrar, aunque para ello debo hablar con la señora Leslie.

"Mañana lo haré" —me prometo, pensativa.

Trato de trabajar lo máximo posible, porque ya se acerca el fin de semana y debo estar preparada para poder pedirle permiso a mi madre y que esta me deje salir durante el fin de semana.

Obviamente, cuando le pida permiso a ella, no pienso decirle que voy a ir con Ivar. Hasta donde ella sabe, Ivar no es más que mi amigo, o al menos eso fue lo que me dio a entender ella cuando me comentó que había hablado con él, respecto a la moto. La verdad, no tengo ni idea si ella sabe que tengo algo físico con él, y tampoco creo que ella me lo vaya a decir, o prohibir…

En ese sentido, creo que mi madre no me puede prohibir que salga con nadie, o que tenga relaciones sexuales con un sujeto, puesto que ella y mi padre se casaron muy jóvenes, por lo que creo que ella no me puede juzgar. Sí, puede que ellos hayan llegado vírgenes al matrimonio, pero ¿quién se casa al recién cumplir los 20?

Al terminar con las actividades del día, voy directo al patio trasero de la señora Leslie, para revisar qué es lo que tiene aquí. Tengo que saber con qué puedo trabajar.

Observo el patio trasero de la casa. Es bonito, en general, está bien arreglado. La grama está completamente verde, y hay muchas plantas, de diferentes tipos, aunque hay algunas que les hace falta una buena podada.

Tiene unas canastas de mimbre, colgadas del techo de la casa, de donde salen algunas plantas. También hay un solitario columpio hecho con un neumático, que está anclado a la rama de un árbol, en la otra esquina del patio, opuesto al cuarto pequeño de madera que hay frente a mí. El cuarto se parece al taller de mi padre, solo que parece más una mini cochera que un almacén. Claramente, por el tamaño, no podría encajar con una cochera.

Me acerco a él y abro la puerta.

Alzo las cejas, abriendo más los ojos, sorprendida de encontrar muchas cosas de jardinería, que probablemente me hubieran ayudado ayer a hacer mi tarea más rápida.

—¡Tonta de los cojones! —me reprendo.

Seguramente todas estas cosas fueron del exmarido de Leslie, ya que ella admitió que no sabe nada de plantas.

¡Inclusive tiene una podadora mecánica…!

Resoplo, enojada por no haber revisado todo esto ayer.

¡Vaya que sí fui una tonta!

Clasifico algunas cosas que me pueden servir para poner la verja y luego para arreglar el patio, plantar otras cosas. Puedo poner más macetas adelante, debido a que Leslie tiene al menos tres desperdiciadas aquí.

Una vez acabo, me retiro del lugar, cerrando la puerta detrás de mí.

Saco mi celular del chándal de mi madre y veo la hora, solo para encontrar un mensaje de Ivar. Ni siquiera escuché el celular…

El mensaje es de hace una hora, cuando estaba regando las plantas que quedaron vivas.

"Nos vemos mañana por la noche. Dime dónde te paso a traer, o si vas a venir a mi casa."

Me muerdo el labio al pensar en qué contestar. No le pienso decir que me puede ir a traer a mi casa, porque esa no es una opción, pero tampoco creo poder volver a caminar dos calles para tomar un taxi y aparecerme en su casa.

Cuando me doy cuenta que ni siquiera puedo decirle que voy a ir, vuelvo a guardar el celular en la bolsa del pantalón, para un segundo después volverlo a sacar y ver la hora, justo cuando escucho el claxon del carro de mi madre.

Vuelvo a guardar el celular en el bolsillo, y luego troto hasta el frente de la casa, subiéndome de inmediato al carro de mamá.

***

—¿Mamá? —carraspeo mi garganta, llamando su atención, dejando de comer y viéndola fijamente.

Me muerdo el interior de mi mejilla, un tanto nerviosa.

—Dime —contesta ella, sin dejar de comer.

La observo por un momento, parece tranquila, relajada, incluso. Creo que el trabajo no ha ido mal hoy… quizás sí es el momento oportuno para preguntarle.

—Quisiera ver si me puedo ausentar este fin de semana —pregunto, sin realmente hacerlo, tanteando la situación. Ella deja de comer y alza la cabeza, viéndome, más bien, estudiándome. Su ceño se frunce, pero continúo—. Verás, una amiga mía —pienso rápidamente en un nombre—, Ana —digo lo primero que se me ocurre… aunque de inmediato me arrepiento, sin embargo, sigo hablando—, quiere hacer una especie de pijamada —me relamo los labios.

¡Santo Pepe Grillo, ni yo me estoy creyendo esta mentira!

¡Quién se creería que yo, o cualquier joven de 20 años, va a hacer una pijamada!

—El caso es que ella me ha invitado, y quiero ir. ¿Puedo? —pregunto finalmente, sonriendo grandemente, ladeando la cabeza y mirándola como hacía cuando estaba niña.

Se me queda viendo, achicando los ojos.

—¿Piensas que después de todo lo que has hecho en estos días, te permitiré salir de la casa? —cuestiona con sorna, rezongando ligeramente, con los ojos entornados, hasta que casi se le ven en una fina línea.

Trago saliva, sin dejar de sonreír.

—He cumplido con mi parte, mamá —trato de ser razonable—. He hecho todo cuanto me has pedido. He estado arreglando el patio de esa señora, he estado arrestada por más de tres días, pagando lo que he hecho —afirmo, elevando cada vez más el tono de mi voz, tensando la mandíbula, siseando tenuemente—. ¿Acaso no me merezco un poco de libertad? —pregunto con la voz tensa.

Mi madre comienza a reírse sonoramente, llevando su cabeza hacia atrás, secándose una lagrima de ojo.

La miro anonadada, con la boca abierta, sin poder creer lo que estoy presenciando.

—Tú sí que estás mal —dice, volviendo a su buen humor. Se levanta de la mesa y tira el resto de su comida a la basura y luego deja el plato en el fregadero—. Estoy siendo muy blanda contigo, Virginia —afirma, poniendo una mano en mi espalda, acercándose a mí desde atrás—. Otras madres no habrían hecho nada de lo que hice por ti, así que considerate afortunada de que tu castigo se reduzca a hacerte responsable de tus actos, como cualquier adulto —alza la voz, haciendo realce en sus palabras—, y, por supuesto, eso incluye no salir de la casa hasta que me dé la gana —quita la mano de mi cuerpo y se desplaza hasta su bolso, lo toma y me sonríe burlonamente—. De aquí no sales a menos que tengas que trabajar para Leslie.

Mi madre gira sobre sus talones y se va al trabajo, dejándome sin derecho a réplica, sin la posibilidad de poder decirle nada.

Agacho la cabeza, mientras revuelvo mi largo cabello con las manos, dejándolo en una maraña.

Me quedo pensando… alzo mi cabeza y pongo mis manos en la mesa. Tamborileo con los dedos, moviéndolos repetidas veces.

Quizás no sea mala opción hacer como que acepto sus palabras y luego fingir que sí me quedo en casa…

Saco mi celular y le escribo un mensaje a Ivar.

“¿Cuánto tiempo estaremos afuera?”

Sigo moviendo los dedos sobre la mesa.

Necesito saber si tengo tiempo suficiente como para poder volver a

casa sin ser descubierta.

Al rato, cae la respuesta de Ivar.

"Volvemos el sábado en la mañana. Hay que trabajar"

Por un minuto, pienso en su respuesta, desarrollando todos los escenarios posibles… En la mañana no me sirve. Conociendo a los amigos de Ivar, seguro que todos se levantarán pasadas las diez de la mañana y eso significa que no podré volver a la casa en ese tiempo… A menos que…

Marco rápidamente el número de mi madre, sé que es poco probable que me responda, pero tengo que intentarlo.

Al segundo pitido, la escucho contestar.

—¿Qué pasa Virginia? —me pregunta, acelerada, mientras la escucho hablar con un cliente.

Una vez la oigo volver al teléfono, hablo.

—Sabes que tengo que hacer la verja, ¿no? —espero a oír su confirmación para seguir. Ella simplemente emite un sonido afirmativo—. Bien, pues estaba pensando en que sería bueno que comenzara desde mañana, aunque no creo que pueda terminar mañana, quizás si pueda terminar en el fin de semana… pero antes de eso no.

—¿Y qué quieres que yo haga? —cuestiona sin más, seria.

—Para comenzar, sería bueno hablar con la señora Leslie, y decirle que no podré ir ni mañana, ni el sábado, para poder hacer la verja y solo llegar a su casa a colocarla —le explico a ella, con toda tranquilidad, hablando rápido para no darle mucho tiempo a pensar.

Mi madre se queda callada por un momento, analizando la situación, considerando mis palabras.

—Está bien, hablaré con ella, pero ni creas que por eso no te vas a levantar temprano, como lo has estado haciendo estos días. No. Tú, señorita, vas a cumplir con el mismo horario que has tenido hasta ahora —advierte con tono acusativo.

—Sí, te prometo que lo haré —concuerdo solemnemente.

—Si solo es eso…

—Sí, sí, ya te dejo trabajar —le digo antes de colgar, con una gran sonrisa en el rostro.

"Ahora, solo falta poder convencer a Ivar de volver en la madrugada" —pienso, poniendo mi lengua contra mi mejilla, achicando los ojos, mientras mi sonrisa se comienza a agrandar poco a poco, hasta estar a su máxima capacidad, cual gato Cheshire.

Levanto mi plato y lo dejo en el fregadero, pero después me doy cuenta que quizás sea mejor lavarlo y fingir que me estoy portando bien.

Lavo tanto el plato mío como el de mi madre, después meto las sobras del almuerzo de comida rápida que mi madre trajo, al

frigorífico.

Una vez tengo todo listo y limpio, saco de mi cazadora la página en la que he anotado las medidas de la casa de la señora Leslie.

Entusiasmada con la idea de poder avanzar con mi plan, camino hasta el taller de mi padre y comienzo a sacar todas las cosas necesarias para realizar la tarea. Selecciono la madera que voy a ocupar, y como no soy mi padre, que podía hacer todo a pulso, sin ninguna clase de boceto, busco un pliego grande de papel y ahí dibujo mi prototipo.

No es que yo tenga mucha idea de carpintería, sé un poco más de lo básico, mi papá no llegó a enseñarme todo, por supuesto, pero hacer una valla… Eso sí que lo puedo hacer. Y lo haré entre hoy y mañana, así si no puedo dormir el sábado, ya tendré listo todo sin que mi madre se dé cuenta, y creerá que lo hice todo el viernes y el sábado.

Muevo las cejas repetidas veces, admirada por mi sencillo pero efectivo plan.

Quizás no sea un plan macabro, o descabellado, pero es tan simple que debe de funcionar.

Mi mamá solo me fiscaliza si he trabajado, pero si compruebo que he trabajado el sábado, no podrá intuir que en realidad me la pasaré durmiendo, porque es imposible que después de una salida con Ivar no quede destruida.

En cuanto a él, puedo convencerlo de volver temprano, pero no podré, ni querré, evitar que sus manos estén sobre mi cuerpo.

Conociendo a Ivar, él querrá follar durante toda la noche y madrugada, y con honestidad, yo también lo quiero. Quiero poder sentir su cuerpo contra el mío, sus manos grandes y fuertes en mis caderas o mis pechos.

La cara se me calienta, entre otras partes de mi cuerpo…

Sacudo la cabeza y vuelvo a mi trabajo, no sin antes responderle a Ivar con un mensaje.

“Te veré sobre las once de la noche en la intercesión cercana al taller.”

—Creo que, me voy a escapar de nuevo —me digo en voz alta, mordiendo mi labio inferior, ligeramente excitada con la idea de pasar follando toda la noche con Ivar.

7

El viernes me la paso metida en el taller de mi papá, terminando de cortar y perfilar los pedazos de madera con los que voy a armar la verja. Una vez creo tener los suficientes “postes” para armar la verja, comienzo a hacerle los orificios para luego poderlos ensamblar unos con otros.

A las cinco de la tarde, antes de que mi madre venga a casa, decido esconder parte de mi trabajo, para que así ella, no se dé cuenta; aunque dudo mucho de que venga a el taller. Dudo mucho que ella pueda entrar aquí, no creo que esté preparada emocionalmente para ello, después de todo, mi padre fue el amor de su vida, el único hombre con el que ha estado. Antes de que mis padres se conocieran, ella no tuvo otra pareja, y después que se conocieron, se hicieron novios y luego se casaron. Una vez él murió, ella no ha vuelto a salir con nadie, pese a que todavía está lo suficientemente joven y sana como para poderlo hacer.

Miro hacia el piso del taller, lleno de virutas de madera, así como en los buenos tiempos y sonrío de inmediato, percibiendo una cálida sensación en el pecho.

Al salir del taller, me sacudo los pies y la ropa, quitando los restos de madera que me han caído.

Por lo menos, ya tengo todo listo para que el lunes pueda comenzar a hacer la verja.

—Y falta mucho más —pienso en voz alta, cansada, bostezando grandemente.

Entro a la casa y a los poco minutos llega mi madre del trabajo.

Me he desparramado en el sofá, no he podido ni llegar a mi cuarto.

Miro a mi madre entrar a la casa, cargando las compras de la semana, la observo verme por un minuto, para luego llevar las compras a la cocina.

Es probable que ahora esté pensando que soy una holgazana que no ha querido ayudarla, pero justo ahora el pie esta que me revienta.

—¿Qué vamos a comer? —le pregunto bostezando nuevamente. Los ojos me comienzan a pesar y estoy casi segura que si me acuesto aquí, me quedo dormida.

—Pienso pedir comida a domicilio —dice ella, mientras guarda las compras en la lacena o en el frigorífico.

—Otra vez… —reniego, levantándome un poco del sofá para poder verla mejor.

Se queda parada donde esta, viéndome fijamente, sin hacer ninguna expresión que delate en qué está pensando.

—Virginia, yo trabajo ocho horas diarias, y vengo muy cansada de tratar con personas que, a producto de gallina, quieren que haga lo que ellos quieren, sin entender que yo trabajo bajo ciertas normas… ¿Y pretendes que venga a seguir trabajando aquí? —me cuestiona, frunciendo ligeramente el ceño, entornando los ojos, como si se estuviera preguntando: ¿qué carajos le pasa a esta niña?

Bajo la cabeza y vuelvo a lo mío, sin agregar nada más, principalmente por qué no sé qué decir.

Me levanto del sillón y comienzo a caminar por el pasillo, agotada, con un dolor en la pierna que no puedo aguantar si estoy de pie.

—Al menos pídeme una ensalada —le grito a mi madre, sintiéndome ligeramente molesta, aunque ni yo sé bien por qué he de sentirme molesta.

Escucho cuando ella mete y ordena las compras, pero no dice nada más.

Sintiéndome incómoda, me encierro en mi cuarto. Tomo mi celular y los cascos y pongo un poco de música. Primero comienzo a reproducir música de “Epica”, de “The Pretty Reckless”, para ya después, sin que yo me dé cuenta, reproducirse “My María” de “Brooks & Dunn”, una canción que me cantaba mi padre, la razón de que mi primer nombre sea María, y bueno, también porque mis padres eran católicos, bueno mi madre aún lo es, aunque no como para ir tan asiduamente. Sonrío encantada con la canción.

Me reacomodo en la cama y le doy al reproductor para que reproduzca la misma canción una y otra vez, hasta que me quedo dormida.

***

En la noche, después de comer y una vez mi madre se ha ido a su habitación para poder dormir, me meto a la ducha y me baño a conciencia, dejando mi piel sin ningún vello corporal y suavizándola con cremas.

Una vez estoy lista para cambiarme, busco en mi armario qué ponerme, y encuentro una falda del uniforme escolar. Hace mucho no la ocupo, más o menos cuatro años. Esta en perfecto estado, y por supuesto, ahora me debe de quedar un poco más corta que antes. Digamos que el último estirón lo di cuando tenía dieciocho, así que debería quedarme a mitad del muslo.

Debo reconocer que antes no me llamaba la atención llevar una falda plisada de cuadros rojos y negros, pero ahora se me antoja un poco morbosa.

Alzo una ceja y me muerdo el labio inferior. Seguro que a Ivar le encantará.

Me pongo primero unos pantis de encaje negro, lo suficientemente

pequeñas para apenas cubrir mi trasero, aunque en su defensa, eso no quiere decir que sea poca tela. Dejo mi busto al natural, al fin y al cabo, no tengo problemas con él, dado que no tengo el gran montón como otras mujeres, tampoco es que tenga poco, pero la gravedad no me afecta lo suficiente.

Veo mi pierna enyesada de mala forma.

¡Maldita cosa!

De no ser por esto, me podría ver más sexy, todavía.

Paso mi pierna normal por la falda y luego la otra, cuando intento abrocharme la falda, la cosa no coopera y me la tengo que subir un tanto más para podérmela cerrar.

—Mejor, así enseño más pierna —pienso en voz alta, encogiendo los hombros, sin considerar que, la razón de ello, es que he engordado desde que salí del colegio.

Saco una de las camisas más sexy que tengo dentro de mi armario. Es una camisa desmangada, con el cuello redondo, con el logo de los "Ramones". Es una camisa que, si se mira de frente, no parece peculiarmente sexy, pero, por los lados, los orificios por donde se meten las manos, son tan profundos que hasta se llegan a ver el dorso de mis senos, y si me descuido mucho, hasta puedo llegar a enseñar todo.

Esta camisa normalmente no la uso, a menos que lleve algo por dentro, no obstante, el objetivo de este día no es parecer una santa, sino seducir completamente a Ivar, y de esa forma terminarle de pagar por la motocicleta.

Sé que suena un poco… extraño, dicho de esa manera, pero es lo que él me pidió en recompensa por haberle arruinado el retrovisor a su amada moto.

Lo más probable, es que esa cosa se haya jodido cuando salí disparada de la moto y esta se calló hacia ese lado.

¡Da igual!

Incluso si no tuviera que pagarle por la moto, buscaría seducirlo, porque me apetece.

Me peino el cabello, dejándolo al natural, con ondas que van desde la mitad de mi cabeza hasta mi cintura. Maquillo mis ojos con delineador y rímel negro, resaltando más, su forma almendrada, y su color avellano. Mis ojos siempre han sido una parte de mi cuerpo que me fascina, porque siempre son bien expresivos, no solo por su forma, sino por las pestañas largas y rizadas que tengo. Por el contrario, mis labios pálidos, desprovistos de pigmentación, siempre son un problema. Paso un brillo labial sobre estos, con un leve color rojo, y quedo lista.

Ya pasa de las diez de la noche, lo que significa que me debo apurar sino quiero hacer esperar a Ivar, aunque casi puedo jurar que él no me

esperaría… lo más probable es que si no llego a tiempo, me deje tirada.

Me calzo mi bota, la cual llega hasta por debajo de la rodilla, sin tacón. Y a mi pie derecho le pongo la bota ortopédica.

Una vez arreglada, me miro al espejo y, de no ser por la pierna enyesada, me gustaría mucho más cómo me veo. Pese a ello, no estoy nada mal, incluso yo puedo aceptar que ahora me gustan mucho cómo se ven mis caderas y mi trasero.

Tomo una cartera que puedo atravesar transversalmente sobre mi pecho y luego me pongo mi cazadora, con cuidado, vuelvo a hacer lo que la última vez hice: pongo la ropa sobre mi cama, simulando mi cuerpo, cierro la puerta con llave, y luego quito los paneles de vidrio de mi ventana. Por último, destrabo el marco de barrotes de mi ventana para pasar mi cuerpo por este y luego lo vuelvo a acomodar.

En silencio, camino por la grama del patio delantero y luego por la calle, esperando que nadie más me vea.

Al llegar a la intercepción en la que voy a esperar a Ivar, me quedo ahí parada, observando el cielo. Las estrellas ya han salido, pero ya no se ven tantas, como cuando era niña.

Meto mis manos en la cazadora y extraigo un cigarrillo y el encendedor. Prendo el pitillo e inhalo fuertemente. Vuelvo a su lugar mi encendedor y espero pacientemente a Ivar, fumando con tranquilidad, sintiendo cómo, el frío aire de la hora, golpea mis piernas desnudas.

A lo lejos, escucho el sonido de las motos de los “Vikingos”.

¡Vaya nombre de mierda que le puso Ivar a su grupito!

El sentimentalismo de sus orígenes noruegos, le valió para usar ese nombre. En lo que a mí respecta, es un nombre un poco soso, aunque igual me hubiera dado que tuviera otro nombre… Para el caso, cualquier nombre que se le pone a un grupo de motociclistas, es absurdo y les quita masculinidad.

Apago mi cigarro con el pie y espero hasta que pasan todas las motocicletas, con los muchachos sobre ellas, silbándome, sin importarles que detrás de la mayoría de ellos, vayan sus mujeres.

La última moto, en la que va subido Ivar, se detiene frente a mí.

Apaga el motor por un segundo y luego se quita el casco, tan dramáticamente como la primera vez en el que lo conocí.

—¡Vaya, sí que me has quitado las ganas de ir a la playa! —exclama, viéndome de pies a cabeza.

Frunzo la nariz, sin entenderlo ni un poco.

—¡Qué dices! —me burlo de él.

—Con esa falda tan corta, me dan ganas de volver al taller y cogerte encima de esta moto —afirma, alzando una ceja, observando mis caderas por mucho tiempo.

Trago saliva y me relamo los labios.

—Y eso que no has visto que hay por abajo —le digo, imitando su gesto, para luego remover un poco mi cazadora y ponerme de lado para que vea el escote debajo de mis brazos.

Ivar se aclara la garganta y luego ve hacia sus amigos.

—Súbete —murmura con la voz más ronca de lo normal, incluso, se le sale un poco su acento, el cual no lo tiene tan marcado.

Me pasa el casco y luego me lo pongo. Sin cerrarme la cazadora, me subo tras de él, pegándome mucho, a su ancha y fuerte espalda, dejando que sienta mis pechos desnudos bajo mi camisa.

Pasa una de sus manos por mi pierna, estrujándola ligeramente, para luego arrancar la moto y ponerla en marcha.

Tomo su cintura con fuerza, y sé que es probable que estaría más cómoda tomando la parte trasera del asiento, pero no lo quiero hacer.

Rápidamente, alcanzamos al grupo. Todos se enfilan directo hasta la playa.

Admiro el camino que pasa por mi vista, mirando cómo el paisaje cambia rápidamente. Dejamos atrás la ciudad y con ello, las casas y los edificios grandes, para adentrarnos en la interestatal.

Quito mis manos del abdomen de Ivar y abro los brazos, sintiendo el aire, moviendo mis dedos de un lado a otro, estudiando cómo rompo el aire al mover las manos, o cómo fluyo con él.

—Agarrate bien —me grita Ivar con la voz acallada por el viento.

Me tomo nuevamente de su cintura y él acelera más.

Al poco tiempo, doblamos hacia la izquierda y luego de unas cuantas cuadras, en las que solo hay palmas de coco, vemos la playa.

Sonrío emocionada, cual niña pequeña, viendo fijamente el gran océano que se extiende ante nosotros, azul y majestuoso.

Deben de ser la media noche, por lo que, teniendo en cuenta la marea, no es bueno meterse a nadar, pero no hemos venido a eso, todos lo sabemos.

Ivar y los demás, estacionan sus motos en el parqueo y luego todos comenzamos a bajarnos.

Bajo primero y me quito el casco, soltando mi cabello al viento.

Respiro hondo, cerrando los ojos, sintiendo el aroma del mar, es decir, una combinación de sal, arena, y no sé qué más.

Advierto las manos de Ivar en mi cintura, desde atrás, aunque no sé a qué hora se puso ahí. Baja su cabeza, hasta que su barbilla se posa en mi hombro derecho.

—Debí haber cambiado la playa por el taller… —susurra en mi oreja—. Quiero metértela una y otra vez —remarca, acercándome más a su cuerpo, con la voz más gutural, más sexy.

Huelo su olor natural, embriagándome con él, con su esencia masculina.

—Vamos con los demás —digo, abriendo los ojos paulatinamente, dándome cuenta de que todos ya están en la arena.

Me alejo de él, comenzando a caminar, directo hasta la playa, una vez piso la arena, mi bota ortopédica se hunde más que mi bota normal y camino lentamente para no llenarme mucho el pie, aunque para ello, acostumbro a llevar un calcetín blanco que he estirado mucho.

Al instante, Ivar se coloca al lado mío, poniendo una mano en mi cintura, posesivamente, aproximándome más a su cuerpo, pegando su costado con el mío.

—¡Ahí viene la parejita! —exclama uno de los chicos.

—Eh, Raudi, yo ya te hacia muerta, por haber arruinado la moto del jefe —grita Jon, riéndose a carcajada.

—¡Y por eso no tienes novia Jon! —exclamo yo, dejándome llevar por la situación, burlándome de él, por no entender la mecánica detrás del sexo, y lo que puede hacer para que las personas dejen de estar molestas.

Todos comienzan a reír, concordando conmigo.

Ivar se sienta y luego me hala de la mano para que me siente entre sus piernas. Nuevamente pone la mano sobre mi cintura, asegurándose de que no me moveré si él no quiere.

Todos comienzan a hablar tranquilamente, mientras algunos de ellos se montan la fogata, y otros van por una hielera que venía montada en la moto de Jon, ya que es de los pocos que no traía a nadie atrás de él. Cuando la traen, comienzan a repartir las cervezas.

—Espera, espera —dice Jon, deteniendo la mano de Carter, quien anda repartiendo las cervezas—, Raudi ni siquiera tiene edad legal para esto —se me queda viendo serio, negando con la cabeza.

—Estas jodiendo, ¿verdad? —le pregunto ladeando la cabeza.

—Para nada —niega fervientemente, cerrando los ojos—. Eres una niña pura y santa. El hecho de que al jefe le haya parecido bien ser pedófilo contigo, no significa que todos vamos a irrespetar la ley —afirma categóricamente, gesticulando mucho.

—Callate, Jon, ella no es una niña, ya tiene más de veinte, y es legal hace más de dos años —dice Ivar, comenzando a enojarse, apretando más mi cintura, llevándome más contra su cuerpo.

Jon alza las manos, derrotado, aunque con una sonrisa burlona en los labios.

Entorno los ojos y me le quedo viendo, para luego aceptar la cerveza que me ofrece Carter.

Carter se va con su novia, sobándose la cara, sabiendo que de no haber estado yo ahí, hubieran golpeado fuertemente a Jon. Creo que también Jon lo sabía, por eso mismo ha aprovechado la oportunidad de mofarse de su mejor amigo por andar con una mujer 7 años menor

que él.

—No le hagas caso a ese idiota, bebé —me indica Ivar, haciendo hincapié en la palabra idiota, gritándola en dirección a Jon.

Giro la cara y ante la mirada de todos, lo beso apasionadamente, ganándome el abucheo de Jon y los silbidos de los demás.

Ivar pone ambas manos a mi alrededor e intensifica el beso, metiendo ligeramente su lengua dentro de mi boca.

—¡Váyanse ya un motel! —grita, por enésima vez, Jon, y todos comienza a reír.

Nos separamos, respirando agitadamente, me le quedo viendo a Jon, con guasa, para luego voltear hacia Ivar y darle otro beso en los labios, esta vez, un beso casto y corto.

Tomo un trago de mi cerveza y todos se comienza a relajar, hablando, contando alguna historia, o simplemente dejando que Jon diga alguna estupidez.

A mediados de la velada, la novia de Carter, el mayor de todos, que no llega a los 35, saca su teléfono celular y pone una canción movida que nunca había escuchado. Todas las chicas se comienzan a alborotar, se levantan de sus puestos y bailan unas contra las otras, sin soltar la cerveza que tienen en sus manos.

Todos las animan, observándolas desde sus puestos.

Una de las novias de ellos, de la que no me sé el nombre, se acerca a mí y me hace una seña para que la acompañe.

Gustosa, riendo, mientras el alcohol hace efecto en mi cuerpo, le tomo la mano, soltándome del agarre de Ivar y la acompaño donde están todas.

Comienzo a bailar como ellas, pero a medida pasa el tiempo, el calor en mi cuerpo aumenta, por lo que me quito la cazadora, y se la aviento a Ivar. Los chicos chiflan más fuerte, animándonos más.

La misma chica que me trajo aquí, se pone detrás de mí y yo comienzo a mover las caderas contra ella, bailando sensualmente, pasando mis manos por mi figura y subiendo un poco la falda.

Escucho a los muchachos celebrar, alborotándose más, y me animo aumenta.

Agacho mi pecho y los escucho gritar enloquecidos, mientras me muevo.

Las manos de la chica están en mis caderas, ayudándome a verme más sexy.

De la nada, las manos de Ivar me alzan y luego me coloca sobre sus hombros, en un rápido movimiento que me marea y me deja descolocada.

—Pero ¿qué haces, estaba en lo mejor? —profiere uno de los chicos, el otro que no tiene novia.

—¡Cierra la puta boca! —grazna Ivar—. ¡Ya nos vamos! —anuncia

él, sin mirar atrás, tomando mi cazadora de donde estaba y cubriéndome con ella, el trasero.

Me quiero quejar, pero la cabeza me da vueltas y no puedo decir nada, no puedo formular ni una frase coherente en mi cabeza.

—Vayan a un hotel —increpa Jon a nuestras espaldas, y todos ríen gustosos, como si su broma tuviera otro significado para ellos.

Una vez llegamos al estacionamiento, Ivar me suelta, poniéndome en el suelo.

Me cuesta ponerme erguida ya que, por un instante, todo da vueltas alrededor de mí, pero después todo se detiene.

—¿Qué fue eso? —cuestiono a Ivar, con el ceño fruncido, aunque tampoco es que me sienta muy molesta.

La manera en la que me tomó… fue tan neandertal, que me ha calentado más. El baile me había puesto un poco caliente, pero sentir mis senos contra su gran espalda y su mano contra mi trasero, cubriéndome… eso es la cereza del pastel.

—¡Cuando te inclinaste todos te vieron! —exclama, molesto, cómo si lo que ha dicho, tuviera un significado obvio.

Sacudo mi cabeza y lo sigo viendo sin entender nada.

Toma mi cintura y me pone de lado, alza mi brazo y toca el dorso de mi camisa, justo en el escote…

—Ah —pronuncio, simplemente, cayendo en mí.

—Te vieron todo lo que solo yo debo ver —sisea, más cabreado.

Volteo y miro su cara. Esta muy enojado. Tiene el ceño fruncido y las aletas de la nariz se expanden con cada inspiración, al igual que su pecho.

—Lo siento —admito, mordiéndome el labio, con el corazón que me late agitadamente.

Lo admiro a través de mis pestañas, agitándolas constantemente, sin dejar de morder mi labio inferior.

Pongo mis manos en sus bíceps y lo miro, fijamente.

—¿Acaso quieres que te coja contra esta moto ahora mismo? —me pregunta, con la voz completamente ronca y los ojos nublados por la lujuria.

Alzo una ceja y me muerdo el labio más fuertemente.

—No sé —digo, mirando hacia un lado y hacia el otro, observando que no hay nadie cerca y que está muy oscuro, a parte, los muchachos están muy lejos como para vernos bien. No creo que nadie se dé cuenta.

Lo vuelvo a ver a él y me relamo los labios.

—Debería azotarte por hacerme esto —responde Ivar, cerrando las manos en puños.

Encojo los hombros.

—Hazlo —animo, alejándome de él, poniéndome sobre su moto,

recostando mi pecho sobre ella y levantando mi falda dejando la tela sobre mi espalda y poniendo el trasero en pompa.

Admiro a Ivar por sobre mi hombro. Sus ojos están oscurecidos, casi no puedo ver el celeste de sus iris. Su mandíbula está completamente tensa y se ha quedado observando mi trasero.

Alza la mano y me da la primera nalgada un poco suave, pero se siente tan bien… su mano caliente se queda en mi trasero por un momento, para luego alzarse y darme otra nalgada en el mismo sitio.

Chillo quedamente, eufórica con lo que estamos haciendo. El corazón me martilla en el pecho, queriéndoseme salir. Los oídos los tengo prácticamente sellados, solo lo escucho a él y a mí. La piel me arde, en especial las mejillas y el trasero.

Ma agarro fuertemente del asiento de cuero cuando siento otra nalgada, esta vez más fuerte.

Grito un poco, pero es más de excitación que de dolor. Ahora mismo no hay dolor en mi cuerpo, solo ardor y ganas por querer ser penetrada aquí y ahora mismos.

—¡Ivar! —ruego, moviendo el trasero de un lado a otro.

—¡Quedate quieta, nena! —brama él, controlándose.

Tiene una vena de la nuca resaltada íntegramente. Bajo la mirada hasta sus pantalones, donde ya se puede ver su excitación, controlada únicamente por la tela del jeans negro y desgastado que tiene puesto.

Me muerdo el labio nuevamente, mientras él me da otro azote.

Gimo tomándome más fuerte del asiento de la moto.

Ivar me levanta de repente y yo berreo.

—Ponte la cazadora, nos vamos ya —manifiesta, dándome la chaqueta.

—Esperate —le digo, y camino hasta el lado más oscuro del estacionamiento, donde una palmera de coco oscurece todo.

Me quito la camisa que llevo puesta y, sobre mi cuerpo desnudo me pongo la cazadora cerrándola ligeramente, hasta medio cubrir mis senos.

Guardo la camiseta en mi cartera y salgo, para ver a Ivar reacomodándose el miembro en los pantalones.

Sonrío libidinosamente, aunque sintiéndome muy a gusto con lo que le estoy haciendo a su cuerpo.

—Mírame —llamo su atención, bajando un poco más el cierre de la cazadora.

Ivar traga saliva con dificultad y se pone completamente rojo mientras mira cómo mis senos quedan casi al descubierto.

—Vámonos ya, Virginia —exclama con la voz completamente gutural, para nuevamente acomodarse los pantalones y luego se sube a la moto.

Sonrío y me quedo sorprendida. Es la primera vez que me llama por

mi nombre.

Sacudo mi cabeza y me subo detrás de él, y una vez estoy sentada, termino de bajar el cierre de la cazadora, y pongo mis pechos desnudos contra su espalda.

—Quiero calentarme —me excuso juguetona cuando me voltea a ver.

Ambos nos ponemos el casco y él arranca la moto. Comienza a conducir más rápidamente que antes.

—Ni se te ocurra soltarme —grita, molesto, poniendo por un segundo su mano derecha sobre las mías, apretujándolas.

Me río por lo bajo y me aprieto más contra su cintura, alzando la falda al abrir más las piernas.

Esta vez, le hago caso y no me desprendo de él.

El camino se me torna lento y a la vez, rápido. En más de alguna ocasión le escucho maldecir, pero él sigue.

Una vez llegamos a la ciudad, baja la velocidad, pero incluso así, sigue manejando deprisa.

Al llegar al taller, se detiene en el portón, se quita el casco.

—Súbete primero la cremallera —me ordena, girando hacia a mí, levantando la visera del casco, alzando una ceja, examinándome fijamente, sin mover más que su cabeza.

Meto las manos entre nuestros cuerpos y subo el cierre de la cazadora. Después de hacer lo que él me pidió, me bajo de la moto. Ivar hace lo mismo. Abre el portón del taller, enciende la luz del lugar y mete la moto, empujándola.

Ingreso al taller y me quedo quieta, esperándolo.

Deja la moto y se acerca a mí, con pasos lentos y precisos, como si estuviera viendo a su presa.

Con la mano derecha baja el portón, sin quitar los ojos de los míos. Su pupila sigue dilatada, ya no tanto como antes, pero eso se debe a que ya no estamos en la oscuridad.

—Te quiero contra la moto, así como estabas en la playa —me ordena sigilosamente, sin quitar sus ojos de los míos, completamente serio.

Asiento lentamente, respirando con dificultad.

Me dirijo hacia la moto y me apoyo en ella, dejando mis pechos sobre esta y luego levanto mi falda.

Ivar se queda viendo desde su posición a un metro de distancia. Ladea la cabeza y pasa su lengua por su mejilla.

—Así no —niega lentamente con la cabeza, mientras chasquea con su lengua.

Mete los pulgares dentro de sus jeans.

—Desnudate, nena —me exige, descansando su cuerpo contra un pilar.

Me levanto, y ante la mirada fija de él, me quito mi bolso, soltándolo en cualquier sitio, bajo lentamente el cierre de la cazadora y luego me la quito del todo, bajándola por mis hombros y brazos; la dejo sobre el suelo. Tomo la pretina de la falda y atientas, sin dejarlo de ver a él, sin poder hacer más que respirar; me despojo de la falda, dejándola caer al suelo, con su propio peso. Por último, agarro el borde de mis bragas y comienzo a bajarlas lentamente, sacando primero mi pie enyesado y luego el otro.

No me molesto en quitarme ninguna de las dos botas, porque no tiene sentido.

—Ahora sí, colocate como antes —indica Ivar, autoritariamente, sin cambiar la expresión.

Me doy media vuelta, me apoyo en la moto, sintiendo el cuero helado contra mi piel caliente.

Gimo imperceptiblemente, excitada con todo el juego y, sobre todo, con la mirada penetrante de él.

Ivar se acerca a mí y magrea mi trasero primero, elevándolo más y uniéndolo, como si se tratara de un juguete. Una vez está feliz, se aleja un poco, para azotarme una vez más.

La primera nalgada es suave, así como antes, pero no por eso menos satisfactoria.

Gimoteo, con la respiración entrecortada.

—¡Ivar! —ruego, queriendo que me penetre, ya.

—Ni creas que te voy a complacer de inmediato, no luego de todo lo que me has hecho pasar —canturrea, antes de volverme a castigar con su caliente y firme mano.

Me agarro al asiento con mis manos, mordiendo fuertemente mis labios.

—Has sido mala conmigo, nena —murmura quedamente, para luego azotarme otra vez.

Me tomo más fuerte del asiento, sintiendo cómo si todo mi cuerpo estuviera a punto de estallar. ¡Soy un puñetero volcán a punto de erupción!

Mi entrepierna está totalmente húmeda y las piernas me tiemblan ligeramente.

—¡Ivar! —ruego, con la voz trémula, cerrando los ojos y, mordiendo más mi labio, al punto de sentir cierto escozor.

Sin decir nada, se acerca a mí por detrás y, con el preservativo puesto, me penetra, pero ni siquiera el látex hace que se sienta conforme…

Mi cuerpo arde completamente, y tiemblo, justo antes de sentir cómo todo se estremece dentro de mí.

Jadeo sonoramente, mientras Ivar me penetra una tras otra vez.

—¡Así, nena! —se jacta él, tomándome de las caderas.

En mi trasero siento la tela de sus pantalones. ¡Ni siquiera está desnudo!

Alcanzo mi nirvana al instante, advirtiendo cómo, mi calor corporal, asciende hasta la estratosfera; lava ardiente emana de mí. Chillo de placer y aferrándome fuertemente de la moto, mientras Ivar sigue con lo suyo.

—¡Ivar! ¡Ivar! —jadeo, mientras mi cuerpo sigue contrayéndose alrededor de su miembro, sintiéndolo más grande y fuerte que nunca.

Se sale de mí por un instante, para girarme y levantarme, tomándome del trasero, haciéndome poner mis piernas alrededor de su cintura, y parado, sin más ayuda que la gravedad, y sus brazos, me penetra una vez más, hondamente.

—¡No te atrevas a cerrar los putos ojos, bebé! —vocifera respirando superfluamente.

Abro los ojos y me quedo mirando los de él.

Sus ojos celestes, enloquecidos por la pasión, me engatusan y mantengo los míos pegados a los suyos, como si ahí estuviera mi salvación.

Mi cuerpo brinca sobre el suyo, mi cabello va de un lado a otro, y mis senos rozan con su pecho, excitándome en sobremanera.

Pongo mis manos en su espalda y me agarro fuertemente a la tela de su chaqueta de cuero, evitando usar las uñas.

Sin poder remediarlo, pongo mi frente en su hombro cuando siento las convulsiones surgiendo en mi centro, como las olas previas a un maremoto.

Grito su nombre, y al instante, lo siento venirse, tensándose íntegramente.

Nos quedamos así por un segundo, hasta que me baja de su cuerpo.

Las piernas me tiemblan y me cuesta estar de pie, sin embargo, lo logro, poniendo mis manos en sus pectorales.

—Ni creas que te has librado de mí… —indica él, sonriendo de lado, una sonrisa ladina. Sus facciones se ensombrecen.

Baja su cara hacia mí, pone sus manos en mi mandíbula y me besa, queriéndome comer los labios, salvaje y sin ningún reparo, sin dejarme respirar un poco.

Se separa de mí, para luego agarrarme de la mano y halarme con él hacia las escaleras, directo a su cuarto, a cumplir su promesa.

8

Me quedo un momento, descansando sobre la cama de Ivar, reponiendo fuerzas. Tratando de volver a respirar con normalidad. Miro hacia el techo de la habitación, dándome cuenta que no tiene encielado, por lo que puedo ver las vigas de hierro, juntándose unas con otras, armando la estructura del techo; es la primera vez que noto eso…

Ayudándome con las manos, porque ya no tengo mucha fuerza, me siento en la cama.

—¿A dónde vas? —murmura Ivar medio adormilado, tomándome de la mano izquierda, pretendiendo halarme junto a él, una vez más.

—Debo irme —indico, volteando a verlo por sobre mi hombro.

La luz de la luna se filtra por las grandes ventanas que hay detrás de la cama. En sí, la casa de Ivar parece un almacén viejo, después de todo, él lo compró para poner el taller, ya luego se vino a vivir en él, y no remodeló nada. Las ventanas ni siquiera se pueden abrir de tan viejas que están… y dudo mucho que él haya tratado de hacer el intento de abrirlas.

Reniega un poco más, sin soltarme la mano.

—¡Ivar, tengo que irme! —repito soltándome de su mano.

Murmura algo que no entiendo, dado que su cara esta pegada a su almohada, no obstante, no me vuelve a detener, ni dice nada más.

Resoplando suavemente, me salgo de la cama, me calzo y luego camino fuera de la habitación, bajo por las escaleras. Miro hacia todos lados, me cubro mi cuerpo desnudo, sintiéndome ridícula y extraña por hacerlo, ya que, aunque este desnuda en el taller, solamente estoy yo, no hay nadie viéndome.

Al llegar a la planta baja, observo todas mis cosas, regadas por doquier. Tomo primero mi braga, le quito un poco el polvo que se le ha pegado y agradezco que no haya caído unos centímetros más a la izquierda, sino, estaría llena de aceite de auto. Luego voy por mi bolso, saco mi camisa y me la pongo, para después atravesarme el bolso. Al encontrar mi falda me la coloco, un poco desganada, más bien, cansada.

Tener sexo con Ivar fue grandioso, de las mejoras veces que he estado con él, debo reconocer que hoy me sorprendí al estar tan urgida de él, al atreverme a tanto, sin embargo, ahora solo puedo sentir una sensación de vacío, algo que se siente impropio de la situación.

Por último, me pongo mi cazadora y salgo por el portón del taller.

Respirando profundamente, comienzo a caminar hasta mi casa, con

la pierna adolorida, y en general, todo el cuerpo a disgusto. Son las cuatro de la madrugada y no estoy segura si podré hallar un vehículo que me lleve.

Cojeando, arrepintiéndome de no haber despertado a Ivar para que me lleve a casa, emprendo mi viaje.

Parpadeando, veo una luz que comienza a alumbrarme con insistencia. Me detengo, tapando mis ojos con la mano.

—¿Qué haces aquí Raudi? —pregunta Jon.

Desde el instante en que ha abierto su boca, me he dado cuenta que era él, el tono de su voz, no es único, pero sí cómo habla. Evidentemente, lo he terminado de comprobar por la manera en cómo me ha llamado.

Bajo la mano, entornando los ojos para poderlo ver bien. Esta estacionado, sentado todavía en su motocicleta, viéndome con curiosidad, desde los pies a la cabeza.

¡Seguro que tengo buena pinta! Después de haber sido bien follada, con los pelos alborotados que indudable traigo, la falda arrugada, y la cazadora bien cerrada, hasta el cuello, a causa del frío. Y, para más inri, cojeando.

Volteo hacia atrás y miro a mis alrededores.

—Acabo de salir del taller —admito, con la voz muy ronca, que hasta a mí, me cuesta reconocer como mía.

—¿Quieres que te lleve a tu casa? —me pregunta, dejando fuera cualquier tono sarcástico que siempre ocupa conmigo. Ya no parece ser el Jon juguetón.

Me le quedo viendo por un minuto.

Jon es un poco menor que Ivar, aunque siempre es mayor que yo, al menos por unos tres o cuatro años, pese a ello, parece como si acabara de salir de la pubertad. Tiene la barba completa, pero es un poco rala, como si todavía no terminaran de crecerle los vellos. Su cabello es oscuro, al igual que sus ojos. Tiene unas cejas bien pobladas que ensombrecen un poco su mirada aniñada, convirtiendo su cara en un verdadero enigma, porque uno no comprende del todo, si es solo un joven desarrollado o un adulto con facciones infantiles. Su boca es carnosa, pero, de nuevo, su barba la cubre. A diferencia de Ivar, Jon anda con el cabello bien recortado. En general, Jon tiene buen físico; alto, moreno claro, fuerte y de espaldas anchas.

—¿Estás bien Raudi? —me pregunta, alzando una ceja, serio.

Sacudo mi cabeza, dándome cuenta que mucho me he tardado en contestarle.

“¿Quién es más confiable que el mejor amigo de Ivar?” —me pregunto mentalmente, reconociendo que es una tontería negarme, más cuando ya no soporto mi pierna.

—Por favor, llevame —pido, acercándome hasta donde esta él,

arrastrando la pierna derecha, tapándome la boca mientras bostezo.

Me subo detrás de Jon y le digo más o menos mi dirección.

Como Jon no lleva casco de repuesto, me presta el suyo y con desgana, me lo pongo.

La marcha se torna silenciosa y eterna, aunque eso solo se debe a cómo me siento yo, y no tiene nada que ver con Jon, es decir, él no tiene la culpa que este cansada y me comporte tan aburrida.

¡Debo dormir!

Una vez llegamos a mi casa, me desmonto y me quito el casco entregándoselo a Jon.

—Deberías ir a descansar —aconseja Jon, deteniéndome del brazo cuando trastabillo al devolverle el casco.

Me le quedo viendo fijamente pero ya mis ojos no funcionan bien.

—No le digas a Ivar dónde vivo —le digo, antes de girarme y comenzar a caminar hasta mi casa, sintiendo el dolor en la pierna, más fuerte que nunca.

No dejo que Jon me replique nada, aunque tampoco es como que tenga que decirme algo.

Una vez llego a mi casa, frente a mi ventana, escucho el ruido de la moto rugir en medio del silencio sepulcral en el que está envuelta la cuadra entera.

"¡A dormir!" —pienso, quitando el marco de mi ventana.

Dejo el marco recostado sobre la pared. Meto primero mi pierna derecha, la enyesada, con mucho cuidado, tratando de ser lo más sigilosa que puedo. Me acomodo sobre el orificio de la ventana y ayudándome de las manos paso mi cuerpo entero hacia adentro de la habitación, evitando ponerle mucho peso a mi pierna mala, que ahora mismo me está gritando mil y un improperios. Termino por meter la pierna izquierda y luego recoloco los barrotes de la ventana.

De pronto, dejándome completamente desubicada y sin poder ver, la luz de mi habitación se enciende, cegándome por un breve momento.

Volteo rápidamente, y me quedo helada al ver a mi madre al otro lado de la habitación, sentada donde normalmente esta mi oso de peluche, el cual ahora está sentado en el suelo.

Trago saliva y el ojo izquierdo se me cierra involuntariamente, aunque bien podría deberse al cansancio, y no a otra cosa.

Quieta, sin moverme, la veo a ella.

Mi madre no tiene ninguna expresión en su rostro que delate su estado anímico. Debo suponer, sin embargo, que está muy molesta conmigo. Tiene una pierna cruzada sobre la otra, muy elegantemente, pese a que lleva su piyama de toda la vida, es decir, un camisón muy de abuela.

—Creo que era mentira la pijamada con tu amiga, ¿no? —pregunta

sin moverse ni un poco, hablando con tranquilidad. Sonríe un poco, una sonrisa de lado, un poco sarcástica, pero rápidamente vuelve a su estado estoico—. ¡Cómo irías vestida a una pijamada de esa forma! —niega con la cabeza, mirándome de pies a cabeza.

Se levanta de la silla y con una parsimoniosa calma, se acerca a mí, comienza a olfatearme, arrugando sutilmente su frente.

Se aleja nuevamente, aunque no lo suficiente.

Yo no puedo moverme ni un centímetro, ni si quiera sé si deba hacerlo, o solamente provocaré que todo se ponga peor de lo que ya está.

—Sé que has tomado, que has fumado, y… cómo si eso fuera poco —hace una pequeña pausa, sin cambiar su semblante aterradoramente sereno—, sé que has estado con un hombre… No sé si es quien te ha venido a dejar, o con al que le chocaste la moto. Tampoco me interesa —niega ligeramente, viéndome fijamente, y por primera vez, noto su cansancio, al igual que decepción, lo veo en sus ojos, y eso se siente mucho peor a que me estuviera regañando.

Se sienta en mi cama y palpa la figura hecha de ropa debajo de la cama, sonríe con pereza, como si le costara mucho hacerlo.

Inhalo profundamente, comenzándome a arrepentir de haberme salido sin su permiso. La veo llorando nuevamente, preguntándole a mi padre: "qué hacer conmigo".

—Sabes, Virginia, sé que eres una adulta, que cometes estupideces propias de tu edad. Sí, lo sé —se queda viendo hacia el suelo, tomándose de las manos, sobre su regazo—. Sé que te gusta la aventura, y que en eso no nos parece en absoluto. A mí me gusta estar en mi casa, me gustaba salir con un solo hombre, y sentir la estabilidad emocional que me daba tu padre. No pretendo que a tu edad quieras lo mismo que yo —niega con la cabeza vehementemente, sin dejar de mirar al suelo. Se queda callada un instante, para luego levantarse y verme fijamente, con la cabeza ladeada—. Lo que no esperaba en ningún momento, es que luego de ver la relación que había entre tu padre y yo, busques hombres que no te respeten, que solamente se quieran acostar contigo por la noche, clandestinamente, mientras nadie los ve, mientras nadie más que ustedes saben de ello —frunce el ceño, pero no es de enojo. Sus ojos se cristalizan, pero no llorar, de hecho, se contiene bastante bien—. Sé que los tiempos han cambiado mucho, pero al menos me gustaría pensar que no estás con un patán, que ni siquiera te viene a traer a tu casa, o a dejarte, para el caso; que, pese a saber que estás lastimada de muchas partes del cuerpo, no se preocupa por venir aquí a tu casa a recogerte.

Vuelve a cerrar la boca, mientras inhala profundamente por la nariz, alzando el pecho.

—En un mundo ideal, quisiera que anduvieras con un buen

muchacho, un hombre de verdad, que te tratara con respeto, que quisiera conocer a tu familia, y no solo tu cuerpo, que le interesara tus gustos, tus caprichos, incluso. Que viera en ti a la persona con la que poder llevar una vida juntos. No obstante, la persona con la que te estás viendo… No creo que sea eso lo que deberías buscar… —guarda silencio, arrugando más la frente—. ¿Al menos, se preocupó por ti, hoy? ¿Te preguntó cómo estabas? —me ve inquieta, arqueando las cejas, con los ojos fijos en los míos—. De lo contrario, no vale la pena que te salgas a media noche, arriesgándote a muchas cosas…, poniendo en riesgo tu salud. Ni siquiera el placer que te da, lo vale —argumenta bajando más la voz, un poco avergonzada por tener que decirle eso a su hija.

Relamo mis labios, sin poder salir de mi estupor y mucho menos poder procesar todo lo que me está diciendo.

Se vuelve a sentar, resoplando por la boca. Pone sus manos sobre sus rodillas y luego voltea a verme.

—Si quieres salir con esa persona, o con cualquier otra… está bien, lo toleraré. Ya estás muy grande como para que yo pueda hacer algo para impedírtelo. Ya eres un adulto, Virginia, solo que, debes comenzar a actuar como tal, lo que implica que, desde este momento, no hay prerrogativas de ningún tipo —dobla una pierna sobre la otra, viéndome fijamente, pero manteniendo ese tono de voz tan calmado con el que me ha hablado todo el tiempo—. Desde este momento, me ayudarás con la casa, a limpiar, cocinar y hacer muchas cosas que te había disculpado por tener el pie lesionado. Pero, como veo que tienes fuerzas para poder caminar, quién sabe cuánto, por la noche y sin ayuda de nada —se encoge de hombros—, seguro lo demás no te implicara ningún esfuerzo.

Se levanta de la cama, me toma el brazo con delicadeza, viéndome fijamente, como si tratara de decirme algo más.

Yo sigo sin poder reaccionar, aunque algo en mí, se siente estúpido.

—Desde ahora, te comienzas a encargar de las comidas. Sé cuánto te molesta que ordene comida rápida, debido a que tienes miedo de llegar a engordar —bufa haciendo una expresión irónica—, así que, desde ahora, tú misma harás la comida, y con ello me refiero a los tres tiempos. Por supuesto, te aconsejo que, desde ya, vayas pensando en qué hacer de desayuno, y cómo organizar tus horarios para poder ir a trabajar donde Leslie, y tener la comida, todo al mismo tiempo —aprieta un poco mi brazo, para luego girarse y caminar hacia la puerta.

Se queda frente a la puerta, sin agarrar el pomo, para luego girarse hacia mí, sonriendo.

—¡Ah, se me olvidaba! —exclama con una sonrisa grande en su rostro—. Si quieres salir, solo avisame. Por mí, mientras cumplas con

tus obligaciones, no hay problema. Sin embargo, si no cumples con lo que te he dicho, creo que ahí si conocerás qué significa ser un adulto independiente, y no una niña mocosa que depende financieramente de su madre para poder hasta limpiarse el trasero —asevera firmemente, completamente seria, con el ceño sutilmente fruncido y el cuerpo completamente tenso, dándome un ultimátum—. ¡Es bueno que tu padre solo haya visto tu lado bueno, el lado dulce que tenías cuando eras una pequeña niña obediente, que siempre hacía lo correcto! —dice, con la voz quebrada y los ojos llorosos, conteniendo las lágrimas.

Observo su cara. Me reflejo en sus acuosas pupilas y veo todo lo que no me está diciendo. Palpo esa frustración, esa desesperación por la que la estoy haciendo pasar. Veo tangiblemente, lo mal que la ha pasado por mí.

Sus ojos se ven cansados; bajo estos hay unas grandes bolsas, causadas por el desvelo. Seguramente me ha habrá esperado desde hace muchas horas.

Trago saliva con dificultad, sin moverme más.

Se da vuelta, toma el pomo y sale de mi habitación cerrando detrás de ella, sin hacer mucho ruido.

Comienzo a parpadear rápidamente, tratando de procesar todo lo que acaba de pasar. Pero mi cerebro simplemente no lo logra, es como si me hubiera quedado trabada.

Me tomo del cabello con las dos manos y lo estrujo, agachando la cabeza, quedándome con esa espantosa imagen de mi madre y con sus últimas palabras.

Sin poder evitarlo, comienzo a sollozar insonoramente, sin poder respirar. No hay lágrimas en mis ojos, aunque me arden cómo si estuviera reteniéndolas todas.

Me desplomo en el suelo, sintiendo cómo si no pudiera respirar.

El cuerpo me duele, y hace solo unos minutos, estaba consumida por el cansancio, no obstante, desde que vi a mi madre en el cuarto, es como si me hubieran dado adrenalina pura.

Nunca he querido decepcionarla a ella o a mi padre, solo quería un poco de diversión, ¿qué hay de malo en ello?

Bajo la vista. Desprendo mis manos de mi cabello, dejándolas sueltas, colgadas, pesadas. Encorvo mi columna.

Me siento tan mal ahora, y la verdad es que no sé por qué es.

Junto mis piernas y me quedo ahí, en el suelo, viendo hacia la puerta, sin poder sentir nada más, sin poder pensar en nada más que en esa última expresión que tenía mi madre y en lo que ella dijo.

9

Me la paso todo el resto de la madrugada sin poder moverme, sin tener ni idea de qué pensar respecto a todo lo que ha pasado.

Pese a no saber cómo sentirme con lo que dijo mi madre, hay una cosa cierta, y es que no quiero que mi madre se siga sintiendo de esa forma respecto a mí, su única hija. Me duele, más allá de lo comprensible, recordar la cara que puso de último, al igual de lo que dijo.

No sé dónde estará mi padre, si habrá un cielo, si siquiera existe en algún otro plano, si habrá reencarnado, no sé nada de eso, pero la idea de que él me esté viendo en algún lado y esté pensando lo mismo que mi madre… Se me hace un nudo en el estómago que no me permite tragar. Solo pensar en la cara que pondría él, de estar aquí… me quedo sin poder respirar.

Pongo mis manos sobre la cama y me ayudo a levantarme, sintiendo todo mi cuerpo adolorido, clamándome por un descanso, no obstante, no puedo quedarme por mucho más tiempo quieta, no puedo seguir de esta forma.

Sacudo mi cabeza y como puedo, me arrastro hasta mi armario, para tomar el chándal de mi madre y una camisa cualquiera. Me quito la bota y la dejo junto a su pareja. También me quito la bota ortopédica y me pongo una bolsa en la pierna. Agarro mi toalla y me arrastro hasta el baño, tomando las muletas en el proceso, alzando la pierna.

Dejo caer agua helada sobre mi cabeza, con el fin de despejarla.

Sé que al menos, debo de tratar llegar a un convenio con mi madre, es decir, sé que no quiero hablar más del tema, no quiero hacerlo. Sin embargo, sí sé que quiero que vea que no soy como ella dice, que mi papá no sentiría decepcionado de mí.

Los ojos se me emborronan, parpadeo rápidamente para poder quitarme esa sensación triste del pecho, y con ello también las lágrimas que amenazan con salir.

Cuando me termino de cambiar, salgo del cuarto y camino con las muletas hasta la cocina, donde con mucho esfuerzo, comienzo a cocinar algo.

Al ducharme, oí la regadera de mi madre, lo que significa que ya está despierta, y seguramente no tardara en salir para trabajar.

Parto alguna fruta y le hago a ella unas tostadas junto con un omelette.

Mi madre sale de su cuarto, arreglándose el cuello de su camisa de botones. Ella usa uniforme para trabajar, por lo que siempre se ve casi

de la misma manera. Lleva puesto un traje azul oscuro, una camisa blanca de botones, que normalmente están abotonados hasta muy arriba. El cabello siempre lo lleva en un moño.

—Ya hice el desayuno —murmuro viéndola, tratando de sonreír, pero creo que me sale forzado.

Tengo la cara tiesa, por lo que me cuesta gesticular.

Mi madre se acerca y se sienta en la mesa, esperando a que le sirva. Dejo las muletas y agarro los platos, llevándolos hasta donde ella está. La veo suspirar profundamente, sin levantar los ojos de la mesa.

Trago saliva con dificultad.

"¡Solo quiero que todo vuelva a ser como antes!" —pienso desesperada.

Pongo los platos en la mesa y luego me siento.

—Acuérdate de descansar el pie —dice mi madre, comenzando a comer, sin prestarme mucha atención, sacando su celular para mirar las noticias en línea.

Me le quedo viendo por un instante, mordiendo el interior de mi mejilla. Bajo los ojos a mi comida y aunque no me apetece mucho comer, comienzo a hacerlo, de forma automática.

Ambas comemos en silencio, hasta que ella se va, sin decir más que un simple adiós, desprovisto de cualquier sentimiento, un adiós seco que ni siquiera se lo dices a un desconocido en la calle.

Hundo mis hombros y me quedo sentada en la mesa, sola, viendo hacia la puerta.

Detengo mi quijada con mis manos y me quedo en blanco.

Simplemente, no lo sé.

Exhalo todo el aire que tengo en los pulmones y luego me levanto. Friego los platos, lavo la ropa, limpio la cocina cuidadosamente, ordeno lo poco que hay desordenado, y luego limpio el piso.

Una vez acabo con todo, mi pierna me pulsa y tengo que tomarme algo para el dolor. Al ver la hora, me doy cuenta que puedo descansar un momento, antes de comenzar a hacer la comida.

Me rasco el cuello, bajando la cabeza, recostada en el sillón, sin prender la tele, sintiéndome perdida.

Cierro los ojos y por alguna razón, mi mente se va al recuerdo de la muerte de mi padre…

Tenía quince años cuando él murió. Para ese entonces, mi mamá apenas había comenzado a trabajar, y como papá trabajaba en la casa, él se encargaba de muchas cosas, como cocinar y lavar la ropa. Cuando yo llegaba del colegio al que iba, él me hacía ayudarlo a trabajar.

En aquellos tiempos, yo era más sumisa, y me gustaba estar con mi papá, así que lo ayudaba gustosa, o al menos la mayoría de veces.

Recuerdo que ese día yo había salido temprano del colegio porque

habíamos tenido exámenes, volví a casa y lo hallé cocinando, tranquilamente. Él no sabía cocinar muchas cosas, por lo que la mayoría del tiempo terminábamos comiendo fideos, de diferentes formas.

Al entrar a la casa, me sonrió grandemente y me pregunto por el colegio, sobre mis notas. Yo solo le contesté escuetamente y le ayudé un poco en la cocina. Cuando mamá llegó comimos tranquilos, no sin antes hacer el rezo rutinario antes de cada comida; que desde que él murió, mi madre y yo no hemos vuelto a hacer.

Una vez terminamos de comer, mi padre se fue a su taller. Parecía que últimamente tenía más trabajo, se pasaba casi todo el tiempo ahí, trabajando duramente.

Yo no sabía por qué ellos trabajaban tanto. Un año antes de eso, mi papá no tenía tanto trabajo, y mi madre no trabajaba, sin embargo, pese a que trabajaban mucho, la casa seguía igual, es decir, nunca habíamos sido pobres, al menos no realmente, pero tampoco era que tuviéramos abundancia.

Cierto, mi colegiatura no salía barata, pero mi padre siempre decía que mi educación era importante, por lo que no le importaba hacer más trabajo con tal de mantenerme estudiando en un buen lugar.

Hasta después, un día que escuché hablando a mi madre con la hermana de mi padre, entendí por qué ellos trabajaban mucho…

Hace algunos años, recuerdo que mi padre había comenzado a tener unos fuertes dolores de cabeza, que prácticamente lo dejaban sin poder hacer mucho. Él trataba de seguir trabajando, pero no siempre lograba hacerlo. Después de algún tiempo, fue a pasar consulta a un hospital nacional. El hospital no es uno de los mejores, ni de los más capacitados, por lo que lo mandaron a hacerse algunos estudios, dejándole la típica medicina para las migrañas. Después de eso, él no le hizo mucho caso a los dolores que le siguieron a esos; dolores que las pastillas a veces quitaban y otras no. Se quejaba que no podía tocarse la cara cuando tenía migraña, y que le pulsaban las sienes. Pero no creía que podía ser algo más que jaqueca.

Por un tiempo siguió el tratamiento que le había dejado, pero no mejoró mucho. Habló con un amigo médico que tenía, y él le dijo que podía tratarse de otra cosa, pero que, para ello, debía de revisarse mejor, que tenía que hacer más pruebas.

De ahí en adelante, ya no me dijeron nada; no supe, hasta después, qué había pasado, no supe si se había hecho los exámenes o no.

Fue hasta cuando escuché a mi madre hablando con mi tía, que descubrí que él nunca se había hecho los exámenes, que no había hecho nada por él, aludiendo de que no teníamos dinero para ello, porque prefería pagar mi matricula a hacerse esos análisis. Él decía que eran las migrañas, que seguramente su amigo había exagerado al

decirle que podía ser una enfermedad que se llama “arteritis temporal” u otra cosa similar. Según mi madre, evadía todo lo concerniente a sus dolores de cabeza, hasta que ya no pudo hacerlo…

Un día, cuando tenía catorce años, cinco años después de ser “diagnosticado” con migrañas, sin que yo supiera, él se desmayó y cuando despertó, se quedó sin ver un momento de su ojo derecho. Ese día, se fue a urgencia con mi madre, mientras yo estaba en clases.

Una vez ahí le hicieron algunos exámenes, no obstante, nuevamente le mandaron a hacer análisis por fuera, porque ellos no tenían los aparatos necesarios para hacerlos.

Fue allí cuando mis padres decidieron comenzar a ahorrar para poder ir a un hospital privado, donde sí pudieran darle las respuestas adecuadas, y finalmente saber qué tenía.

Mi madre comenzó a trabajar al poco tiempo, después de eso. No le costó tanto encontrar un trabajo porque antes de tenerme a mí, había trabajado como secretaria de un bufete jurídico y luego había estado en otro lugar, sin embargo, cuando me tuvo a mí, dejo todo, porque vieron que podían sobrevivir con lo que ganaba mi papá, al final, la casa había sido regalo de los padres de mi papá, una vez aceptaron que se había casado a escondidas. A diferencia de mis abuelos, maternos, mis abuelos paternos llegaron a aceptar que ellos, ya estaban casados, y aunque que ellos no eran muy adinerados, siempre habían ahorrado para darles una casa a sus dos hijos.

Luego de eso, mi papá comenzó a aceptar más trabajo y a hacer el trabajo de la casa.

Hasta ese entonces, yo no sabía nada, para mí todo estaba como antes, nada se había modificado. Nunca noté a mis padres angustiados, o contando el dinero para poder tener para ir al médico.

A los dos meses, luego de mi cumpleaños, ellos juntaron lo suficiente para poder ir a una clínica privada a que revisaran bien a mi padre. Ahí, después de una revisión exhaustiva, le dijeron que tenía una aneurisma, una aneurisma grande en la cabeza. Le informaron que se tenía que operar de inmediato y de esa forma evitar que se colapsara la artería y tuviera un derrame cerebral. Hablaron de números con el doctor, y obviamente no les alcanzó.

Durante unos meses más, ellos siguieron trabajando, ahorrando para la costosa cirugía. Por las noches, mi padre trabajaba durante mucho tiempo, y se levantaba temprano para seguir trabajando.

Yo comencé a ayudar más, al verlos tan apurados en sus trabajos.

Ese día en que yo llegué temprano después de mis pruebas, fue el último día en que lo vi con vida.

Fue un 11 de mayo.

Debido a que había estado trabajando tanto, no nos percatamos que él no había salido de su taller en todo el día.

Mi madre había hecho la cena, y cuando lo fue a llamar para que cenara con nosotros…

Solo recuerdo escuchar un agudo grito de mi madre, y luego me llamó una y otra vez, para que le llevara el celular. Cuando llegué al taller, no me dejó entrar, pero yo la vi llorando, descontrolada, temblando fuertemente. Las lágrimas rodaban por sus pálidas mejillas.

Desesperada, e hipando, marcó el número de emergencia y luego entró nuevamente al taller, advirtiéndome que me quedara afuera.

Al principio pensé que tal vez mi padre, se había cortado un dedo con la sierra o algo parecido. Por supuesto, no se trataba de eso.

Yo esperé pacientemente fuera del taller, quieta, con mil ideas en la cabeza.

A los pocos minutos, llegaron los paramédicos; yo los fui a recibir, por orden de mi madre. Ellos entraron al taller. Luego de unos minutos, que para mí se sintieron interminables, mi madre salió más pálida que antes, sin poder moverse casi nada, caminaba como autónoma. Ni siquiera parpadeaba. Tenía la boca ligeramente abierta.

Yo no entendía nada, hasta que salieron los paramédicos, con mi padre sobre una camilla, totalmente cubierto con una especie de bolsa.

Fue como si me dieran una gran cachetada.

Le pregunté a mi madre qué pasaba, qué había en esa cosa, por qué ellos no decían nada, por qué no ayudaban a mi papá en lugar de jugar con una bolsa.

No obtuve respuesta alguna, mi mamá se acercó a mí, me abrazó fuertemente, apretándome contra ella, llorando agudamente, y aunque parte de mí ya lo había entendido, seguía sin saber qué había pasado.

Al final del día, luego de medio hablar con mi madre, me di cuenta que papá había tenido un derrame cerebral fatal y había muerto debido a ello.

Hasta esa llamada con la hermana de mi papá, me enteré que eso se hubiera podido evitar si mi papá hubiera decidido ocupar el dinero de mi matricula, en su operación.

Desde ese día, no puedo evitar hacer ciertas cosas de forma más rigurosa que antes, cómo tratar de sacar las mejores notas.

No lloré mucho cuando supe que ya no volvería a ver a mi padre, no quise ver su cuerpo dentro del ataúd. Escuché a muchos darme el pesame, pero yo no comprendía nada. No creía que eso estuviera pasando verdaderamente.

Sí, parte de mí estaba consciente de todo, pero algo dentro de mí me decía que todos se equivocaban y que papá aparecería, saldría de su taller y luego me sonreiría grandemente, me llamaría “Titi”, tal cómo me decía cuando era una niña chiquita, antes que le prohibiera que lo hiciera porque me sentía muy adulta para esas cosas…

Me levanto del sillón, llorando. Las lágrimas corren por mis mejillas, una tras otras. Sollozo y me cuesta respirar.

Quito mis lágrimas y busco controlarme, respirando grandemente por la nariz, concentrándome solamente en mi respiración.

Observo mi celular y me doy cuenta que ya es tarde, debo comenzar a hacer el almuerzo, no puedo quedarme aquí.

La cara decepcionada de mi madre me vuelve a la cabeza.

Camino hacia la cocina y comienzo a hacer el almuerzo, utilizando solo una pierna para ello.

Una vez termino el almuerzo, a los poco minutos, llega mi madre, y comemos como en el desayuno, en silencio.

—Creo que desde el lunes sería bueno que trabajara hasta tarde en la casa de la señora Leslie —le digo a mi madre, dejando la comida de lado.

Durante el almuerzo, mi cabeza estuvo pensando en cómo contentarla, y tal vez si tomo más responsabilidades y las cumplo, pueda que volvamos a tener la misma relación de antes…

Mi madre suelta el tenedor y se me queda viendo, ladeando la cabeza, con el ceño fruncido, confundida.

—Haría el almuerzo antes de salir de la casa, y podrías comer en el banco y yo en la casa de ella —me encojo de hombros.

—Y, ¿tu pie? —me pregunta, manteniendo el rictus.

Veo hacia abajo, hacia mi pierna, y simplemente me encojo de hombros, otra vez.

—La bota hace que casi no se sienta nada. Lo hace muy cómodo —alego con mucha tranquilidad. Tomo otro bocado de comida, sobre todo, por qué no sé qué más hacer.

Mi madre resopla, asintiendo con la cabeza.

—Hagamos eso entonces, al menos podrás terminar antes —murmura, antes de seguir comiendo.

Le estudio por un momento, deteniéndome en su rostro, parece menos tensa que antes, un poco más relajada. Ha bajado los hombros, y está sentada de forma distinta, ya no tan erguida.

Lentamente, mi sonrisa se comienza a forma, ensanchándose, hasta arrugar las esquinas de mis ojos.

Sí, todo puede volver a ser cómo antes.

10

Lunes…

Me despierto muy temprano para poder salir con todas mis obligaciones.

Ayer tuve que poner todas las partes de la cerca en el auto de mi madre, junto con las demás cosas que ocuparé. Incluso llevo el cinto de herramientas que ocupaba mi padre. Me sentí extraña al probármelo, pero también extrañamente cómoda y divertida.

Hago primero el almuerzo para mi madre y para mí, a ella le pongo un poco más de comida que a mí, y termino poniéndome un recipiente de pura ensalada para complementar mi alimentación.

¡Qué más quisiera yo que fuera una deliciosa hamburguesa!

Pero no, mejor así.

Al terminar, hago el desayuno, algo sencillo para comer rápido, y hacerlo mucho más rápido.

Mi madre sale de su habitación cuando yo estoy casi terminando mi desayuno. Mientras ella come, me voy a mi habitación y traigo las muletas conmigo.

—Pensé que con la bota podías —cuestiona mi madre, intrigada, frunciendo el ceño.

Desde el sábado, después del almuerzo, ella se ha relajado más y más, lo que significa que ya casi me trata de la misma forma que antes, pero sigue sin ser igual.

El domingo, es decir ayer, hasta me ayudó a meter todas las cosas al carro, por supuesto, no entró al taller de mi padre, ella todavía no está preparada para hacerlo, aunque fue de mucha ayuda.

—Por si acaso —respondo, finalmente, a su pregunta, sin darle mucha importancia al asunto.

—¿Estás segura de querer trabajar hasta tan tarde? —me pregunta, viendo mi pie.

—Sí, creo que va a ser lo mejor, de lo contrario estaré arreglando el patio de la señora Leslie todas mis vacaciones, y no quiero eso —replico, tranquila, acercándome a la cocina. Tomo los dos almuerzos y le paso el suyo a mi madre—. Es tu almuerzo —le indico, mientras ella lo agarra, extrañada.

Se me queda viendo por un instante, para después guardar su almuerzo en su gran bolso.

Una vez ella termina de comer, nos encaminamos hasta el carro. El viaje se torna silencioso, mi madre ha estado muy seria desde que le di su almuerzo. Quizás está extrañada de que haya seguido con las responsabilidades que ella me dio.

La señora Leslie, se encuentra en el pórtico de su casa, cuando mi madre se estaciona frente a su casa. Se acerca a nosotras, mientras yo comienzo a bajar los pedazos de lo que será su nueva cerca.

—Vaya, entonces era cierto que ibas a hacer todo eso —dice ella, sorprendida, alzando sus oscuras cejas.

Yo sonrío por cortesía, sin saber qué decir o hacer.

Me pongo el cinto de las herramientas en la cintura y me parece chistoso que casi es del mismo tamaño que mi pequeño pantaloncillo.

La señora se ha acercado al carro de mi madre, y ha comenzado a hablar con ella, como si fueran viejas amigas. Al final, acuerdan ir a tomar un café mañana, cuando me venga a traer.

Ellas parecen tener mucho en común, pese a que la señora Leslie, es mayor que mi madre. Y también se llevan especialmente bien, como si se comprendieran, la una a la otra.

Mi madre le comenta que desde hoy me quedaré más tiempo, para poder acabar lo antes posible con su jardín.

—¡Por mí, no hay problema! —responde la señora Leslie, con una gran sonrisa en los labios.

—¿Oye, no quieres que te lleve al trabajo? Así te pregunto qué plantas comprar para adornar tu jardín —le pregunta mi madre, hablando con tranquilidad.

La señora Leslie se lo piensa un momento y luego asiente, le dice a mi madre que la espere y se va a su casa, por su bolso. Se despiden de mí y se van juntas.

Me quedo atontada, viendo esa escena extraña entre esas dos mujeres que parecen amigas de toda la vida, pese a que no se han conocido en las mejores condiciones.

Arrugo la nariz, para luego sacudir la cabeza.

Vuelvo a medir el patio, para comenzar a trabajar, solo que esta vez voy señalizando para ver el espacio entre tablón y tablón de madera.

Cuando concluyo con eso, me voy al patio trasero de la señora Leslie, a buscar algo que me ayude a excavar en la tierra. Lo ideal, según internet, sería una pala dúplex, pero ni siquiera sé si tiene, la señora Leslie, una de esas cosas. Antes de ayer, cuando investigué, ni sabían que existían.

Extrañamente, encuentro esa pala en la bodega de la señora Leslie, así que, siguiendo instrucciones de internet, me pongo a trabajar.

Para el medio día, cuando el sol ya me ha comenzado a achicharrar, me doy un descanso, descansando la pierna. Saco mi comida, estando completamente famélica.

Llevo buena parte de los hoyos hechos, sin embargo, me falta mucho.

¡Y yo que pensé que eso iba a quedar hecho hoy!

Al acabar de comer, todavía tengo un poco de hambre, pero ya no

tengo nada de comida. Me pienso por un momento ir adentro de la casa de la señora Leslie, y ver si tiene algo que comer, pero al pensarlo bien, flaqueo y me quedo en el pórtico, recostada, descansando un momento, poniendo mi pierna enyesada sobre la barandilla, y mi espalda sobre el suelo. Me cubro los ojos con el antebrazo, y así me quedo un momento…

Respiro profundamente, relajada, concentrándome en mi respiración, sintiéndome en paz.

—¿Quién eres? —pregunta alguien frente a mí, sacándome de mi ensoñación. La voz de mi interlocutor, es masculina, aunque ni por cerca tan sexy como la de Ivar, lo que me indica que es un hombre, joven.

Gruñendo, ante la abrupta interrupción, quito mi antebrazo de la cara y abro los ojos.

Parpadeo rápidamente tratando de adaptar mis pupilas a la luz del sol, que justo ahora me pega al rostro.

Por el mismo sol, no distingo a la persona frente a mí. Es un hombre, de eso no hay dudas, uno muy alto y delgaducho, de hombros anchos. Su cara es lo que menos distingo, sobre todo porque al estar recostada en el suelo, parece que está muy lejos.

Bajo mi pie y me enderezo, sentándome en la grada más alta.

Ladeo la cabeza, entornando los ojos.

—La misma pregunta te puedo hacer —respondo con ironía, sonriendo de lado, burlonamente.

Se agacha un poco para verme mejor. Y es ahí cuando me doy cuenta de a quién estoy viendo.

—¡Por todos los santos del antiguo testamento! —exclamo asombrada, abriendo bien los ojos, sintiéndome repentinamente excitada, aunque no de una forma sexual, eso esta claro.

Es un chico pálido, con el cabello casi negro y ondulado de las puntas, delgado, aunque creo que se debe a su metabolismo de mierda que seguro no lo deja engordar ni un gramo. Va bien rasurado, aunque, por lo que puedo percibir, creo que nunca le ha salido la barba completa. Es evidente cuando un hombre se rasura, dónde le salen los vellos. Tiene una pequeña boca delgada y rosada, junto con una nariz recta, un poco grande para su cara infantil; aunque, por lo resaltada que tiene su nuez de adán, no creo que este tan joven. Sus ojos son oscuros y profundos, con esa forma tan peculiar que me ha hecho reconocerlo al instante de ver su cara: son esos ojos rasgados, con el parpado cerca de sus pestañas, en lugar de en la cuenca, esos ojos de rasgos asiáticos.

Me levanto de mi puesto, agarrándome del barandal para hacerlo. Él se me queda viendo extraño, pero yo no puedo más que sonreír, asombrada y maravillada. Un sentimiento difícil de explicar.

—Espera, ¿eres el hijo de la señora Leslie? Pensé que eras un niño pequeño —exclamo, más emocionada de lo que logro entender.

Él frunce sus cejas espesas, sin comprender nada.

—Sí —afirma, simplemente, balanceándose de un lado a otro, cual niño pequeño. Evidentemente está nerviosos—. Me llamo Rafael —se presenta, extendiendo su mano frente a mí.

Veo su mano, sin dejar de sonreír, pero extrañada por un saludo tan formal, viniendo de alguien tan joven. ¡Vamos, hombre! Debe de tener mi edad, y no digo que menos, porque no creo que un adolescente tenga su cuerpo, que por muy delgado que este, no se tiene ese cuerpo en la adolescencia.

—De verdad supuse que no tenías más de doce —vuelvo a decir, impresionada, sin salir de mi asombro.

—¿Y quién eres? —vuelve a preguntar, serio, bajando su mano.

—Soy la que le jodió el jardín a tu madre —respondo, con total naturalidad, como si no estuviera hablando con un completo desconocido.

Rafa parece escandalizarse, abre bien los ojos, alzando las cejas, quedándose con la boca abierta. Difícilmente puedo adivinar si le escandalizó mi sinceridad o mi lenguaje.

Sin embargo, su expresión me hace reír quedamente.

Se reacomoda la mochila sobre su hombro derecho, sin dejarme de observar, como si estuviera viendo a un bicho raro.

—¿Qué has dicho? —cuestiona, cómo si no hubiera escuchado bien lo que le he dicho.

—Estoy segura que has entendido bien, pero creo que el problema es que tu madre no te ha dicho nada —respondo, encogiéndome los hombros, bajando los escalones, para ponerme frente a él.

—¿A qué te refieres? —sigue con el interrogatorio, sin perderme de vista.

Bufo, quitándome un mechón de cabello de mi cara. Me apoyo en el barandal de las escaleras, con el fin de poder levantar mi pie derecho y seguir descansándolo.

—Hace unos días, me estrellé contra la verja de tu madre, y arruiné su jardín, junto con otras cosas. Por eso ando el pie así —le indico, alzando el pie para que lo vea, cosa que hace.

Rafa tiene bien fruncido el ceño, y comienzo a pensar que es más lento de lo que se veía en las fotos, de hecho, hasta me pareció que era un matado, lo que dista mucho de cómo está funcionando su razonamiento ahora mismo.

—¿Entonces, por eso estás aquí? —consulta, no muy seguro.

Asiento lentamente, respirando hondamente.

—Debo cumplir con mi castigo —me encojo de hombros—. Lo que significa que debo arreglar lo que jodí —hago una seña para que vea

el desastre que ahora mismo es su patio.

Él ve hacia todos lados y luego a mí, analizándome de pies a cabeza, pero a diferencia de muchos otros hombres, que me han visto así, él no parece hacerlo con ese toque sexual. No, de hecho, es una mirada curiosa, y hasta un poco preocupada.

—¿Y puedes tú sola, únicamente con un pie? —ladea la cabeza, acercándose un poco hacia mí, sonando realmente preocupado.

Una sensación extraña me recorre el cuerpo, cómo un escalofrío, pero sin serlo.

Jadeo, mirando hacia otro lado.

—Solo me esguince el tobillo, no es para tanto —le quito importancia al asunto, haciendo un puchero con la boca, que rápidamente quito de mis facciones; a mí eso no me va.

Él se queda viendo mi pierna con insistencia, analizando la situación, procesando mi respuesta junto con cómo me veo.

“¡Oh, vamos hombre, que tampoco es para tanto!” —pienso, algo divertida.

—¿Segura? —vuelve a preguntar, alzando una ceja, viéndome a la cara.

—Mira, te acabo de conocer, y de todos los que han estados involucrados conmigo, en este tiempo en el que he traído esta basura —señalo el yeso, ya un poco mosqueada por tanta inquietud innecesaria—, eres el único que cree que eso puede detenerme. Además, no sería un castigo, sino hubiera esfuerzo —concluyo, dándome media vuelta y caminando hasta donde dejé las cosas, hacia donde me he quedado antes del almuerzo.

Siento su mirada en mi espalda, pero ya me harté de él.

—¿Cómo te llamas? —grita, desde el pórtico de su casa.

Tomo la herramienta que antes estaba utilizando, giro la cabeza, mirándolo por sobre mi hombro.

Sonrió de lado, olvidándome de lo anterior.

—Virginia —grito en respuesta, para luego girarme y seguir con lo mío.

No hay respuesta por su parte, simplemente escucho cuando cierra la puerta de su casa.

“¡Vaya personaje!” —pienso, gruñendo, alzando bien la pala, para poder seguir trabajando en los puñeteros hoyos.

11

Pasadas las cuatro de la tarde mi madre pasa a traerme, con una gran sonrisa en su rostro. Toca dos veces el claxon, para que me apure y entre al auto. Dejo todo tal cual está, llevándome únicamente las muletas y el cinto de mi padre.

Subo al auto y mi madre comienza a hablar de los planes que ha hecho con "Leslie", para ponerse de acuerdo sobre cuándo van a ir a comprar las flores y árboles, que yo tendré que plantar luego en el jardín, incluso me comenta que le ha dicho que le puedo ayudar con el patio trasero, que hasta le puedo hacer una banca de madera.

Le volteo a ver, con los ojos bien abiertos, y las cejas fruncidas, molesta.

—Estás bromeando, ¿no? —pregunto, alzando un poco la voz, sin dejar de verla.

Mi madre me ve de soslayo, pero su expresión no cambia.

—En absoluto —niega ligeramente, sin mosquearse por mi tono de voz, ni siquiera me presta mucha atención—. Al final, sé que tu papá te enseñó, sé que hasta le ayudaste con muchas cuando la municipalidad se le pido hacer diez para el parque. Igualmente, no quiere nada muy elaborado, sino algo sencillo —explica la mar de tranquila—. Y no te preocupes, tampoco va a ser de gratis…

—¿Enserio? —cuestiono, más interesada, alzando una ceja.

—Sí, es a cambio de no denunciarte y meterte presa —se burla de mí, riéndose muy divertida por su broma de mal gusto.

Niego con la cabeza y volteo hacia la ventana. La escucho hablar todo el camino sobre su nueva amiga "Leslie", sobre lo bien que se la pasaron hablando mientras la llevaba al trabajo. Yo no digo ya nada más, me quedo completamente callada, molesta porque tendré que hacer más trabajo del requerido.

Al llegar a casa, mi madre se ofrece a pedir comida a domicilio, a lo que accedo gustosa, porque ya no aguanto estar durante mucho más tiempo de pie.

Dejo cinto de herramientas en mi cama y luego me acuesto en ella, totalmente agotada.

Al menos ya hice casi todos los agujeros, mañana tendré que terminarlos y así comenzar a armar la valla de madera.

Me quedo con los ojos cerrados por un momento, hasta que a mi teléfono le cae un mensaje.

El teléfono vibra en la bolsa de mis pantaloncillos. Meto mi mano a la bolsa del pantalón y lo saco. Abriendo un solo ojo, reviso el mensaje. Es un mensaje de Ivar.

Abro el otro ojo, irguiéndome, acomodándome sobre la cama, sentándome, con la espalda en la pared.

“Quiero verte mañana…”

Me muerdo el labio, sabiendo perfectamente que existe doble sentido en ese mensaje tan escueto.

Cavilo, por un segundo, qué contestarle.

Mañana mi madre saldrá con la señora Leslie, después del trabajo, lo que significa que puedo decirle: “que se vaya con ella, que no es necesario que me vaya a traer a la casa de la señora Leslie”. Ahora, no estoy muy segura si debo de decirle la razón del porqué he decidido eso, o simplemente obviarlo, al fin y al cabo, ella misma ha aceptado que ya no le debo pedir permiso.

Me levanto de mi cama. Saltando, manteniendo mi pie derecho contraído, me encamino hacia la sala. Encuentro a mi madre allí, viendo un programa de moda en la televisión.

—Oye, mamá, que te parece si mañana yo me vengo por mi lado, a la casa. Ya sé que vas a ir con la señora Leslie a comprar y demás, así que para que no tengas que traerme, puedo venirme después, yo sola —explico, serena, cómo si le estuviera haciendo un favor, cuando no es así.

Mamá se me queda viendo fijamente, analizándome, por lo que trato de mantenerme relajada, repitiéndome que no estoy haciendo nada malo.

—¡Ya qué…! —exclama, agitando su mano, restándole importancia —. Al menos sé que te vas a ir a ver con él. Solo no llegues de madrugada. Si te vas a quedar con él, espera a venir a una hora prudente —acepta, volviendo su cara hacia el televisor, muy tranquila.

Me quedo con la boca abierta, hasta que tengo que tragar saliva antes de comenzarme a babear.

Sacudo mi cabeza y sin replicar nada, vuelvo a mi cuarto.

Me recuesto en mi cama y tomando el teléfono, le respondo a Ivar, diciéndole a qué horas y dónde nos veremos, advirtiéndole que me recoja en esa dirección, que es dónde estoy trabajando. Ni loca pienso caminar después de trabajar por ocho horas. Si él quiere coger conmigo, también se debe esforzar un poco, en ese sentido, le doy la razón a mi madre.

A los pocos minutos, Ivar contesta:

“Bien, te paso a traer.”

En mi cabeza, leo el mensaje con la voz de Ivar, y al parecer, según mi mente, está enojado, pero nuevamente, parce no ser muy claro.

¡Ya me estoy volviendo loca!

Sacudo mi cabeza y me olvido de todo cuando mi madre me grita que ya está la comida.

***

Abro los ojos, atontada al escuchar el pitido incesante de la alarma. Me desperezo en la cama, moviendo cada uno de mis músculos entumecidos.

Muevo más mi cuerpo, hasta sentirme cómoda. Me paro, estirándome una vez más, advirtiendo que, mi pie, ya no duele cómo ayer.

Lo primero que hago, es ir a mi armario y buscar qué ponerme, pero simplemente todo lo que veo no se adapta a mi jodida pierna enyesada.

Frustrada, tomo nuevamente, el chándal de mi madre, junto con una camisa cualquiera.

Me baño deprisa, sin pensármelo mucho, dejando que el agua helada recorra todo mi cuerpo, terminando de despertar cada parte que lo conforma.

Al salir del baño, me visto rápidamente, medio peinando mi cabello. Sí, es verdad, hoy veré a Ivar, y normalmente, cuando lo veo, busco estar bien arreglada, pero si lo hago, no podré salir a tiempo con la comida, y pese a que yo nunca podría cocinar algo muy elaborado, eso no indica que no me lleve mi tiempo en hacer algo muy sencillo que a otras personas solo les toma treinta minutos, máximo.

En la cocina, me muevo con destreza, haciendo todo lo necesario para terminar a tiempo. Desayuno con mi madre y, por último, preparo el cinturón de herramientas de mi padre.

Veo las muletas, pero me doy cuenta que, si Ivar me llega a recoger, no podré tomar las muletas conmigo, por lo que las termino dejando en la casa; tampoco es que sean muy útiles…

Salimos de la casa, y mi madre conduce hasta donde la señora Leslie, dejándome ahí, acordándome que no quiere que llegue muy tarde.

Inmediatamente, me pongo a trabajar, terminando de hacer los hoyos, para luego ir a dejar la pala dúplex al almacén trasero. Al no tratarse de una valla prefabricada, la colocación de los postes no la puedo hacer de la misma manera, es decir, poniendo solo las bases, cada tantos metros, sino que tendré que meter en la tierra los postes.

Pero antes, debo comenzar a unirlos, de lo contrario el taladro no entrará en la madera, y será un completo desperdicio de recursos.

Busco en todo el patio algo, para usarlo de mesa, pero no hay nada.

Camino hasta la casa de la señora Leslie y toco la puerta dos veces. Me recuesto sobre la pared, esperando a que alguien aparezca.

Unos minutos después, la puerta se abre.

Rafael, aparece frente a mí, en piyama, con unos pantalones de chándal flojos que le cuelgan de las caderas y una camisa blanca

manga larga. El cabello lo tiene completamente revuelto y parece como que realmente lo he despertado.

—¿Qué pasa? —pregunta, frotándose los ojos.

Aprietos mis labios dentro de mi boca para evitar reírme en su cara, pero me lo está poniendo difícil.

Cuando sus ojos se enfocan y, finalmente, ve quién es que ha tocado la puerta, se pone todo rojo, cual tomate.

Tomo mi colmillo con la lengua, sintiendo su punta, y tratando de no reírme más.

—Estoy buscando algo en lo cual poder ensamblar la valla —le resumo, alzando las cejas, parpadeando rápidamente.

Se rasca el hombro derecho con la mano izquierda, mirando hacia el suelo, totalmente despierto.

—He visto que, en el almacén o bodega del fondo, no hay nada que me pueda servir, y no creo que sea conveniente hacerlo en cualquier parte —agrego, al ver su confusión.

Rafael asiente lentamente, sin levantar la cabeza, frunciendo las cejas.

—Si quieres, puedes entrar y hacerlo en la mesa del comedor —me dice, con la voz ronca, volviéndose a rascar el hombro, comenzando a menearse de un lado a otro.

Sonrío grandemente.

Parece un niño. Es algo dulce, y muy diferente al común de hombres que estoy acostumbrada a ver. Le hace falta virilidad al pobre Rafi.

—Eso no servirá —objeto, negando con la cabeza—. Verás, si hago eso adentro, la llenaré polvo y aserrín. Lo hubiera hecho en mi casa, pero tenía que calcular el espacio y, sobre todo, tengo que preguntarle a tu madre dónde quiere la puerta y si quiere que deje algún lugar sin valla.

Se vuelve a rascar la cabeza levantándola ligeramente, pero no mucho, debido a que, si la alza del todo, sus ojos quedaran viendo hacia la calle, debido a que me lleva, al menos, unos veinte a treinta centímetros.

—Le gustan las puertas al frente de la casa, en línea recta —menciona, tímidamente, señalando más o menos, dónde quedaría, siguiendo un pedazo de un metro que casi no tiene grama, aunque ahora difícilmente diría que hay mucha diferencia entre ese pedazo y otros.

—Pregunta —digo, sin dejar de ver el patio—: ¿por qué no tienen, aunque sea una vereda hecha de piedras fabricadas para ello? —volteo a verlo, arrugando la nariz.

Rafael inhala profundamente y mete las manos en los bolsillos de su chándal, incómodo.

—Se suponía que todas esas cosas las iba a poner mi padre, pero nunca lo hizo, de hecho, creo que hasta puso mal la verja —se encoge de hombros, no muy convencido.

Asiento lentamente.

Puede ser que no recuerde cómo se miraba todo esto antes de que yo lo destruyera por completo, pero era evidente que la valla era prefabricada y que solamente había sido puesta de cualquier forma, eso sí, estaba recta.

—Quizás lo mejor sea llamarle a tu mamá para que ella me dé más indicaciones —digo pensativa, poniendo mi mano en la quijada, mirando nuevamente hacia el patio, ladeando la cabeza, observando cuánto trabajo necesita esta cosa.

Achico los ojos. Al parecer, cada vez tengo más y más trabajo.

—Leslie me dijo que podía decidir, sobre todo —afirma Rafael, carraspeando la garganta, llamando a su madre por su nombre como si se tratara de una amiga. Volteo a verlo, extrañada, pero no digo nada—. También me dijo que te ayudara con todo lo que necesites.

De repente su semblante cambia y parece verme más serio, como si de repente hubiera envejecido mucho.

—Bien, entonces, será posible que haya alguna manera de conseguir la mesa, sacarla a algún lado de la casa donde no vaya a dejar un reguero, y por supuesto, es de ver, si se consiguen esas cositas de cemento… creo que se adaptarían bien unas huellitas de cemento —miro de reojo hacia el patio.

—Entonces —mete ligeramente el cuerpo a la casa y saca un juego de llaves—, vamos por ello —exclama muy convencido, sin dejar ese rictus que le agrega edad.

Trato de no reírme, para no ser una mal educada, pero la verdad es que su expresión es cómica, en sí, no es por su expresión, sino porque no le queda a su cara tan infantil. Su cara simplemente da ganas de pellizcarle las mejillas rosadas e infladas, pese a que no es cachetón, su cara es muy redonda, excepto en la barbilla, donde se afila más.

—¿Estás seguro? —pregunto con cautela, examinándolo, viendo su piyama y a él todo despeinado.

—Sí —afirma con la voz más grave, cerrando la puerta de la casa, y pasando al lado mío.

Vuelvo a apretar mis labios dentro de mi boca, y lo sigo hacia un carro, que esta estacionado justo entre la casa de ellos y la del vecino.

Para ser honesta, cuando lo vi hace semanas, después del accidente, creí que era del vecino, puesto que el de la señora Leslie, que es con el que casi me accidento, es otro carro.

Me abre la puerta del pasajero, y sin decir nada, simplemente tratando de no hacer una mueca rara, me subo.

Él se sube y enciende el vehículo.

Lo miro de reojo por un segundo…

—¿Entonces este carro es tuyo? —pregunto para hacer conversación, volviendo mi vista hacia la tapicería, aunque no tiene nada fuera de lo común.

—Sí, mi papá me lo compró por compasión, cuando se volvió a casar —responde tenso.

Me arrepiento de inmediato de haber dicho algo.

Estiro y encojo la pierna, una y otra vez, tratando que el leve dolor que siento en la articulación, se quite. En realidad, el dolor es muy soportable, lo que no soporto es la picazón…

—¿Por qué sigues trabajando si te molesta? Mi madre no diría nada si te tomas unos días libres —alega él, mientras entra en la calle principal, donde están la mayoría de los negocios.

Observo el camino por el que pasamos.

—Es porque quiero tener vacaciones, y la única forma es terminando antes con el trabajo —contesto, sin verlo, sin decir que es para agradar a mi madre. Él no necesita saber nada de mi vida.

Me quedo un momento, pensativa, volteo a verlo, estudiando cada una de sus facciones, cómo, pese a que una por una, son un poco… anormales, en conjunto no se ve mal. Con todo, no creo que se podría considerarlo guapo, al menos no para mí. Como dije, tengo fetiche por los “chicos malos”, no los “adorables”, como Rafael.

—¿Qué edad tienes, Rafael? —volteo mi cuerpo entero hacia él, cruzando mi pierna izquierda sobre la derecha—. ¿Unos 19? ¿20? —achico los ojos, calculando su edad por su físico.

Rápidamente, se gira hacia mí, por un segundo, con los ojos muy abiertos.

—No, yo tengo 23 —admite, sin poder salir de su asombro.

Se me sale una risa ladina.

—¡No es cierto! —exclamo incrédula, aunque es más como acto reflejo, me sale sin pensarlo.

Rafael vuelve a verme, mientras nos quedamos atorados en un semáforo. Sus ojos se entornan y su ceño se frunce.

—Es mi edad —replica, todo serio—. ¿Y tú? —interroga, sin quitarme la vista, hasta que el semáforo se pone en verde.

—Es increíble, soy menor que tú. Yo solo tengo 20, aunque normal es que me calculen más. Mis cejas, por alguna razón me hacen ver mayor —digo moviéndolas, jugando con él.

De reojo, me ve, pero no dice nada más.

—En realidad, si los aparentas —contradice serio, volviendo su vista a la carretera, hasta que se detiene en una ferretería. Entra en el estacionamiento y se baja del auto.

Hago los mismo que él y juntos entramos a la ferretería.

Lo veo frotándose los ojos nuevamente, después bosteza,

cubriéndose la boca.

De camino hacia donde tienen las cosas de jardín, lo observo, mejor dicho, lo estudio. Su cara no cambia mucho, se mantiene serio y hace como que no ve que lo estoy mirando.

Sonrío al ver lo incómodo que lo estoy poniendo y finalmente me concentro en lo mío.

Terminamos comprando todo lo necesario para poder arreglar ese ligero inconveniente con el jardín de su casa, y luego subimos las cosas al auto.

—Puedo preguntar algo —dice él, al llegar al carro, hablando con cuidado.

—Adelante, lo voy a permitir.

Balanceo los pies en mi lugar, alzando un poco las piernas del asiento, mirando cómo se mueven.

—¿Cómo es que te accidentaste? —cuestiona él, poniendo en marcha el auto.

Suspiro profundamente y dejo de menear los pies, sentándome correctamente.

—Pues, digamos que iba conduciendo una moto y se me atravesó un gato mientras trataba de no dormirme —recuerdo, mientras digo todo, como si se tratara de una lista del supermercado—. Al ver la parte trasera del auto de tu madre, giré más la motocicleta y me terminé estampando en la valla de tu casa. El problema es que no pude frenar a tiempo, hasta que una piedra se interpuso en mi camino e hizo que saliera volando hasta estrellarme contra la rejilla de madera. Ahí fue cuando me esguincé la pierna. También me hizo unos moretes grandes en las costillas, pero esos casi me han sanado del todo.

Por alguna razón, giro mi cabeza hasta poder ver mi costado, donde los moretes ya están casi verdes, todavía se ven, imperceptiblemente.

—¡Ya veo! —alude, pensativo, sin agregar nada más.

El resto del viaje lo seguimos callados. Yo ya no sé qué decirle, ni qué preguntarle, por lo que me limito a ver la carretera.

Al llegar a su casa, me bajo y juntos descargamos todo, aunque él insiste en hacerlo solo. Por un momento, observo sus brazos delgados, y descarto la posibilidad de aprovecharme de él. Seguro que le terminaría causando alguna hernia.

Cuando terminamos, sacamos la mesa del comedor hacia el patio trasero, junto con una extensión para poner el taladro. Me ayuda a trasladar las piezas de madera e incluso se queda a apoyarme.

Comienzo a hablar nuevamente con él, preguntándole muchas cosas sobre su vida. Al principio, él sigue serio, pero poco a poco se va relajando.

Termino averiguando que, esta por graduarse de dentista, cosa que

me parece curiosa, porque nunca he conocido a nadie que ame oler la boca de otras personas…

También habla sobre que su mayor sueño, es abrir una clínica, y que una vez este establecido, quiere buscar una pareja, casarse, tener hijos, al menos dos.

Abiertamente, me río de él, por tener un sueño tan idealizado, vamos que solo le falta decir que quiere una casa en la pradera y una mujer que pase toda su vida embaraza, para que acabe con treinta mil hijos.

—Es que, hasta hace poco, siempre fui hijo único, y ahora que tengo una hermana, solo la veo en vacaciones, y puede que, desde este año, ya quizás ni eso puede hacer —se justifica, bajando la vista y poniéndose rojo.

Lo veo risueña.

—El caso es que, tener hijos no es tan sencillo —replico, sin dejar de sonreír, contenta y muy cómoda con la charla.

—¿Acaso tú no quieres eso? —me pregunta, levantando la cabeza y mirándome tranquilamente.

Encojo los hombros.

—Por el momento no, tengo una deuda que pagarle a alguien —respondo omitiendo todo, desviando la vista hacia el cielo, pensando en mi padre, y en mi carrera.

Nos quedamos en silencio por un momento. Rafael ve la hora en su celular y alza las cejas, abriendo bien los ojos.

—Lastimosamente ya no puedo ayudarte —se excusa—, debo ir con unos amigos a traer a Pancho —explica, sin dejar de ver la hora en su celular. Alzo las cejas, sin entender nada—. Pancho en mi pez dorado —añade, al ver mi cara.

—¡Ah! —exclamo, sin dejar de estar confundida.

—Leslie no puede cuidar a ningún ser vivo que no llore, o no hable para pedir comida —sigue explicándose él.

Asiento lentamente, como si comprendiera del todo, pero no estoy segura.

Rafael se me queda viendo por un segundo, para luego despedirse, entrando a su casa.

A los veinte minutos, lo escucho salir por la puerta delantera.

Yo sigo trabajando hasta que tengo casi todas las piezas armadas, para solo terminar de ensamblar unas con otras. Por la tarde almuerzo y luego, llevo lo que he hecho hasta el otro lado.

Dejo el espacio para la puerta, y pongo algunas cosas para ayudarme a dejar todo bien recto.

A las cuatro de la tarde, saco mi celular del bolsillo y me quedo viendo la pantalla cual tonta, esperando algún mensaje de Ivar. Cinco minutos más tarde, cuando ya estoy sentada en las escaleras,

esperándolo, un mensaje cae.

"No podré verte hoy, veámonos en otra ocasión."

Observo el mensaje durante un largo tiempo, con la boca un poco abierta, totalmente desconcertada.

¡Se suponía que él era el que quería verme!

Mi interior se calienta, pero esta vez, no es de excitación, sino de enojo.

Las palabras de mi madre vuelven a mi cabeza, cayendo en mi cabeza, como un balde de agua helada, que me enerva cada uno de mis nervios, haciéndome sentir violenta.

Se supone que era él, el que quería verme, él fue el que lo pidió.

Me levanto de las gradas, apretando la mandíbula.

Tomo mi teléfono, totalmente enojada. Sintiendo, cómo la sangre corre rápidamente por mis venas, el corazón me va a mil por hora. Mi respiración se vuelve más lenta y profunda. Tengo tan fruncido el ceño que puedo jurar que acabo de zanjar mi primera arruga.

Pero nada de eso me importa, cuando redacto la respuesta.

"¡Vete a la mierda!"

Miro el mensaje antes de mandarlo, pero el enojo me puede más y se lo mando.

Antes de que me conteste, apago el celular, sin importarme nada.

—Mi mamá tenía razón —refunfuño, molesta.

Acomodo las cosas dejando espacio para que la señora Leslie, pueda pasar sin patear lo que ya he hecho.

Cojo el cinturón de mi padre y me arrepiento de no haber traído las muletas.

El dolor de mi pie se hace cada vez más fuerte.

Las lágrimas se acumulan en mis ojos, haciendo que me ardan, pero me niego a llorar como una niña desesperada porque la acaban de plantar.

Respiro profundamente.

Con cuidado, comienzo a caminar hacia mi casa, que no está para nada cerca, mucho menos a pie.

Ni siquiera tengo la posibilidad de hacer que un taxi me vaya a dejar.

—¡Qué hijo de puta! —lo insulto enfurecida, sin quitar los ojos de la acera por la que camino.

A lo lejos escucho el motor de un carro, y luego el pito. El auto se estaciona al lado mío.

Con disimulo, giro la cara y veo a Rafael, sobre su auto, mirándome.

—¿Quieres que te lleve? —me pregunta serenamente.

Me quedo viendo su cara y, por un momento, siento nuevamente

esas ganas de llorar.

Estoy cansada, sucia y me siento mal, no solo porque Ivar me dejó tirada, cual muñeco viejo, sino porque comienzo a entender que mi madre tiene razón.

Mordiéndome el labio inferior, asiento lentamente.

Derrotada, con los hombros caídos, arrastrando la pierna, rodeo el auto y me siento en el asiento del copiloto, poniéndome el cinturón de seguridad con lentitud.

Me quedo contemplando las piernas de Rafael, olvidándome por un momento de mis problemas. En medio de sus piernas va una pecera pequeña, redonda, casi como un globo, y dentro de esta, nada un pececito dorado.

—Pancho —responde Rafael, sin que yo le haya hecho la pregunta, después me pide indicaciones para llevarme a la casa.

El recorrido, lo hacemos en silencio, yo solo puedo ver la ruta por la que vamos y no me atrevo a entablar conversación, al igual que él.

Cuando llegamos a mi casa, me quito el cinturón de seguridad.

—Gracias —le digo, sin poderlo mirar, abriendo la puerta.

—De nada —responde con la voz tan calmada que, de cierta forma, me relaja un poco—. Si no es mucho mi atrevimiento, ¿podrías decirme si te pasa algo malo?

Me quedo quieta, con un pie en la acera y otro dentro del coche.

—Digamos que creo que voy a terminar de darle la razón a mi madre… —respondo quedamente, sin realmente contestar a su inquietud—. Supongo que al final, soy como cualquier otra persona que se deja manipular por alguien, estúpido, que no se lo merece —añado, sin pensar mucho.

—En algún momento les pasa a todos, hasta a los más astutos —asevera él, tratando de animarme.

Asiento con la cabeza, pero no digo nada más, me bajo y luego al cerrar la puerta, me despido de él con la mano.

Entro a mi casa, decaída y me voy directo a mi cuarto, sintiéndome más estúpida.

“Por todos los Santos, Ivar solo es un buen polvo, ¿qué tiene que hoy, no haya podido veme?” —me recrimino mentalmente, señalándome lo que siempre me indico.

Sin embargo, no pienso pedirle disculpas, puede ser que solo tengamos sexo juntos, pero al menos me tuvo que haber avisado antes.

Y por supuesto, no daré mi brazo a torcer.

Enciendo mi teléfono, y me quedo esperando una explicación de su parte…

12

Al día siguiente, me levanto de mal humor.

Toda la noche permanecí esperando una respuesta de Ivar, aunque sea una para insultarme, pero nunca llegó.

La voz de mi madre se repite, una y otra vez: “¿Al menos te pregunto cómo estás?”. Esa simple frase se ha repetido en mi cabeza durante toda la noche. Y ahora que me he levantado, todo ha venido a mí, como si me hubieran despertado con una gran bofetada.

Hago mi “rutina” de todos los días, haciendo la comida y lo demás, sin alizar mi ceño fruncido.

Mi madre no me ha preguntado nada, aunque supongo que intuye qué es lo que me pasa. Creo que ella sabía que iba a darle la razón.

Cuando me deja en la casa de la señora Leslie, me voy a la parte de atrás, y comienzo a trabajar en la puerta, que es la única cosa que no hice ayer. Por suerte el material para hacerla está aquí, y no he tenido que traer nada más de lo usual.

Vuelvo al patio delantero y empiezo a poner la valla, ayudándome cómo puedo, debido que, sería más fácil con ayuda, pero no tengo a nadie a quién pedírselo.

Coloco primero los postes guia, donde se fijarán, después, las secciones, para que quede más fijo, y más prolijo, lo que no me cuesta mucho tiempo.

Pongo la primera sección de la verja y me quedo observándola, totalmente agotada y adolorida de la pierna porque me ha tocado usar cada parte de mi cuerpo para meter todos los postes en la tierra y luego rellenar los espacios para dejarla firme.

Agotada, me dejo caer en el césped, o lo que ha quedado de él.

Escucho la puerta abrirse, pero no le pongo mucho cuidado.

Una figura me hace sombra, y de inmediato, aunque no lo esté viendo, me doy cuenta que es Rafael.

—¿Quieres ayuda? ¿O puedes tu sola, como mujer empoderada y fuerte? —cuestiona él, burlándose un poco de mí.

Abro los ojos y me quedo descolocada, viendo su sonrisa. Esta inclinado sobre mí, por lo que lo puedo ver claramente. Rafael, tiene una sonrisa dulce e inocente, abierta, que muestra sus dientes blancos y rectos.

—Creo entender porque te gusta la odontología… si tienes unos dientes así, lo comprendo —le reconozco, haciendo un gesto de respeto, un tanto embobada por su sonrisa.

Él sonríe más, viendo hacia otro lado.

—Usé aparatos toda mi adolescencia, así que, tiene que verse bien

—alega él, utilizando un poco el sarcasmo.

Me levanto del césped, aunque al final, Rafael, sin decirme nada, pone una mano sobre mi brazo y me ayuda a pararme, cosa que me deja descolocada por un minuto.

Él voltea la cara hacia otro lado y luego carraspea su garganta.

—Entonces… ¿quieres ayuda? —vuelve a consultar, contemplando lo poco que he avanzado.

Respiro profundamente, olvidándome de lo anterior.

—La verdad, me sería muy útil —afirmo, haciendo un puchero cansino.

—En ese caso, dime qué hacer —resuelve él, volviendo a sonreír, volteando a verme.

Sonrío también y comenzamos a trabajar, hablando más el uno con el otro, avanzando un poco más rápido.

***

—Espera, espera, ¿me estás diciendo que, de todo lo que puedes beber, prefieres un té helado antes que una buena cerveza, u otra cosa? —le pregunto, riéndome de él, mientras terminamos de colocar la última pieza de la verja.

Miro hacia el suelo, sin poder dejar de reírme de él.

—¡Qué tiene de malo! Nunca me ha gustado mucho el alcohol, me pega muy rápido y luego me pongo a hablar de puras estupideces —se justifica, con voz cantarina, sin dejar de sonreír.

—Eso es porque no has agarrado resistencia —alego volteando a verlo, mientras me agacho para comprobar si hemos compactado bien la tierra alrededor de la pieza.

Me levanto después y muevo un poco la valla, verificando de que se mantenga recta. Todo parece indicar que, por lo profundo que está cada poste, se sostendrá sin necesidad de agregarle nada más.

—Parece, que eres buena con estas cosas —admite Rafael, ladeando la cabeza, admirando la verja.

—Ni creas… creo que pudo haber sido mucho mejor, pero al menos, no se ve hecho por un niño de dos años —respondo, gruñendo, asimilando las imperfecciones de la valla—. Aún queda fijar mejor las secciones a los postes guia, y poner la puerta —indico, señalando los espacios donde hay que hacer las cosas.

—¡Por ahora hay que comer! —exclama Rafael, suspirando profundamente, mientras se estira por completo.

Miro todo su cuerpo largo, estirado, y por alguna razón, no se ve tan mal, es decir, es delgado, pero al menos tiene hombros redondos y una espalda ancha.

—Yo traje comida, como una niña buena —asiento solemnemente, mientras comienzo a caminar hacia el pórtico, donde dejo tiradas mis cosas, exceptuando el cinturón de mi padre, que siempre llevo encima,

con todo y que pesa lo suyo.

Me siento en las gradas.

—Espera aquí, ya traigo mi comida —dice él, pasando al lado mío, entrando a la casa.

Me quedo divisando su espalda, sonriendo.

Vuelvo mi mente a lo que debo de hacer. Pillo mi cartera, sacando mi almuerzo, que no es más que una ensalada con unos pedazos de pollo a la plancha.

Miro mi teléfono en la cartera, al fondo de esta. El celular tiene la pantalla encendida, mostrando que tengo una llamada entrante de Ivar, la veo por un rato, pero cuando escucho los pasos de Rafael, decido que ahora no quiero hablar con Ivar, por lo que simplemente alejo la cartera de mí.

Rafael se sienta al lado mío. Trae con él un montón de sándwiches de jamón y queso.

—¿Quieres? —me pregunta, poniendo el plato frente a mí.

—Gracias, pero prefiero mi ensalada —digo, mientras le muestro mi recipiente.

—¡Eso no es comida! —replica él, bramando, abriendo bien los ojos, alarmado con mi alimentación.

Muerde el primer sándwich, haciendo un gemido de placer, cerrando los ojos por un instante, tratando de demostrarme que lo suyo es mejor que lo mío.

—Puede ser que tú no debas cuidar lo que comas, o cuánto, pero yo sí —afirmo, alzando una ceja, para después tomar un pedazo de ensalada y metérmela a la boca, imitándolo, sonriéndole al final, mirándolo retadoramente.

Él niega con la cabeza.

—No creo que te debas preocupar por tu cuerpo, así estás bien, y seguro que si agarras unos kilos más estaría bien —alega animado, volviendo a morder su comida—. Yo digo que está bien ser saludable, pero no hay que exagerar, una pizza de vez en cuando no cae mal —razona, viendo su comida.

Respiro profundamente, mientras sigo comiendo.

Los hombres parecen decirme eso… ya me lo ha dicho más de uno, incluso Ivar cree que no me quedarían mal unas caderas más grandes, pero sé que ellos no lo dicen enserio. Parte de mi atractivo es mi cuerpo, y sé que, si me dejara engordar, ninguno de ellos me vería igual…

—¡Crees que los hombres me apreciarían igual si me dejo engordar! —exclamo con ironía, exteriorizando mi pensamiento.

—En primer lugar, tienes que aceptar que eso no debe de importarte. Si a alguien le vas a gustar, no va a ser por tu cuerpo, o al menos no solo por eso. Si te deja por engordar, es un cretino —agrega,

restándole importancia, mientras habla con un tono muy profundo y pensativo, mirando hacia la calle—. Mi última novia tenía unos kilos de más y era muy bonita —voltea a verme, estudiándome de pies a cabeza—, hasta más bonita que tú —achica los ojos, para luego sonreír grandemente.

Me le quedo viendo, con la boca abierta. Niego con la cabeza, aturdida.

—Y si era tan bonita, ¿qué pasó con ella? —pregunto, poniendo mis brazos en mi cintura, volteándome para verlo, inclinando un poco la cabeza, algo ofendida.

Se rasca el cuello y muerde su segundo sándwich.

—Básicamente, no funcionó porque ella quería que formalizáramos y yo quiero hacer las cosas bien. No estaba preparado para eso —acepta, mirando hacia el cielo, sin dejar de sonreír—. Por si te lo preguntas, terminamos en buenos términos. Hace poco se casó, y supongo que eso hizo que todo fuera más fácil.

Sacudo la cabeza.

—¿Por qué lo hizo más fácil? —pregunto verdaderamente intrigada, sin importarme que pueda que lo esté incomodando.

—Porque eso significaba que ella solo quería casarse, algo que no está del todo mal, sin embargo, yo no solo me quiero casar porque creo que es el siguiente paso, sino porque de verdad lo quiero.

—Eres muy profundo e intenso —le codeo suavemente en las costillas.

Rafael gira para verme, serio, pero luego sonríe ampliamente.

—¿Y tú? ¿Ya te reconciliaste con…? ¿Cómo dijiste… “estúpido”? —interroga, achicando los ojos y encorvándose para estar más cerca de mí.

Niego con la cabeza.

—Eso puede que no tenga ni pies ni cabeza —admito, inhalando profundamente.

Hago un puchero con la boca.

—Que quede claro —prosigo, sintiéndome cómoda al hablar con él—. Yo no tengo novio, ese “estúpido”, al que me referí ayer, es solo un “amigo con derecho” —explico, haciendo comillas con mis manos al referirme a la “relación” que existe entre Ivar y yo.

Meto más ensalada en mi boca.

Rafael se queda callado por un momento, imitándome, comiendo con tranquilidad.

—Al menos tienes fijo lo que quieres, aunque sea solo para divertirse juntos —agrega después de un rato.

Vuelve la cara hacia mí y sonríe grandemente, mostrando sus blancos dientes, haciendo esa sonrisa infantil.

Ruedos los ojos, evitando verlo.

¡Ojalá tuviera razón y supiera qué es lo que quiero con Ivar!

La realidad es que, desde ayer, mejor dicho, desde la conversación con mi madre, me siento insegura de lo que siento por él.

Suspiro pesadamente.

—¿Qué hay que hacer después? —cuestiona Rafael, mirando la vaya semicompleta, dejando de lado el tema que antes teníamos.

Paso una mano por mi cabello, recomponiéndolo, pensando en todo lo que queda por hacer, y eso solo para terminar con la jodida verja.

Me reacomodo en el asiento y le explico lo que hace falta, rezagando en mi mente a Ivar.

***

Por la tarde, terminamos de armar la verja, poniendo los refuerzos entre el poste guia o base y las uniones entre cada poste individual, y colocando la puerta. Rafael me ayuda mucho, sobre todo al ubicar la puerta, lo que no es una tarea tan sencilla como creí.

Después de eso, ponemos las huellas de cemento, escarbando solo un poco en la tierra para fijarlas mejor, y luego asentándolas encima.

Al terminar ambos nos sentamos en las escaleras y nos quedamos viendo el trabajo de dos días, bueno, cuatro si cuento lo que hice en el taller de mi padre.

—¿Dónde aprendiste todo eso? —inquiere Rafa, señalando la valla.

Inhalo lentamente.

Me giro para verlo, recostando mi espalda en una columna del pórtico.

—Mi padre me enseñó desde que era pequeña. Él me enseñaba de todo —respondo tranquila, inspirando profundamente, y sonriendo suavemente. Estiro mi cuello por completo, mirando hacia el cielo—. Por si te lo preguntas, murió hace cinco años y, de hecho, eso —señalo la valla, bajando la vista a ella—, es lo único que se ha hecho en su taller desde que murió.

—¡Vaya…! —exclama él un poco abrumado—. Lo siento mucho.

Encojo los hombros.

—Está bien, supongo que al menos algo bueno salió de haber chocado contra tu casa, y no la de alguien más —comento, enrollando mis brazos sobre mi cuerpo, mirando hacia la nada.

—¿A qué te refieres? —pregunta confundido.

—Me refiero a que tu madre, ha hecho que me sienta más cerca de mi padre —trato de explicarme, pero cuando volteo a verlo, lo noto desconcertado, con la cara contraída. Sonrío—. Quiero decir, cualquier otra persona, probablemente hubiera conciliado conmigo, otras, quizás me hubieran llevado a juicio, en todo caso, la mayoría de ellos no hubiera aceptado que yo hiciera todo con mis manos, seguro hubieran querido dinero para contratar a alguien…

—Para mí, has hecho un buen trabajo —reflexiona, asintiendo con

la cabeza, con una mirada pensativa y frente arrugada.

—Al menos está más decente de cómo estaba —me burlo de él, metiendo detrás de mi oreja un mechón de mi cabello.

Rafael se me queda viendo por un momento y luego sonríe cálidamente.

—Dime, ¿qué se siente básicamente, estar ya graduado? —le pregunto, volviendo a enrollar mis manos sobre mi abdomen, queriendo saber más sobre él, y cambiando la conversación.

Él se recuesta en otra columna y se queda pensando un momento, rascando su barbilla con la yema de los dedos.

A lo lejos, el ruido de la calle se mantiene, como un ruido blanco que no interrumpe nuestra conversación.

—La verdad, puedo sentir la presión de encontrar un trabajo —indica sosteniendo su quijada con la mano—. No se siente mal, pero digamos que es una sensación compleja, entre la necesidad de conseguir trabajo, junto con la satisfacción de que, al fin, lo lograste, al fin terminaste con los exámenes, con los proyectos, con las prácticas, con todo.

Asiento, comprendiendo a qué se refiere, aunque solo sea de forma empírica, porque nunca he sentido eso.

—Y tú, ¿por qué te metiste a estudiar periodismo? —consulta él, viéndome fijamente, recostando su cabeza y su largo cuerpo en la columna, mientras encoje los pies, pareciendo muy sereno.

—Pues, creo que siempre me gusto ver las noticias. De pequeña, mi papá me tapaba los ojos cuando salía algo malo, un cadáver, o cosas por el estilo, pero con el tiempo, eso me llevo a que me gustara más. Me gusta la idea de descubrir cosas y luego mostrárselas a las personas. Además, es el cuarto poder —alzo las cejas repetidas veces —. Estar en periodismo es tan jodidamente excitante como pocos trabajos. ¿Quién sabe, puede que un día termine investigando una noticia que haga que todo cambie? —me río, aunque no estoy bromeando.

Rafael se me queda viendo, con cara de circunstancia, frunciendo el ceño, pero abriendo viendo los ojos, mientras pone su lengua en su mejilla derecha.

—¡Oye, no hagas esas caras extrañas! —le digo, sin poder dejar de sonreír—. Te ves muy rato cuando las haces…

—¿Entonces no puedo hacer esto? —pregunta poniendo los ojos viscos mientras mueve las cejas de forma cómica.

—¡No! —exclamo riéndome de lo extraño que se ve él mientras sigue haciendo eso.

Rafael para de hacer muecas y se ríe conmigo.

—¡Virginia! —gritan mi nombre desde el otro lado de la calle.

Doy un medio brinco y giro hacia allí.

Miro a Ivar subido en su motocicleta, estacionado al otro lado de la calle, enfrente de la casa. No lleva puesto el casco ya, lo tiene sobre su mano.

Trago saliva con dificultad y sin querer, se me cierra un parpado.

Ivar me ve fijamente, con los ojos entornados, pero luego mira a Rafael, analizándolo completamente. Sin dejar de verlo, frunciendo el entrecejo, se baja de la motocicleta, dejando el casco en el manubrio. Va vestido como normalmente lo hace. Lleva su chaqueta de cuero abierta, de bajo de esta, una camisa blanca ajustada y unos pantalones jeans negros gastados. El cabello lo lleva en un moño, y si no estuviera tan enojada con él, estaría pensando en que, definitivamente, es un hombre muy varonil. Quizás hasta me estaría quitando la ropa, pero no.

Mi enojo me gana y me quedo sentada donde estoy.

—Te veo mañana —dice Rafael, poniéndose de pie comprendiendo que es algo privado.

Volteo la cara hacia Rafael, quien me mira algo preocupado, mientras camina hacia el interior de su casa. Lo despido con la mano, mientras le sonrío tranquilizadoramente.

La última mirada que me da Rafael, me transmite un solo mensaje: que, si quiero, él podría ayudarme, a lo que niego lentamente con la cabeza, casi, de forma imperceptible.

Cuando él cierra la puerta, me pongo en pie, ayudándome de la baranda de las gradas.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto a Ivar siseando, cojeando para acercándome más a él, hablando enojada, pero sin levantar la voz.

Él se me queda viendo, mientras mete los pulgares dentro de las bolsas del pantalón, alargando su cuerpo y extendiendo su espalda, resaltando más, lo corpulento que es.

Bramo, mirando hacia otro lado.

—Te he preguntado, ¿qué haces aquí? —vuelvo a cuestionar, más enojada que antes, achicando los ojos al mirarlo.

Ivar parece incómodo por un instante, pero luego vuelve a su anterior pose.

—Mejor contestame tú, ¿quién es él y por qué lo tratas así? Tú no eres una persona que trate amablemente a cualquiera, así que dime, ¿quién carajos es? —tensa la mandíbula al hablar y se acerca más a mí, dando un paso firme y pesado que puedo sentir bajo mis pies, de forma metafórica, claro.

Cruzo los brazos sobre mi pecho, y ladeo la cabeza, sin quitar mi mirada asesina.

—Y a ti, ¿qué más te da? —le respondo con otra pregunta, hablando lentamente, escupiendo todo el odio que me ha carcomido desde ayer.

—¡Qué, qué más me da! —profiere molesto, pasando sus manos por su cabello, negando con la cabeza.

Sus ojos se dilatan un poco y comienza a ponerse algo rojo.

—Ivar —lo llamo, bajando la voz, sonando un poco aterradora, incluso hasta para mí. Harta de su actitud tan territorial, recordando todo cuanto me dijo mi madre. Él se me queda viendo fijamente—. Solo follamos juntos, nada más —le indico, alzando una ceja, manteniendo el tono.

Él se queda quieto, rígido, completamente tenso. Deja su cara en blanco, como si no supiera qué hacer con lo que le acabo de decir, aunque en parte, creo que se debe a cómo lo he dicho.

Luego, sin que me dé cuenta de sus intenciones se acerca bruscamente a mí, poniendo sus manos en mi cara y besándome furiosamente. Sus labios se mueven sobre los míos de forma precipitada y salvaje.

No me da tiempo de reaccionar así que me quedo en mi puesto, completamente quieta, paralizada, hasta que finalmente mi cerebro procesa todo. Tomo sus manos y las quito de mi cara, alejándome al mismo tiempo.

Respiro violentamente, mirándolo fijamente, molesta y completamente desconcertada.

Ivar me ve, en su mirada hay un fuego, que crece en la medida en que yo me alejo de él.

—Llamame cuando te des cuenta que lo quieres tanto como yo —advierte él, acercándose nuevamente para besarme una vez más, luego me suelta bruscamente, da media vuelta, y se va hacia su moto.

Me quedo ahí, viéndolo, sin comprender nada.

Voltea a verme una vez está en su moto, justo antes de ponerse su casco. Su mirada me penetras y hace que mi cuerpo se caliente, es como si me estuviera presagiando lo que hará conmigo.

Lo aprecio ponerse el casco y luego poner en marcha la moto, mientras yo sigo parada donde me dejó, sin poder darle una orden a mi cuerpo.

Admiro la espalda de Ivar alejarse y finalmente todo vuelve a mí, cómo si un interruptor hubiera sido encendido.

Frunzo en ceño, y me tapo la boca para poder gritar sin hacer mucho ruido. Me despeino el cabello con las manos, mirando hacia dónde se desapareció su motocicleta, frustrada, porque sé que lo que ha hecho al final, no es más que un simple acto neandertal, advirtiéndome que mi cuerpo le responde a él más que a mí.

La mandíbula me tiembla.

“¡Qué ni siquiera se le ocurra pensar que yo lo voy a buscar!” —grito mentalmente, agregando un montón de insultos.

13

Me quedo con esa imagen detestable de Ivar en mi cabeza, gravada a fuego. No puedo evitar sentirme verdaderamente enojada.

¿Cómo se atrevió a tratarme de esa manera?

¿Acaso soy su juguete?

Las palabras de mi madre vienen a mí, otra vez, dejando mi cabeza fría y atorada con esa emoción que ensombrece mi carácter.

A los pocos minutos, ella pasa por mí, y yo no puedo hacer nada más que ver hacia afuera, curioseando el paisaje por el que pasamos.

Necesito algo con lo cual entretenerme, cualquier cosa, pero antes… Saco mi celular y lo apago. Por ahora, no quiero saber nada de Ivar. Con lo que ha hecho hoy, solo ha verificado que lo que mi madre piensa de lo nuestro, es cierto.

No me molesta la idea de que solamente seamos la pareja sexual del otro, llámase folla-amigos, o amantes; lo que me molesta es esa aprensión irracional por su parte, como si yo fuera algo que le perteneciera.

¡Carajo! Ni siquiera me ha preguntado nunca por cómo estoy.

No sé si debo acabarlo, o no, pero por ahora, no quiero saber nada de él.

Al llegar a casa, me entretengo con la cena, siguiendo una receta para preparar lasaña. Hoy ni siquiera me importa si como algo muy calórico, lo único que quiero es olvidarme de todo.

Termino de hacer la comida y ceno con mi madre, pidiéndole que me hable de su trabajo, aunque nada tiene que ver con ser cortes o buena hija, solo quiero que alguien me saque de mi mente.

—Mamá, creo que me gustaría comenzar a hacer la rejilla de la señora Leslie hoy —comienzo a hablar, mientras ella lava los platos. Me reacomodo en la silla del comedor en la que estoy sentada, halo la otra silla y subo la pierna—. El problema es que no sé cómo hacerla, no recuerdo cómo era la anterior. ¿Algún consejo? —le pregunto, enarcando una ceja.

Mi madre se seca las manos en una toalla y se queda parada frente a mí.

—Mañana le preguntamos, no es necesario que hagas hoy eso, no hay tanta prisa —dice ella, quitándole importancia al asunto, recostándose sobre el lavaplatos.

—Quisiera comenzar desde ahora. Creo que tengo mucho que hacer —sonrío forzadamente, tratando de no activar ninguna de las alarmas de ella, al fin y al cabo, es mi madre, y me conoce mejor que nadie.

Achica los ojos y me analiza por un momento.

—Supongo que puedes comenzar a hacerla, busca un ejemplo en la red, o en lo que sea —recomienda, sin dejarme de ver.

Yo sigo sonriendo y hasta casi me la creo yo.

Después de un estudio cuidadoso por parte de mi madre, se voltea y sigue con lo suyo.

Respiro profundamente, dejando de sonreír.

Me levanto de la silla y me voy directo hasta el taller de mi padre, utilizando las muletas para ello.

Al entrar, prendo la luz y comienzo a revisar las reglas de madera que mi padre hacía en sus tiempos libres, para ahorrarse tiempo cuando le pidieran alguna cosa que las requiriera. Parecería una tontería, pero era muy útiles, sobre todo para arreglar sillones de madera.

Cuento todas las regletas que puedo usar, pero por lo visto, no hay suficiente material para ello, por lo que pienso en una solución más sencilla.

Rebusco un poco por aquí y por allá, pero no encuentro una solución así comienzo a trabajar con lo que tengo, todo con el fin de no pensar en nada que tenga que ver con Ivar.

Vuelvo a encender mi celular, dejándolo en "modo de avión", y pongo música en el reproductor.

La música me relaja y me da más energía, por lo que, sin darme cuenta, llego a casi terminar la maldita rejilla, de no ser porque me he terminado las regletas, hubiera podido seguir.

Respiro profundamente y observo la hora en mi celular.

Pasan de las doce de la noche.

Le quito el modo avión y reviso mis redes, verificando que no tengo ninguna notificación de Ivar. Sin embargo, la decepción llega cuando me doy cuenta que verdaderamente no hay nada de él. No me ha puesto ningún mensaje, no hay ninguna llamada de su parte, más allá de las que ya me había hecho por la tarde, antes de verlo.

Sintiendo una carga pesada en el pecho, apago la luz del taller y me voy a mi cuarto, donde me obligo a hacer cualquier cosa para ya no pensar en él.

Me duermo después de un rato, casi de forma inconsciente, sin poder dejar de pensar en ese beso, cargado de angustia y desesperación.

***

El jueves y el viernes lo paso de la misma manera; en un estado de zozobra, esperando a que él se ponga en contacto conmigo, pero no lo hace, ni siquiera hace el más mínimo movimiento.

Me repito una y otra vez que no debo ser yo quien deba dar el primer paso. No después de lo que me hizo.

Desde el miércoles, me he sentido incómoda hasta con Rafael, sobre

todo porque sé que, aunque puede que él no haya visto lo que hizo Ivar, puede que sí intuya que soy una estúpida que se ha obsesionado con un hombre que ni siquiera la toma enserio.

Hemos seguido trabajando con él en el patio de su madre. Él me ha ayudado mucho a distraerme, incluso, por momentos, me he olvidado de la incomodidad y en general, de todo.

Por supuesto, Rafael no me ha tratado diferente, pero algo en mí, me dice que no es más que un sujeto muy educado, que una cosa es que no me trate diferente y otra muy distinta es que no crea que estoy loca por salir con Ivar.

El sábado, me quedo en casa, terminando la rejilla, y el domingo comienzo a trabajar en el mueble para el jardín de la señora Leslie, el mismo que estoy obligada a construir.

Me llevo más tiempo del requerido, haciendo los preparativos, principalmente porque hay muchas cosas que, hacía mi padre, las cuales no me enseñó a cabalidad. Yo no tengo el arte que él tenía para poder tallar sobre la madera, ni siquiera me acerco un poco. Él era magnifico para ello, tenía un don que difícilmente se podía comparar con el de cualquiera. Era por ello, que siempre tenía trabajo, ya fuera para los vecinos, conocidos, personas que había escuchado de él, o incluso para la municipalidad.

Mi padre era único en lo que hacía, sin embargo, aquí en su taller hay una mesa de noche y una cuna, arruinándose, esperando que alguien más haga algo con ellas.

Viendo fijamente la cuna, ladeando la cabeza, observando los detalles, noto que debajo de la primera pieza, la de atrás tiene un diseño extra.

Me acerco a la cuna, y quitando la mesa de noche del camino, pongo las piezas de la cuna sobre la mesa de trabajo, teniendo cuidado con ellas.

Para cuando tengo los cuatro lados de la cuna, porque le hace falta el de abajo, la analizo con cuidado, hasta que vuelvo a ese pequeño detalle que le he visto.

Creo que se trata de la pieza que va en la cabecera, tiene una especie de inscripción. La tomo y la pongo por encima de las otras piezas, la enderezo y veo la inscripción, que no está en la parte delantera, sino en la parte de atrás.

“Para mi hermoso nieto, aunque no esté, siempre cuidaré de tu madre y de ti.”

Confundida, vuelvo a leer una y otra vez la inscripción.

A medida leo, repetidas veces, me comienza a costar respirar, hiperventilando, hasta el punto de estar, casi, llorando.

Sin poder pensar en nada más, suelto la pieza de madera y camino hasta la casa.

—¡Mamá! —grito al llegar adentro, buscándola cual loca, respirando ruidosamente, mientras frunzo el ceño, sin entender nada.

Abro bruscamente la puerta de su cuarto y la encuentro acostada en la cama, leyendo un libro. Alza la vista de su libro y se me queda viendo, desconcertada, sentándose firmemente en su cama, frunciendo las cejas.

—¿Qué pasa Virginia? —pregunta tranquilamente.

Cierro las manos, apretando los puños y la mandíbula, me acerco a ella, enfrentándola.

—Quiero saber toda la verdad sobre cómo fue que mi papá murió. Sé que él ya sabía que estaba mal, y que habían estado ahorrado para operarlo, y, sin embargo, comenzó a hacer una cuna para su nieto, cuando yo apenas tenía 15 años —profiero, gritándole sin poderme controlar.

No me siento triste, más bien estoy frenética, enojada porque no me hayan hecho participe de nada. Me ocultaron la verdad. Ellos me prohibieron que yo pudiera fraternizar más con mi padre, que yo pudiera decidir si quería seguir estudiando mientras él se esforzaba tanto por darme una educación que no necesitaba.

Los ojos se me empañan de lágrimas.

Mi madre se pone rígida al instante, respira hondamente y luego, evade mi mirada, observando hacia afuera, hacia la ventana de su habitación que da con el patio trasero.

—Estábamos recogiendo el dinero, pero creo que tu padre siempre presintió que no iba a poder llegar al día de la operación —explica ella, con la mirada triste. Se seca una lágrima que se derrama sobre su mejilla—. Una de las cosas que siempre quiso tu padre, fue ver su descendencia, saber que tú llegarías a conocer al hombre adecuado, que algún día podrías tener la boda soñada. Él solo quería verte crecer bien. Quería que tu fueras una profesional exitosa, por eso siempre se negó a sacarte de eso colegio —sorbe su nariz, llorando cada vez más fuerte. Su voz sale melancólica, rasposa, y me cuesta un poco entenderla cuando solloza, no obstante, no se detiene—. Él solo quería asegurarse de que tuvieras un pedazo de él cuando ya no estuviera. Quiso tratar hacer otras cosas, pero… —hace una pausa. Respira hondamente y luego se me queda viendo a mí, con sus ojos llenos de lágrimas, rojos, al igual que su nariz—. Él sólo pensaba en todas esas cosas que se iba a perder. Quería hacer lo mismo que su padre hizo por ti —mi madre se detiene, sollozando fuertemente, poniendo una mano en su pecho, estrujando su camisa con las manos, baja la cara, viendo sus cobijas envolviendo sus piernas.

Mi quijada tiembla, pero no puedo llorar, sin sentir una punzada de culpa.

Despacio, doy media vuelta y salgo del cuarto de mi madre, y sin

meditar hacia dónde voy, cojo mis cosas y salgo de la casa, confundida, con la cabeza liada, y sin poder pensar en nada con claridad.

Me cuesta respirar y caminar hace que me duela más el pie, pese a ello, no me detengo, quiero ese dolor para poder olvidarme del dolor que crece y crece, inundando mi pecho.

Algunas lágrimas caen de mi mejilla hasta el suelo, pero no es un llanto normal, es como si solo estuviera cayendo agua de mis ojos.

Camino y camino, sin rumbo alguno.

Me quito las lágrimas de la cara, sacudo mi cabeza y veo todo borroso. La noche a comenzado a caer y mi cerebro no procesa dónde estoy.

Niego con la cabeza y busco algún punto de apoyo para saber dónde me encuentro, pero cuando finalmente mi mente funciona, ya es muy tarde para darme cuenta que estoy frente al taller de Ivar.

Me sorprendo a mi misma, tocando su portón.

Respiro con dificultad, pero no puedo ni pensar cómo es que he llegado aquí.

Cuando él abre el portón, deslizándolo hacia arriba, me le abalanzo, yendo directamente a sus labios, sin tener en cuenta nada.

¡Nada me importa!

Ahora mismo, son sus labios los que quiero recorriendo todo mi cuerpo, haciéndome sentir viva, que tengo algo más que solo mis sentimientos… que nada malo me pasa, que sigo en pie.

Pongo mis manos en su cara, sintiendo su barba picar mis palmas. Me acerco a él, pegando mi cuerpo al suyo, mientras trato de saciarme de sus labios, de borrar con ellos cualquier pensamiento funesto que cubre mi mente por completo.

Al principio, Ivar no reacciona, se queda para frente a mí, pero después de un rato, él pone sus manos sobre mi cintura y me apretuja contra su cuerpo, moviendo los labios con la misma efusividad con la que yo lo estoy haciendo.

Camina hacia atrás, arrastrándome junto a él, sin despegar nuestros labios de ese beso fervientemente cadencioso.

Me separa por un momento, para poder respirar, pero yo no quiero eso, así que vuelvo a él, a sus labios, que justo ahora son mi refugio.

Vuelve a separarse de mí, y niega con la cabeza, tomando mis manos entre las suyas, obligando a alejarme de él.

Mi respiración agitada me impide reclamarle.

—¿Qué te pasa? ¿No era esto lo que querías? —pregunto desesperada, con la voz medio quebrada, aunque nada tiene que ver con él, sino conmigo. Ni siquiera quiero pensar en cómo me siento por ser yo quien se presente ante él, y no él frente a mí, para pedirme disculpas.

Él se queda con la boca abierta viéndome por breve lapso, pero después su mirada cambia, se oscurece, sus pupilas se agrandan, dejando una línea delgada celeste que las enmarca.

Mi pecho sube y baja y él lo nota, nota mi respiración descontrolada, y mirada anhelante.

Sin mediar más palabras, se acerca rápidamente a mí y me vuelve a besar, con la misma emoción que yo tengo, la misma desesperación…

Pone sus manos sobre mi trasero y los estruja, halando más mi cadera contra su entrepierna, dándome a entender que ya está caliente.

Suelto sus labios y ante su expectante mirada, inclino mi cuerpo lentamente, besando su cuello y luego le hago que se quite la camisa que lleva puesta.

Continúo con mi recorrido y, sigo besando su cuello, besos cortos. Mantengo mi mirada pegada a la suya. Su respiración se comienza a hacer más pesada a medida desciendo por su cuerpo.

Beso su pecho, poniendo ambas manos sobre sus pectorales, percibiendo el contraste de su piel suave y sus músculos duros.

Bajo más, encaminándome hacia su “Happy Trail”. Beso sus abdominales y luego su vientre bajo, hasta que llego a su pantalón. Miro hacia arriba, mientras empiezo a quitarle el cinturón y luego a desabotonarle los pantalones.

Ivar traga saliva y luego se relame los labios. Contiene el aire, abriendo la boca ligeramente, mientras yo le bajo el cierre de los pantalones. Sin perderme su reacción, bajo su pantalón lentamente hasta que lo dejo sobre sus pies, sobre sus botas timberland negras.

Lo miro a través de mis pestañas, mordiéndome el labio inferior. Por un segundo, observo su entrepierna. Su miembro está totalmente erecto, clamando que lo desenvuelva y le haga mimos.

Pongo mis manos en la pretina de su bóxer negro y bajo lentamente la prenda, relamiéndome los labios.

Libero su miembro y lo tomo con mi mano derecha. Primero lo toco con delicadeza, como si estuviera acariciándolo por primera vez, con cierto “miedo”. Muevo mi mano suavemente, sin hacer casi ninguna presión.

Él me admira desde su altura, con la mirada nublada por la lujuria. Su pecho se expande y contrae a medida muevo mi mano, acompasándose lo uno con lo otro.

Gime cuando beso la punta de su miembro, poco a poco, abro la boca, sin dejar de verlo, hasta que introduzco su falo dentro de mi boca, saboreándolo, en un primer momento, para después moverme, utilizando mi lengua y mi mano para excitarlo más.

Ivar profiere una malcriadez, mientras sus caderas exponen más su miembro ante mí. Coloca sus manos en mi cabello, revolviéndolo,

pero sin obligarme a moverme.

Los músculos de su cuerpo se tensan ante lo que le está provocando mi boca.

Mientras tanto, yo sigo con mi tarea, sin despegar mi vista de la suya, sin perderme hasta el más mínimo movimiento que hace su cuerpo.

Cuando lo contemplo todo rojo y tenso, me detengo, sacando su falo de mi boca, moviendo lentamente mi mano por él.

Quito mi mano y me levanto lentamente, y ante su mirada consternada porque lo he dejado abandonado.

Me desnudo lentamente. Me quito la camisa con mucha paciencia, cómo si no estuviera tan desesperada como él, cómo si mi cuerpo no se estuviera consumiendo por tenerlo dentro de mí. Bajo mis pantalones de chándal, mostrándole mi trasero, que sé que tanto le gusta, inclinándome más de la cuenta, al momento de pasar mis pies por las piernas del pantalón.

En ropa interior, me yergo frente a él, pasando mis manos hacia mi espalda, y ante su atenta mirada que devora mi cuerpo entero, quemándome donde se quedan prendados sus ojos; desabrocho mi sostén. Los tirantes se deslizan por mis brazos, y dejo que la gravedad se encargue de terminarme de quitar la prenda.

Ivar, se quita las botas y manda a bolar su pantalón y bóxer.

En bragas, me vuelvo a acercar a él y sin besarlo ni nada, recoloco mi mano sobre su miembro, masturbándolo suavemente.

Él posa sus manos sobre mis caderas, fuertemente, advirtiéndome, con su mirada posesiva, que mi cuerpo es suyo…

Sin que me dé cuenta de sus intenciones, pasa ambas manos a un lado de mi cadera y tomando mi braga, la rompe en dos, para hacer lo mismo con el otro lado.

Suspiro, emocionada, gustándome, más que nunca, su fase dominante.

Agarra la mano que tengo sobre su miembro y la quita lentamente, para después, al igual que hice yo, besarme. Primero besa mis labios, lentamente, deleitándose con ellos.

Desciende por mi cuello, succionando la unión entre mi cuello y mi clavícula, baja más por mi pecho, calentando mi cuerpo más y más, sobre todo, mi entrepierna, que me pide a gritos que le preste atención, no obstante, no quiero hacerlo; quiero ir lento, quiero que ese fuego me consuma despacio.

Ivar lleva su boca hasta mi pezón derecho y pasa su lengua por toda mi aureola, mandando un escalofrío que cruza toda mi espina dorsal, despertando todas mis terminaciones nerviosas.

Me besa nuevamente ahí, hasta que ve que estoy completamente excitada, por lo que él pasa a mi seno izquierdo y realiza el mismo

trato.

La sangre me quema por dentro, caliente, acumulándose en mi cara y en mis zonas erógenas.

Ivar pone sus manos sobre mi trasero y me obliga a abrir las piernas.

Baja su cabeza por mi abdomen, besando ahí por donde pasa; desde mi vientre, hasta que llega a mi pubis, a mi monte venus.

Lentamente me empuja hacia la pared más cercana, en una esquina y ahí, me hace abrir más las piernas y con un movimiento raro, mete su cuerpo entre estas, dejando mis extremidades inferiores, sobre sus hombros y, me levanta con ello, irguiéndose enteramente.

Grito ante su movimiento, pero me excito más al ver cómo me maneja a su gusto.

Sitúo las manos en la pared, tratando de agarrarme de algo.

Es una suerte que el taller tenga el techo muy alto.

La cabeza de Ivar queda en mi vientre, por lo que mete las manos por debajo de mi cuerpo, sosteniéndome con ellas, ubicándolas sobre mi espalda, mientras sus brazos quedan en mi trasero, manteniéndolo.

Yo lo miro desde mi altura, alterada, esperando a ver qué es lo que quiere hacer, aunque ya lo intuyo…

Con una sonrisa ladina, me reacomoda más, hasta que mi centro de deseo queda frente a su cara.

Pasando su nariz sobre mi monte venus, saca su lengua y, tal y cómo yo hice, la pasa por mi entrepierna, casi de manera imperceptible, no obstante, manda un impulso eléctrico y arrasador a mi centro, haciéndome gemir de placer.

—¡Ivar! —exclamo, con la voz entrecortada y la respiración alterada.

Se relame los labios y luego comienza a besar ese pequeño manojo de nervios que tanto lo desea.

Jadeo y grito, admirando todas las sensaciones que su boca me provoca. Arrastro mis manos por la pared, buscando algo, pero sin encontrar nada.

Estoy caliente, hirviéndome, muriendo con cada cosa que realiza su boca…

Siento que estoy llegando al ojo del huracán, donde sé que la paz no me espera, aunque si la gloria.

Mi respiración se altera más, volviéndose superflua. Bajo una mano hasta la cabeza de Ivar, agarrando su cabello entre mis dedos, pero no lo halo, simplemente la dejo ahí.

—¡Ivar! —vuelvo a exclamar, pero esta vez, mi voz sale suplicante.

Me mueve un poco más y mete su lengua dentro de mí.

¡Caliente y dulce!

Mis piernas tiemblan y estoy a punto de llegar a mi nirvana. Mi

centro vibra y se contrae lentamente, preparándose.

Ivar se detiene y alejando su cabeza.

Volteo hacia donde él está, abriendo los ojos desmesuradamente, impaciente, queriendo que siga.

Me sonríe pícaramente, una sonrisa de lado que me mata, y solo hace que todo mi ser palpite en respuesta.

—¡Ivar! —ruego gimiendo, costándome respirar.

Abre un poco sus manos, dejando de ejercer tanta fuerza para sostenerme, por lo que mi cuerpo se desliza por el de él, lentamente, hasta que él detiene mi caída, volviendo a poner sus manos sobre mi trasero, manteniéndome a la altura justa para que su miembro me penetre.

Me mira fijamente y luego se lanza por mis labios, tomándolos para sí, mientras su miembro se adentra dentro de mí, lánguidamente hasta llenarme por completo.

Gimo suavemente, separándome de sus labios, cerrando los ojos, alzando mi cabeza hacia el cielo.

Ivar se comienza a mover gradualmente dentro de mí, calentándome más y más, hasta que finalmente lo hace más rápido y llego a mi nirvana, a mi paraíso en la tierra. Mis músculos internos se contraen, extasiados. Mi humedad crece y gimo como loca.

—¡Ivar! —grito su nombre.

Él sigue entrando y saliendo de mí, tensando su cuerpo enteramente. Saca su miembro dentro de mí y termina en mi abdomen.

Baja mis piernas y luego me besa ardientemente, macizando mis labios a su gusto.

Alejamos nuestros bocas. Él deja su frente apoyada en la mía, respirando agitadamente, recuperando la compostura.

—¿Ya te disté cuenta? —pregunta abriendo los ojos y viéndome fijamente. Sus ojos celestes me miran con mucha intensidad.

Trago saliva con dificultad, parpadeando seguidamente, cerrando la boca, percatándome, con esa mirada tan celeste y transparente, de lo que me está diciendo, y de todo lo que no me está diciendo.

14

Relamo mis labios y me acerco a Ivar lentamente, viendo sus ojos, fijamente. Lo beso, un beso suave y apasionado, poniendo mis manos en su mandíbula. Lo suelto, antes de que esto se convierta en algo más…

—Debo irme antes que anochezca —le indico, sin quitar mis manos de su cara. Me relamo los labios una vez más.

Suelto su rostro suavemente, y me separo de él. Voy por mi ropa, poniéndomela rápidamente, sin importarme nada más. Siento la mirada de Ivar en mi espalda mientras me visto. Sus ojos queman mi cuerpo, agitándome un poco; no obstante, prefiero ignorarlo, porque ya no puedo seguir más aquí, de lo contrario, él podrá obligarme a contestarle; y es algo que no quiero hacer.

No quiero que nuestra relación cambie, pero cuando conteste en voz alta, su pregunta… Sé cuál es mi respuesta, pero si la oigo salir de mi boca… no podré tener lo que hoy tengo con Ivar.

Me despido de él con un corto beso en los labios y salgo del taller. De inmediato encuentro un taxi en el cual irme.

En el camino, trato de mantener alejada de mi mente, tanto por lo que pasó con Ivar, como por lo que me trajó hacia él.

Simplemente, ya no quiero pensar, ya no quiero seguir torturándome con esos pensamientos que no me auguran nada bueno. Lo único que esas ideas me traen, es una funesta y profunda tristeza, en la que no quiero caer.

Me bajo del taxi y camino con pereza hasta mi casa, arrastrando mis pies, mirando hacia el suelo, con los hombros caídos.

Al llegar a la puerta, me quedo parada por unos segundos, viéndola, frunciendo el ceño y ladeando la cabeza.

Toco con mi lengua mi colmillo. Sacudo mi cuerpo entero, olvidándome de todo, haciendo cuenta y caso que nada de lo que me dijo mi madre me va a afectar.

Saco las llaves de mis bolsillos y abro la puerta. Meto primero mi cabeza y luego mi cuerpo, gradualmente, sin hacer mucho ruido.

Encuentro a mi madre en la sala, con las piernas cruzadas y el teléfono en las manos.

—¡Gracias a Dios! —exclama al verme, volviendo a tomar color sus mejillas y suspirando profundamente.

La veo por un momento, sin saber qué hacer, pero parte de mí, no ha dejado pasar lo que me hizo sentir su revelación, por lo que, tomando fuerza, inhalando profundamente, exteriorizo mi último pensamiento, ante ella.

—Sigo sin entender por qué decidieron hacerme a un lado, en una decisión tan importante para nuestra familia, cuando yo ya era lo suficientemente mayor para poder dar mi opinión; sin embargo, no pienso hablar de ello, porque sé que ustedes pensaron que era la más conveniente para mí —admito, adelantándome a ella, hablando ágilmente, manteniendo mi rostro inexpresivo, aunque por dentro, mis emociones también se han ido.

Mi madre asiente despacio, suspirando fuertemente, aceptando mi prerrogativa.

Establecido lo anterior, cierro la puerta detrás de mi y me adentro en la casa, hablando con mi madre sobre la cena, y sobre el programa que está viendo, fingiendo que ya nada más pasa, que ya no hay nada distinto en mí, rezagando en mi interior, esas inquietudes que me quieren atosigar.

***

La alarma suena nuevamente. Es la segunda vez que suena, y seguro que ya estoy atrasada, pero es que he dormido tan mal, que simplemente quiero seguir dormida.

Abro los ojos, dándome cuenta que yo no he puesto dos alarmas para hoy… Agarro mi teléfono, entusiasmada. Al ver la pantalla, me doy cuenta que mi alegría está justificada.

—¡Al fin! —grito, emocionada, pateando la sábana para podérmela quitar, sin importarme que esta caiga al suelo.

Me siento en la cama y luego me pongo de pie, cojeando, camino hasta la puerta, y así sigo por el pasillo hasta la puerta de mi madre.

Abro su cuarto y ella se está estirándose, acabándose de despertar.

Mi sonrisa es enorme, creo que hace mucho que no sonrío por algo tan estúpido, o bueno sí, con Rafael, lo he hecho; no obstante, no lo he hecho por algo que tenga que ver conmigo.

—¿Qué sucede? —pregunta con la voz ronca y profunda. Ella se da cuenta de cómo sale su voz y se aclara la garganta, para volver a preguntar lo mismo.

—Debo ir al hospital —comento, seria, para después volver a sonreír, mordiendo el interior de mi mejilla—. ¡Hoy me quitan esta estupidez! ¿Lo recuerdas?

Agito mi pie derecho frente a ella, mostrándole el yeso, más emocionada que niño en vacaciones, levantándose temprano para molestar a sus padres.

—¿Quieres que te acompañe? —cuestiona bostezando grandemente.

Niego con la cabeza repetidas veces, alzando las cejas.

—No, no. Quiero ir sola, aunque, sí quisiera que llevaras a la casa de la señora Leslie, la rejilla, para que por la tarde pueda pasar por ahí a ponerla —explico, sin dejar de sonreír.

Mi madre asiente, mientras un gran bostezo, desfigura su rostro.

—¡Cómo quieras! —hace un gesto con la mano, restándole importancia, sentándose al borde de la cama para ponerse sus zapatos.

Doy media vuelta y brincando, vuelvo a mi cuarto, donde escojo cualquier ropa. No sin antes percatarme que quizás use por última vez el chándal de mi madre o esos pantalones ridículamente cortos que he estado usando.

Veo mis jeans negros, y mis pantalones de cuero, entusiasmada con la idea de volverlos a ocupar. Huelo mi ropa y cierro los ojos tocando mis pantalones de cuero, sintiendo el material.

—¡Finalmente! —profiero, excitada, mordiendo mi labio inferior.

Me voy “corriendo” hasta la ducha y me baño lo mejor que puedo, al terminar, me arreglo rápidamente y salgo hacia la cocina, para preparar el desayuno. A los minutos mi madre aparece.

—Hoy no he podido hacer el almuerzo, pero si quieres te puedo preparar algo rápido —le indico, mientras pongo el desayuno frente a ella.

Mi madre huele sus panqueques, cerrando los ojos, embelesada con el aroma que desprende la comida.

—No hay problema, puedo comer con mis compañeras de trabajo —señala ella, sonriendo mientras corta primer panqueque con el tenedor con sumo cuidado.

Sonrío más grandemente y comienzo a comer, pero yo no lo hago con tanta paciencia como mi madre, sino algo más apresurada.

Al terminar, me levanto de la mesa, lavo mi plato, me seco las manos y me dispongo a irme a mi habitación para terminarme de arreglar para ir al hospital, a que me quiten esta mierda que ando en el pie.

—Espera, Virginia —me llama mi madre, golpeando la mesa al decir mi nombre, poniéndose seria. Hala su cartera que la tiene en el murito que antes era mi barra desayunadora. Saca su billetera, toma dos billetes y los pone sobre la mesa—. Para que vayas en taxi al hospital y comas dónde quieras.

Sonriéndole rozagantemente, le doy un beso en la mejilla y tomo el dinero.

Saltando, me voy hasta mi habitación, tomo una cartera y vierto ahí mis cosas, me pongo la bota ortopédica y me miro al espejo.

—Es la última vez que me veo tan lamentable —me prometo, observando mi reflejo, viendo lo horrible que se me ven los pantalones de chándal.

Salgo del cuarto y voy hasta el taller de mi padre. Veo la cuna que he estado tratando de evitar durante todo este tiempo, sin embargo, así como en otras veces, rehúyo de ese sentimiento e ignoro el mueble. Agarro la rejilla y, cruzando toda la casa, la subo sobre el auto de mi

madre. El carro de ella, antes era de mi padre, por lo que tiene parilla para poder subir cosas sobre este. Para mi papá, esa cosa era muy útil, y mi madre nunca le ha modificado nada al auto, es decir, ha hecho reparaciones y todo eso, pero nunca le ha cambiado algo meramente estético. ¡Ni siquiera le ha sacado las herramientas que andaba mi padre en el vehículo!

Agarro del maletero unas cuerdas y amarro la rejilla.

—¡Ya está! —le grito a mi madre, desde afuera de la casa, esperando que ella me haya escuchado.

Encogiendo los hombros, al no escuchar una respuesta de su parte, parto hacia la calle, donde espero hallar rápidamente un transporte que me lleve hasta el hospital.

***

—Hm, puedo ver que no guardo el debido reposo —comenta el doctor, refunfuñando, observando cuidadosamente mi pierna luego de haber quitado el yeso.

Trago saliva con dificultad, metiendo los labios dentro de mi boca, mordiéndomelos. ¡Solo espero que no me vayan a volver aponer esa cosa de nuevo!

—Creo que ser joven, ha ayudado mucho a que no tenga que llevar por más tiempo el yeso —dice él, moviendo mi pie de un lado a otro.

Respiro tranquilamente, sintiendo que otra vez, puedo sonreír. ¡Ni siquiera me había dado cuenta que estaba conteniendo el aliento!

Es un gran alivio que ya no tenga que llevar esa cosa.

Miro mi pierna, alegrándome de ver mi piel, aunque se ve un poco dispareja, en comparación con la otra.

—En fin, que, si no le duele, puede volver a una rutina más o menos normal, aunque le aconsejo que no abuse de ella, como ha estado haciendo, solamente por traer la bota ortopédica —se me queda viendo el doctor, serio, regañándome.

Tanto para él como para mí, es obvio que me he pasado todo el rato sin descansar la pierna. Exceptuando el momento en el que estuve presa… He pasado de un lado a otro, brincando o caminando. Incluso he caminado más de lo que acostumbraba antes.

¡Vaya estupidez!

—Bien, gracias, doctor —me despido del señor, dándole la mano.

El rezonga algo que no logro entender y luego me despide, volviendo a repetir que, no debo abusar sino quiero volver a tener la pierna enyesada, yo simplemente le digo que lo haré y salgo corriendo del lugar.

Con la pierna mejor, me atrevo a subir al transporte colectivo, y en él me voy hasta mi casa. En la parada, donde me deja el bus, me adentro a un restaurante y pido algo de comida para llevar.

El resto del camino, lo hago a pie, sintiendo lo maravilloso que es

no andar cojeando tanto. Mi pie todavía esta rígido y duele un poco cuando pongo sobre él, el peso de mi cuerpo, pero no me importa.

En la casa, como con tranquilidad y luego, entro nuevamente al baño, para ducharme y quitarme esa sensación acartonada de la piel de mi pierna derecha.

Me ducho con tiempo, poniendo música movida, que canto y bailo, utilizando el champú corporal como micrófono. Una vez salgo, me pongo mis amados pantalones de cuero y mi camisa de Nirvana, meto mis pies en mis botas y por primera vez en semanas, veo mis pies de la misma manera.

Peino mi cabello en una coleta alta, puesto que, de todas maneras, voy a trabajar.

Pillo mis cosas y salgo de la casa, sin poder dejar de sonreír.

Saco mi teléfono de mi bolso y mis audífonos, me trabo los audífonos en las orejas y pongo mi reproductor de música de forma aleatoria.

Sintiéndome eufórica, camino desde la casa hasta la casa de la señora Leslie. No es un camino corto, pero de cualquier manera no hay ningún transporte colectivo que me lleve de un lado a otro.

Muevo mis manos, golpeteando mis caderas al son de “Immigrant song” de “Led Zeppelin”.

La música me sigue manteniendo a tope de ánimo, por lo que no siento el tiempo, mientras camino, mucho menos siento el dolor.

En cuanto veo la casa de la señora Leslie, sonrío grandemente, observando lo bien que se ve la cerca. Aún falta pintarla, o barnizarla, lo que decida ella, pero ya se ve bastante bien de esa forma.

Al entrar en el terreno, miro la rejilla en el suelo, en el césped. El césped ya ha comenzado a crecer, aunque no en todos los sitios. Con Rafael, conseguimos un tipo de fertilizante y se lo pusimos a todo el suelo, para que vaya emparejando. Ya hay algunas plantas sembradas, pero faltan muchas más.

Tomo mi celular y guardándolo en la bolsa del pantalón, para no dejar de escuchar música, me quito mi cartera, la dejo en el pórtico de la casa.

Siento como si he tomado unas cinco tazas de café, aunque solo se debe a la emoción de haber liberado mi pierna y a estar escuchando música que se sincroniza con mi energía, haciendo que me dé más fuerza de la que puedo gastar.

Sujeto el enrejado y la llevo donde estaba la anterior. Observo cómo quedará una vez la coloque bien. La dejo sobre la pared, sin fijarla.

La anterior estaba unida al techo de la casa, pero creo que eso no servirá para la nueva.

Quito la nueva y, veo las cosas en las que estaba pegada la anterior.

Todavía tiene pedazos de madera ahí. Ladeo la cabeza, analizando las cosas con las que se fijaba el enrejado anterior, dándome cuenta que, si muevo una de ellas, podría funcionar, podría dejarlas y utilizarlas.

Vuelvo a colocar la rejilla y camino hacia el pórtico, toco dos veces la puerta y espero, pero no hay nadie adentro, o al menos eso me lo parece.

Extrañada, frunciendo el entrecejo, vuelvo a tocar, pero nuevamente no hay respuesta.

Ayer que vine, le pide a Rafael que guardara el cinto de las herramientas de mi padre, y ahora lo necesito, además, necesito una escalera…

Me rasco la cabeza y me alejo de la casa.

Creo recordar que, en el almacén, vi una escalera lo suficientemente alta para poder llegar al techo de la casa. Puede que hasta halle las herramientas que necesito.

Rodeo la casa, hasta la bodega. Pasando por la ventana de la cocina. Cuando paso por la siguiente ventana, con mi vista periférica, noto movimiento. Me detengo y volteo hacia ella.

Observo hacia adentro, con cuidado de no ser vista, escondiéndome, por si algún intruso está dentro de la casa. Sin embargo, lo que miro, me deja anonadada. Mi boca se abre irremediablemente, al igual que mis ojos. Muevo la mandíbula inferior, tratando de cerrar mi boca, pero no puedo.

Me tapo la boca, tratando de no reír.

Frente a mí, tengo la ventana que da al cuarto de Rafael, la misma habitación que estaba cerrada el primer día que vine a su casa. El cuarto es completamente blanco, está muy ordenado, aunque hay un montón de imágenes de paisajes alrededor de las paredes, lo que es un poco extraño.

No obstante, nada de eso me impacta, por un muy raro que se vea tener tantas fotografías de paisajes, no se compara con ver a Rafael, en pantalón chándal y una camisa blanca, y calcetines del mismo color, bailando por toda la habitación. Lleva puesto los cascos por lo que no puedo saber qué música está escuchando.

Él mueve sus brazos y piernas de un lado a otro, aunque no de forma rítmica, ni siquiera un poco. Su cuerpo no se mueve bien, esta rígido. No comprendo qué música pueda estar escuchando, para que baile de esa manera.

Mueve las manos, de arriba abajo, de un lado a otro, moviendo al mismo tiempo, las caderas y los pies, incluso trata de mover el trasero.

Muerdo mis labios, metiéndolos en mi boca, sin dejar de taparla, evitando reír, sobre todo, evitando que salga algún ruido de ella.

Los ojos se me achican de la risa que trato de disimular. Sigo viéndolo por un rato más.

Con la mano, tanteo mi teléfono y le pongo pausa a la música, quitando por un segundo la vista de los movimientos alocados de Rafa.

Al quitar la música me doy cuenta que, no solo está bailando, sino que también está cantando. Por sus movimientos alocados, y sobre todo, porque me está dando la espalda, no me había enterado que está cantando.

¡Y canta muy mal!

Muerdo más fuerte mis labios dentro de mi boca.

Poniendo mi otra mano en el pecho.

Rafa contonea los hombros, brincando en el mismo lugar, y canta una estrofa de la canción que debe estar escuchando:

"Get it get it, get it get it (oh)

Get it get it, get it get it (oh)

Get it get it, get it get it (oh)."

Me quedo extrañada, no sé qué canción está cantando, pero sigo escuchando, tratando de adivinar de cuál se trata.

Él se pasa la mano por el cuerpo, mientras lo mueve, pareciendo un gusanito.

"I'm a slave for you, I cannot hold it, I cannot control it

I'm a slave for you, I won't deny it, I'm not trying to hide it."

Sigue cantando él, y finalmente, me doy cuenta cuál canción está cantando. Es "I'm a Slave 4 U" de "Britney Spears".

Me toca agarrarme el estómago, a causa de la risa, cuando descubro qué canción es la que está correando y bailando. De inmediato, comprendo por qué es que está bailando de esa manera, seudo sensual.

Él se emociona más y más, mientras sigue cantando, y bailando alocadamente, moviendo sus largas extremidades.

Negando con la cabeza, me agacho y paso por debajo de su ventana, con la esperanza de que él no me vea. Creo que a los dos nos daría mucha vergüenza.

Una vez estoy lejos, me vuelvo a erguir, sin dejar de sonreír grandemente.

A decir verdad, sus movimientos eran alocados, pero no se miraba del todo mal. Rafa tiene su toque…

Resoplo, risueña.

¡Rafael es todo un personaje digno de admirar de cerca!

15

Termino de ubicar el enrejado con las herramientas que encuentro en el almacén y luego le pongo un mensaje a mi madre de que me iré a casa sola, que no se preocupe.

Guardo mi celular y los auriculares.

Saco un cigarrillo de mi bolso y lo enciendo, quedándome un rato en el pórtico, sentándome en las gradas.

Siento los pasos de Rafael, antes de que se abra la puerta. Volteo en el momento justo en el que él abre la puerta.

Se queda pasmado al verme ahí, quieto, reteniendo el aire en sus pulmones.

—¿Qué hay? —le pregunto, con un alzamiento ligero de cabeza.

Rafael se balancea sobre sus talones, algo que parece hacer muy seguido; luego camina hacia afuera cerrando la puerta tras de él.

—No sabía que ibas a venir hoy —comenta él, rascando su nuca, mientras agacha su cabeza, mirándome de reojo—. Tu madre me dijo que hoy te quitaban el yeso, por lo que pensé que no ibas a venir en todo el día —termina de explicar, viéndose apenado, y eso que todavía no sabe que lo vi…

Giro la cabeza para darle una calada a mi cigarro y lo expulso casi al instante, evitando mandarlo en su dirección.

Él se pone al lado mío, sin sentarse.

—Vine solo a poner eso —señalo la rejilla, para luego tomar otra calada y esta vez, mantenerla adentro.

—Ya veo… —replica él, algo incómodo, cambiando su peso de un pie a otro.

Exhalo el aire por la nariz, y lo veo por mi visión periférica, observándome, mirando cómo sale el humo de mi cuerpo.

—Apuesto que no te gusta —volteo hacia él, sonriendo de lado, mostrándole mi cigarrillo casi terminado.

Él se le queda viendo y luego a mí, para después negar lentamente.

Me río un poco, antes de darle una calada más grande y comenzar a expulsar el humo gradualmente, sin hacer formas, porque eso no se me da.

—Bien por ti —le digo, apagando el cigarrillo en la suela de mi bota y luego guardándolo en mi bolso para no dejar la basura ahí, en su patio—. Una vez se agarra el hábito… no te puedes deshacer de él —agrego, mirando hacia el cielo, poniendo mis manos atrás de mi espalda, recostándome de esa manera.

Rafael se sienta junto a mí.

—¿Desde hace cuánto lo haces? —me pregunta y siento su mirada

en mí, estudiándome, puedo sentir cómo me ve, realmente me ve, aunque no sé cómo explicalo.

La mirada de Rafael, pese a no ser tan fuerte, la puedo sentir sobre mi cara, estudiando mis rasgos.

Suspiro hondamente.

—Ya no recuerdo bien porqué lo hice, solo sé que, al entrar a la universidad conocí a alguien y esa persona me dio uno —hago una breve pausa. Era uno de los hombres con los que me quería acostar y para esa fecha, fingía un poco que no me importaba nada—. No quise rehusarme a aceptarlo, aunque nunca me pareció buena idea fumar, es decir, ¿has visto cómo se le ponen amarillos los dientes a las personas? —un escalofrío tenue me pasa por el cuerpo, poniéndome los pelos de punta al imaginarme con los dientes arruinados.

—Entonces, ¿por qué no lo dejas? —preguntan sarcásticamente, algo que no es muy propio de él.

Sonrío grandemente. Lejos de sentirme ofendida por su tono de voz, me da gracia escucharlo hablar de esa manera.

Giro hacia él, sonriendo grandemente, mirándolo fijamente, alzando las cejas.

—Es la única cosa que me baja el estrés —explico—. Claro, antes de eso está tener sexo, pero no siempre se puede estar revolcándose por ahí —replico jocosamente, achicando los ojos.

Rafael se pone rojo rápidamente y mira hacia otro lado.

Nos quedamos en silencio un rato.

Vislumbro el cielo, despejado, casi sin nubes, completamente celeste. El sol empieza su descenso, pero aún falta, al menos una hora, para que comience a colorearse con otros colores.

Levanto mis cuatro letras de las gradas, tomando mi cartera y me giro hacia Rafael, quien se queda sentado.

—Supongo que ya te vas —menciona él, mirándome, alzando la cara.

—En efecto, ya me voy. Nos vemos, mañana guapo —le digo, acercándome a él, pongo mis manos en su cara suave y le beso en la mejilla, un beso ruidoso, donde le dejo marcado mis labios con lo que me queda del labial. Me alejo de él, viéndolo colorarse; sacándome una gran sonrisa.

Me giro y camino hacia el lado contrario de mi casa.

—Nos vemos, Virginia. —Le escucho decir, suavemente, casi como un susurro tímido.

Sonrío una vez más, yendo directo hasta donde quiero ir.

***

Al llegar a casa, me meto a mi cuarto directamente.

Para festejar que me han quitado el yeso, me he comprado un pack

de mis cervezas favoritas, pero no me apetecía tomármelas en algún lugar, por lo que las he traído a la casa.

Sé que lo tengo prohibido, pero incluso, si mañana me revisaran, ya no hallarían nada en mi sistema.

Hago la cena para mi madre, mientras yo me encierro en mi cuarto, pongo una película estúpida en mi computadora, y como algo ligero, atragantándome, a su vez, de cerveza.

Sin qué, ni para qué, se me viene a la mente la imagen de Rafael, sonrosado por el beso que le di en la mejilla.

Puede ser mayor que yo, pero sin dudas es mucho más inocente.

¡Qué encantador!

***

Al día siguiente, me despierto temprano nuevamente, con un medio dolor de cabeza.

Me estiro por completo y luego me preparo para otro día más, aunque, pensándolo bien, hoy puede ser mi penúltimo día trabajando en el patio de la señora Leslie.

Todavía me faltaría terminarle el sillón, pero para eso ya no tengo que ir a su casa.

Animada, con esa perspectiva, comienzo a hacer todo lo rutinario: a preparar la comida y demás.

En la mañana, trabajo sola, hasta como las diez, cuando se me une Rafael, para terminar de ayudarme. Al mediodía, comemos juntos. Hablando de cualquier estupidez. Debatiendo sobre cosas más vanales, como si Marvel es mejor que DC, o sobre cosas más fuertes, como política o sobre el reconocimiento de más derechos humanos que el Estado aún no ha hecho. Temas tan random, que ni yo puedo explicarme cómo es que hemos saltado de un tema a otro, o por qué es que hablamos de esas cosas, teniendo gustos y personalidades tan distintas. No obstante, me es tan cómodo hablar con Rafael, que no me importa la discusión de la conversación.

Por la tarde, ya casi está totalmente arreglado el patio, quedando solamente pintar la valla.

—¿Qué color piensas que se verá mejor? —le pregunto, ladeando la cabeza, observándola.

Él me imita, para luego encogerse de hombros.

—Leslie me dijo que eligiéramos entre los dos, pero para mí está bien así —replica él, volviendo a encoger los hombros, haciendo un puchero con la boca, aunque lo quita rápidamente.

Me quedo viendo el porte de Rafael, disimuladamente, sobre todo para no apenarlo, porque, así como es, seguro que se pone como tomate en el mismo segundo que lo voltee a ver, de forma fija y directa.

Notándolo bien, hasta se llega a ver guapo, es decir, su piel blanca, ya no se ve tan pálida desde que ha salido a ayudarme y se ha asoleado un poco, de todas maneras, combina muy bien con su cabello y ojos oscuros; el blanco y el oscuro hace una buena combinación. Sus rasgos parecen un poco asiáticos, pero me gustan también, sobre todo sus ojos, son diferentes a lo que estoy acostumbrada.

Sonrío, concentrándome una vez más, en la valla.

—¿Qué te parece si solo la barnizamos? —sugiero, relamiéndome los labios, mirándolo por un segundo—. Es decir, a veces lo menos vistoso es mejor, ¿no?

Él se queda concentrado en la verja, arrugando la frente y entornado los ojos, visualizándolo.

—Supongo que será más fácil —admite.

—Sí, seguro que en un día ya estará listo, así ya termino mañana —afirmo, encantada, sintiendo con mi lengua mi colmillo, alzando una ceja.

Rafael voltea hacia mí, lentamente.

—Es cierto, ya no te queda nada —asevera él, dándose cuenta de la realidad, hablando lentamente, procesándolo.

Inflo mis mejillas y asiento, para después soltar el aire y sonreír.

Rafael sonríe, pero más parece una sonrisa tensa.

Abre la boca para decir algo, pero el celular le comienza a sonar.

Le hago una seña para que conteste, y luego vuelvo hacia el patio de atrás para poder comenzar a regar las plantas. Busco en el almacén la manguera, para llevarla hacia el frente.

Delante de la casa, se estaciona un carro, parecido al de Rafael, es decir, nada ostentoso. De este, se bajan dos chicos, iguales, evidentemente son gemelos.

Ambos se acercan hasta donde esta Rafael y comienzan a hablar con él.

Yo me agacho hasta el chorro de agua y conecto la manguera, me levanto, sin dejar de mantener mi vista periférica en ellos. Los gemelos, se percatan de mi presencia, y voltean a verme, mirándome un poco más de la cuenta, no obstante, yo me hago la desentendida y empiezo a regar el nuevo rosal de la señora Leslie, junto con las demás plantas.

—Virginia, voy a estar adentro por si necesitas algo —me avisa Rafael, mientras camina junto con sus amigos hasta la casa.

—No te preocupes, que ya solo queda esto por hacer, y luego me voy —le sonrío tranquilamente, sin ponerle atención a los demás.

Rafael asiente y entra primero a la casa, abriendo la puerta.

Antes de que terminen de entrar, ambos, me dan una mirada “disimulada”. Los dos chicos, parecen ser de la misma edad que Rafa. Son pelirrojos y pecosos, delgados como Rafael, pero sin tener sus

hombros anchos, ni su espalda. Incluso, son más pequeños que él, no por mucho. De lejos, no distingo sus ojos, pero para el caso, da lo mismo. Ellos no me interesan en absoluto. Al entrar los dos, Rafael cierra la puerta, despidiéndose de mí con la mano, sonriendo levemente; le correspondo el saludo, sin dejar de regar las plantas.

Vuelvo a mi tarea y siento vibrar mi teléfono en el bolsillo trasero de mi jean. Saco el celular, y veo que tengo un nuevo mensaje, nada más y nada menos, que de Ivar.

"Veámonos mañana."

Suspiro pesadamente.

Paso mi mano por mi nuca, cansada completamente, pero no es cansancio físico.

Bufo y sigo regando las plantas y el césped, guardando el teléfono donde estaba antes, olvidándome de responderle a Ivar.

Al terminar de regar el frente, sigo con el lateral, poniendo especial cuidado en la enredadera, que ahora, medio logre enrollar en la rejilla, pese a que ya no tiene la misma capacidad para hacerlo.

Comienzo a escuchar a los amigos de Rafael hablar. En lo que a mí respecta, deben estar en su cuarto para que los pueda oír desde aquí.

—Entonces, ¿así la conociste? —pregunta alguien.

—Sí, por eso —responde Rafael en tono cansino, como si lo hubiera repetido más de una vez.

Me acerco a la llave del agua y la cierro, soltando la manguera.

—¡Esta más que bien! —suelta uno de ellos, aunque no sé si es el mismo, no distingo sus voces bien.

—Cierto, ¿ya la viste bien? —cuestiona el otro, "ocurrente"—. Tiene un buen cuerpo, más que bien, y la cara esta… excelente —lo oigo exhalar profundamente.

Frunzo el ceño, un poco asqueada.

¡Joder!

¡Vaya niñatos!

Rafael carraspea su garganta.

—Virginia es muy bonita, eso es cierto, además, ha sido agradable conmigo —admite Rafael.

Comienzo a enrollar la manguera, con una gran sonrisa en el rostro, sintiendo una sensación caliente y tierna en el pecho, algo a lo que no puedo ponerle nombre.

—¿Y por qué no le pides una cita? —cuestiona uno de los gemelos, muy interesado.

—Ya vi, al que es el novio, y no creo que sea su tipo —responde Rafael, con un tono neutro que no me indica nada.

Bufo.

¡Ivar no es mi novio, joder!

—¿Te dijo que era su novio? —pregunta el que creo que es el otro

gemelo.

“Exacto, jodido gemelo. ¡Gracias!” —le digo mentalmente, inmiscuyéndome más en la plática.

Termino de enrollar la manguera, pero me quedo ahí, parada escuchando atentamente.

—La verdad, no. Ella dijo, que él era su “amigo con derecho” —explica Rafa, y siento cierto tono hostil en su voz, pero no estoy totalmente segura.

—Ves, entonces, todavía puedes pedir que tenga una cita contigo. Si dice que sí, bien y, si no, al menos lo intentaste —expone uno de los gemelos, con tono conciliador.

—Sí, hombre. Dices que mañana es su último día, aprovecha, no seas tonto y te quedes con las ganas —anima el otro—. Yo te vi cómo la mirabas…

—¿Creen que debo pedirle una cita, aunque ella no parezca de las mujeres a las que le gusta eso? —pregunta Rafael, dudando.

“¡Vamos, que ni siquiera me lo ha pedido y ya está pensando en tonterías!” —me digo, negando con la cabeza.

—Tu pídele la cita y ya —le dice uno de los gemelos, con firmeza.

—Bien, lo voy a hacer, le pediré que salga conmigo a Virginia —asegura Rafael, decidido.

Ladeo la cabeza, frunciendo la boca, pensativa.

¡Yo, saliendo con Rafael!

Lo analizo por un instante, y no lo sé. Nunca he tenido una cita, no realmente…

16

Por la noche, luego de cenar, me encierro en mi habitación, pensando en qué poder contestarle a Rafael.

Siendo honesta, no quiero decirle que no, como se lo diría a cualquier otro hombre, pero eso no quiere decir que le quiero decir que sí.

Me muerdo mi labio inferior y frunciendo el ceño.

Al menos me he enterado con suficiente tiempo como para poder saber qué contestar. No quiero hacerlo sentir extraño, o herir sus sentimientos.

Rafael me parece una persona increíble. Lo poco que he visto de él, me ha gustado, quiero decir, no es como yo me hubiera imaginado, es un poco más complejo de lo que yo hubiera creído en un principio. Por supuesto, yo no lo conozco mucho, ¿debería…?

Toco con mi lengua mi colmillo izquierdo, rascándome la lengua, abriendo la boca.

Quizás sí deba decirle que sí, al fin y al cabo, no me pediría nada más. No hay compromiso en una cita, no hay relación. Incluso, él me puede ver cómo una amiga.

Me siento en mi cama, doblando las piernas, poniendo mis codos sobre mis rodillas y sosteniendo con mis palmas mi quijada.

¿Y si le digo que sí?

Debo reconocer que, la idea me pone muy nerviosa, no solo por el hecho de que sería a la primera cita que asistiría, sino porque sería con Rafael. Algo en él me dice que yo tampoco soy su tipo; y de no ser porque me accidente contra su casa, quizás nunca nos habríamos volteado a ver. Todavía recuerdo cómo lo vi la primera vez, y probablemente hubiera sido peor si lo hubiera visto en otro lugar, como en la universidad.

Rafael y yo no tenemos nada en común, y eso, también me asusta.

Me vuelvo a acostar, arropándome con mi cobija rosada.

Por otro lado, aún no he podido contestarle a Ivar, aunque ahí la cosa cambia un poco.

La realidad, es que no quiero ver a Ivar por el momento, y eso no tiene nada que ver con Rafael, en absoluto; tiene que ver con su pregunta.

Agarro mi celular de la mesita de noche y releo todos los mensajes que me ha mandado a lo largo de nuestra “relación” —por llamar lo que tenemos de alguna manera—. Todos los mensajes, son casi una copia uno del otro. Me pregunto: ¿será que pegará y copiará unos con otros?

Vuelvo a dejar el teléfono donde estaba y me remuevo en la cama, volviendo a preguntarme, una y otra vez, qué contestarle a Rafael, rezagando a Ivar de mi mente.

¿Si digo que sí, cambiaría nuestra comunicación?

Por ahora, Rafael, se ha comportado conmigo como un amigo, o al menos eso creí. Ahora ya no sé nada.

Nunca noté en él algún cariz libidinoso, o romántico, que para el caso es lo mismo.

"¿Lo es?" —me pregunta mi subconsciente.

No lo sé, no sé nada.

Me revuelvo el pelo y decido que mejor mañana lo decidiré, que todo dependerá de cómo él me lo proponga. Si es algo más casual, podría decirle que sí, pero si es algo más "romántico", no sé qué le diría.

La noche entera, me la paso creando uno y mil escenarios posibles, sobre cómo él me pedirá la cita, unos más sencillos que otros; no obstante, nunca llego a contestarle.

***

Las alarmas comienzan a sonar una detrás de otra, hasta que finalmente me levanto.

Me desperezo y, al abrir los ojos, recuerdo que hoy es mi último día yendo a la casa de la señora Leslie, y lo que eso implica.

Sentándome en la cama, estirando mis piernas bien, me quedo viendo por un largo momento hacia la pared, mordiendo el interior de mi mejilla.

Me levanto de la cama luego de un rato, y busco dentro de mi ropa algo que pueda usar para ponerme hoy, algo que no me moleste manchar de barniz, pero que, a su vez, no parezca como una loca, con camisas anchas y descoloradas.

Saco mis pantaloncillos, que tanto me han acompañado en estos días, y decido que no es mala idea ponérmelos, ya que no me importa arruinarlos. Lo completo con una camisa negra cualquiera y con mis típicas botas oscuras.

Al bañarme, me tardo más de lo acostumbrando, ocupando el acondicionador corporal que, solo utilizo en contadas ocasiones. Salgo de la ducha, me cambio y me seco el cabello, resaltando mis ondas naturales. Me maquillo un poco, sin que se note, más allá del labial que acostumbro a ponerme.

En la cocina, preparo algo rápido para el desayuno y el almuerzo.

Desayuno sintiéndome inquieta, lo que empeora cuando mi mamá se me queda viendo fijamente.

—Hoy terminas, ¿verdad? —me pregunta, achicando los ojos, mirándome, para luego seguir comiendo su tostada.

Meto en mi boca un pedazo de fruta, tratando de tranquilizarme, porque algo me dice que mi madre sabe más de lo que me quiere decir. Es como si me estuviera leyendo.

—Sí, ya hoy termino —respondo, una vez trago, buscando parecer feliz, pero no creo que lo mío, sea la actuación.

Rápidamente, meto otro pedazo de fruta a mi boca, para que ella no note, cómo me temblaba las comisuras de los labios, en esa fingida sonrisa.

—¡Qué bueno, no! Al fin vas a tener las vacaciones que querías, podrás salir con tus amigos. Aunque, recuerda que no puedes beber nada de alcohol —me advierte, sin dejar de comer, observándome por debajo de sus pestañas.

Su mirada no me resulta amenazadora como en otras ocasiones, por el contrario, es una mirada curiosa e irritante.

—Ese es el plan —contesto, encogiéndome los hombros.

Ella asiente y terminamos de comer en un completo silencio, pese a que no deja de estudiarme, de vez en cuando, manteniendo esa mirada que me irrita más.

Al salir de la casa, mi madre cierra la puerta de la casa y luego voltea hacia mí.

—Hoy te ves —hace una breve pausa, viéndome de pies a cabeza, ladeando la cabeza—, diferente —acota.

—Debe ser el short —le indico, viendo hacia la prenda—. Lo uso para que al pintar no se me manche ninguno de mis amados pantalones —explico, pasando mis manos por la tela del pantaloncillo.

Mi madre asiente, le quita seguro al auto y yo me subo rápidamente, evitando prolongar más la plática.

En el camino, ninguna habla sobre nada. Yo mantengo mis ojos pegados en la ventana, aunque no veo el panorama, es como que lo hiciera para callar mi mente. No distingo una casa de otra, pero prefiero ver hacia afuera, que ver a mi madre.

Antes de lo pensado, llegamos a la casa de la señora Leslie. Desde lejos, noto a Rafael, junto con su madre, esperándonos en el pórtico.

Mis ojos se abren grandemente, y mi corazón comienza a martillear, fuertemente, dentro de mi pecho. Los labios se me resecan y me toca relamérmelos para evitar estar más incómoda.

Rafael se ve relajado, hablando con su madre, recostado sobre uno de los pilares del pórtico, con una mano bajo la cabeza, mostrando su brazo blanco, aunque desde esa posición, ni siquiera se ve delgado.

Me muerdo mi labio inferior, sin dejar de ver su brazo, luego sacudo mi cabeza, imperceptiblemente.

Antes de que mi madre se pregunte sobre mi extraña actitud, me bajo del auto. El corazón lo siento en la garganta, palpitando fuertemente, como si quisiera salir de mi cuerpo.

La señora Leslie, al vernos, saluda efusivamente con la mano, despidiéndose de su hijo con un beso en la mejilla.

—Hola preciosa —me saluda al estar más cerca.

Le sonrío, sin saber dónde meterme, manteniendo mi mirada en ella, porque de inmediato, siento la de su hijo, sobre mi cuerpo, y me pongo nerviosa, algo muy raro en mí, y muy curioso…

—Espero que ninguna de las dos se desaparezca luego de hoy —advierte la señora Leslie, bromeando, tocando mi brazo derecho, apretándolo ligeramente y sonriendo hacia mi madre.

—Para nada Leslie —niega mi madre, sonriendo al igual que ella.

—Bien —asiente, relajada, quitando su mano de mi brazo—. ¿Me llevas Lucía? —le pregunta a mi madre, alzando una ceja.

Mi madre sopla, pensativa, pareciendo considerarlo, y luego asiente sonriendo más grandemente.

Extrañada por la actitud de ambas, frunzo el ceño, pero no me atrevo a hacer nada, o a decir algo.

La señora Leslie se sube al carro de mi madre y ella arranca poco después, despidiéndose de nosotros con la mano.

—Está bien que lo aceptes, mi mamá es rara —dice Rafael, detrás de mí.

Pego un brinco pequeño, poniendo la mano en mi corazón.

—¡Santo Pepe Grillo! —exclamo, sintiendo mi corazón agitado, bajo mi mano.

Volteo, respirando rápidamente, sin quitar mi mano de mi pecho.

Rafael se me queda viendo, sonriendo ampliamente, mostrando esa sonrisa tan peculiar de él. Hace esa sonrisa dulce e inocente, mostrando sus dientes blancos y rectos, achicando sus ojos, arrugando las esquinas de estos.

Atontada, me quedo observándolo, para después mirar hacia el cielo, y hacer como si nada.

—¿Por qué "Pepe Grillo"? —me pregunta Rafael, con voz cantarina.

Suspiro, desinflándome, y a la vez, sintiéndome un poco más cómoda.

Él no parece nervioso… quizás ni me vaya a pedir nada, y todo lo que ayer escuché, fue porque estaba con sus amigos.

Puede ser, que toda esa incertidumbre, incomodidad, y ansiedad, hayan sido por nada.

Me tranquilizo un poco.

—Bueno, digamos que para mí, es un personaje interesante —comienzo a explicar, bajando mi mano, metiendo, ambas manos, a los bolsillos de mi short—. Es decir, es la consciencia de un ser inanimado, que nunca ha conocido qué significa ser persona y; sin embargo, tiene que parecer una, con valores morales que para él no deben de tener sentido, sobre todo porque es una cosa. Sí, puedes

decir lo que quieras, y justificar que él quiere ser un niño, pero incluso así, Pepe Grillo hace más que el hada madrina, ya que le enseña cómo ser una verdadera persona, incluso aunque él no lo escuché y haga, al final, lo que se le pega la gana —encojo mis hombros, sonriendo.

Rafael me ve por un breve lapso, con curiosidad, entornando los ojos, y luego vuelve a sonreír, negando, ligeramente, con la cabeza.

—Y bien, trabajemos, jefa —dice él, cuadrándose frente a mí.

Asiento repetidas veces, haciendo un mohín con la boca.

—¡Terminemos con esto pues! —exclamo con un tono de voz intrigante, mientras saco las manos de mis bolsillos, juntando mis dedos, formando un triángulo sobre mi abdomen bajo.

Bufo, y luego me río.

—Se me están pegando tus locuras —le recrimino, puyándolo un poco.

Rafael se ríe, sacando el aire por su boca.

Nos ponemos a trabajar de inmediato.

Ayer, por la tarde, él fue a comprar el barniz y las brochas, ahorrándonos el trabajo de ir hoy por la mañana. Comenzamos a pintar toda la cerca. Él va por el frente y yo por detrás, a manera que quede bien barnizada por ambos lados.

Empezamos a conversar. Yo le pregunto sobre el proceso de graduación, y cómo va él.

Pese a que estudiamos distintas carreras, ambos vamos a la misma universidad, probablemente hasta nos hayamos topado en alguna ocasión.

Rafael me habla sobre cómo le costó decidir sobre su proyecto de graduación, y el montón de papeles que ha tenido que presentar en administración académica para que, quedara como alumno egresado.

Luego, él me hace hablar sobre mi carrera, y lo que yo quiero con ella. Me pregunta que, si quiero ser presentadora o algo por el estilo, a lo que yo me río con muchas ganas.

¡En mi vida se me ocurriría hacer algo así!

Le respondo que, esa nunca ha sido mi idea, y que, si alguna vez se da, lo más que puedo llegar a presentar, son las noticias. Le explico que mi idea siempre ha sido trabajar en un buen periódico, perseguir las noticias “importantes”, o cosas por el estilo.

Hablamos de todo un poco, mientras seguimos avanzando con la cerca. Para la hora del almuerzo, ambos comemos, como siempre, en el pórtico, sentados en las escaleras, recostados sobre los pilares, viéndonos y riéndonos de cualquier cosa.

Le doy de probar de mi ensalada, y él me dice que parezco un conejo por comer siempre lo mismo, a lo que yo le respondo, encogiéndome de hombros.

Después de terminar nos quedamos un momento hablando, y luego

seguimos barnizando, hasta que concluimos con toda la cerca.

A penas son las tres de la tarde, pero no es como si hubiera mucho qué hacer.

Nos alejamos para ver nuestra creación, poniéndonos frente a ella, al otro lado de la carretera, ladeando la cabeza.

—¡Quedó bien! —acepta él, asintiendo lentamente, rascando su barbilla.

Lo miro de reojo y me río un poco.

—Sí, al rato y voy a hacerte una jugada al estilo de Tom Sawyer, y te convenzo para que me pintes mi cuarto —bromeo, codeándole en el torso suavemente.

—Sí, claro, ¡cómo si pudieras! Soy muy astuto —voltea a verme, achicando los ojos, retadoramente, queriendo ponerse serio.

Me río y luego salgo caminando hasta su casa, para traer mi cartera.

Escucho los pasos de Rafael detrás de mí, caminando lentamente para no sobrepasarme.

—Entonces… ¿Ya te vas? —me pregunta, con las manos en los bolsillos, usando su tono de voz casual y relajado.

Asiento con la cabeza.

—Sí. Creo que ya no hay nada más qué hacer —respondo, comenzando a ponerme nerviosa nuevamente.

Me muerdo el labio inferior.

—Esperame aquí, te tengo algo —dice Rafael, para después salir corriendo al interior de su casa.

Mis pies se quedan pegados en el pórtico, sin poderme mover, tal y como él me dijo.

Trago saliva con dificultad, respiro hondo y exhalo todo el aire, buscando serenarme, pero no funciona.

¿Qué será lo que andará trayendo Rafa?

Agarro mi cartera y me siento en las escaleras. Saco un cigarrillo, con las manos algo temblorosas, más nerviosa que nunca.

¿Será que me pedirá la cita ahora?

Enciendo mi cigarro y comienzo a fumar, tratando de que la nicótica me calme.

Le doy una calada grande, retengo el aire por un instante, sintiendo cómo comienza a hacer efecto, y luego expulso el humo gradualmente.

Escucho las pisadas de Rafael a lo lejos, le doy otra calada a mi cigarro y luego lo apago en la suela de mi bota izquierda, guardando la colilla en mi cartera.

Al llegar él, ya no hay rastro de que he estado fumando, al menos no de forma evidente.

—Aquí tienes —dice detrás de mí.

Volteo y lo miro; balanceando frente a mí, el cinturón de

herramientas de mi padre.

Parpadeo rápidamente sin entenderlo, pero después caigo en cuenta que hace días se lo di para que me lo guardara, y desde entonces no se lo he pedido.

—Gracias —respondo, sonriendo por compromiso. Me levanto y se lo tomo de las manos, para ponérmelo alrededor de la cadera, porque con lo pesado que es, gracias a las herramientas, no lo puedo meter a mi cartera.

Rafael se aleja y hace un marco con los dedos de sus manos, enmarcándome a mí, cerrando un ojo para verme bien.

—Te queda —concede, sonriendo, manteniendo la postura.

Arrugo la nariz y sonrío confundida, sobre todo porque no está pasando lo que esperaba.

Asiento, sin dejar de sonreír.

Rafa baja las manos y comienza a balancearse sobre los talones, metiendo las manos dentro de los bolsillos de su pantalón, mirándose bien dulce.

—Entonces… Ya me voy —digo yo, algo nerviosa, señalando hacia atrás con mi pulgar, sin dejarlo de ver.

Rafa mira hacia abajo.

Sonrío grandemente, me acerco hacia él y le beso en la mejilla, un beso rápido, en el que, nuevamente, le dejo marcados mis labios con mi labial.

Me doy media vuelta y bajo las escaleras brincando. Me muerdo el labio inferior, algo decepcionada, cuidando que mi cuerpo no demuestre mi desazón.

—¡Virginia! —me llama Rafael, sin moverse de donde esta.

Giro hacia él, y lo miro poniendo sobre mis ojos, mi mano derecha, como visera, ya que el sol está dándome en la cara.

Reacomodando sus hombros, como si se estuviera estirando, pero sin sacar las manos de sus bolsillos, se acerca hacia mí.

—¿Quisieras ir a comer conmigo, mañana? —pregunta, cuando se pone frente a mí.

Bajo mi mano y me quedo quieta por un minuto, luego sonrío.

Lo veo fijamente, parece muy nervioso, ansioso incluso. No saca las manos y no deja de balancearse, algo que he notado que hace mucho cuando está nervioso.

Entorno los ojos y toco mi colmillo con la lengua.

—Está bien, eso me gustaría —respondo finalmente, sintiendo algo caliente en el pecho.

Un cosquilleo curioso y único, me recorre el cuerpo entero, haciéndome sentir bien.

Rafael respira profundamente, sacando sus manos de los bolsillos, pasándolas por su cabello oscuro, despeinando sus rizos oscuros.

Sonríe tranquilamente, como si se hubiera quitado un gran peso de los hombros.

—Prestame tu teléfono —le pido, extendiendo mi mano hacia él.

Arruga la frente, sin entenderme, pero igual se saca el teléfono de la bolsa de atrás de su pantalón.

Lo tomo y anoto mi número, guardándolo como “L a mujer más hermosa de este mundo”.

—Ese es mi número —le digo, haciendo una llamada a mi teléfono, y colgando de inmediato, para después dárselo—. Creo que debí hacer esto hace mucho —reconozco, sin dejar de sonreír.

Rafael se ve algo sorprendido, pero se queda callado.

—Sabes dónde vivo —sigo hablando, llevando el control de la situación, porque, por lo visto, el cerebro de Rafa, acaba de explotarle. Desde que he aceptado, no parece hacer nada más que parpadear y respirar—. Pasa por mí a las… siete de la noche; es una buena hora —asiento, para después seguir sonriendo.

Me acerco nuevamente a él, y poniendo una mano sobre su mejilla, le beso la comisura de la boca, para después girarme e irme hacia mi casa, sin dejar de sonreír como una tonta, dejándolo a él parado en medio de su patio, como una estatua que respira.

17

Al llegar a la casa, le mando un mensaje a mi madre, avisándole que ya estoy aquí, luego, escribo otro para Ivar.

“Hoy no puedo.”

Lo leo dos veces más ante de pulsar “enviar”. Podría irlo a ver ahora, pero no se me apetece en absoluto. Hoy no tengo ganas de liarme con nadie. Extrañamente, estoy feliz, y no quiero que esa felicidad, se convierta en otra cosa, y menos con Ivar…

A decir verdad, no me imaginé contestándole a Rafael tan rápidamente, pero es que, en cuanto vi lo nervioso que estaba, y lo bien que se veía de esa forma, no sé, algo se movió dentro de mí y me impulsó a decirle que sí.

No me arrepiento, en absoluto, de mi respuesta; fue impulsiva, pero es sincera.

Me pongo mis audífonos. Busco un vídeo en específico en internet y una vez lo encuentro, lo reproduzco, una y otra vez, viendo en mi cabeza, cómo bailaba Rafael con la canción, moviendo su cuerpo alocadamente, despreocupado.

Hay cierta actitud en Rafael que me fascina, es algo muy distinto de lo que he sentido por otros hombres. Normalmente, mis anteriores… ¿cómo decirlo?: ¿Parejas…? Pues eso, mis anteriores parejas, me han gustado por sus físicos y por lo bien que eran en la cama, no obstante, nunca le dije a ninguno de ellos que sí, cuando me invitaban a salir.

Y, pese a que estoy asustada por lo distintos que somos Rafael y yo, estoy más entusiasmada con la idea de salir con él, que con la idea de ir a ver a Ivar. Sí, aún quiero el cuerpo de Ivar, pero después de su pregunta… no lo sé, ya no es igual.

Sí, aún me parece que su cuerpo es el más increíble que he visto… Y su cara… Él es una combinación entre ángel y demonio, como si tuviera lo mejor de lo que hace guapo al prototipo de hombre malo, y el atractivo que solo los mismos dioses deben de tener, en su caso, dioses nórdicos. Sus ojos me prenden de inmediato, y el hecho de imaginar su cuerpo frente a mí, desnudo, rudo e imponente, comienza a calentarme por dentro más de lo que cualquiera se podría imaginar.

Pese a ello, no se me apetece ir dónde él, al menos no hoy, probablemente tampoco mañana. Tendré que esperar a ver cuándo se me pase esa extraña sensación.

Sonrío al volver a poner la canción, olvidándome completamente de Ivar. Me levanto del sillón y empiezo a bailarla como Rafael, moviendo mi cuerpo como loca.

Me río al imitar los movimientos que aún recuerdo que hizo él,

mientras le agrego otros. Y no es que yo baile bien, pero al menos mucho mejor que Rafa, sí que lo hago.

Sin dejar de bailar, reproduciendo la misma puñetera canción, cocino la cena, sonriendo de oreja a oreja.

***

Me despierto con la alarma sonando cerca de mi oído, tintineando de forma estridente. Le doy un manotazo al despertador y luego abro un ojo, lentamente.

La luz se ha metido por mi ventana, haciendo que todo mi cuarto se vea luminoso y más “tierno”.

Resoplo, estirando mi cuello y vuelvo a cerrar los ojos, acomodándome en la cama, recordando que hoy ya no tengo que trabajar.

Los vuelvo a abrir rápidamente.

¡El desayuno…!

Pongo la alarma para dentro de media hora y me vuelvo a dormir.

Cuando la alarma suena, me paro de la cama de un brinco y voy hacia la cocina, preparo el desayuno de mi madre y la espero para comer.

Mi mamá sale de su recamara, arreglando su chaqueta, doblándola en dos para luego ponerla sobre su cartera.

—¡Creí que no te ibas a despertar! —exclama, abriendo los ojos grandemente, sorprendida.

Me encojo de hombros.

—Ya me a costumbre —miento, sintiéndome rara por no poder decirle la verdad.

Ella asiente y toma asiento, para comer.

—Asumo que vas a venir a almorzar —comento, vertiendo un poco de miel de maple en mi panqueque.

La miro de reojo, cuando ella se queda callada por un momento.

—En realidad no, hoy no vendré a almorzar, así que, si quieres, pide comida de algún lugar —responde, tranquilamente, sin dejar de comer.

Su pausa me parece sospechosa, pero no me atrevo a preguntar nada más.

Al terminar de comer, lavo los platos, mientras mi madre se pone su chaqueta, justo antes de salir de la casa.

—Por cierto, recuerda que debes hacer la banca para el jardín de Leslie —me señala ella, volteándome a ver, antes de cerrar la puerta.

Me quedo admirando la puerta cerrada, entornando los ojos.

Sacudo la cabeza y me tiro en el sillón, para ver televisión por un momento. Pasa así, una hora y media, hasta que me llega un mensaje de Rafael, es un simple saludo.

Miro mi teléfono dos veces antes de contestar, y de esa manera,

platicamos. Le pregunto sobre la banca, advirtiéndole que tampoco espere la gran cosa, porque yo más que una simple valla, no puedo hacer. En teoría, aprendí a hacer una banqueta sencilla, pero no es lo mismo seguir instrucciones de tu padre, que tratar de recordarlas seis años después de eso. Cierto, hicimos tantas que se me quedaron varias cosas, pero nuevamente, no es lo mismo.

Me levanto de mi asiento y me voy al taller de mi padre, donde, en medio de los mensajes, trabajo en el mueble, enseñándole, con fotos, algunos de mis progresos a Rafael, burlándome de cómo me equivoco con algunas cosas.

No avanzo mayor cosa. A las dos de la tarde, desisto y me voy a comer, haciéndome una ensalada, porque no quiero verme inflamada hoy por la noche.

Después de comer, Rafael se despide de mí, debido a que tiene que ir a la universidad, a arreglar una cosa.

Termino de comer, viendo la TV.

Las horas empiezan a pasar y luego mi madre llega, le pregunto sobre su día y ella va directo al grano y me interroga sobre qué he hecho hoy.

Hacia las cinco de la tarde, los nervios comienzan a aflorar en mí. El estómago lo tengo revuelto, y el corazón me palpita un poco más rápido de lo usual.

Sin decirle nada a mi madre, me levanto del sillón y me voy a mi cuarto, directo a mi armario. Observo toda mi ropa, sintiéndome un poco extraña porque no sé con qué vestirme. Parece que mi usual ropa oscura y, con las mismas características, no es muy apropiada para la ocasión.

Paso los percheros de un lado a otro, hasta que me quedo viendo el vestido azul que mi madre me regaló… lo saco del armario, alzándolo para verlo por completo. Es un vestido con escote en pico, que deja ver un poco la piel, sin ser muy exagerado. Se aprieta un poco en la cintura, para después caer ligeramente sin ser del todo, un vestido con forma de "A", ya que no tiene tanto vuelo.

Miro mis zapatos y quedo aturdida al ver que solamente tengo botas, de distintas formas. Unas con tacón, otras sin tacón, unas que llegan a la mitad de la pierna, otras, a la rodilla, incluso tengo unas que me llegan casi a mitad del muslo, pero ninguna va con el vestido.

Salgo de mi cuarto, escucho la televisión en la sala, lo que significa que mi madre todavía esta allá. Con cuidado de no hacer ruido camino hasta el cuarto de ella, abriendo la puerta suavemente, entro, yendo hasta su zapatería, donde tiene muchos tipos de zapatos, algunos más para su edad que otros. Saco unos zapatos grises, casi plateados, de punta, con un tacón considerable, de al menos unos ocho centímetros. En la punta tiene algunas piedras de color azul,

rosado muy claro y transparente, simulando ser gemas, aunque creo que son circonios.

¡Ni siquiera sabía que mi madre tenía estos zapatos!

Me quito mi pantufla derecha y me pruebo uno de los tacones, me paro sobre esa pierna y siento cómo me aprietan un poco, nada del otro mundo…

Si estoy sentada, los podré aguantar bien.

Los tomo y con el mismo cuidado con el que entré, salgo de su cuarto, sigilosamente, cual ninja entrenado por Norcorea. Aunque lo anterior, no tiene sentido… Achico los ojos, y sigo con mi camino.

Me ducho a consciencia, dejando la piel de mi cuerpo suave y tersa.

Usando solo ropa interior, para no ensuciar mi vestido, me seco el cabello, para luego alisármelo, lo que hace que se vea mucho más largo de lo que normalmente se ve. Me maquillo, poniendo esfuerzo en ello, debido a que no soy muy diestra para la tarea. Con paciencia, logro hacerme un maquillaje bastante natural, resaltando mis ojos y poniendo algo de color en mis mejillas y labios.

Cuando termino, reviso la hora, aún quedan unos minutos antes de las siete.

Los nervios crecen en mí, revolviendo más mi estómago, y haciendo que mi corazón lata muy apresuradamente. Las manos me tiemblan ligeramente y la boca la tengo reseca.

Respirando profundamente, me pongo el vestido y los zapatos.

Me veo en el espejo de cuerpo entero, analizándome. Casi no parezco yo, es como una versión más cuidada de mí misma, como si mi apariencia mejorara y se sofisticara al instante, solo por el hecho de traer un vestido.

Con los tacones, junto con mi cabello alisado, hacen que me vea más alta.

Me observo de frente, de un lado y del otro, sumiendo el abdomen al máximo, y luego dejándolo normal. Muevo mi cabello a un lado a otro, viendo cómo me queda mejor.

Resoplando, meto mis cosas en una pequeña cartera que encuentro al final de mi armario.

Veo la hora en mi celular. Aún falta unos minutos antes de que él venga.

¿Debería esperarlo afuera o en la sala? ¿Debo salir antes de que él toque el timbre? ¿Lo debo recibir en la casa?

Las preguntas se acumulan en mi cabeza, mareándome y oprimiendo mi pecho.

Respiro profundamente, y armándome de valor, camino con firmeza hasta la sala.

Mi madre esta recostada en el sillón, viendo un programa en la televisión, un reality show; riéndose de algo que yo no logro ni

comprender. ¿Cómo es que le da risa algo así?

—Hoy saldré —le aviso, sentándome en el sillón de una plaza, al lado de ella, con el corazón más acelerado que antes.

Mi madre voltea verme y se le abre los ojos grandemente cuando me nota. Despacio, se levanta del sillón, sentándose, sin dejar de verme, abriendo la boca y cerrándola, queriendo decir algo que simplemente no le sale.

—No sé a qué hora voy a venir —sigo, viendo hacia el cielo, para después recordarme de sus zapatos—, y te tomé prestados los tacones —admito, levantando uno de mis pies para que vea cuáles tacones son.

Ella sacude la cabeza, desconcertada.

—Puedo preguntar con quién vas a salir —cuestiona, sin realmente preguntar, es como si tuviera miedo de hacerlo, o estuviera siendo muy cuidadosa. En ningún momento cierra bien la boca. Definitivamente, no se lo puede creer.

Encojo los hombros.

—Voy a ir a una cena con el hijo de la señora Leslie, es decir, Rafael —respondo, sin mirarla, viendo hacia la televisión, pero sin enfocar la vista ahí.

Muevo mis manos una contra la otra, las tengo heladas, aunque no está haciendo nada de frío.

De pronto, las dudas vuelven a mi cabeza, pero esta vez, es sobre mi vestuario: ¿Qué tal si voy muy formal? ¿Qué pasa si me he excedido con la ropa?

Aliso la falda del vestido y veo a mi madre. Trago saliva con dificultad.

—¿Me veo muy formal? —le pregunto, relamiéndome los labios, quitándome un poco de labial.

En este momento, lo que más me apetece es salir de la casa, a fumar. Quiero relajarme, pero no puedo, no quiero oler a tabaco, ni que mi aliento se arruine gracias a un cigarrillo, que solamente me calmara un rato.

Mi madre no deja de verme y luego sonríe cálidamente.

—No creo, te ves muy bien. ¡Preciosa! —me alaga, sin quitar esa sonrisa de su rostro.

Respiro profundamente, sintiéndome un poco más aliviada.

Juego con mis manos, hasta que escucho el sonido del motor de un carro. Alzo la cabeza y miro por la ventana, en medio de las cortinas, verificando si es Rafael o no.

En cuanto veo su carro, me levanto de mi asiento como si fuera un resorte. Aliso mi vestido, desde la cintura hasta la falda.

Respiro hondamente, conteniendo, por un momento, el aire, hasta que lo expulso lentamente por la boca.

—¿Debería esperar a que toque? —le pregunto a mi madre, viendo, por la venta, cómo se baja del auto Rafael, y de inmediato, me relajo, al menos respecto a mi vestuario.

Desde lejos, distingo su camisa formal de botones, gris, encima de esta, lleva una chaqueta negra, una de esas que tienen parches en los codos. La chaqueta resalta sus hombros anchos y redondos.

Alzo una ceja, admirando su vestuario. Vestido de esa forma, más parece maestro, que dentista, pero no se ve para nada mal, de hecho, le hace parecer más fuerte de lo que en realidad es. ¡Definitivamente Rafael tiene su atractivo!

—Calmate, Virginia —me dice mi madre, tocando mi antebrazo.

Jadeo.

¿Cómo si fuera tan fácil?

Espero hasta que el timbre de la puerta suena y me acerco a ella, volviendo a alisar mi vestido, como por centésima vez. Arreglo mi cabello, acomodándolo bien.

Pongo mi mano en el pomo de la puerta y me cuesta girarlo. El corazón me late rápidamente, pidiéndome salir del pecho. Mi cabeza me cuestiona si fue buena idea aceptar su invitación, alertándome sobre mi miedo.

Al verlo frente a mí, parado, con las manos en los bolsillos de su jean, sonriéndome tranquilamente, todo en mi se paraliza por un segundo, para dejar de sentirme angustiada. Percibo una calma interior, que no pensé tener. El solo hecho de verlo, me ha sosegado, aunque no tanto como quisiera.

—Buenas noches —me saluda a mí y a mi madre, mirándola brevemente, para luego posar sus ojos en mí.

—Vámonos —exclamo, sonriendo, actuando con naturalidad, aunque por dentro, puedo sentir que me carcomen, ligeramente, lo nervios.

Rafael asiente lentamente, sin dejar de sonreír.

Me despido de mi madre con una mirada corta, alzando las cejas por un lapso muy breve que solo ella capta, y luego cierro la puerta detrás de mí.

—Te ves muy bella hoy, Virginia —me alaga Rafael, bajando un poco la voz, sin llegar a susurrar, colocándose al lado mío.

Parpadeo rápidamente. Creo que nunca antes me habían dicho esa palabra… Es decir, me han dicho que soy bonita, que tengo buen cuerpo, y muchas otras cosas que se alejan mucho de esa palabra. Estoy más acostumbrada a recibir un cumplido libidinoso, que a uno de ese estilo.

—Gracias —respondo, tartamudeando sutilmente—, tú también te ves muy bien, pero me parece que te equivocaste de profesión —comento más animada, olvidando mi vergüenza inicial.

Rafael frunce el ceño, luego saca sus manos de los bolsillos. Tiende su mano hacia mí. Me quedo viendo su gesto sin entender, mientras él solo sonríe más grandemente. Dudando, tomo su mano y él se acomoda mejor para, de esa manera, caminar hacia el carro.

Me lleva de la mano de una forma tan respetuosa que me desconcierta.

—¿Por qué dices que me equivoqué de profesión? —cuestiona él, reanudando la conversación, bajando el pequeño escalón que hay entre la acera y la calle.

Con la otra mano que tiene desocupada, le quita llave al carro con el cheque central, y luego abre la puerta para mí, soltando mi mano.

Muevo mi mano, sintiéndola vacía, y me meto al auto. No sin antes mirar cómo Rafael, pone su mano sobre el borde del marco puerta, para evitar que me golpee con el filo.

Lo veo todo en cámara lenta, escuchando el martilleo de mi corazón, intensificarse.

Una vez me reacomodo, él cierra la puerta y yo me quedo como tonta, observando cada uno de sus movimientos.

Rafael rodea el auto y entra. Se amolda en el asiento, y luego enciende el carro, me voltea a ver, sonriéndome mientras pone en marcha el vehículo.

—¿Entonces…? —pregunta, mirando la carretera.

Me muerdo el labio inferior, volviendo a estar tan nerviosa como antes.

—Creo que, por tu apariencia, cualquiera diría que eres maestro, o algo por el estilo. Te queda —le digo pensativa, sintiéndome un poco lenta y desubicada, bajándole a mi nerviosismo.

¡Solo espero que él no lo note!

Rafel se ríe por lo bajo.

—Supongo que, de cierta forma, eso se debe al saco. Los parches no ayudan mucho —comenta, arrugando la nariz, volteando a verme, manteniéndose sereno y sonriente.

Asiento, conteniendo el aire, viéndole sus ojos rasgados y oscuros.

El corazón se me desemboca, latiendo fuertemente, y me toca mirar hacia otro lado.

¡¿Qué carajos me pasa?!

Coloco mi vista en la carretera, frente a nosotros, observando, además, el cielo oscuro. Sobre nosotros, está la luna, brillando fuertemente.

Trato de relajarme, al fin y al cabo, ya conozco bastante a Rafael, más de lo que conozco a otros hombres con los que he estado.

Me suelto un poco y volteo hacia él.

—¿Pudiste arreglar la cosa esa de la universidad? —le pregunto, recordando nuestra conversación de la tarde.

Rafael asiente y empieza a contarme un poco mejor qué es lo que había pasado. Entre más habla, más me calmo, pudiendo llevar una conversación normal, sintiéndome más libre.

A medida avanzamos por la calle, me siento mejor estando junto a Rafael. Después de una media hora, llegamos a un lugar en las afueras de la ciudad. Es un restaurante algo pequeño, construido con madera, por completo, como una pequeña cabaña, nada más que no es tan pequeña para ser una cabaña, y es mucho más lujosa de lo que se esperaría.

Rafael se estaciona, en frente, apaga el auto y luego gira hacia mí.

—Yo abro —me advierte, entornando los ojos, levantando su dedo índice, bien serio.

Sonrío, alzando las manos, rindiéndome, adorando sus gestos faciales tan abiertos y espontáneos.

Él se quita el cinturón de seguridad rápidamente y luego sale del auto, para rodearlo y abrir mi puerta. Vuelve a poner su mano en el filo del marco puerta. Extiende su mano libre y me ayuda a salir.

Me río suavemente, muerdo el interior de mi mejilla, y acepto su ayuda.

Una vez estoy afuera del auto, él me hace esperarlo a que cierre la puerta, y luego se posiciona a mi lado, tomándome del brazo.

—¿No te parece un poco exagerado? —cuestiono, achicando los ojos, divertida.

Rafael respira profundamente, como si se lo estuviera pensando, y luego niega con la cabeza.

—En absoluto —afirma, para luego caminar hasta el restaurante, donde de inmediato nos abren la puerta.

Por dentro, el lugar es hermoso, mucho más elegante de lo que parece por fuera. Por todo el lugar, hay candelabros fijados al techo, en los que cuelgan cristales pequeños, algunos tienen colores pasteles y otros son transparentes, por lo que el ambiente se torna más romántico. El piso, al igual que todo, es de madera. Las mesas son redondas y están cubiertas con manteles de tonalidades oscuras.

El maître se nos acerca, nos da la bienvenida, saludándonos y con una seña con la mano, nos pide que lo sigamos. Caminamos por el lugar hasta el otro extremo del local, donde nos sentamos.

Rafael mueve la silla para mí.

—En un momento vendrá alguien a atenderlos —dice maître antes de retirarse, haciendo una ligera inclinación con la cabeza.

Me quedo viendo todo el lugar.

Debido a que estamos al otro lado del local, al lado de una ventana, puedo observar hacia afuera, donde el paisaje se extiende frente a mí.

Ya que el restaurante está a las afueras de la ciudad, no hay muchas construcciones alrededor de este, lo que deja libre la parte de atrás,

donde han decorado un espacio con muchas plantas y, luces blancas y pequeñas.

—Es muy bonito, gracias por traerme aquí —le digo a Rafael, sin dejar de ver hacia afuera, observando cómo se ven las estrellas desde aquí.

Vuelvo la cabeza hacia Rafael y lo veo, mirándome y sonriendo.

—De nada —replica, manteniendo su porte relajado en todo momento.

Respiro profundamente, pongo el dorso de mi antebrazo en la mesa y me le quedo viendo.

—¿Así eres siempre? —le pregunto, admirándolo con curiosidad, ladeando la cabeza.

Rafael sonríe más ampliamente, mostrando su sonrisa más sincera.

Trago saliva y me relamo los labios.

—Creo que hay que ser amables con las personas, y sí, por supuesto, soy más amable con mis citas, pienso que es la manera correcta de tratar a una mujer que te atrae —afirma él, ligeramente más serio, sin dejar de sonreír.

—¿Dices que tratas así a todas las mujeres con las que has salido? —pregunto, parpadeando rápidamente, intrigada.

—No es como que haya salido con muchas mujeres, pero esa es la idea —se encoge de hombros.

Pongo una mano en mi quijada, sosteniendo mi cabeza con ella.

—Entonces, tú exnovia es una tonta por dejarte ir —afirmo—. Ultimadamente, cuesta hallar hombres como tú, que te traten de esa forma… caballerosa, no lo sé…

Rafael mira hacia el suelo, divertido. Alza la cabeza, más serio, dejando de sonreír.

—Siendo así, ¿tú estarías conmigo en una relación sería? —cuestiona, viéndome directamente a los ojos, con una intensidad que me deja muda por unos segundos.

Bajo mi mano, irguiéndome. Lo veo directamente, pero su mirada me perturba de una manera que no comprendo, por lo que bajo la vista hacia la mesa.

Me quedo callada, sin saber cómo contestar a su pregunta, pero, contrario a lo que hubiera creído, tampoco es como si quisiera decirle que no, es decir, no diría que sí, no obstante, por mi cabeza no se pasa burlarme de él, o tomarme a la ligera su pregunta.

—No te preocupes, Virginia, no te estoy pidiendo nada en realidad —dice Rafael, tranquilamente.

Levanto la mirada y lo veo, sonriendo nuevamente, sin inmutarse por mi actitud.

—Nunca le pediría a una mujer que tenga algo más serio conmigo, en la primera cita —afirma él, arrugando la nariz, un gesto que se ve

muy lindo en él.

Respiro hondamente.

Nos quedamos callados por un momento, en el que aparece el camarero y nos deja el menú para que pidamos.

—Espera —dice Rafael, poniendo su mano sobre la mía, viéndome —, te traje a este lugar porque quiero que comas algo delicioso, y no otra ensalada —aprieta mi mano, entretenido—, así que, si no te importa, me gustaría pedir por ambos…

Me lo pienso por un minuto y luego haciendo un puchero, respondo:

—Está bien, señor, pida usted, que supongo no me hará daño cederte mi control calórico por una noche—replico con un poco de sarcasmo, volviendo a sentirme alegre.

—¿Alguna alergia? —pregunta él, ladeando la cabeza.

Niego lentamente, cerrando los ojos por un segundo.

Rafael llama al camarero y le ordena los platillos.

Luego de eso, más relajada que antes, hablamos tendidamente.

***

—Y bien, dime una cosa sobre ti, que no le dices normalmente a las personas —inquiere Rafael, cortando un trozo de carne.

Me quedo pensando, pero de inmediato, me doy cuenta que hay muchas cosas que yo no le digo a las personas.

—Son demasiadas —reconozco, pensativa, moviendo el tenedor con mi mano—, pero si tuviera que elegir una, diría, que es decirles, en principio, cuál es mi primer nombre… —puntualizo, mordiéndome el labio inferior.

—¿Cuál es tu primer nombre? —pregunta, dejando los cubiertos sobre el plato, mirándome atentamente.

—María —respondo con pesadas e incertidumbre, resoplando. Exteriorizando el horror que me causa llamarme de esa manera tan común, y que no me va de ninguna manera.

—En tal caso, te llamas, María Virginia —asevera él, mirando hacia otro lado, estudiando mi nombre pensativamente.

—Así es. Mi nombre completo es María Virginia Wolf Blanco —termino por él, algo fastidiada, haciendo un puchero con la boca.

—¿No te gusta tu nombre? —pregunta rápidamente Rafael, notando mi disgusto—. La verdad es que se escucha bien… Me gusta —agrega, asintiendo con la cabeza.

—A mí, no. De hecho, de pequeña tuve algunos apodos poco creativos debido a ello, pero después de la muerte de mi padre, me niego a cambiarme alguno de mis nombres. —Rafael alza las cejas, interrogativamente—. Él fue el que me puso María —explico—. Y él tuyo, ¿cuál es?

Rafael termina de mascar la carne que tiene en la boca y toma un sorbo de vino tinto.

—Aunque no lo creas, mis padres fueron muy simplistas, solo tengo un nombre —se encoge de hombros, refunfuñando—. Pero si le agregas mis apellidos, soy Rafael Alvarado Ochoa. Y ya te digo yo que eso no ocasiono apodos, pero creo que los apellidos de mis padres no combinan en nada —niega con la cabeza, haciendo un gesto de desazón.

—¡Ya! Bueno, al menos a mí me dejaron elegir cuál de los dos nombres me gustaba, a ti te quitaron esa oportunidad —alego, metiendo un bocado de comida dentro de mí, viéndole el lado bueno a mi nombre.

—Sí —acepta él—. Sin embargo, me gusta mi nombre. Ahora, cuéntame otra cosa que no le digas a las personas, pero que no sea algo que pueda encontrar sobre ti…

Sopeso por un instante, todas las posibles respuestas para ello. Rasco mi cabeza.

—Ya lo sé, fácil… —sonrío pícaramente, achicando los ojos, sabiendo que lo que él pregunta, también lo debe contestar—. Me gusta la música country, de hecho, mi canción favorita es de ese género —lo veo fijamente.

Rafael parece sorprendido, tal y como me imaginé.

—Si no lo dices tú misma, no te creo —indica él, tomando otro sorbo de vino.

—Y a ti, ¿qué música te gusta? —pregunto, esperando a ver qué me contesta.

—Me gusta de todo un poco, en especial la música pop de finales de los 90´, principios del 2000 —responde sin rastro de vergüenza—. Pero eso es algo que cualquiera sabe…

—¿Enserio? —pregunto frunciendo el ceño.

—Sí, medio mundo sabe que soy fanático de la "Britney Spears" de esa época, aunque no es mi cantante favorita. Mi canción favorita es de un grupo llamado Aqua.

—¿Qué canción es? —inquiero, aunque no sé qué grupo es, no me suena de nada.

—Es la de "Barbie girl" —indica Rafael, muy tranquilo.

Trato de pasar la comida que tengo en la boca, pero me atraganto. Toso algunas veces y me cuesta respirar. Bebo un poco de vino y me tranquilizo, dejando de toser.

—¿Estás bien? —me pregunta él, preocupado, acercándose a mí.

Asiento con la cabeza, recuperando el aire, haciendo un gesto con la mano para restarle importancia.

—¿Estás bromeando conmigo verdad? ¿Cómo te puede gustar algo que fue inventado para una muñeca? —le pregunto desconcertada,

arrugando el entrecejo.

Rafael sonríe abiertamente, haciendo más pequeños sus ojos debido a la sonrisa.

—No lo sé, me gusta, es graciosa —se pone rojo de repente—, y tiene un doble sentido muy oscuro, aunque también se puede decir que es una crítica —se encoje de hombros.

Niego con la cabeza.

La conversación se extiende, e incluso Rafael ordena para ambos, postres, por lo que terminamos platicando por mucho tiempo. Una plática simple y amena.

Al acabar de comer, me lleva a mi casa, repitiendo el mismo proceso que antes de, abrir la puerta y demás.

Estaciona el auto frente a mi casa, y de inmediato se baja a abrirme la puerta. Me da la mano y me ayuda a salir del auto.

Caminamos juntos hasta la entrada de la casa.

Volteo hacia él, mirándolo fijamente.

—Gracias, Rafael, de verdad me gustó todo —digo, sonriendo dulcemente, sintiéndome bien, percibiendo esa sensación cálida que siempre tengo cuando estoy junto a él.

—De nada, a mí también me gustó tener una cita contigo —se acerca a mí, dando un paso corto.

Alzo más la cabeza para poderlo ver bien.

Rafael estudia mis ojos persistentemente, observándolos de una forma que me corta la respiración.

Relamo mis labios. Lo veo acercarse lentamente hacia mí, pone delicadamente su mano derecha sobre mi mejilla.

El corazón se me agita completamente, sin embargo, solo cierro los ojos y lo espero.

Pone sus labios sobre los míos y me besa… Sus labios suaves y delgados rozan los míos de una forma delicada, que activa de inmediato todos mis nervios, acelerando más mi corazón.

Se separa de mí, sin soltar mi rostro.

Abro los ojos lentamente, para verlo frente a mí, con su rostro a unos centímetros del mío, viéndome intensamente.

Me cuesta respirar, estoy hipnotizada por sus ojos tan oscuros y serenos.

—¿Te veré otro día? —pregunta, mirando a mis ojos y luego a mis labios, sin bajar su mano.

Relamo mis labios nuevamente, algo que él nota.

Asiento, sin poder hablar, sintiéndome atontada.

—Nos vemos, Virginia —se despide él, besando mi frente, dejando mi cara.

Me quedo ahí, sin decirle nada, viendo cómo gira sobre sus pies y camina, con las manos metidas en sus bolsillos, directo hasta su auto.

Lo veo abrir la puerta del carro, para luego saludarme con la mano y una sonrisa tierna que me desconcierta más. Se queda viéndome, esperando a que entre a la casa, incitándome a ingresar primero, haciendo un gesto con la mano.

Me cuesta un poco moverme, pero finalmente volteo y abro la puerta de mi casa, una vez adentro, el carro enciende y él se va.

Relamo mis labios, como por enésima vez en el día. Como si todavía guardaran memoria de su boca, puesto que la vuelvo a sentir contra la mía, acariciándome delicadamente.

Me apoyo en la puerta y me toco los labios con los dedos, sin poder cerrar la boca del todo.

¡Qué fue eso!

La sensación cálida de antes, se ha extendido e intensificado, pero no es excitación, al menos no en el sentido sexual, aunque sí hay un poco de eso, no podría ser de otra forma luego de tocar sus labios.

Me deslizo por el piso lentamente hasta acabar sentada. Las luces están apagadas y sé que mi madre debe de estar ya en su cuarto, así que me quedo ahí, desparramada en el suelo, sin saber qué es lo que siento.

Preguntándome qué esa nueva sensación que percibo.

18

Me la paso dando vueltas en la cama, recordando el beso que me dio Rafael. Ni siquiera tengo algo para compararlo. Sí, seguro, es el beso más dulce que alguien me ha dado, y mucho más delicado de lo que estoy acostumbrada.

Creo que la única ocasión en la que alguien me beso, más o menos, de esa manera, fue cuando tenía catorce años y me dieron mi primer beso. Fue con un exvecino que se mudó hace tiempo, se llamaba Cesar, y era realmente guapo, aunque muy tímido porque tenía un problema en el habla y eso hacía que casi no hablara con muchas personas, pero yo lo conocía de hace mucho tiempo, básicamente habíamos crecido juntos, y éramos muy buenos amigos. Nunca me di cuenta cuándo le comencé a gustar, sin embargo, en San Valentín, él se me confeso, me regalo el enorme oso de peluche que hay en mi habitación. Luego de eso, sin decirme nada más, se acercó a mí, lentamente y me beso… un beso corto, aunque bastante dulce. Debo decir que en realidad ha sido uno de los peores besos que me han dado, pero la forma en cómo él lo hizo, cambió totalmente ese significado; además, no tenía nada de experiencia, así que para mí fue increíble. Él no me gustaba como yo a él, por lo que no tuvimos nada más allá de ese beso.

Y al ser un mal beso, por muy dulce que haya sido, no se compara en absoluto con el que me acaba de dar Rafael. Ese beso, me dejó sin aliento, y no por las razones obvias, sino porque fue tan… No sé ni cómo describirlo.

Me arropo con mi sábana, tomándola fuertemente entre mis manos, y me quedo atontada, viendo el techo de mi habitación.

El celular me vibra y, sacando una mano, lo tomo de la mesita de noche, apurada.

“Buenas noches, que duermas bien y tengas sueños bonitos.”

El mensaje, por supuesto, es de Rafael, y de inmediato me saca una gran sonrisa.

Es un mensaje cursi que, si no fuera de él, probablemente me habría hecho reír hasta que ya no pudiera más, no obstante, me lo imagino a él, diciéndomelo y se me derrite todo por dentro.

Le respondo rápidamente:

“Buenas noches para ti también. Gracias por todo, de verdad me encantó… Y sueña conmigo.”

Me muerdo el labio y lo mando de inmediato, y me quedo viendo el celular durante un rato, hasta que él me contesta.

“¿Estás segura? ¿Puedo soñar contigo? ¿Qué tal si no es un sueño casto

y puro?”

Lo leo mientras sonrío, mordiendo más fuertemente mi labio inferior, sintiéndome un poco infantil por emocionarme con ese mensaje. Aunque debo reconocer que no me esperaba que él se lo tomaran con tanto doble sentido, después de todo, Rafael no parece una de esas personas que solo piensan en sexo; con eso no quiero decir que el tipo es un monje, pero nunca lo he visto viéndome con lujuria, como para imaginarme que tomaría mis palabras de esa manera.

No me molesta en absoluto, hasta me entusiasma y calienta mucho la idea de él, soñando húmedamente conmigo.

¿Cómo sería…?

“No tengo problemas con ello…”

Le respondo. El corazón se me agita por dentro. Respiro hondamente y me imagino junto a Rafael…

Mi respiración se agita y la cabeza se me alborota, mareándome. Mi calor corporal sube precipitadamente. Junto las piernas, apretujándolas fuertemente.

¡Mejor ya no pienso en nada!

Me cae un mensaje de Rafael.

“Duerme bien.”

Me desinflo un poco al notar que ya no siguió con mi juego, pero luego pienso que tal vez, y solo tal vez, él se haya puesto igual que yo…

Niego con la cabeza y dejo mi celular donde estaba.

¡Joder!

Donde siga de esta manera, tan calenturienta, no podré ni dormir, y eso sí que no; quiero dormir, necesito dormir.

El celular vuelve a vibrar y prácticamente me tiro hacia él, para ver si es un mensaje de Rafael. Me quedo congelada al ver que es de Ivar.

Realmente me había olvidado de él.

Hundo mis hombros, sin poder cerrar la boca, asombrada por lo extraña que estoy.

Suelto el teléfono en su lugar, sin leer el mensaje.

¡No me reconozco y eso me asusta!

Parezco una adolescente enamorada, lo cual, es imposible. Yo no puedo estar enamorada de Rafael, no solo por cómo es él, y lo diferente que somos, sino porque nunca lo he estado de nadie más, y como si eso no fuera poco, no llevo mucho conociéndolo.

No, debe tratarse de otra cosa… Sí, eso debe ser, es solamente que ya me he cansado de los hombres del estilo de Ivar, de ese estereotipo del hombre malo y súper sexy, y ahora quiero probar con otro tipo de hombres, esos dulces y que te tratan como si fueras la cosa más valiosa del mundo.

Sí, eso debe ser. Solo estoy en una fase.

Me relajo otra vez, aunque el miedo no desaparece.

Cierro los ojos y vuelvo a acobijarme completamente. Me quedo lo más quieta que puedo, rechazando cualquier pensamiento, hasta que me duermo.

***

Al día siguiente me levanto y comienzo mi día preparando el desayuno, manteniéndome alejada de mi celular lo más posible, no solo porque no me quiero crear expectativas con Rafael, sino también porque no quiero leer el mensaje de Ivar, aunque ya intuyo de qué trata.

Después de hacer el desayuno, mi madre se va de la casa y yo hago limpieza, para luego irme directo hasta el taller de mi padre. Veo lo que he comenzado a hacer con el mueble, sin embargo, no quiero avanzar con él.

Permanezco de pie, en medio del taller, hasta que mi cabeza se vuelve para ver la cuna. La quito de su rincón para ponerla sobre la mesa de trabajo, así como la tenía el día en que noté su inscripción.

Respiro profundamente, viéndola.

Me desconcierta saber que, mi padre, tenía la idea de que iba a morir tan joven, y quiso hacer algo tan significativo para un nieto que, luego de 5 años, sigue sin existir. Ni siquiera sé si quiero una pareja justo ahora, o si quiero casarme en algún momento.

Pese a eso, creo que, si algún día llego a casarme con alguien, debe de ser un hombre que me trate, así como ha hecho Rafael conmigo hasta ahora. Quiero que mi hijo o hija, si es que tengo, vea lo mismo que yo vi de niña, quiero que no tenga un mal ejemplo en casa.

Puede ser que mi vida amorosa ahora sea un desastre, pero no quiero eso para siempre, menos después de lo que mi madre me dijo. Ahora mismo soy joven, y lo único que me interesa es acostarme con los hombres, aunque no haya un objetivo específico, simplemente lo hago porque me gusta. No obstante, no me veo haciéndolo después de unos años, cuando mi carrera despegue, cuando mis compromisos se vuelvan más, cuando sea una persona adulta. No me veo estando con una persona como Ivar, que solo me manda mensaje cuando quiere follar conmigo, que sí, él hace muy bien eso, pero no lo quiero por el resto de mi vida.

Tampoco estoy diciendo que me veo casada de aquí a unos años, pero es que…

Respiro hondo.

¡Joder!

¿En qué momento estás preguntas se me vinieron a la cabeza?

Detesto haber tenido esa plática con mi madre, de no ser por ella,

no estaría tan confundida, no estaría preguntándome si quiero a un hombre en mi futuro o no, si lo quiero de esta o de esa manera.

Pongo mis manos en la cabeza y revuelvo mi cabello, alborotándolo por completo.

Vuelvo la vista hacia la mesita de noche sin terminar, ladeo la cabeza. Solamente es barniz lo que necesita. No sé para quién la estaba haciendo mi papá, pero está muy bonita como para dejarla desperdiciar aquí.

Pienso un momento en qué hacer con ella, hasta que doy con la idea correcta.

Asintiendo, salgo del taller y camino hasta mi cuarto, donde tomo mi teléfono celular.

Veo el mensaje de Ivar primero, y tal y como yo esperaba, es un mensaje donde me pide vernos, para ser precisa, verme hoy.

Con pereza, y agotada de él, le escribo que hoy tampoco puedo y se lo mando rápidamente.

Cuando envió el mensaje a Ivar, me doy cuenta que hay otro mensaje, de Rafael, es de hace una hora.

Lo abro rápidamente.

“Buenos días, ¿dormiste bien?”

Sonrío ampliamente, leyéndolo una vez más.

“Buenos días, para ti también. Sí, dormí bien, ¿y tú? Espero que hayas soñado conmigo”

Mando el mensaje rápidamente para después hacer la llamada por la que vine hasta el cuarto a traer el celular.

Una vez termino la llamada, me cae un mensaje de Rafael.

“¿Puedo mentir?”

Extrañada, frunzo el ceño. ¿Qué clase de pregunta es esa?, sobre todo teniendo en cuenta lo que le acabo de preguntar. Querrá decirme, acaso, que no soñó conmigo.

“NO.”

Le respondo simplemente y me quedo sentada en mi cama, esperando por su respuesta. Veo el icono de que él está escribiendo, luego se detiene, para después de un lapso que siento eterno, volver a escribir.

“La verdad, creo que sí soñé contigo, pero no lo recuerdo, lo que me hace pensar que, puede que no fuera un sueño tan inocente…”

Me quedo viendo el mensaje, confundida.

¡Ojalá le hubiera dicho que sí podía mentir!

Bufando, porque esperaba algo diferente y no eso, me recuesto en la cama y comienzo a preguntarle, sobre qué me hubiera mentido.

“Solo te hubiera dicho que sí soñé contigo.”

Responde simplemente.
Resuello y seguimos hablando por un rato. Yo le alego que, si uno miente, es para hacer feliz a la otra persona. Que yo esperaba que me hubiera contado un sueño caliente, y no eso. Él se ríe y me termina hablando por teléfono, justificándose en que él jamás haría eso, pero si algún día recuerda sus sueños, y sueña conmigo de esa manera, me lo dirá.
La platica se extiende bastante, hasta que se hace la hora de preparar el almuerzo, por lo que colgamos y voy hasta la cocina para hacer la comida.
Nos seguimos mandando mensajes, pero cambiamos de tema.
Por la tarde, después de que mi madre viene a casa con lo que le he pedido, comienzo a barnizar la mesita de noche, cuidando de darle una buena pasada y dejarla reposando en un lugar donde se pueda secar.
Al terminar con eso, comienzo a trabajar nuevamente en la banca para la señora Leslie, hasta que ya tengo hecho parte de la estructura principal.
Cuando concluyo, recibo un mensaje de Ivar.
"Veámonos mañana, entonces."

Resoplando, lo dejo en visto, sin responderle nada, sin preocuparme ni un poco si se va a molestar o no.
Creo que ya puedo responder a su pregunta, ya no me hace falta callármela. Mi cerebro ya digirió tanto esa cuestión, que siento como si se la he contestado.
No me siento ni un poco mal por ignorar a Ivar, y parte de mí quiere alejarse de él de esta manera, porque sé que, si lo veo, las rodillas me temblarán y solo querré que él me tome. Ivar me atonta cuando lo veo, y por eso es mejor terminar las cosas así, ignorándolo.
Por la noche, sigo hablando con Rafael, y él me propone salir mañana al mediodía, para almorzar juntos, a lo que rápidamente le contesto afirmativamente, sin pensármelo dos veces, porque lo quiero ver. Me hace falta ir a su casa para trabajar en el patio.
¡Quién diría que yo quiero algo así!
De cualquier forma, me recuerdo, esto debe tratarse de una fase, en la que quiero experimentar algo distinto.
***

Me levanto con los primeros rayos del sol, sintiéndome agitada y excitada, como si me hubiera metido un chute de adrenalina pura.
Me dirijo directo a la cocina, donde cocino el desayuno y el almuerzo de mi madre. Hago algo más elaborado para ella, con el fin de conseguir su permiso, aunque, en perspectiva, bien pudiera solamente avisarle que saldré, ella misma dijo que eso es lo que debía

de hacer. Pese a ello, prefiero hacerlo a la vieja usanza.

Mi madre sale de su cuarto, arreglándose el cabello en un moño alto.

—¡Buenos días! —la saludo, sonriendo de oreja a oreja.

—Buenos días —responde ella, alzando una ceja, interrogativamente, viéndome fijamente, estudiándome, como si ya supiera que le voy a pedir algo.

—Preparé tu desayuno favorito —le indico, sacando su tortilla española del fuego y poniéndosela frente a ella.

Mi madre ve el plato y luego a mí, alternativamente, para después olfatear el aroma que desprende la comida y quedar engatusada por ella, olvidándose de mí, por completo.

—Puede que no sean tan buenas como las de él, pero, él fue el que me enseñó a prepararlas —me explico, encogiendo los hombros, arrepintiéndome en el instante en el que lo digo.

Ella se queda viendo la tortilla española por un momento, para nuevamente volver a olfatearla, cerrando los ojos.

Mi abuelo materno fue el que me enseñó a hacerlas. Todos los años, sin falta alguna, viajo algunas millas hacia el norte para poder ver a los padres de mi madre. Ellos parecen seguir enojados con ella, pero desde que yo podía viajar sola, me han pedido que los acompañe una semana a su casa. Siempre han hablado conmigo, puntualmente, el día trece de cada mes, y siempre me mandan algo para navidad.

Hace unos años, cuando me fui a quedar a casa de mis abuelos, mi abuelo me enseñó a cocinar sus famosas tortillas españolas, aunque nunca mencionó que eran las favoritas de mi madre, esa información yo ya la sabía debido a que mi padre las había intentado hacer durante mucho tiempo. Por supuesto, mi padre nunca las había aprendido a hacer.

—Entonces… ¿qué tienes planeado para hoy? —le pregunto, sonriendo nuevamente, tratando de aparentar estar tranquila, y no incómoda, como realmente me siento. Me acerco más a ella, a fin de que note mi “verdadero” interés.

—Ya sabes Virginia, si quieres salir con ese hombre, puedes hacerlo. No importa si a mí no me cae bien, o está muy adulto para ti —indica ella, sin levantar la vista de su plato, mientras saborea un pedazo de tortilla.

Entorno los ojos, negando con la cabeza, haciendo una mueca extraña.

—No, no, yo no lo quiero ver a él —contesto rápidamente, sintiéndome un poco insultada por su suposición infundada.

Bueno, infundada, infundada, no es, pero tampoco es como si siempre que saliera de la casa, quisiera hacer algo con él. Y no solo lo digo porque ahora ya no lo quiera ver, sino porque siempre he tenido

una vida, alejada de la de él. Claro, en vacaciones mi vida es más relajada, porque casi no salgo a tomar, sobre todo porque prefiero distanciarme de todas las personas a las que veo durante clases, bajo la excusa que estoy de vacaciones; es más, dudo que alguien sepa que tuve un accidente después de haber estado con ellos. Por lo tanto, creer que paso, o pasaba, todo mi tiempo con Ivar, es una aseveración completamente falsa.

—Sino es con él, da igual Virginia, ya no necesitas mi permiso —me aclara mi madre, viéndome seriamente, sin denotar mucha emoción, aunque si la observo bien, puedo ver que flota sobre su cabeza la pregunta de: ¿con quién saldrá?

Me levanto de mi asiento, tomo mi fruta matutina del refrigerador. Observo a mi madre en todo momento, con los ojos ligeramente achicados y la cabeza ladeada, sabiendo que la está carcomiendo por dentro esa pregunta no hecha.

Apoyo mi cadera en la encimera, y meto un pedazo de melón a mi boca; lo mastico lentamente.

—Voy a salir con Rafael —contesto, después de tragar, sin perderme su reacción.

Mi madre abre los ojos grandemente, para después sonreír lentamente.

—¿En enserio? —pregunta, sacudiendo su cabeza, enderezándose, como si no creyera del todo lo que acaba de escuchar.

Asiento repetidas veces, cerrando los ojos.

Meto más comida en mi boca, permaneciendo ahí, viendo a mi madre muy emocionada.

—Detén tu cabeza, madre, que ya te estoy viendo adelantándote a cosas que ni siquiera están pasando —le advierto, señalándola con mi tenedor.

Deja de sonreír y alza las manos.

—Es solo que, él es un buen chico… hombre —se corrige—. Sé que estás muy joven, ni yo quiero que te cases sin que hayas, al menos, terminado tu carrera, pero me gusta mucho que puedas ver la diferencia entre un hombre que sí te conviene y uno que no —alega ella, volviendo a sonreír.

Bufo.

La única diferencia que hay entre los dos, es que con uno lo llevo lento, y es atento; y con el otro todo era rápido y apasionado. No creo que más allá de eso, exista algo diferente, al menos no de la manera que cree mi madre, al fin y al cabo, yo elegí tener ese tipo de relación con Ivar, y ahora, yo soy la que he elegido tener —lo que sea que tenga—, con Rafael.

—¡Cómo digas madre! —le dejo ganar—. De cualquier forma, te he preparado el almuerzo, ya sea que te lo lleves a la oficina o lo vengas

a comer —le digo, señalándole hacia donde está la comida, cocinándose.

—¿Y qué es? —pregunta ella con curiosidad, obviando mi comentario, alzando la cabeza para averiguar qué es lo que se cocina.

—Un estofado de cerdo con vegetales y en la arrocera puse el arroz —contesto, metiéndome un trozo de piña, viendo mi plato de frutas.

Mi madre se relame los labios y me pide que se lo coloque para llevar. Le pongo la comida en un recipiente y se lo doy a ella para que se lo lleve al trabajo. Ella se pone la chaqueta y sale de la casa, no sin antes guiñarme el ojo, muy contenta, sonriendo como el gato de “Alicia en el país de las maravillas”.

Niego con la cabeza, pero no digo nada.

Termino de desayunar y luego hago todas las cosas de la casa, para después, seguir con la banca de la señora Leslie, mientras escucho música a todo volumen, reproduciendo algunas de mis canciones favoritas, trabajando muy a gusto.

Media hora después, recibo un mensaje de Rafael, saludándome, agregando que ya quiere verme hoy, al medio día, pero que vaya cómoda. Le trato de sonsacar qué es lo que vamos a hacer, pero no me contesta nada.

Después de trabajar unas horas, mientras bailo por toda la casa, me voy a la ducha, escuchando la canción de “Britney”, que bailó Rafael, comenzando a sentirle gusto, sobre todo a su letra…

Al salir, me pongo unos baqueros negros, junto con mi camisa de “Ramones”, con la diferencia de que hoy sí uso sostén y camisa de tirantes por debajo, evitando que se me vea algo. Me pongo mis botas normales y me dejo el pelo natural, es decir, ondulado. Me maquillo ligeramente y luego veo mi reflejo, dándome la última aprobación.

Meto mi celular y llaves en mi cazadora y salgo de la casa. En la entrada, después de cerrar con llave, sintiéndome algo tensa, aunque ya no tanto como la primera vez, saco de mi cazadora mi cajetilla de cigarrillos, enciendo uno, dándole la primera calada, cerrando los ojos, recostándome en el muro de la entrada de la casa, percibiendo, cómo el humo invade mis pulmones por completo, relajándome al instante.

Quisiera, justo ahora, tener una buena cerveza para poder terminar de aflojar todos los músculos de mi cuerpo, pero no debo tomar, al menos no por un momento. Ya salí bien librada la vez que tomé con Ivar, pero no soy tan tonta como para saber que debo evitarlo.

Inhalo profundamente una buena cantidad de nicotina y luego la expulso lentamente por la nariz, para luego abrir la boca y dejar que todo se escape por ahí.

Termino mi cigarro y lo apago en la suela de la bota, dejándolo en el suelo. Ya luego lo recogeré, antes de que mi madre lo vea.

Me quedo viendo hacia el cielo un rato, preguntándome si me alisté antes de tiempo.

No obstante, no logro procesar la pregunta, ya que, al instante, escucho el motor de un carro, para luego divisar el automóvil de Rafael, viniendo hacia aquí.

Arreglo mi chaqueta, recomponiéndola, acomodándome, a su vez, la pretina del pantalón.

Rafael estaciona su auto frente a mi casa. Sin esperar a que él se baje, camino hacia su auto y me subo en él.

Rafael se me queda viendo, frunciendo el ceño, mientras su boca se abre, en un gesto interrogativo.

—¿A dónde vamos a ir? —le pregunto, sonriendo grandemente, evadiendo su enojo o frustración.

Jadea quedamente y se me queda viendo por un momento, para después inhalar profundamente, cerrando los ojos por un breve instante.

Negando con la cabeza, se acerca a mí, y tomando con la mano izquierda el cinturón de seguridad, pasándolo sobre mi cuerpo, sin tocarme ni un poco, me lo abrocha. Me quedo quieta mientras él lo pone bien, afianzándolo al seguro.

—Primero, vamos a ir a comer —contesta, enderezándose y viéndome fijamente, con esos ojos tan oscuros y rasgados que tiene.

Se me seca la boca y trago la saliva que se me acumula.

Me fijo bien en él… parece algo distinto, aunque no detecto qué es. Está vestido como de costumbre, con unos jeans y una camisa tipo polo, incluso su peinado es el mismo, pero algo en él se ve… muy bien, diferente.

Sacudo mi cabeza imperceptiblemente.

—¿Qué pasa? —pregunta Rafael, notando cómo lo observo.

Niego con la cabeza, cerrando los ojos.

—Nada. Nada —respondo, rehuyendo de su mirada.

Me acomodo bien en el asiento, fijándome en la carretera.

Lo escucho reír por lo bajo y luego pone en marcha el auto.

La incomodidad, pasa al instante, y luego comenzamos a hablar. Conversamos de cualquier tontería que se nos ocurre, la verdad es que, aunque no tenemos temas en común, siempre podemos conversar de algo de forma natural.

—Pregunta… y espero que no te incomode —acoto volteándome hacia él, tamborileando con los dedos sobre el marco de la ventana.

—Dime…

—¿Cómo te llevas con tu padre? —cuestiono, sintiéndome curiosa, pero no en el buen sentido, al final, no es algo de lo que los hijos de separados quieran hablar, o eso creo.

Rafael se queda en silencio por un momento, pero no parece

enojado, solo pensativo.

—Pues normal —contesta, frunciendo un poco el ceño—. No nos llevamos tan bien como otras personas, pero siempre ha tratado de llevar una buena relación conmigo, incluso cuando mis padres peleaban, ellos nunca quisieron hacerlo delante de mí, lo que hizo que fuera más fácil congeniar con los dos, luego del divorcio —explica, mirándome por un lapso muy corto, sonriendo, sin importarle mi intromisión.

—¿Entonces no sabes por qué se separaron? —continúo preguntando, interesada más y más, dejando de tamborilear con los dedos.

—Sí, lo sé, aunque no exactamente porque ellos me dijeran —responde, sin dejar de sonreír, pero ya no se ve tan feliz.

Me muerdo el labio inferior, porque ya no sé si debo preguntar más o no…

—Después del divorcio, mi papá se mudó del país, debido a que cambió de trabajo, y ahí se volvió a casar, y tuvo otro hijo… tengo una hermana mucho menor que yo. Todos los años, voy en vacaciones a verlo, aunque este año estuve poco tiempo, por eso cuando comenzaste a trabajar con mi madre yo no estaba —explica, mirando la carretera, sin denotar emociones, tanto en su tono de voz, como su expresión facial—. Sé que se divorció de mi madre, porque continuamente peleaban por no poder tener más hijos. —Trago saliva con dificultad, arrepintiéndome enseguida de haber sacado el tema—. Verás, a mis padres les costó años concebirme, y mi mamá tuvo que tomar un montón de medicamentos para que fuera posibles, medicamentos que le cambiaban el humor, entre otras cosas. Hasta dónde sé, ella no se sentía muy cómoda con la idea de volver a pasar por ese calvario, sobre todo porque ya me tenía a mí. A mi mamá no le parecía necesario tener otro hijo, o al menos no biológico, ella prefería adoptar, pero mi papá no quiso, y eso fue ocasionando que ellos discutieran continuamente, y que al final terminaran divorciándose.

—¡Vaya…! —exclamo, sin saber qué más decir.

—Él siempre quiso tener más familia —se encoge de hombros y luego sonríe grandemente, riéndose un poco—. Lo peor de todo, es que mi madrastra quería tener más hijos, al igual que él, pero porque él ya está mayor, ya no siguieron después de concebir a mi hermana —niega con la cabeza, divertido.

Frunzo el ceño, sin comprenderlo, pero finjo que sí, y sonrío.

—¿Y te llevas bien con tu hermana? —consulto con cautela, bajando mi mano derecha hacia mi regazo.

Él asiente repetidas veces.

—Estefanía, es una niña muy dulce, ¡no podría estar mal con ella!

Deberías de verla, es muy alegre y dulce. Está por cumplir los siete años, es muy inteligente, aunque ya te digo yo que a veces se monta unos caprichos, que no le hacen justicia a su cerebro —se ríe muy divertido.

Me habla por un rato más sobre su hermana pequeña, a la que le lleva dieciséis años… Yo le escucho todo lo que dice de ella, envidiando, un poco, el afecto que tiene por su hermana, que lo evidencia en cada cosa que me cuenta sobre la pequeña.

Lo veo fijamente, mientras él conduce y habla, y a cada momento se ve más distinto, como si se viera más guapo, de alguna manera extraña.

¡Me estoy volviendo loca!

Sacudo mi cabeza, ligeramente.

Detiene el auto en el estacionamiento de un parque; el parque más grande de la ciudad, donde muchas personas vienen a disfrutar del paisaje, ya que hay muchos árboles grandes, que la municipalidad ha impedido que se talen, además, de que han instalado diversas bancas, fuentes, entre otras cosas, todo a fin de hacerlo más atractivo, y si a eso se le suma el hecho de que hay un lago en la otra punta del parque, queda algo muy interesante, un lugar al cual poder ir a entretenerse.

Cuando era más niña, mis papás me traían a jugar en los juegos infantiles y ellos se quedaban cerca, viéndome sentados en una banca, hablando tranquilamente.

Por esos recuerdos, lo considero más un parque familiar, que romántico.

—¿En serio? —volteo hacia él, divertida, entornando los ojos, ladeando la cabeza.

Rafael ve mi expresión y se ríe, para luego asentir.

—Ni se te ocurra moverte de ahí —me detiene al ver que mi mano se acerca a la puerta.

Quito la mano despacio y me quedo sentada en el auto, esperando a que él lo rodee para que abra mi puerta. Me da la mano, ayudándome a salir.

—¿Es necesario que hagas eso siempre? —le pregunto, bajando el tono de mi voz, y viéndolo fijamente.

—Si es una cita, sí —asevera él, seriamente, para luego tomar mi mano y comenzar a caminar junto a mí.

Mi vista se va directamente a los grandes árboles que nos rodean. Cuando era niña, se veían aún más grandes y llenos de ramas con miles de hojas, ahora se siguen viendo grandes, pero no como antes.

El aroma de las diferentes plantas y árboles que hay a mi alrededor, me transportan a una época de mi vida donde todo era más sencillo, donde era muy feliz y no sabía que lo era.

Sonrío de oreja a oreja.
—Sabes, cuando venía a este parque, de pequeña, junto con mis padres, ellos siempre me compraban lo que yo creía que era la hamburguesa más grande del mundo, y paseábamos un rato por la orilla del lago, y luego íbamos a los juegos infantiles, donde me veían jugar —le comento a Rafael, mirando todo, sin dejar de emocionarme.
Rafael me aprieta ligeramente la mano, recordándome que él está conmigo, trayendo al presente.
—¡Bien, siendo así, ya sé dónde comeremos! —exclama él, jalándome la mano, guiándome hacia la derecha.
Caminamos en silencio por un momento, hasta que llegamos a los puestos de los carros de comida.
—Tú vete a sentar, que yo voy por la comida —me indica Rafael, enseñándome dónde están las mesas para almorzar.
Asiento con la cabeza y busco la mesa más alejada del bullicio de las pocas familias que hay por aquí.
Me siento y espero a Rafael, quien aparece después de unos minutos, con una bandeja en las manos, equilibrando el peso para que lo se le caiga lo que tiene encima.
Su cara de concentración, me hace reír. Él ha sacado un poco su lengua, y ve la bandeja en todo momento.
Le ayudo el último tramo, viendo todo lo que ha comprado.
—Creo que no debí contarte lo de las hamburguesas —digo, viendo las dos grandes hamburguesas que ha comprado, tan calóricas que creo que me dará un infarto de solo verlas.
—Tú disfruta la comida —mueve él la mano, quitándole importancia al asunto.
—¡Voy a engordar de solo verla! —exclamo, bajando la voz, y negando con la cabeza, sin dejar de sonreír.
—Que sepas que eso a nadie le debe importar, mientras tengas salud, da igual lo demás. Además —agrega volteando a verme, mientras coloca bien las cosas para que cada uno tenga sus papas fritas, su hamburguesa y bebida enfrente—, creo que igual te vas a ver muy bien —asevera, viéndome intensamente.
La sangre se me calienta y tengo que pensar en otra cosa para no sonrosarme.
—Si engordo, me vas a tener que llevar rondando —le advierto, señalándolo con el dedo índice, seria. Después me río.
—No te preocupes, que hasta el altar te llevo rodando —se burla él, comenzando a comer las papas.
Niego con la cabeza y empiezo a comer igual que él, mientras hablamos muy a gusto.
No logro terminarme las papas ni la bebida, pero si la hamburguesa, por lo que Rafael, se burla de mí, y me hace admitir

que estaba muy buena la cosa.

Al terminar, caminamos por el parque, de un lado a otro, viendo todo el lugar, hasta que llegamos a los juegos infantiles. Los columpios y los deslizaderos hechos de metal…

Rafael me empuja a ellos y, como casi no hay nadie, me obliga a subirme a un columpio doble. Él se sube conmigo y nos mesemos, riéndonos como tontos. Nos bajamos de ese, y él me reta a entrar en uno columpio para niños.

Alegando que a un no me ha engordado la hamburguesa, le hago caso y me meto en uno de ellos, cuando me quiero bajar, él no me deja, y en lugar de ello, me empuja fuerte.

Le grito que se detenga, mientras me río y todos se nos quedan viendo raro, principalmente porque somos dos adultos, que no andan con ningún niño.

Después de un rato, Rafael me ayuda a bajarme de esa pequeña cosa y luego seguimos caminando, hasta llegar a un puesto donde rentan bicicletas. Rafael renta una doble, nos subimos en ella y pedaleando, nos recorremos toda la orilla del lago, sintiendo la brisa despeinar mi cabello.

Observo, la espalda de Rafael, sin dejar de sonreír, sintiendo esa cálida sensación que siempre tengo en el pecho cada vez que estoy con él.

Después de una hora, regresamos la bicicleta. Cansados, caminamos, tomados de la mano hacia el carro, hablando de cualquier estupidez que se nos cruza por la cabeza.

Al llegar al auto, exhalo profundamente.

—Hace mucho que no me sentía tan infantil —le comento, sonriendo, volteando a verlo, en lo que él pone el auto en marcha.

—¿En serio? —arruga la frente, aunque igual sonríe—. Si todavía estás joven.

—Sí, pero yo no soy de las que se sube a juegos para niños y se anda riendo como loca —comento, relajándome más.

—Deberías… Al final, ser un niño es mejor que ser adulto —alega, arrugando la nariz.

Inhalo y me quedo viendo hacia afuera, dejando atrás el parque, adentrándonos más en la ciudad.

Me muerdo el labio inferior y volteo hacia Rafael.

Me gusta esto, me gusta estar con él más de lo que creo, más de lo que he sentido antes.

Estar con Rafael, se siente bien. Además, él es guapo, es decir, sus ojos rasgados me gustan mucho, y sonrisa tierna, es un delirio para cualquiera.

Rafael comienza a hablar de algo, y pongo atención de inmediato, olvidándome de todo.

Al llegar a mi casa, espero en el auto a que él abra la puerta, como siempre lo hace. Aunque, esta vez, no me siento extraña por tener que esperarlo, por el contrario, me siento cómoda y muy alagada.

¡Raro!

Cuando él abre la puerta y me toma de la mano para ayudarme a bajar, mi corazón late más deprisa, alborotándose dentro de mí. De pie, fuera del carro, no le suelto la mano, no quiero hacerlo.

—Creo que cada vez que vengo a casa, te tengo que agradecer —comento, mirando fijamente sus ojos, relamiéndome los labios, sintiendo cómo el corazón me palpita rápidamente.

—Pues, de nada. Me gusta hacerlo… —replica él, sonriendo dulcemente, enseñando sus dientes blancos y rectos.

Me acerco a él un poco y suspiro hondamente, metiendo dentro de mi registro, el aroma de su piel.

—Reafirmo, tu exnovia, es una estúpida —indico, hablando lentamente, acercándome más a él.

Rafael alza una ceja, para luego agacharse, poniendo sus manos en mi rostro, y luego me besa, un beso dulce y relajado, que hace que la sangre se me caliente lenta, pero deliciosamente, como el mejor postre que he probado en la vida.

Me acerco más a él, poniendo mis manos en su cintura, alargando más mi cuello, para poder besarlo mejor.

Nos separamos cuando nos falta el aire, sin alejarnos mucho.

—¿Y tú? —pregunta él.

—¿Yo qué? —respondo sin entenderlo, atontada.

—¿Estás segura de estar libre? —cuestiona, alejándose un poco más de mí, sin quitar sus manos de mi cara, viéndome fijamente.

Parpadeo, entendiendo hacia dónde va.

—Si estás dispuesta a ser mi novia, dímelo, porque yo sí quiero algo contigo —indica, seriamente.

Respiro superfluamente, aturdirse, sin saber qué contestarle.

—No es necesario que me respondas ya, pero si tu respuesta es no, es decir, si no estás dispuesta a ser mi novia, creo que lo mejor es ya no vernos, no quiero enamorarme de alguien que no me pueda corresponder —explica él, muy tranquilamente, para después sonreír tan dulcemente como antes, pasando un pulgar por mi mejilla, acariciándome suavemente.

Vuelvo a parpadear rápidamente, mordiéndome el labio, sin saber qué decir.

—¿Puedo decirte después? Porque ahora no sé —replico, viéndolo fijamente, más confundida que nunca—. Aunque no lo creas, eres el primer hombre con el que salgo, y no… no sé qué decirte —explico, siendo sincera, sintiéndome un poco ridícula.

Rafael sonríe más abiertamente, tranquilizándome.

—Está bien, ya me lo suponía, es decir, sé que no has tenido una relación seria antes, pero yo sí quiero eso contigo, por supuesto, quiero ser exclusivo, por eso te pido que lo pienses, con tiempo —hace hincapié en lo último.

Asiento lentamente.

Se acerca otra vez a mí, y me da un beso en los labios, un beso delicado.

Sin decir nada más, dejándome ahí, plantada frente a mi casa, se aleja, subiendo a su auto. Agita su mano, despidiéndose de mí, y yo imito su gesto, de forma automática.

Se sube a su vehículo y se va, abandonándome ahí, plantada en medio en la acera, sin poder reaccionar con normalidad, solo viendo hacia donde se fue.

19

El resto del día, y el día siguiente, me los paso de la misma manera, callada, con la mente en blanco, y actuando como autómata, haciendo todas las cosas sin pensar más de la cuenta.

En la cena cocino para mi madre, pero yo no como, y en el desayuno apenas pruebo bocado. Como casi no veo a mi madre, ella no me pregunta nada.

Luego de hacer mis tareas, me recluyo en mi habitación, viendo la pared, poniendo el celular en “modo avión”, y de esa forma, no tener que estarme preguntando si Rafael me va a llamar, o no lo hará. No quiero que cuestionarme nada respecto a él, al menos no mientras mi cabeza siga tan confundida, como ahora.

***

Al despertarme, preparo el desayuno de mi madre y como un poco de fruta, pero el estómago lo tengo tan revuelto y cerrado, que a penas como unos cuantos bocados.

—Hoy no vendré a almorzar, hay una junta en el banco a esa hora, y nos llevarán la comida —me avisa mi madre, sin prestarme mucha atención.

Yo asiento de forma automática, simplemente porque no me apetece hablar ni un poco.

Después de terminar sus panqueques, mi madre, toma sus cosas y sale de la casa.

Respiro profundamente y comienzo a hacer la limpieza, guardando el resto de la fruta en el frigorífico.

Pongo la música a tope en mis audífonos y, sin escuchar mucho, hago todas las labores diarias. Adelantando más, el trabajo en el mueble para el patio de la señora Leslie. De tanto que he trabajado en él, ya casi está completamente listo, es decir, prácticamente lo tengo solo para terminar de reforzar algunas partes y luego barnizarlo.

Así paso todo el día, hasta que llega nuevamente mi madre y de ahí tengo que fingir una media conversación con ella.

—Creo que para el lunes tendré lista la banca de la señora Leslie —le comento, bajando un poco la voz, con la esperanza de que no me pregunte por el hijo.

Mi mamá simplemente asiente, y sigue viendo su programa en la televisión.

—Perfecto, entonces la llevaremos el lunes —me avisa, reacomodándose en el sofá.

Me relamo los labios y me despido de ella, para pasar a encerrarme en mi cuarto.

Observo mi celular en la mesita de noche, recordándome que aún debo de darle la segunda pasada de barniz a la mesita de noche que mi padre hizo antes de morirse.

Sacudo la cabeza.

“Ya no puedo seguir así” —me digo mentalmente, suspirando profundamente, dándome cuenta que debo terminar con esto de una vez.

Debo de resolver la pregunta de Rafael, no puedo huir de esto mucho más, debo darle una respuesta, sea buena o mala, y también debo dejar de huir de él.

Agarro el celular de mi mesita de noche y quito el “modo avión”, activando todas las funciones para que marche correctamente. Al instante, me caen un montón de mensajes y muchas otras cosas.

Resoplo al ver un mensaje de Ana, donde me invita mañana a una fiesta. Paso del mensaje sin mandar una respuesta, pero sin borrarlo tampoco. Después hay otro mensaje de Ivar, que me lo mandó ayer por la noche, pidiendo verme hoy. Paso de este mensaje también, reiterando el claro mensaje que lo he visto, pero que he decidido no contestarle.

Por último, hay unos cuantos mensajes de Rafael. El primero de ellos, lo mandó ayer, por la tarde, casi después de dejarme. En esté, me avisa que ya ha llegado a su casa, y que la pasó muy bien a mi lado. El siguiente, me dice que no quiere presionarme a elegir, que mientras tanto, podemos fingir que no me lo ha dicho, y seguir hablando como siempre.

Respiro hondo y me muerdo el dedo pulgar de mi mano derecha un poco ansiosa.

En la mañana de hoy, me ha mandado otro mensaje, es un mensaje de buenos días, junto con una carita feliz. Y después, no hay nada.

Me quedo viendo el teléfono por un segundo, preguntándome si he sido una idiota por haber puesto el teléfono en “modo avión”, evitando el contacto con él.

Quizás ha sido una actitud muy tonta, pero es que no podía, si quiera, pensar en qué contestarle, y ahora, me parece que me he extralimitado, pensando que él necesita una respuesta rápida, lo que, por lo visto, no es así.

Frotando mis manos una contra la otra, dejando el celular en mi regazo, pienso en qué responderle.

Puedo ponerle que espero que pase una buena noche, o que siento mucho no haberme comunicado con él. Sollozo, mortificada, inflando mis mejillas y achicando mis ojos.

“Siento mucho no haberte contestado, pero es que no sé cómo llevar esto…”

Le mando el mensaje, esperando que entienda bien a qué me

refiero. Esta es la primera vez para mí: es la primera vez que tengo que enfrentarme a una situación, en la que tengo que decidir si quiero estar en una relación seria con alguien, y la verdad, no puedo ni pensar en ello.

Para comenzar, ¿quiero una relación? Hasta hace un mes, más o menos, mi respuesta habría sido inmediata y contundente. Mil veces, hubiera dicho que no, mil veces me hubiera burlado de las personas que me preguntaran sobre ello, demostrándoles con mil hechos, que yo no tengo material para novia, y mucho menos para esposa, madre y demás. No obstante, después de haber pasado todo este tiempo junto a Rafael, después de conocerlo lo suficientemente bien como para formarme una opinión de él, no lo sé. Y eso, es lo que me tiene alterada y aterrada al mismo tiempo.

Me altera no poder dar una respuesta de inmediato, pero me aterra más saber que podría llegar a contestar afirmativamente, quedándome envuelta en una nueva situación que desconozco, y que, según yo, nunca iba a desear.

Al instante, me cae un mensaje respuesta de Rafael.

"No hay problema. Creo que te tome por sorpresa… No tengo problemas si decides no contactar conmigo hasta saber qué contestarme, aunque preferiría que no lo hicieras…"

Me muerdo el labio inferior, volviendo a sentir esa sensación cálida dentro de mi pecho, que me impulsa a querer estar junto a Rafael, no importando cómo se le llame a eso.

"Gracias."

Le escribo como respuesta, no agregando nada, porque justo ahora no lo deseo.

"Buenas noches, Virginia."

Escribe él, y luego de eso, aparece como desconectado.

Parte de mi se siente triste y decaída, al ver cómo él, no ha insistido, pero, mi otra parte se siente tranquila, como si me hubiera quitado un gran peso de encima.

"Bien, ahora solo debo pensar en qué hacer" —me digo, decidida.

Por la noche, me la paso dándole vueltas al asunto, preguntándome en qué sucedería si le dijera que no… Recuerdo sus palabras: *"…pero si te respuesta es no, es decir, si no estás dispuesta a ser mi novia, creo que lo mejor es ya no vernos, no quiero enamorarme de alguien que no me pueda corresponder."* La idea de no volverlo a ver, me deja completamente paralizada y aterrada. Es algo que definitivamente no quiero, no quiero estar de esa manera con él, no quiero tener que alejarme de Rafael. Le he llegado a tomar cierto cariño, quizás más del que yo creo, sin embargo, esa tampoco es razón para decirle que sí.

Entonces, qué sucedería si le digo que sí. ¿Qué pasaría si acepto ser

su novia? ¿Podría enamorarme de él? ¿Podría cumplir con el rol de una novia? ¿Podría entregarle mis sentimientos a otra persona, subordinar mi alma a él, con la esperanza de que no me la regrese dañada?

Un miedo subyace en mi ser, recordándome lo que sentí el día en que mi padre murió, recordándome todo el dolor que sentí cuando me di cuenta que no lo iba a volver a ver. Él se llevó una parte de mí con él, una parte con la que nunca he vuelto a tener contacto, y con la que nunca más lo tendré.

No quiero que, al subordinar mis sentimientos a una relación con un hombre, y termine todo peor de lo que ahora está todo para mí.

No quiero un día encontrarme llorando por un hombre, porque me dejó, porque le parecí algo que él no creía. Hasta ahora, todo en mi mundo ha estado bien, gracias a que mis "relaciones", se han limitado a algo físico; no obstante, con Rafael, ¿podré hacer eso? ¿Podría deslindar mis sentimientos de él, de la relación que me propone?

Mi cabeza se queda trabada en ello, hasta que finalmente, entrada la madrugada, claudico en los brazos de Morfeo, durmiéndome sin darme cuenta.

***

Al despertarme, parezco un zombi que apenas tiene voluntad y trabaja de una forma automática, haciendo todo lo que debería de hacer. Trabajo en la casa y en el mueble, terminando de ensamblarlo y demás, para luego darle la primera capa de barniz, dejando secarlo al sol, en el jardín.

Luego de eso, le doy una segunda pasada a la mesita de noche y la pongo junto al mueble. Por la tarde me la paso viendo tv con mi madre, mirando los programas tan absurdos que a ella le gusta y a mí ni me entretienen. Pese a ello, me quedo ahí, sentada frente a la televisión, viéndola, como si de verdad estuviera prestando atención.

—Quizás sea buena idea que salgas —comenta mi madre, sin verme, metiendo un trozo de pan dulce dentro de su boca, para después reírse de algo que hace un personaje en la novela que están pasando en la televisión.

Volteo hacia ella, admirándola.

—Creo que te haría bien salir con tus amigos, aunque, sin tomar, que lo tienes prohibido por el tribunal —me indica ella, señalándome, sin dejar de prestarle atención al aparato.

Frunzo el ceño, es la primera vez que mi madre me recomienda que salga de la casa, y se me hace muy difícil entender por qué lo está haciendo.

¿Tanto se me notará lo conflictuada que estoy?

—Yo voy a salir dentro de un rato —me avisa ella—. Voy a ir junto

a Leslie, a la lectura de una novela nueva que ha salido. Al parecer, la autora es muy buena, de esas nuevas que ha salido, que escriben jocosamente —agrega ella, sonriendo, alzando las cejas repetidas veces para dar a entender a qué se refiere.

La contemplo bien, frunciendo más el entrecejo, preguntándome: ¿qué le ha pasado a mi madre?

Desde que sale con la señora Leslie, se ve más feliz, e interactúa más con ella, de lo que lo hace con otras personas.

Sacudo mi cabeza, y me concentro nuevamente en lo que ella me ha propuesto, es decir, en salir o no de la casa.

—Bien, ya veré qué hacer —respondo evasivamente, levantándome del sillón, yéndome a mi cuarto, con la esperanza de olvidar el gesto de mi madre.

En mi recamara, tomo mi celular y compruebo mis mensajes, sin tener noticias de nadie.

Veo el mensaje de Ana y, sin pensármelo, le pregunto sobre dónde será la fiesta, a lo que ella me contesta con una retahíla larga y frustrante, sobre cómo yo, normalmente, estás fechas no me aparezco frente a nadie, que soy una aislada en vacaciones, y un montón de tonterías que prefiero omitir, pasándome al final, donde pone la hora y el lugar de la fiesta, avisándome que estarán casi todos los de la facultad.

Le digo que voy a ir, y luego comienzo a arreglarme. Me baño rápidamente, sacándome todo el sudor y la mugre de dos días, puesto que hoy en la mañana no me había bañado, y de no ser porque he decidido ir a esa fiesta, no me hubiera duchado hasta quién sabe cuándo.

Luego de ducharme, me seco el cabello y me pongo unos baqueros de cuero, junto con mis acostumbradas botas de combate, para terminarlo con un cinto de cuero, una camisa negra de manga corta metida en los pantalones y la cazadora reglamentaria.

Amarro mi cabello en una coleta alta y me pongo unos zarcillos algo grandes, de oro blanco, junto con un collar en cruz, que me regalo mi abuela materna, quien es muy religiosa…

Me maquillo más de la cuenta, sobre todo, los ojos, delineándolos bien de negro.

Una vez estoy lista, con mis cosas en la cazadora, llevando el último paquete de cigarros que tengo; salgo de mi cuarto, y veo a mi madre saliendo del suyo, arreglada para salir casualmente, utilizando unos jeans y una camiseta sencillas.

—¿Vas a salir? —me pregunta, observándome de pies a cabeza.

Asiento lentamente, tocando con mi lengua mi colmillo derecho, sintiendo su puntiaguda terminación, ejerciendo presión contra mi lengua.

—Excelente, llevate mi auto —me dice, alegremente, para después tirarme las llaves de su coche—. Leslie me vendrá a traer dentro de poco, así que no lo necesito —afirma ella, al ver mi ceño fruncido.

Asiento, otra vez, sin dejar de mirarla, con los ojos entornados.

Sin decir nada, me volteo y me voy de la casa, metiéndome en el auto. Saco un cigarrillo y lo enciendo, dándole una profunda calada, ansiosa, aunque no estoy segura del porqué.

Con el cigarro entre los labios, prendo el auto y pongo en marcha, directo hasta la dirección que me ha dado Ana.

Manejo con cuidado, sin apresurarme, intercambiando mi mano derecha entre la palanca de cambios y el cigarrillo, hasta que me lo acabo y finalmente lo apago, dejándolo en el cenicero del vehículo.

Una cuadra antes de llegar a la casa donde está la fiesta, veo un montón de autos, de diversos estilos, aparcados por doquier.

Estaciono el auto de mi madre lo más alejado que puedo, por el simple hecho de que, después, no quiero quedarme encerrada por algunos estúpidos que no saben dejar espacios para poder salir a gusto.

Me bajo del auto, cerrando con llave, todas las puertas, asegurándome de que no haya manera en que lo abran, bueno, eso a menos que ocupen la fuerza bruta, y espero estar lo suficientemente lejos como para que ningún borracho estúpido se acerque a él.

Respiro profundamente, y metiendo mis manos en las bolsas de mi cazadora, sintiendo el celular en mi bolsa, y mis llaves de la casa, junto con las llaves del auto, en la otra bolsa.

Manteniendo el porte, camino. La calle es un poco oscura, pero debido al gran ruido que hay en la fiesta, y a las personas que pululan de un lado a otro, cruzándose toda la propiedad, no me cuesta llegar hasta ahí. Es evidente cuál casa es la de la fiesta.

Adentro, me doy cuenta que es otra casa común y corriente. Rápidamente diviso a Ana, quien me hace señales con las manos para que llegue donde esta ella.

Resignada, porque no conozco a nadie más, y al final, parece que no va a ser tan mala compañía para hoy, en la que, lo único que quiero hacer, es distraerme, me acerco a ella.

—¡Miren quién viene ahí! —grita Ana, con su voz chillona a tope, avisándole al resto de grupo, los cuales están sentados al lado suyo, hablando entre ellos.

Algunos alzan la cerveza a modo de saludo, y otros solo hacen un movimiento de cabeza.

Me uno a ellos y comienzo a entablar conversación, aunque en la mayoría de cosas me quedo callada, observándolos y escuchándolos, cual investigador de animales, aunque no es que sean estúpidos, sino que parece que a veces sus platicas se vuelven repetitivas. Creo que

eso se debe al alcohol y a la ingesta de drogas que ha estado circulando por el grupo, desde que he llegado.

Cuando me pasan el porro de marihuana, declino la invitación, aludiendo de que he estado jodidísima de una gripe, y que prefiero no contagiar a nadie. De todas formas, incluso con la ridícula excusa, me abuchean, pero nadie más repara en volverme a ofrecer maría, ni otra droga.

El alcohol circula con más frecuencia, y yo finjo beber, pero en realidad, boto todo en una planta pequeña que me encuentro cerca de donde estoy sentada.

Luego de unas horas, en las que cada vez se está poniendo más descontrolada la fiesta, y la plática deja de tener sentido alguno, uno de mis compañeros, Cristian, me pide bailar junto a él. Al principio, me abstengo, pero cuando todos comienzan a insistir, empujándome de la espalda, me levanto y los sigo hacia el centro de la casa, donde supongo, debió estar la sala hace algunas horas, antes de que todo esto comenzara.

Cristian se mueve a mi alrededor, tomándome de las caderas y restregándose contra mí. En un inicio me siento incómoda, pero luego trato de sacarme de la mente cualquier cosa, por más insignificante que sea, y bailo contra él, rozando más nuestros cuerpos, restregándonos, tentándonos.

Veo a Cristian a la cara, es un hombre guapo, aunque dentro del promedio. Tiene una sonrisa que a cualquiera derrite, de esas de lado que difícilmente se le resiste cualquiera. Es moreno, con el cabello oscuro y los ojos de un verde oscuro bastante impresionante. La nariz la tiene ligeramente curvada en el puente, pero nada grave. Sus labios son carnosos, y hacen buen conjunto con la barba que lleva bien recortada. Tiene hombros anchos y una altura considerable. Pese a ello, nunca ha llamado mi atención, y ahora mucho menos.

No lo entiendo…

Quizás en otra época no me hubiera acostado con él tampoco, pero si me habría emocionado lo suficiente como para besarlo, y luego ir tras de Ivar a follar duro, como si nunca antes lo hubiera hecho de forma tan salvaje.

Trato de quitar esos pensamientos de mi cabeza, pero no puedo, cada vez que me restriego contra él, mi cabeza se traba en la idea de que algo no va bien, y lo que al principio disfruto, luego se convierte en algo que me hace sentir, nuevamente, incomoda, fuera de lugar.

Le hago una seña, diciéndole que quiero ir a tomar aire, moviendo los labios, y esperando a que él me entienda.

Quito sus manos de mi cadera y me escabullo de él, saliendo de la casa, hacia el patio principal, donde ya hay menos personas que antes, cuando vine.

Saco otro cigarrillo de mi cazadora, tocando que todas mis cosas, estén en su lugar. Enciendo el cigarro y lo comienzo a fumar lentamente, sin ninguna prisa por entrar nuevamente.

—¡Eh!, ¿qué haces aquí afuera, tú sola? —pregunta Ana, gritando para hacerse escuchar.

Doy un brinco al oírla hablar, alterándome más por su voz chillona y desafinada.

Respiro profundamente y saco mi cajetilla de cigarrillos, mostrándosela, preguntándole mudamente si quiere, ella acepta sin rechistar, parándose al lado mío.

Le enciendo el cigarro con mi encendedor y nos quedamos las dos, paradas a la par, sin decir nada, mirando hacia al cielo, admirando que la luna está llena.

Si Ana, fuera de esta forma siempre, no me caería tan mal…

—¿Por qué no te quedaste con Cristian? Se nota que al le gustaría mojar su churro en tu crema —dice ella, expulsando el aire de un solo golpe, tratando de inhalar más de lo que puede.

La miro de reojo, frunciendo el ceño.

¿Quién carajos habla de esa forma?

—Bueno, pues yo no quiero que él moje su churro en mí —replico con ironía, resollando.

—Ah, entonces ya tienes a alguien —exclama ella, como si conociera la materia, sintiéndose confiada.

Niego ligeramente con la cabeza.

¡Santo Pepe Grillo, dame fuerzas!

—Digo yo, la única forma de rechazar al buenorro de Cristian, es porque ya tienes a alguien, alguien que de verdad te interesa, de lo contrario… Al menos yo no lo haría —reconoce ella, alzando las manos, en defensa, encogiéndose de hombros.

—Ya bueno, pero te equivocas, no tengo a nadie —contesto, con un tono ligeramente hostil.

—Ya lo creo, tú no eres de esas mujeres que se enrolla con los hombres. Por ejemplo, ese motociclista con el que follas… —se abanica con la mano, mientras le da una calada al cigarro—. Digo, él está muy bueno, pero no creo que hagas nada más que tener sexo con él. ¡Tampoco él es del tipo de tener una relación seria! —profiere ella, mordiéndose el labio en una forma obscena.

Yo no digo nada, solo vuelvo mi vista hacia el cielo.

—De cualquier manera —siegue hablando ella, como cotorra que es—, ningún hombre se negaría a solamente tener algo físico contigo, solo que sus preferencias fueran otras… En todo caso, no creo que se negaría nadie —aclara—. Unas mujeres como nosotras, consiguen al que quieren…

Volteo hacia ella, alzando una ceja y ladeando la cabeza.

—¿Crees que puedo hacer eso? —cuestiono genuinamente—. Es decir, ¿convencer a cualquier de tener algo meramente físico?

Me quedo viéndola por un segundo. Ella frunce las cejas, confundida por mi pregunta, o por el tono de mi pregunta, quién sabe.

—Seguro que sí —responde sin dudarlo.

Asiento significativamente y me apuro mi cigarrillo.

Quizás… ella tenga razón y pueda salir ganando, ganando, sin necesidad de descerebrarme pensando en algo que, para mí, no tiene solución.

20

Me la paso lo que resta de la semana, pensando en la mejor manera para hacerle entender a Rafael, mi punto de vista. Quiero estar, en cierta forma, con él, pero sin llegar a formalizar tanto. No quiero tener etiquetas, y por supuesto, me gustaría mucho que fuera más algo físico. Sí, me gusta ir a sitas con él, pero no quiero terminar enamorada, no podría con esa carga.

Le doy una y mil vueltas a la situación, estudiando cada posible escenario, cada posible respuesta que él me pueda dar, tratando de que mis palabras sean las correctas, a fin de que él termine llegando a la misma conclusión que yo, y se dé cuenta que nos conviene tener algo más físico, y no tan emocional como lo que él me ha planteado.

Todas las estrategias habidas y por haber, pasan por mi mente, desde reducirlo a una simple conversación, a llevar la conversación a algo sexual; ya sea simples besos, o algo más fuerte y sólido.

He mantenido mi celular alejado de mí, evitando, con ello, la tentación de adelantarme a verlo. No quiero verlo antes de que tenga la confianza de que, me dirá que sí, irremediablemente.

Por supuesto, he escuchado mi teléfono vibrar en repetidas ocasiones, pero cada vez que me emociono, pensando que es él, resulta que es Ivar, mandándome un mensaje donde me pide verme, o simplemente llamándome por teléfono. No sé qué le pasa a él, pero por lo visto no ha captado el mensaje.

De cualquier manera, Ivar no forma parte del lío que tengo en mi mente, es algo que está sucediendo en segundo plano, a lo que no quiero ponerle nada de atención.

Suena algo cruel tratar a Ivar de esa forma, pero al ser algo meramente físico, no le debo mayores explicaciones. Si yo, decido no verlo una vez, o más veces, él debe entender que ya no estoy disponible, y ya está. Es lo genial de las relaciones sin sentimientos, las personas no se deben nada, y se perteneces solamente a sí mismos, no se deben fidelidad, ni nada.

Me da igual si le cuesta entender a Ivar que ya no quiero nada con él. Era algo que él y yo, sabíamos que iba a ocurrir eventualmente. Desde que planteó esa pregunta, yo ya sabía que tarde o temprano le tendría que sacar de mi vida, definitivamente. Simplemente estaba alargando las cosas porque su cuerpo me daba algo que no había tenido antes; es decir, el cuerpo de Ivar es como la llama que prende la hoguera dentro de mí, pero no siempre quiero una hoguera, al menos no ahora.

Vuelvo a rezagar a Ivar al fondo de mi mente y sigo pensando en

Rafael, y la forma de cómo lograr que admita mi prerrogativa. Pienso y pienso, hasta me quedo profundamente dormida.

***

—¿Estás segura que está bien fijo? —me pregunta mi madre, viendo el amarre que he hecho, con escepticismo, observando, con las cejas fruncidas, el mueble que va sobre el auto.

Vuelvo mi cabeza hacia la parrilla del vehículo, encogiéndome.

—Espero que sí. Me ha costado mucho ponerla, y no sé si la dejé bien o no —reconozco, haciendo un gesto de desconocimiento, frunciendo un poco el entrecejo.

Mi madre refunfuña un segundo, pero al final, se mete al carro, indicándome que entre, que no puede tardarse mucho más.

Entro al auto, volviendo la cara hacia el sillón, por un breve momento, rogándole a medio mundo, que esa cosa no se vaya a caer y quebrar.

Mi madre arranca el automóvil, y despacio, conduce, llevando la vista, continuamente, hacia arriba, y hacia el retrovisor, asegurándose que todavía no lo hemos botado.

Yo, por otro lado, no solamente me siento nerviosa por el mueble sobre nuestras cabezas, sino también por lo que tengo que decirle a Rafael. Aún no estoy segura de cómo decírselo, pero sé que, la forma más precisa de convencerlo, es haciéndole ver la diferencia entre una y otra relación. Exponiéndole los beneficios de tener una relación que se base, simplemente en lo carnal, y no en lo emocional, y de esa forma, deslindarse de todos esos escenarios que nos puedan lastimar.

Al llegar a la casa de la señora Leslie, ella, nos espera en su pórtico, nos hace una seña para que nos quedemos ahí, y luego entra a su casa.

Suspirando profundamente, me quito en cinturón de seguridad y salgo de carro, sintiéndome un poco tonta y mucho más nerviosa y ansiosa que antes, como si fuera a dar mi primer beso, o a tener relaciones por primera vez. Solo con esas cosas, puedo comparar lo que siento.

El estómago lo tengo revuelto, y tengo la boca reseca, aparte, mi corazón late rápidamente, resonando en mis oídos.

Volteo hacia la casa, para ver cómo sale de ella, la señora, Leslie, y detrás de ella, su hijo, Rafael.

Contengo la respiración por un minuto, viéndolo fijamente, metiendo las manos en los bolsillos de mi pantalón, sintiendo cómo me sudan ligeramente.

Rafael va vestido con sus típicos pantalones de chándal, y sobre estos, trae una chaqueta del mismo material que el pantalón. La capucha de la chaqueta le cubre la cara, y no levanta la cabeza en ningún momento.

Algo se remueve en mí, presagiando que algo malo está ocurriendo. Quizás él ya se cansó de esperarme y me quiere aplicar la “ley de hielo”, ignorándome por completo, lo que explicaría la razón de por qué no me ha vuelto a escribir.

Me volteo hacia el carro, porque simplemente no quiero ver cómo pasa de mí.

Comienzo a quitar todas las cuerdas que sostienen la banca, tomándola con una mano, mientras que con la otra quito todo. Al otro lado del vehículo, se coloca él, y me ayuda a terminar de destrabar el mueble de madera, para luego bajarlo y ponerlo sobre la acera.

—¡Te quedó divina! —exclama la señora Leslie, encantada, observando la banca.

Siendo honesta, no es la mejor cosa que haya visto en mi vida, es como cualquier banca que puede encontrar uno en cualquier parque, no tiene un diseño muy refinado, y mucho menos un tallado especial, que la haga ver más cara; es simplemente, algo básico.

—Gracias —respondo, sin saber qué más agregar.

—¿Y cuánto te debo? —me pregunta la señora Leslie, sonriendo grandemente, achicando sus ojos, rebuscando con su mano dentro de su cartera, su billetera.

Niego con la cabeza antes de contestar, sin creerme del todo lo que voy a decir.

—No me debe nada, señora Leslie, la hice porque le debía una buena disculpa, y también es una muestra de agradecimiento por lo que ha hecho por mí —le explico, seriamente, olvidándome, por un segundo que hay más personas a nuestro alrededor.

Ella se queda quieta, parpadeando lentamente, con la boca entreabierta, un poco confundida por mi decisión.

—Solo hice lo que cualquiera hubiera hecho por ti —alega ella, pausadamente, sin salir de su estupor.

Vuelvo a negar con la cabeza y le sonrío tranquilamente.

—No creo que otras personas hubieran tenido la confianza de encargar, su preciado patio, a la persona que, estando alcoholizada, se estrelló contra su casa —me encojo de hombros, sin dejar de sonreír, siendo sincera.

—Se nota que eres una persona de fiar —pone una mano en mi hombro, sonriendo, otra vez—. Además, quedó mucho mejor ahora —admite, volteando hacia su patio, admirándolo, quitando la mano de mi hombro.

Asiento ligeramente, estando un poco de acuerdo con ella, aunque, en parte, eso se debe a que no recuerdo mucho cómo estaba antes el lugar.

—Bueno, siendo así —voltea a verme—, gracias por la banca. Ahora, me tengo que ir a trabajar —sonríe hacia mí.

—Si quieres, te llevo —le dice mi madre, detrás de mí, carraspeando su garganta.

La señora Leslie, me sonríe una vez más y luego ve hacia mi madre, y le asiente, muy divertida. Ellas comienzan a hablar sobre la novela que fueron a escuchar la última vez, y así, sin más, ambas se suben al auto, y se van.

Paso mi mano derecha por mi brazo izquierdo, sobándomelo, sintiendo, otra vez, la incomodidad que había percibido antes, cuando observé la forma distante en la que se estaba comportando Rafael, la cual no ha cambiado.

Giro sobre mis talones, viéndolo a él, quien se mantiene en la oscuridad, debajo de su capucha, con la cabeza baja.

—¿Cómo estás? —le pregunto, sin saber cómo iniciar la conversación, advirtiendo que mi actitud, es un poco tonta, moviendo mi pie derecho de un lado a otro, poniendo mi lengua sobre mi incisivo izquierdo.

—Estoy bien —responde él, suavemente, exhalando todo el aire que estaba acumulado en sus pulmones.

Meto mis manos en los bolsillos de mi pantalón y me quedo viéndolo.

—Llevamos esto al patio trasero —inquiero, aunque no me sale como una pregunta real, pero tampoco, como una afirmación.

Él asiente y toma un extremo de la banca, por lo que yo tomo el otro. En el trayecto hacia el patio trasero, él se mantiene callado, provocando que me sienta aún peor.

El corazón me pesa y la angustia, crece en mi interior.

Colocamos la banca cerca del árbol donde está el columpio.

—¿Podrías verme? —le pregunto, dudando, entornando un poco los ojos, buscando su mirada, moviendo la cabeza para tratar de ver debajo de su capucha.

Trago saliva, pasando el mal regusto que siento en mi estómago.

Él levanta la cabeza lentamente, viéndome persistentemente, hasta que se le cae la capucha y veo su rostro. Me quedo de piedra al observarlo… Abro la boca y trato de decir algo, pero no me sale, es como si de pronto, se me hubiera ido la voz, solo atino a mover ligeramente los labios, pero sin decir nada.

El pecho se me oprime más, pero es diferente que antes, ahora es de preocupación pura y dura.

—¿Qué pasó? —cuestiono, quedamente, acercándome a él, hasta que puedo poner mi mano derecha sobre su pómulo, suavemente.

Admiro cada parte de su cara… Tiene el pómulo izquierdo amoratado, de hecho, es lo que tiene peor, por suerte, su ojo parece normal, lo que significa que quién le haya pegado, no le atino del todo bien, pese a que sí lo hizo con fuerza. La comisura izquierda de sus

labios, la lleva reventada, completamente.

Rafael rehúye de mi mirada, pero no me quita la mano de su rostro.

—¿Qué pasó? —pregunto, una vez más, más preocupada que antes, frunciendo el entrecejo.

Él niega con la cabeza suavemente.

—No sé si contártelo… Parte de mí, cree que es una tontería decírtelo, que eso me hace ver mal —encoje los hombros, sonriendo quedamente, pero lo deja de hacer en el momento en que le duele, contrayendo toda su cara, en una mueca. Respira profundamente—. El tipo que vino a verte el otro día… él fue quien me golpeó. Y solo te lo digo porque creo que debes saberlo, puesto que él tiene algún tipo de vínculo contigo —se explica rápidamente.

Contengo el aire por un momento, justo cuando sus ojos se enfocan en los míos. Abro los ojos poco a poco, alzando las cejas, sintiendo mal por haber causado esto, pero a su vez, dentro de mí, crece una emoción fuerte y destructiva, enojándome rápidamente, poniéndome realmente furiosa.

—¿Te lo hizo Ivar? —pregunto, corroborando lo que él me acaba de decir, bajando más la voz, utilizando mi tono amenazador, sin quererlo utilizar con él.

—No sé cómo se llama… Pero te prometo que esto no es nada —alega él, tratando de tranquilizarme, sonriendo un poco, pese a que sé le duele.

El enojo se me baja de un momento a otro, percibiendo, ternura por lo que él trata de hacer. Le acaricio un poco la mejilla y sonrío lánguidamente.

—¿Cuándo fue que hizo esto? Y, ¿por qué lo hizo? —le pregunto, sin poder quitar mis ojos de su rostro lastimado.

Rafael alza la cabeza hacia el cielo, pensativo.

—Vino a buscarme ayer, cuando salí de la casa, él me agarró del cuello de la camisa, y me golpeó dos veces, advirtiéndome que ya no me quería cerca de ti —cuenta, tranquilamente, poniendo una mano en mi cara, para que lo vea fijamente. Abre los ojos bien, volviendo a mirarme, intensamente—. Pero no duele. No me duele nada, así que dejalo estar, ¿sí? —argumenta, previendo o adivinando mi pensamiento, observando mis ojos, viendo que la llama de la ira crece más y más en mí.

Sacudo la cabeza.

—Aunque no te hubiera pegado, igual lo tengo que arreglar. Ivar no debió hacerte esto, pero yo tampoco debí hacer lo que le hice a él; ahora comprendo que debí responderle su tonta pregunta y acabar las cosas en ese momento —respondo reflexiva, cerrando los ojos por un segundo, arrepintiéndome de mal entender todo este tiempo mi relación con Ivar, minimizando su carácter y sentimientos.

Suelto a Rafael, alejándome de él, quitando su mano de mi cara con toda la dulzura que puedo.

—¡Debo arreglar todo esto! —exclamo, alejándome más.

Caminando hacia el patio delantero, sin dejar de verlo.

—Espera —me detiene, y viene trotando hacia mí—. ¿Me ibas a responder hoy? —pregunta, vacilando, moviendo su cuerpo hacia adelante y hacia atrás, poniendo sus manos dentro de las bolsas de la chaqueta.

Sonrío, emocionada al verlo de esa forma tan juvenil y encantadora.

—Primero debo arreglar esto, ya luego hablamos —le aclaro, poniéndome con los pies en punta y besándolo en la mejilla, para después girarme, y caminar deprisa hacia la calle.

¡Joder, tengo que arreglar este embrollo que me he creado!

¡Todo por creer que estábamos en sintonía!

¡Por San Pepe Grillo…!

21

Llego al taller, percibiéndome ligeramente violenta, aunque recordándome en todo momento que debo mantenerme tranquila.

Localizo a Ivar junto a Jon, arreglando un auto, revisándolo desde abajo, mientras este está elevado sobre sus cabezas.

Camino hasta donde ellos, y toco el hombro a Ivar, llamando su atención.

Me relamo los labios e inspiro hondamente.

—Podemos hablar —le digo, serenamente, justo en el momento en el que él me voltea a ver.

Ivar me sonríe, pero al verme completamente seria, la sonrisa se le desvaneces. En ese momento, me doy cuenta que quizás sea la primera vez que me sonrió sinceramente, sin ninguna connotación lasciva.

¡Qué ironía!

—¡Vaya que tenemos que hablar…! —exclama él, con mucho sarcasmo, quitándose los guates de las manos soltándolos en una caja de herramientas que tiene a la par.

Jon voltea a verme y me sonríe, pero yo no hago nada más que dedicarle una corta mirada, sin atreverme a hacer nada que me delate, al fin y al cabo, estoy en su territorio.

—Entonces, ¿podemos hablar en privado? —pregunto calmadamente, sintiendo cómo, por dentro, comienzo a calentarme nuevamente, y no en ese sentido que él se puede estar imaginando.

Alza una ceja, pensativamente, para luego hacerme una seña para que lo siga hasta su oficina.

Entramos a su oficina, cerrando él la puerta detrás de mí, poniéndole llave.

Niego con la cabeza, enojándome más, resoplando sin querer, pasando mi lengua por mi mejilla.

¡Increíble que él solo piense en eso!

—¿Por qué no has estado contestando mis mensajes ni llamadas? —pregunta a Ivar, volteando hacia mí, con la cabeza ladeada, acercándose a mí, con pasos grandes y calculados, como queriendo arrinconarme.

Me le quedo viendo completamente seria, para que comprenda que nada va a suceder, pero él no se detiene hasta que ya me tiene muy cerca. Por supuesto, yo no retrocedo ni un poco, solamente cruzo mis brazos bajo mi pecho, observándolo fijamente, hasta cierto punto, retándolo.

—Creí que estábamos en sintonía, y que luego de algunos intentos, entenderías que yo ya no quiero nada contigo —hablo fríamente, sin

aminorar la cuestión, ni tratándoselo de hacer más fácil.

Ivar agita su cabeza confundido, abriendo sus ojos bien, frunciendo de inmediato sus cejas.

—¡Qué dices! —profiere, elevando el tono de voz, casi gritando.

—Pensé que, entendías que lo que había entre nosotros era algo meramente físico, que no había ninguna obligación de uno hacia el otro, porque, al final del día, solo era cosa del momento, que acabaría en un instante —explico calmadamente, sin cambiar el rictus.

Él se queda viendo firmemente, con la mandíbula desencajada y tensa, y esa mirada feroz que solamente le había visto una vez, y fue cuando un hombre se me quedó viendo lascivamente mientras él estaba al lado mío.

Debí haberme dado cuenta en el instante de que Ivar, era demasiado posesivo para mí; cuando dijo en la casa de la señora Leslie, que le llamará cuando me diera cuenta que lo quería tanto como él… no supe que era una pregunta acallada de cómo eran sus sentimientos hacia mí. Debí intuir que él solo me ve como un juguete que le pertenece, sí un juguete que quiere mucho, pero no es más que eso.

Luego de que me fijara, lo que él quería decir; de esa necesidad subyacente suya, de convertirme en un objeto para su goce y disfrute; y que, mucho menos le importaba que yo lo viera de esa misma forma… comprendí lo que mi madre me trataba de decir. Ambos somos tóxicos, el uno para el otro, y yo ya no quiero eso. Fue bueno por el tiempo que duro, pero ahora, ahora que ya vi de qué se trata que te guste alguien, verdaderamente, ya no quiero seguir intentando ese juego infantil con Ivar.

—Mira, Virginia —remarca mi nombre—, yo sé qué piensas tú, sobre qué es esto —nos señala a ambos—, pero para mí, no es algo solo físico. Te he dejado formar parte de mis amigos, has estado junto a mí y junto a ellos cada vez que has querido, incluso tienes un apodo. Para ellos, y para mí, eso te convierte en algo más fijo, algo a lo que están acostumbrados a ver —explica él, tensándose más y más, al grado de erguirse completamente, y ya no verme, simplemente tiene la mirada puesta en la pared detrás de mí.

Bufo fuertemente.

—Ni siquiera te das cuenta, ¿no? —me burlo de él, moviendo la cabeza de un lado a otro, algo consternada.

Vuelve la cara hacia mí, apretando los labios fuertemente y puedo escuchar cómo, sus dedos, truenan cuando se cierran enérgicamente sus manos en dos puños.

—Sabes qué, no importa si ni siquiera escuchas cómo le dices a las cosas, o qué dices, lo que sí tienes que entender —hablo pausada e impávidamente, remarcando cada palabra, elevando más y más la voz

—, es que lo tuyo conmigo, se acaba ahora mismo.

Bajo las manos y paso a su lado para irme por la puerta, no obstante, su mano en mi hombro, me detiene.

—Sé que lo has estado viendo. Te vieron hace unos días en el parque, junto a él, muy románticamente —argumenta, tenso, apretándome un poco.

Volteo todo mi cuerpo hacia él, quitando su mano de mi hombro en el proceso.

—Cierto, se me olvidaba —digo, antes tomar impulso y pegarle una cacheta violenta y ruidosa, que resuena por toda la oficina, y probablemente fuera de esta—. ¡Ni se te ocurra volverte a acercar a Rafael! —le advierto gritando, poniéndome realmente enojada, sintiendo cómo toda la sangre me hierve y se me va a la cara y las orejas.

Ivar se toca la mejilla, asustado al verme en esa actitud, pero no me dice nada, solo se queda ahí, viéndome, con los ojos bien abiertos.

—¡Ni se te ocurra, si quiera, aparecerte frente a él! —le repito, bajando la voz, amenazadoramente.

Doy media vuelta, abro la puerta y salgo de la oficina, enfadada, respirando fuertemente, con la mandíbula y el cuello totalmente tensos; sintiéndome más enojada que nunca.

Camino con pisadas marcadas y grandes, queriendo alejarme lo más rápido posible de este sitio.

—¡Qué sepas que tu nuevo novio no es nada comparado conmigo! —grita Ivar, saliendo de la oficina, cerrando, detrás de él, con un portazo.

Me río, bufando, negando con mi cabeza, me giro hacia él.

—Al menos en algo estamos de acuerdo —reconozco, tranquilamente—. Él y tú, no se pueden comparar ni un poco, él ha hecho cosas en mí, que tú nunca podrías hacer —le expreso, viéndolo de pies a cabeza, sacando todo el veneno, que siento, por dentro, cobrando el segundo golpe que le dio a Rafael, pese a que ya sé que Ivar está lo suficientemente herido. Es evidente que no solo he lastimado su cara; lo puedo ver en su porte…

Me encamino hacia afuera del local, y esta vez, él ya no dice nada, se queda completamente quieto. Siento la mirada de todos en mi espalda, observándome, viendo lo que acabo de hacerle a su líder.

Bajo el ritmo de mis pasos, a medida que me alejo de ahí, advirtiendo cómo, mi cuerpo, comienza a reaccionar a esa descarga de energía que he tenido frente a Ivar.

¡Santo Pepe Grillo!

Me detengo y pongo mis manos sobre mis rodillas, encorvándome, sintiendo cómo mi sangre se ha helado y todos mis músculos parecen adoloridos por haber estado tan tensa, incluso, tengo un leve dolor de

cabeza.

Pensé que sería más fácil.

Escucho el motor de una moto detrás de mí, deteniéndose.

De inmediato me pongo recta y giro un poco, para ver si no se trata de Ivar, rogando que el ocupante de esa moto no tenga nada que ver conmigo, poniéndome nuevamente tensa y a la defensiva.

Al girar, veo a Jon sobre su moto, quitándose el casco de la cabeza.

Me sonríe quedamente, casi siendo una sonrisa lastimera.

Abro los ojos bien y lo veo a él, ladeando la cabeza.

—¿Puedo hablar contigo, como un amigo? —me pregunta, suavemente.

Asiento despacio, sin entender sus motivos, aunque sospecho que esto se debe a Ivar, y creo, con certeza, que no me equivocaré.

—Si es sobre lo que acaba de pasar… —niego con la cabeza—, no tiene sentido hablar nada —acoto, seria, pero sin ser grosera.

—Quizás para ti no, pero para mí, sí —dice él, bajando un poco la cabeza. Continúa al instante, con el fin de no dejarme replicar nada—. Sé que Ivar parece un hombre con sentimientos de hierro, o que, en su defecto, no puede tener muchos, pero es solo porque no sabe interpretar la mayoría de ellos. Tú lo has visto molesto, pero no es molesto porque él quiera estar así contigo. Es que simplemente tiene miedo de que lo dejes… tal como lo has hecho…

Nos quedamos en silencio por un momento, observándonos.

Suelto el aire que hay dentro de mis pulmones, pasando una mano por mi cabeza, alisando mi cabello.

—Eso ya lo sé, sé cómo me ve él. Sé que es probable que yo sea la única mujer, que ha logrado acercarse, un poco, a sus sentimientos —reconozco calmadamente, reflexionando más que antes, pero manteniendo mi posición—. Sin embargo, así como sé eso, sé que él, por el momento, no logra verme como una persona, solo me ve como un objeto que le pertenece, que nadie más puede tocar.

Jon niega con la cabeza, firmemente.

—No es así. Ivar de verdad te quiere, de lo contrario nunca hubiera hecho nada contigo y nosotros —afirma él.

Hundo mis hombros.

—Él ni siquiera sabe nada de mí: no sabe cuál es mi primer nombre, cómo murió mi papá. ¡Creo que ni siquiera sabe que mi papá está muerto! —exclamo, alterándome un poco, recomponiéndome de inmediato—. Puedo ver tu buena intención, Jon, pero ahora, yo no quiero nada con tu amigo, quiero algo con alguien más.

—…el que mencionó Ivar —completa Jon.

—Sí —asiento.

—¿Acaso ya tienes algo con él? —me pregunta, levantando sus cejas mientras baja la barbilla, intrigado.

—Si te refieres, a si es mi novio —niego con la cabeza—. Yo no tengo nada de eso, pero lo que sí te puedo decir, es que ya no quiero nada con Ivar —replico, dejándolo claro.

Jon baja la mirada, y luego vuelve a mirarme, recriminándome.

—Te quejas de Ivar, y tú tampoco sabes cómo describir tus sentimientos, de lo contrario, no habrías dicho lo que acabas de decir, al menos no de esa forma —alega Jon, tomando su casco y poniéndoselo—. Espero que, si nos vemos algún día, podamos saludarnos como dos adultos, porque pese a que acabas dejar a mi mejor amigo muy lastimado y confundido, tú siempre me gustaste como persona.

Jon baja el visor de su casco y enciende la moto, se despide con la mano de mí, y yo hago lo mismo, y luego da media vuelta y se va en dirección al taller.

Me quedo viendo cómo Jon, desaparece de mi vista, sintiéndome incómoda con sus palabras, pero a la vez, mi cerebro empieza a trabajar en lo que me ha dicho, analizándolo.

¿Acaso, de verdad, estaré igual que Ivar, confundiendo mis sentimientos?

22

Mientras camino hacia mi casa, medito lo que me ha dicho Jon. ¿Será cierto que no puedo reconocer mis propios sentimientos, al igual que Ivar?

Sacudo mi cabeza.

Pensé que estaba segura de lo que quería, pero ahora, la duda ha crecido en mí, y ya no sé cómo hacer con Rafael.

Creí que después de hablar con Ivar, iría a convencer a Rafael, para que simplemente tuviéramos algo más físico. Y puede que, incluso con lo que ha dicho Jon, hubiera ido hacia donde Rafael, no obstante, entre más he avanzado, más me doy cuenta que probablemente el error mío, es que, creo que solamente se puede tener algo físico.

Ivar, con quien he tenido la "relación" más larga, ya ha demostrado que eso no es cierto, que no se puede reducir al sexo, lo que exista entre dos personas, y después de todo, lo que Jon dijo, no es tan descabellado. Es decir, creo sentir algo por Rafael, que sí, puede que no sea tan fuerte; sin embargo, es notable que no podría dejar mis sentimientos fuera del vínculo.

Ahora, la pregunta esencial es: ¿quiero tener algo que involucre los sentimientos?

Con esa pregunta, vienen muchas más… ¿Quiero dejarle el poder a Rafael de destruir mis emociones? ¿Puedo confiar en él, para que no me lastime en un futuro?

Y puede que me lo esté pensando mucho, pero no puedo evitarlo. Nunca había estado en una posición en la que mis sentimientos estuviesen comprometidos.

Con todos los hombres con los que he tenido algún tipo de relación antes, no he llegado a fraternizar lo suficiente como para que, luego, forme algún vínculo sentimental más profundo.

Está claro, que la diferencia entre esos hombres y Rafael, radica, paradójicamente, en que, con los demás, yo ya había tenido sexo cuando comenzamos a hablar más, y tampoco es como si los llegara a conocer mucho.

Con Ivar estuve unos meses, y normalmente, cuando no estábamos follando, como conejos, estábamos junto a sus amigos, los "Vikingos", lo que evitaba que, de cierta forma, hubiera intimidad para conocer más al otro.

Gimo, quejumbrosamente.

Estoy cansada de tanto pensar, y no quiero dejar a Rafael entusiasmado con la idea de que volveré, pero, justo ahora, yo no puedo responderle.

Saco mi celular y le mando un corto mensaje poniéndole que lo veré otro día, que me perdone por no poder contestarle hoy, pero que me ha llevado más tiempo del imaginado solucionar todo.

Unos instantes después, recibo una respuesta corta por su parte:

“No te preocupes, yo entiendo.”

Inhalo profundamente, alzando mi cabeza hacia al cielo, más acongojada que antes, y todo debido a su respuesta tan amable.

Probablemente, si Rafael no se hubiera portado tan bien conmigo, ahora no estaría entrando en el vórtice de la locura.

¡Ni siquiera estoy segura de qué es lo que me atrae de él!

Es decir, Rafael no es feo, pero no tiene músculos desarrollado, ni tampoco tiene un gran estilo. Es un poco desgarbado, y estoy segura de que, si se pone lentes, se vería hasta un poco nerd, lo que no me atraería para nada.

Por otro lado, tiene una sonrisa realmente hermosa, y un “je ne sais quoi”, que me desconcierta totalmente, y que, inevitablemente, me atrae a él, y no solo lo digo en el aspecto físico, sino, a algo más profundo que no logro entender…

Contengo un grito, cerrando la boca y tapándomela con las manos.

¡Joder!

¡Qué carajos me pasa!

Yo no soy así, no me detengo a repasar un hombre.

Ya casi acaban mis vacaciones y yo no he hecho más que andar con él, de un lado a otro.

¡No puedo seguir pensando en círculos!

Al llegar a mi casa, me pongo cualquier cosa en la televisión y trato de mantener mi cabeza pegada a ella, poniendo películas que me agradan, en su mayoría, películas de comedia negra.

Una vez no sé qué ver, hago el almuerzo, poniendo rock, heavy metal, solamente, sin poner nada de otros géneros, con el objetivo de animarme y desestresarme.

Almuerzo con mi madre, tratando de sacarle plática, prestando la máxima atención posible. Aunque descubro que muchas veces no sé ni de qué me está hablando, puesto que ni siquiera me sé los nombres de sus compañeros de trabajo.

Cuando ella se va al trabajo nuevamente, vuelvo a poner la televisión, pero no encuentro nada qué ver, por lo que, apagando el tv, me voy al taller y me quedo observando la mesita de noche que ya está totalmente pintada y arreglada, rezagada en una esquina del taller.

La saco y la llevo hacia la casa, dejándola en la sala. Quizás deba preguntarle a mi madre para quién era la mesa. Con honestidad, no quiero dársela a nadie, puesto que fue el último trabajo completo de mi papá, pero tampoco quiero que se quede ahí, desperdiciándose.

¡Quizás mi madre la quiera!

Me encojo de hombros, dejando el mueble en medio de la sala y yendo nuevamente hacia el taller.

Esta vez me enfoco en la cuna.

Ladeo la cabeza, y luego la muevo hacia el otro lado, observando las piezas que ya están terminadas.

Sé que, en unos buenos años, quizás unos diez, hasta unos quince años, nadie la va a ocupar, pero, me parece que es una tontería dejarla incompleta.

Debería terminarla por mi papá. Se supone que es para mi hijo, por lo que no veo a mal, terminarla yo.

Si la barnizo, podría durar más tiempo, claramente.

Rebusco en internet un modelo para terminarla y comienzo a trabajar en ello.

En la tarde, antes de que llegue mi madre, dejo todo en lo que estoy trabajando y me meto a la casa, lavándome bien y luego haciendo la cena.

La comida esta sobre la estufa, terminándose de hacer, para que, de esta manera, cuando mi madre venga, este preparada y caliente.

Me siento en el sillón, mirando hacia la mesita que tengo enfrente, esperando que el tema aparezca de forma natural.

La puerta se abre, y entra mi madre a la casa; de inmediato, ella nota lo que estoy observando con tanto ahínco.

—Me preguntaba: ¿hasta cuándo la ibas a dejar afuera? —comenta ella, soltando sus cosas en un sillón, para luego sentarse al lado mío, quitándose los zapatos.

Observa la mesa con interés, actuando con normalidad, muy diferente a la reacción que me esperaba de su parte.

No quería que llorara, ni mucho menos que se sintiera triste al ver el trabajo de mi padre, pero tampoco pensé que iba a obtener esta reacción tan tranquila.

—¿Ya la habías visto? —le pregunto intrigada, con ese detalle.

—Claro —asiente ella con la cabeza—. La vi hace unos días en el patio, secándose, aunque la había visto cuando tu padre la hizo —vuelve a asentir, sonriendo de lado.

Ladeo la cabeza, frunciendo el entrecejo, sin comprenderla.

—¿Entonces sabes para quién la hizo? —cuestiono, moviéndome para verla mejor.

Mi madre se acomoda mejor, en el sillón, contemplándome fijamente, sin dejar de sonreír.

—Sí, y no —responde, riéndose sutilmente.

—¿Cómo así? —pregunto confundida.

Ella recuesta el dorso de su espalda en el reposabrazos.

—Cuando tu padre comenzó a planear su cirugía, quería asegurar

algo para esas personas que serían lo que él denominaba, su arcoíris —hace una pausa y se relame los labios. Sonríe un poco más triste, pero no es una tristeza abrumadora, sino una melancólica—. Tu padre, consideraba que nosotras, su familia, era lo mejor que había tenido él, el regalo más grande que la vida le había dado. Él te quería mucho a ti y a mí, y así como nosotras éramos ese arcoíris que coloreaba sus días de lluvia, esos días en los que apenas salía el sol, quería que tú llegaras un día, a tener tu propio arcoíris. Que llegaras a ver esa perfecta combinación entre luz y lluvia. Pensó que la mejor forma de hacer algo para ti, era haciendo algo para los que tú, querrías algún día.

Hace una pausa más larga, donde se queda viendo hacia la mesita de noche, sonríe, mientras sus ojos se iluminan por las lágrimas que no derrama.

Mi corazón se contrae al escuchar su explicación.

No entiendo del todo el razonamiento de mi padre, pero si puedo ver que, al final, eso que estaba haciendo, era para mí.

—Además, quería que su nieto tuviera lo mismo que tú, y pudiera tener algo que él había construido con sus manos. Al igual que su yerno —se encoge de hombros—. Creo que él pensaba que no iba a salir bien librado de la cirugía, aunque nunca llegó a estar en el quirófano —resopla y vuelve a verme, parpadeando rápidamente para quitar las lágrimas de sus ojos—. Tu padre era un poco pesimista. Por eso mismo es que unas semanas antes de la cirugía, no quiso aceptar más trabajo y solamente se quedó haciendo todo esto, que tú ya descubriste.

Se vuelve a quedar callada, mientras sonríe perezosamente.

Escucho cómo en la cocina, la comida se comienza a pegar, crujiendo dentro de la cacerola. Sin pensármelo, me levanto y corro hacia ahí, apagando el fuego, viendo que lo de abajo se ha quemado un poco.

—¿Quieres que pidamos una pizza, o algo más? —pregunta mi madre, volteando hacia mí, riendo por lo bajo.

Remuevo un poco la comida, gimoteando.

—Quizás sea lo mejor, aunque no está del todo mal —me defiendo, mostrándole la cacerola.

—Comeremos ambas cosas —sentencia mi madre, con tono teatral, levantando el dedo índice.

Encojo los hombros, sintiéndome un poco mejor, como si su mal chiste, aminorara la tensión sentimental.

—Por cierto —voltea mi madre, luego de sacar el celular de su cartera—, ¿no te diste cuenta que esta mesita de noche hace juego con la tuya? —me pregunta, frunciendo la nariz, extrañada.

Niego lentamente con la cabeza, mirando hacia esta, donde me

percato que tiene razón.

—En mi defensa, se parecen a casi todas las mesas que he visto… —respondo, sin dejar de observarla.

—Anda ya, y metela en tu recamara —me indica, haciendo un gesto con la mano—. De cualquier forma, aunque no te casaras, es tuya.

Frunciendo en ceño, dejo la cacerola en su lugar y me acerco a la mesita, para luego transportarla hacia mi cuarto, dejándola al otro lado de mi cama, al lado contrario de la que siempre ha sido mi mesa de noche.

Me alejo de ahí y miro las dos, a la par de mi cama. Entorno los ojos, y por alguna razón, cobra sentido lo que dijo mi padre y su razonamiento.

Claramente, no estoy de acuerdo con esa versión tan alegre que se pintó él para mi futuro, y toda esa historia del arcoíris, pero me gusta… Me gusta que él me proyectara en su cabeza, como una mujer adulta, con una familia que la hace feliz.

Sonrío grandemente.

Creo que quiero eso, quiero poder tener ese regalo que mi padre tanto esperaba para mí. Quiero algún día ver ese arcoíris que él pensaba que tendría yo.

Bajo la mirada hacia el suelo, y me doy cuenta que, creo que tengo la respuesta final para Rafael.

Respiro hondo.

—¡Bueno, que San Pepe Grillo me socorra! —medito en voz alta, decidida.

23

"Quisiera verte mañana…"

Sin pensármelo tanto, le envío el mensaje a Rafael, nerviosa, porque, lo que pienso hacer, no va de acuerdo a mi carácter, ni a cómo me conciben las personas, lo que me hace sentir una rara sensación.

Por supuesto, en mi lugar, sería normal que una persona se pusiera nerviosa.

Me siento en mi cama, dejando el teléfono sobre esta, al lado mío, tratando de no verlo para no frustrarme por la falta de respuesta.

Respiro profundamente y luego expulso el aire, lentamente, como si estuviera fumando. ¡Cuánta falta me hace ahora mismo un cigarro, o algo más fuerte!

Muevo mis piernas, inquieta, de arriba hacia abajo, haciendo revotar mi pie en el piso. El estómago lo tengo completamente revuelto, y siento como que parte de la comida aún la tengo atorada en la garganta, cuando no es así. ¡Ni siquiera he comido!

¡Qué carajos!

¡Qué carajos!

Muevo mis piernas más rápidamente, mordiendo mi labio inferior. Inflo mis mejillas y busco en qué entretenerme, rebuscando por mi habitación algo que se vea irregular, para poderlo arreglar.

Me levanto de la cama y reacomodo mi gran oso, sentándolo rectamente sobre la silla en la cual siempre está sentado. Aliso las sábanas de la cama y esponjo las almohadas.

¡Mierda!, ¿por qué no tengo más desorden?

Respiro más deprisa, sintiendo cómo mi pecho sube y baja violentamente, desesperándome más y más.

Cierro los ojos y me concentro en mi respiración, olvidándome de mi celular por un breve momento, concentrándome solamente en entrar aire fresco a mis pulmones, para luego expulsarlo caliente y húmedo. Estoy segura que alguna clase de meditación, o yoga, escuché eso, y desde ahí he notado cómo eso ayuda a relajarse…

El teléfono emite un ruido, anunciando que me acaba de llegar un mensaje.

Abro los ojos y me tiro hacia la cama, tomando mi celular en el proceso, tecleando rápidamente para quitarle la contraseña al aparato y así poder ver el mensaje.

Ingreso a la bandeja de entrada y localizo el mensaje, abriéndolo de inmediato.

"Bien, ¿dónde nos encontramos? ¿O te buscó en tu casa y salimos a

algún lugar?"

Me muerdo el labio inferior, reacomodándome en la cama. Inspiro hondamente, calmando mis pulsaciones alocadas, que retumban en mis oídos.

"¿Podrías venir a mi casa en la mañana?"

Le mando el mensaje, mientras me quedo mordiendo el lateral de mi dedo pulgar, sin arrancarme nada, simplemente por querer mantener mi cuerpo en movimiento.

Veo el celular por unos largos segundos. El mensaje con su respuesta llega al poco tiempo.

"Seguro, te veo allá como a eso de las diez de la mañana."

Bajo los hombros, sintiendo cómo, un peso invisible es quitado de mi cuerpo, relajándome levemente, aunque no del todo, puesto que falta lo más difícil, es decir, declarármele…

***

En la mañana hago todas las tareas que tengo que hacer, mandando a mi madre al trabajo, con el almuerzo de ella, inventándole cualquier excusa válida para que no quiera venir por la tarde a comer a la casa, y se quede en su trabajo.

Luego que ella se va, hago la limpieza en la casa, buscando dejar todo impecable, rechinado de limpio.

Al finalizar con todo lo demás, entro a mi cuarto y escojo la ropa que debo ponerme. Veo mi armario por completo, revisando cada cosa que tengo ahí.

Entorno los ojos, al ver la blusa rosada que me dio mi abuela. Es una blusa un poco femenina, pero no tan estridente, ni formal. Saco unos jeans negros y mis típicas botas, dejando todo esto en la cama, listo para colocármelo luego de salir del baño.

Reviso la hora de mi celular, dándome cuenta que me tengo que apurar porque falta poco más de media hora.

Me meto en la ducha, y trato de bañarme rápido, pero, muy bien.

Salgo de la regadera y me coloco la primera ropa interior que toco y luego me seco el cabello y me maquillo ligeramente. Me coloco la ropa y termino, estando lista faltando menos de cinco minutos para que se hagan las diez de la mañana.

Me quedo quieta, percibiendo que algo me falta, y a su vez, sabiendo que todo está en mi cabeza, que solamente se trata del nerviosismo, que me consume.

Aliso mi ropa y poniendo mi espalda recta, dejando, en mi cuarto, todo en su lugar, salgo de mi habitación y me quedo en la sala, sentada, esperando, escuchando atentamente cualquier ruido que haya alrededor, aunque lo único que logro oír, son las agujas del reloj,

moviéndose espaciosamente.

Sentada, respiro profundamente, tratando de mantener la calma, y aunque por fuera no me muevo en absoluto, por dentro, el martilleo de mi corazón es violento: fuerte y rápido.

Cierro los ojos, y con mi lengua toco mi colmillo. A los segundos, tocan la puerta. Abro los ojos grandemente, espantada y con la respiración entrecortada.

Decir que estoy nerviosa, es quedarse corto…

Me levanto del sillón como si fuera un resorte y camino hasta la puerta, de forma erguida y completamente tensa. Inhalo, antes de tomar el pomo y abrir la puerta.

Delante de mí, esta Rafael, con una rosa rosada entre las manos, sonriéndome tranquilamente.

Le sonrío por inercia, y al mismo tiempo, siento que mi nerviosismo, disminuye un poco, relajándome levemente. Bajo los hombros y trago saliva, respirando ya, mucho mejor que antes.

—Para ti —dice Rafael, sin dejar de sonreír, alargando su mano junto con la rosa.

La tomo entre mis manos, con delicadeza, admirando lo bonita que es, aunque por norma, cualquiera creería que es mejor una rosa roja. Me gusta, la hace ver más delicada.

—Entra —señalo con la cabeza hacia adentro, haciéndome a un lado.

Rafael duda por un momento; soltando la sonrisa, ingresa a la casa. Noto su incomodidad, pero no puedo hablar con él en un lugar en el que no esté cómoda, por lo tanto, tendrá que ser él, el incómodo.

Al entrar Rafael, cierro la puerta detrás de él y voy hacia la cocina, donde dejo la rosa en un jarrón con agua. Es un jarrón muy viejo, tan viejo que creo que antes fue de la mamá de mi padre. Es un jarrón de cristal, muy estético que nunca antes se había usado, al menos no en mi casa…

Observo la flor por un momento, pensando en cuántas cosas he hecho por primera vez con Rafael…

Me doy vuelta y lo admiro a él, viéndome con la misma atención con la que yo estaba mirando la rosa.

—Quiero enseñarte algo, antes de contestarte… —le indico a Rafael, mordiendo mi labio inferior, agobiándome, otra vez.

Él asiente con la cabeza, lentamente, sin dejar de verme.

Salgo de la cocina y le tomo de la mano, guiándolo hasta mi cuarto, donde abro la puerta y le hago una señal para que él entre primero. Ingreso después de él, cerrando la puerta.

Rafael da un respingón al escuchar la puerta cerrarse y yo no puedo más que sonreír.

—Prometo no hacer nada —le doy mi palabra, alzando las manos

para que él las mire, como símbolo de buena voluntad, sonriendo grandemente.

Él se me queda viendo y luego a la puerta, hasta que se fija en lo demás. Primero se fija en mi cama, y en las sábanas rosa pastel, afelpadas, ladeando la cabeza; luego su mirada se desvía hacia el poster autografiado de Carrie Underwod, aunque este no le llama tanto la atención, debido a que yo ya le había contado mis gustos por el country. Sus ojos recorren el diploma al mérito que está enmarcado, y la banda por ser el primer lugar. Por último, sus ojos se enfocan en el gran oso de peluche, que está sentado en la esquina.

—Este, es mi cuarto —le digo, finalmente, dándole una mirada fugaz a todo—. Y sí, sé que no lo parecería, pero todo lo que hay en él, me gusta —asiento, distinguiendo un raro cosquilleo en el estómago; sintiéndome expuesta y más desnuda que nunca.

—Se ve bien, eres muy ordenada —acota él, sin ninguna reacción aparente, tratando de asimilarlo, aunque sin entender a qué me refiero, o por qué se lo estoy mostrando.

Inspiro profundamente y me siento en mi cama.

—¿Quieres sentarte? —le pregunto, palmeando la cama, haciéndome hacia un lado, para que se siente junto a mí.

Sin decir nada, se acomoda a la par mía, viendo los dos hacia la puerta.

Aspirando, cerrando los ojos por un breve instante, sintiendo un cumulo de emociones dentro de mí: algunas de esas emociones me agobian y otras, son placenteras. Es como tener mil mariposas dentro de mi estómago, y a la vez sentir cómo me hace falta espacio para alojarlas.

Resoplando lentamente, abro la boca para comenzar a explicarme:

—Antes de conocerte, nunca se me hubiera cruzado por la cabeza enseñarle a alguien mi cuarto. —Noto la mirada de Rafael en mi cara, pero no volteo a verlo. Debo seguir antes que todo lo que tengo por dentro se precipite sobre mí y ya no pueda decir nada—. Hace unos días, te iba a decir que solo quería algo físico, porque hasta hoy, eso es a lo que he estado acostumbrada —encojo los hombros—. Quiero decir, he estado en algunas “relaciones”, pero no de la forma convencional. Para mí, todo siempre se ha concretizado en algo físico, algo en lo que he tratado de no involucrarme sentimentalmente, ¿me entiendes? —volteo hacia él, mirándolo por un segundo, dudando sobre cómo me verá.

Rafael asiente, moviendo su cabeza, sin darme alguna señal de cómo está percibiendo todo lo que estoy diciéndole, solamente, escucha con atención.

Giro mi cabeza para ver nuevamente hacia la puerta.

—Pensé que, si mantenía todo de forma física, jamás volvería tener

las emociones que sentí cuando murió mi papá, jamás volvería estar tan mal porque alguien más se fuera de mi vida, o me hiciera algo que me hiriera —me relamo los labios, parpadean rápidamente, apreciando cómo, mis ojos, se humedecen, aunque esto pasa en un momento—. No sé si tú piensas lo mismo que yo, pero para mí, cuando te involucras en algo sentimental con una persona… es como, si de cierta manera, le estuvieras cediendo el control sobre tus sentimientos, entregándole parte de tu alma, dejando ese pedazo de ti a la deriva… ¡Eso da miedo!

Siento su mirada en mí, y me tomo un segundo para apreciar todo a mi alrededor, concentrándome, solamente, en respirar.

—Yo no he querido eso desde hace mucho tiempo. De pequeña, concebí esa idea de lo que significaba tener una relación. Y puede que este equivocada —encojo los hombros, y volteo hacia él.

Nuestras miradas se conectan al instante y tengo que volver a relamer mis labios y tragar saliva con dificultad. Todo dentro de mí se revuelve al observarlo fijamente a él, y solo a él.

—Pensé que quería lo mismo contigo, y estaba dispuesta a convencerte de ello —le indico, sonriendo—. No quería responderte que no, porque eso significaba que ya no te volvería a ver, pero lo cierto es, que no podía decirte que sí —afirmo, bajando la mirada por un breve momento.

Examino, con mi visión periférica, a Rafael, quien se mantiene calmado en todo momento, escuchándome delicadamente.

—¿Y ahora? —pregunta él, con cautela, ladeando un poco la cabeza —. ¿Qué me respondes ahora?

Miro hacia el techo alargando mi cuello, pero luego giro hacia él.

—Un amigo, me dijo hace unos días que, yo estaba mal interpretando mis sentimientos. Al principio lo di por locura de su parte, es decir, siempre he querido lo mismo, ¿por qué querer algo distinto ahora? —niego con la cabeza lentamente—. Luego, me di cuenta de que estaba confundida, y que realmente me gustas, me gustas más de lo que yo creo —afirmo, viéndolo fijamente a los ojos, tratando de transmitirle con mi mirada todo lo que no puedo decir con palabras—. Lo cierto es, que ya estoy involucrada sentimentalmente contigo, ya siento algo por ti, aunque no sé exactamente qué es, pero es algo que va más allá de mi control, y no quiero perderlo, lo quiero ahí —pongo un mano en mi pecho—. No quiero decirte que no, porque no es la respuesta que quiero darte… —niego con la cabeza.

—¿Entonces…? —cuestiona él, pacientemente.

—Quiero que mires lo que hay aquí, a tu alrededor, y me veas realmente, porque no quiero ocultarme de ti, quiero tener algo contigo, quiero decir; mi respuesta es sí —asevero, quitándome un peso de encima.

Rafael alza las cejas, un poco sorprendido, aunque no estoy segura si se debe a mi larga y tendida respuesta, o a la respuesta en sí.

—De no ser porque eres tú, Rafael, esta respuesta sería otra —le aclaro, sonriendo sutilmente.

—¿Enserio quieres ser mi novia? —pregunta un poco confundido.

Frunzo el ceño.

Asiento con la cabeza lánguidamente, para luego poner una mano en su mejilla, acariciando su rostro con mis dedos, delicadamente. Admirándolo detenidamente, sintiendo cómo el millón de mariposas en mi estómago revolotean fuertemente en mi interior.

—Justamente eso quiero decir. Quiero ser tu novia —remarco, extrañada por usar esas palabras, que nunca antes había pronunciado.

Rafael baja su cabeza. Al subir nuevamente su mirada, me ve con tal intensidad que me corta la respiración.

Nos acercamos, sin dejar de vernos el uno al otro, hasta que cierro los ojos y siento sus labios sobre los míos, tocándome dulce y delicadamente, activando todos mis nervios, calentándome gradualmente por dentro.

Nuestros labios se mueven unos contra los otros en una danza muy lenta y armónica, que solamente agita más mi interior.

Nos alejamos, quedándonos muy cerca. Su frente se toca contra la mía. No abro los ojos, porque no quiero cortar el momento, simplemente deseo estar con él.

—¿Estás dispuesta a darme parte de tu alma? —me pregunta Rafael, con la respiración entrecortada.

—Solo si me prometes que la vas a cuidar como yo… —le digo bromeando, sintiéndome algo tonta por haberle explicado algo tan íntimo.

Nos alejamos del todo.

Abro los ojos y lo observo, mientras él baja su mirada hasta mis manos y las toma entre las suyas.

—Yo prometo que pondré todo de mí para nunca herirte, para siempre estar ahí para ti, para todo lo que me necesites, para todo lo que quieras. Prometo que cuidaré de tu alma, como si se tratará de la mía, o mejor —sonríe lentamente, atrayendo mis manos hacia él y besándolas.

Achico los ojos, sonriendo, algo más tranquila, dejando ir todo ese peso que había cargado sobre los hombros desde que me decidí por aceptarlo a él, a Rafael, al único hombre con él que yo me puedo imaginar, más allá de lo físico, más allá de una simple calentura del momento, al único, que puedo ver bailar alocadamente, mientras el corazón se me acelera deprisa, al único que deseo, con toda mi alma, ver sonreír a diario.

24

Tiempo después…

—Dime, ¿qué se siente que ya llevemos más de un año de estar junto? —me pregunta Rafael, pícaramente mientras bailamos una canción vieja de Elvis Presley.

La canción resuena suavemente por todo el lugar, y los demás, bailan, al igual que nosotros, al lado de las novias.

—No lo sé —me quedo pensativa, mirando hacia otro lado, entornando los ojos, mordiendo mi labio inferior—. Se siente bien —finalizo, volviendo mi vista a él, sonriendo—. Aunque debo admitir que es un poco extraño que ahora seas mi hermano… —comento, frunciendo la nariz, sin dejar de sonreír.

Los dos volvemos la vista hacia donde están nuestras madres, bailando. Ambas vestidas con trajes blancos de novias, aunque más de señoras, sin esas colas extravagantes o esos escotes pronunciados.

—¿Crees que nos veríamos raros si nos casáramos ahora que básicamente somos familia? —me pregunta, sin dejar de verlas.

Volteo hacia él, rápidamente, percatándome, cómo, la comida dentro de mí, se revuelve y me mareo un poco.

Rafael se gira hacia mí, con una gran sonrisa en la boca, riéndose de mí.

—¿Qué me dices? —vuelve a preguntar, acercándome más a él, con su mano bien fijada en mi cintura.

Suspiro profundamente, sonrío abiertamente y me recuesto contra su pecho amplio, tratando de no arruinar su lindo traje.

—Hoy te ves especialmente guapo —susurro contra él, cerrando los ojos y dejándome guiar por sus movimientos, mientras escucho a lo lejos, el latido de su corazón.

—Gracias, tú también te ves muy bien, aunque eso no contesta mi pregunta —alega él.

Refunfuño y luego estiro el cuello para verlo a la cara.

—Tú siempre haces preguntas para las cuales tengo que pensar mucho —le digo, renegando, para luego volverme a acomodar, abrazándolo más contra mí.

—¿Entonces lo vas a pensar? —cuestiona, acariciándome.

Niego con la cabeza.

Pego más mi oído a su pecho, dejándome llevar por lo latidos de su corazón.

—No tengo nada qué pensar. Pero eso no quiere decir que ya te vaya a dar mi respuesta —vuelvo a negar, inhalando profundamente el aroma de su colonia, suave y dulce—. Vas a tenerte que esperar por

ella, y al menos, hacer una proposición decente, pidiéndole permiso a mi mamá y a mi papá.

Lo escucho reír por lo bajo, resonando su risa en todo su pecho, contra mi oído.

Arrugo la nariz, pero no me despego de él.

Simplemente no se me da la gana soltarlo, ni un minuto, ni un segundo, y mucho menos, por la eternidad, pero se lo tiene que ganar un poco.

Me aparto de él ligeramente, poniendo mis pies en punta para alcanzarlo mejor, colocando mis manos sobre sus hombros.

—Por ahora, lo único que quiero es que vayamos a tu departamento —le susurro en la oreja.

Bajo mis pies y vuelvo a mi tamaño, viéndolo detenidamente.

Los ojos de Rafael se abren grandemente, alzando las cejas, abriendo la boca levemente, anonadado por lo que le acabo de decir.

Desde que somos novios, nunca hemos tenido relaciones sexuales, principalmente, porque yo quería llevar todo con calma, y ver cómo resultaban las cosas para nosotros. Quería poder llevar una relación con él, donde lo sentimental, el conocernos, y demás, fuera lo principal, y no si éramos o no, compatibles sexualmente.

—¿Estás segura? —pregunta sin cambiar el rictus.

Asiento, confiada y luego le guiño el ojo.

—Vamos —le incito.

Rafael asiente rápidamente, sin perder la oportunidad.

Nos despedimos de todos, deseándoles lo mejor a nuestras madres, quienes nos insisten para que nos quedemos para partir al pastel, los dos nos vemos, afligidos e inquietos, pero accedemos a quedarnos a eso. Cuando ya todo acaba, nos volvemos a acercar a ellas, y deseándoles una buena luna de miel, nos vamos rápidamente hacia los estacionamientos, sin importarnos que, pese a que somos los hijos de las novias, nos estemos yendo de primero.

Al llegar al carro de Rafael, los dos nos apuramos a subir, sin embargo, una vez él enciende el carro, parece quedarse en blanco, con las manos fijas en el volante, viendo hacia el frente.

—¿Qué pasa? —le pregunto, confundida, frunciendo el ceño.

Él voltea a verme lentamente, con el semblante decaído.

—Quería que fuera especial, ya sabes, lo de las rosas y demás que hacen la mayoría —pasa una de sus manos hacia la mía, apretándola un poco.

Me encojo de hombros.

—Eso me da igual —le respondo parcamente—. De todas formas, eso no lo hace más, o menos especial, al menos no para mí —replico honestamente.

Él respira pesadamente, soltándome la mano y colocándola, otra

vez, sobre el volante.

—Pero —continúo con reserva, al verlo tan ensimismado—, si a ti te molesta, lo dejamos para después.

Gira su cabeza, mirándome fijamente, extiende su sonrisa. Niega con la cabeza, y luego se enfoca en poner en marcha el auto.

Pongo la radio, dejando que una canción de desconocida, para mí, pero relajante, llene la atmosfera del auto.

Giro ligeramente mi cara hasta quedarme viendo a Rafael, y permanezco así, pensando en todo el tiempo en que hemos estado juntos… Es extraño, porque pese a que hemos estado de novios desde hace más de un año, casi los dos años, nos hemos peleado poco, y nos hemos acoplado bastante bien. Quizás al ser una nueva experiencia para mí, yo he cedido algo más de lo que me hubiera presupuestado en primera instancia, es decir, por Rafael, he dejado de fumar, y ya no bebo tan seguidamente, y mucho menos en las cantidades de antes. Cierto, cuando me siento frustrada, obviamente, al ya no poder fumar, me tomo una cerveza, pero de ahí, no paso. Al principio me costó dejar todo eso, pero sabía que a él no le gustaba, sobre todo porque ponía en riesgo mi salud, y porque ya no quería que me volviera accidentar. Rafael no me insistió tanto para que dejara mis "malos" hábitos, pero yo me sentí en la necesidad de hacerlo.

Actualmente, Rafael trabaja como odontólogo. Lo vi graduarse, lo vi crecer más como hombre, ¡cómo si eso pudiera suceder!, aunque pasó. Se ha hecho más cariñoso y protector conmigo. Al principio me costó mucho lograr estar a ese nivel, ahora, ya puedo hacerlo, ya puedo ser tan cariñosa como él.

Puedo abrirme a él, y él a mí, y sé, que solamente lo hago porque se trata de él.

Vuelvo mi vista al camino, impaciente de que lleguemos, porque pretendo darle el último pedazo de mi alma, finalmente; estaré con él sin ninguna reserva.

***

Al llegar al departamento de Rafael, él mete la llave en la ranura del pomo, al segundo intento, algo nervioso.

Le noto las manos algo temblorosas y está un poco acalorado, aunque eso se puede deber al traje que lleva puesto que, por muy bien que le quede, debe ser caliente.

Entramos a su pequeño departamento y enciende la luz, mientras yo cierro la puerta detrás de nosotros.

La otra vez que he estado aquí con él, fue hace unos meses, cuando me enseñó el departamento, luego de ordenarlo. Él decidió mudarse cuando nuestras madres nos dijeron que se querían casar, y que mi madre se mudaría con la de él, algo que nos descoloco a ambos, pero

como él quería dejarles el camino libre, decidió mudarse.

Obviamente, los planes de nuestras madres nos cambiaron a los dos, la forma en la que vivimos, puesto que yo ya tengo la casa, solo para mí. Por más que trate de persuadir a mi madre para que se viniera junto con Leslie, fue inútil, ella aseveró que esa casa era mía, porque era lo que me había heredado mi padre; y contra ese argumento, no hubo nada más que decir.

Expando mi pecho, respirando hondamente, y veo hacia la ventana que da a la ciudad, que justo ahora, esta iluminada. El edificio no es muy alto, pero la ciudad realmente no tiene muchos rascacielos, por lo que, desde este cuarto piso, logro verla completamente.

—Ya te he dicho que tienes una buena vista desde aquí —le comento a Rafael, mientras deslizo mis manos por su espalda hasta abrazarlo desde atrás, poniendo mi mejilla en medio de sus omoplatos.

—Creo que no lo has hecho —responde él, poniendo sus manos sobre las mías, las suelta lentamente para lograse girar y verme de frente.

Rafael entorna sus ojos, contemplándome persistentemente, examinándome.

—Creo que estoy muy oxidado en esto —menciona, apenado, bajando la mirada hacia mis sandalias de tacón.

Asiento con la cabeza, entendiendo a qué se refiere. Yo misma me siento oxidada. Él siempre me ha excitado, pero ahora, creo que lo estoy más que cualquier otra vez.

Me relamo los labios para luego morder mi labio inferior, sintiendo un cosquilleo creciente en mi interior.

Con mis manos, le comienzo a desanudar la corbata, para luego dejársela sobre el cuello.

—Me gusta cómo te combina este verde con tus ojos —indico, admirando el contraste del color de la corbata con sus ojos oscuros.

Rafael alza la mirada y se me queda viendo, con la boca entreabierta, respirando con más dificultad.

Despacio, me deshago de su saco, dejándolo doblado en dos, sobre la mesa del comedor que tengo casi al lado.

Sin perderme su mirada asombrada y exaltada, continúo, desabotonando su camisa, primero sus manos y luego sigo con los botones del pecho, descubriendo lentamente su piel blanca y suave.

Sonrío lascivamente, olvidándome que, justo ahora, yo soy la depredadora y Rafael es mi presa.

Una vez tengo completamente descubierto su torso, paso mis manos por sus hombros y le quito la camisa, junto con la corbata, acercándome más a él y besando su pecho. Un beso suave y tentador, dejando marcados mis labios en su piel.

Pongo la camisa y corbata junto al saco y luego me giro, dándole la

espalda.

—El cierre —le señalo, mirándolo sobre mi hombro, mostrándole, con una rápida mirada, dónde se encuentra el cierre de mi vestido de estilo Cheongsam, de color celeste con delicados bordados en color crema.

Tragando saliva con dificultad, Rafael pone sus temblorosas manos sobre mi espalda y tomando mi vestido, desliza el cierre.

Sin dejar de observar los movimientos de mi novio, mirándolo por sobre mi hombro, coloco mis manos sobre el vestido y lo bajo por mis brazos, quedándome solamente en ropa interior.

Salgo del vestido y lo dejo con la otra ropa, para luego girarme hacia Rafael, quien esta con la boca abierta y los ojos nublados por la pasión. Se ha comenzado a relajar y eso me gusta.

Me ve completamente, de pies a cabeza, por lo que aprovecho a hacer lo mismo, mientras sacudo mi melena larga y ondulada, poniendo parte de esta sobre mi hombro derecho, descubriendo mi costado izquierdo.

Admiro, primero, su cara: sus rasgos se han hecho un poco más duros con la edad, aunque no por eso deja de verse infantil, al menos en comparación conmigo. Sus ojos de estilo asiático se han acentuado más, lo que lo hacen ver más exótico y sensual.

Su cuello blanco y fuerte me llama, pidiéndome que lo bese ahí, que haga gemir a su dueño, pero me contengo, momentáneamente.

Bajo más mi vista hasta su torso, un torso duro, que a mí tanto me gusta ver, me podría perder de solo mirarlo. Su cuerpo disminuye a medida me acerco a sus caderas, hasta llegar a sus largas piernas, enfundadas en ese pantalón.

Noto que él me estudia, así como yo lo he hecho.

—¡Perfecta! —murmura, pasando el dorso de su mano por mi mejilla.

Le sonrío, antes de hincarme frente a él, para deshacerme de su cinturón y de sus pantalones, ante su atenta mirada. Al terminar de desvestirlo, dejándolo solamente en ropa interior, él pone una mano frente a mí, pidiéndome que me levante. Lo veo a él, y luego a su mano, frunciendo un poco el ceño. Yo quería hacer algo más… pero parece que él no está del todo de acuerdo con mis pensamientos.

Finalmente, tomo sus manos y él me ayuda a ponerme de pie.

Sin soltar mi mano, él me guia hasta su recamara, donde nos comenzamos a besar, primero, un beso dulce que me despierta completamente, activando cada una de mis terminaciones. Luego, los besos se van intensificando.

Rafael pone una mano en mi espalda y me coloca sobre la cama, poniéndose sobre mí. Sus labios bajan por mi cuello y por mi escote, pero luego se alza sobre mí, aturdiéndome por la rapidez de sus

movimientos.

—¿Te puedo preguntar algo? —cuestiona con el ceño fruncido, algo confundido. Asiento lentamente, queriendo que ya continúe—. ¿Tenías pensado hacer esto hoy? —ladea la cabeza, alzando las cejas, interrogativamente.

Suspiro, asintiendo nuevamente, y luego le guiño el ojo. Me elevo, poniendo la palma de mis manos en la cama, levantándome ligeramente para poderlo besar.

En un inesperado momento, él pone su mano sobre mi espalda, impulsándome más contra él, y me besa más apasionadamente, con fervor, con más energía que antes.

Me dejo llevar por él, y me vuelve a acostar, para reiteradamente, trazar besos por mi cuello, por mi escote, sin tocar ninguna parte erógena de mi cuerpo.

Estoy caliente, y mi cuerpo pide más, pero no quiero apresurarme, quiero disfrutar todo lo que me dé Rafael.

Rectando fuera de la cama, toma mi pierna derecha y quita mi sandalia de tacón, besando mi tobillo y luego subiendo más su boca, hasta llegar a mi muslo. Me revuelvo completamente, cerrando los ojos y llevando la cabeza hacia atrás.

Me suelta la pierna y luego toma la izquierda y repite la acción.

Cuando ya pienso que va a besar mi monte venus, él se aleja y vuelve a besar mi cuello, aunque debo reconocer que su táctica me está gustando más de lo que yo creería.

Entre mis manos, tomo sus sabanas y las arrugo.

Siento cuando él pasa ambas manos por detrás de mí, hacia mi espalda, donde desabrocha mi sostén y luego me lo quita con sumo cuidado.

Me quedo viéndolo cuando él observa, más detenidamente, mi cuerpo, que está ahí frente a él, casi desnudo, rogándole que sacie mi ardor interior.

Se aproxima a mí y me besa la boca, poniendo sus manos sobre mis bragas y bajándolas lánguidamente, levantando mis piernas, doblando mis rodillas hasta sacar la prenda por mis pies, sin quitar sus labios de los míos.

Baja su boca por todo mi cuello y luego por mi escote, pero esta vez, su boca conecta con mis salientes rosadas, que tanto piden su atención. Las calienta con su boca, haciéndome gemir y revolverme, pero no se entretiene mucho ahí. Rafael sigue su camino por mi abdomen, regando besos por doquier.

Al llegar a mi monte venus, se detiene un poco, solo para poner sus manos sobre mis piernas, y ayudarme a llevarlas sobre sus hombros, quedando su cabeza en medio. Sorprendida por lo que creo que va a hacer, lo miro entre mis piernas.

Con una sonrisa descarada, me guiña el ojo, y ante mi total asombro y sofoco, besa delicadamente la flor de mi calentura.

Bajo la cabeza y jadeo, arrugando completamente sus sábanas, las cuales estrujo en mis manos, con cada beso que él me da, propiciando que mi calor interno crezca precipitadamente.

Me remuevo al sentir las sensaciones que él está provocando en mí, con su boca.

El calor se concentra más en mí, sobre todo en la zona que él está tocando; mis músculos comienzan a contraerse, avisándome que estoy a punto de caer en el abismo del nirvana.

—¡Rafael! —exclamo, jadeando, arrugando más, sus sábanas.

El orgasmo llega a mí cuando su lengua calienta mi interior, mandando impulsos eléctricos, que surgen en el centro de mi deseo, y se expanden por todo mi cuerpo.

Me tenso completamente y así me dejo caer en ese abismo de la perdición, gritando su nombre, como si no hubiera mañana, como si solamente él y yo existiéramos, porque al final, eso es lo que quiero.

Baja mis piernas de sus hombros, y ya sin ropa interior, se sube sobre mí, primero a horcajadas, pero luego baja su cabeza hasta la mía y me besa.

Yo lo beso con una pasión desenfrenada, queriendo que él conciba lo mismo que me ha hecho sentir hace unos segundos.

Sin quitarse de esa posición, me penetra, llenándome por completo.

Suelto sus labios para echar la cabeza hacia atrás, jadeando.

Rafael me besa el cuello, mientras sus embestidas lentas comienzan a intensificarse poco a poco.

Mi cuerpo arde por él, y nada más que por él, anhelando todo de él; queriendo fundirme junto a él y permanecer por la eternidad de esta manera.

Atraigo su cabeza hacia la mía, poniendo mis manos en su cabello, y de esa manera, lo beso, diciéndole con ese beso, lo mucho que estoy disfrutando de todo.

Apartándome de él, sin dejar de rozar sus labios, le digo:

—Te amo —suelto, sin abrir los ojos, para luego volverlo a besar.

Él no deja de penetrarme, e incluso, hace las envestidas más profundamente, más acompasadas con lo que sentimos, hasta que llegamos juntos a nuestro propio cielo, en lo que ya no hay más nada que nosotros, y nuestros cuerpos.

Mi organismo entero tiembla dulcemente, teniendo las terminaciones nerviosas completamente excitadas, mientras mi interior refulge en lava ardiente.

Me abrazo a Rafael cuando él se deja caer al lado mío.

—Yo también te amo —me dice, dándome un beso en la frente.

Permanezco así, sobre su pecho, sintiendo su corazón acelerado,

que poco a poco se va acomodando, hasta que toma un ritmo normal.

Cierro mis ojos, escuchando ese perfecto sonido.

EPÍLOGO

Años después…

Termino de ensamblar la cuna dentro del que era mi cuarto y luego me aparto para verla por completo.

¡Es increíble que haya aguantado tantos años!

Básicamente, mi padre construyó esta cuna hace más de diez años. Es cierto, hasta hace poco yo la he terminado de hacer, sobre todo la base, debido que hasta hace unos meses mandé a enjuncar. Después de pensármelo por un rato, sobre si era conveniente hacerle una base normal, o una base más "tradicional", me decidí por la segunda opción, porque esa era la forma en cómo mi padre hacía las cosas. A él, le gustaban mucho los muebles enjuncados, en parte porque le salía más cómodo a él, y también porque decía que eran mucho más gratos.

Veo la habitación por completo y resoplo, un tanto abrumada.

¡Esto está muy vacío!

La cuna es el único mueble que hay en toda la recamara, aunque eso cobra sentido al analizar la situación.

Sonrío lentamente, complacida y luego salgo de la habitación, cerrando la puerta tras de mí.

Ahora, solamente tengo que esperar a Rafael para darle la sorpresa…

Camino hasta la sala y me siento en ella, encendiendo la televisión, poniendo el noticiero que sale a esta hora.

Desde hace más de dos años, he estado trabajando en el periódico de mayor circulación, lo que al principio no fue nada agradable, debido a que solamente era una pasante, y digamos que no es un trabajo muy atractivo cuando se es el subordinado, del subordinado, del subordinado; es decir, el último de la cadena alimenticia, donde cualquiera te puede mandar y decir lo que se le pegue la santa y regalada ganar. Por suerte, solo fue un año; ahora estoy en un puesto mejor, aunque, tampoco es la gran cosa, pero definitivamente quiero algo superior.

Un buen día de estos, ¡quién sabe!, podría llegar a ser la editora de una de las áreas del periódico, excepto de la "Sociales", eso sí que no.

Me quedo viendo las noticias, poniendo estricta atención a las noticias políticas e internacionales.

A lo lejos, escucho el auto de Rafael, estacionándose enfrente de la casa. El motor se apaga y oigo abrirse la puerta. Asomo la cabeza para ver por la ventana. Al mirar que ya se acerca, me levanto del sillón y le abro la puerta.

Sonriendo, me recuesto en la puerta, esperando a que él entre a la

casa.

—¿Cómo te fue? —le pregunto, al instante.

Rafael me observa fijamente, con los ojos entornados, extrañado de mis acciones.

—Me fue bien… —contesta con cautela, colgando su abrigo en el perchero que está al lado de la entrada—. Hoy vi una muela muy picada por la carie, fue emocionante —agrega, con cierto tono sarcástico, soltando su expresión al final, sonriendo.

Frunzo las cejas y luego le tomo de la mano, volviendo a sonreír.

Rafael ve mi mano, y luego mira mis ojos, dudando, nuevamente.

—Quiero decirte una cosa… más bien, quiero enseñarte algo —rectifico emocionada, sin poder dejar de sonreír, más alegre que nunca.

Me muerdo el labio inferior, alzando las cejas y luego lo arrastro por toda la casa hasta llegar a estar frente a la puerta de la que era mi habitación.

Volteo hacia él y me quedo viéndolo fijamente, suspirando profundamente, mientras espero un momento, para agregarle más drama al momento.

—Abre la puerta —lo insto, haciendo una seña con mi cabeza, señalándola.

Suelto su mano.

Rafael me mira inquisitivamente, frunciendo el ceño, confundido con mi modo, e intrigado, todo a la misma vez. Se relame los labios y muy lentamente, acerca su mano al pomo de la puerta, para luego abrirla por completo, dando un paso para entrar en la habitación.

Veo su espalda tensarse y su cuello erguirse. Gira su cabeza un poco y me ve, con el ceño, aun, más fruncido, abriéndola boca, tratando decir algo, pero no puede.

—¿Qué me tratas de decir con esto? —me pregunta, sin cambiar el rictus, hablando despacio, como si él tratará de comprender hasta su pregunta.

Me río por lo bajo y le hago a un lado para poder entrar a la recamara casi completamente vacía, a excepción de la cuna.

—¿Acaso tú…? —me cuestiona, ampliando su frente, alzando las cejas y abriendo sus ojos grandemente.

Resoplo, divertida.

—Sabes que los bebés no se hacen tan de la nada —respondo evasivamente—. Lo que sí te puedo decir, es que hoy me fui a quitar de DIU, lo que significa que… —me muerdo mi labio inferior y le sonrío ampliamente.

—¿Estás segura? —me pregunta, escéptico, acercándose a mí, poniendo sus manos sobre mis hombros.

—Sí —afirmo, asintiendo alegremente—. Ya llevamos dos años de

casados, y cinco de conocernos… Además, mi carrera ya está bastante estable, y nuestro matrimonio va bien, así que supongo que es un buen momento para comenzar —agrego rozagante—. Creo que podría tardar en quedar embarazada, o tal vez no, pero lo quiero intentar —le digo, encogiéndome de hombros, sin poder soltar la sonrisa, mirándolo fijamente, embelesada con su cara.

Lentamente, su sonrisa se comienza a revelar, y sus ojos brillan emocionados, me atrae hacia él y me abraza fuertemente.

—¡Gracias! —exclama sobre mi cabeza, dulcemente, abrazándome con cuidado.

Escucho el latido acelerado de su corazón y paso mi mano por su pecho.

Me aleja de él repentinamente, lo que me descoloca.

—¿Deberíamos intentarlo ya? —me pregunta con apuro, alzando una ceja, dejando su boca entreabierta.

Me relamo los labios y luego toco con mi lengua mi colmillo derecho. Achicando los ojos, lo veo de pies a cabeza.

Lleva puesta una camisa de botones celeste, junto a una corbata azul, que lo hace ver como si su piel fuera de porcelana. Los pantalones que lleva son de abuelo, con pinza y toda la cosa, tal y como a él le gusta, no obstante, sus piernas se ven largas y fibrosas, así como su pecho, que se ha ampliado por la edad, sus piernas han mejorado mucho.

Sus ojos rasgados me estudian expectante, esperando mi respuesta.

—Solo tenemos unos minutos, para después tener que irnos donde nuestras madres —le recuerdo, agitada, sintiendo cómo me estoy calentando por dentro, cómo mi excitación pasa de cero a cien en un minuto.

Mis entrañas arden en el mismo momento en que mis ojos lo captan. No puedo hacer más que estimularme, cuando lo tengo cerca…

—Estoy dispuesto a apresurar las cosas —bromea él, sonriendo de lado, dulcemente.

Le tomo de la mano y dándome la vuelta, halándolo, comienzo a caminar, directo hacia nuestra recamara.

Sin mediar palabra, lo tiro a la cama con un poco de fuerza, aunque eso se debe a que él pesa más de lo que uno creería.

Rafael se ríe sonoramente, mientras su cuerpo rebota en la cama.

—Ni te atrevas a desvestirte —le ordeno, seriamente, mientras me quito la camisa de tirantes que llevaba puesta, tirándola hacia cualquier lado, sin fijarme.

Ante su mirada atenta, me bajo los pantalones y luego me quito la ropa interior, sin dejar de verlo intensamente, llenando mi pupila con sus formas, con sus facciones, con todo lo que me gusta de él.

Desnuda, me pongo a horcajadas sobre él, mientras Rafael está sentado sobre la cama.

Pongo una mano sobre su nuca y me acerco a sus labios, besándolos con fervor, acariciándolos con los míos, llenando mi nariz con su esencia.

Rafael pone su mano derecha sobre la curva de mi espalda, acercando más mi pecho al suyo, haciéndome sentir la tela suave de su camisa, que roza dulcemente mis perlas rosadas.

Bajo mi otra mano por su pecho, tocándolo en todo el camino, hasta que llego a su miembro, y sin quitar más que su cinturón, el botón de su pantalón, y bajando el cierre, saco su miembro.

Él gruñe como respuesta a los toques de mi mano, dejando de besarme, para descender con su boca hasta mi cuello.

Gimo cuando me besa en el punto que tanto me gusta que lo haga, echando mi cabeza hacia atrás, exponiéndome más a él.

Elevo un poco mi cuerpo, y ayudándome de la mano que tengo en él, hago que su miembro se introduzca dentro de mí, en ese punto donde soy prácticamente una caldera, a punto de estallar.

La idea de estar junto a Rafael, y estar haciendo lo que estamos haciendo, me excita más de lo que debería, sobre todo el hecho de que lo estamos haciendo con un propósito más grande; el propósito de formar una nueva familia, algo que va a ser tanto de él como mío.

Jadeo fuertemente, mientras su boca repta más abajo. Su mano derecha sostiene mi espalda, por lo que comienzo a cabalgarlo, sintiendo cómo, mi cuerpo, es llenado y avivado en las áreas correctas.

Coloco mis brazos sobre sus hombros y lo hago enderezarse un poco, para besarlo en la boca, apreciando cómo comienzo a contraerme por dentro rápidamente, sintiendo cómo los fuegos artificiales son lanzados, intuyendo su próxima explosión.

Lo beso más animadamente, abrazándome más a él, moviendo mis caderas de forma oscilatoria, llegando a mi nirvana, sin detenerme, porque quiero que él se una a mí.

Las manos de Rafael se abrazan a mí me atraen más a él, para luego tensarse, liberándose.

Gimo, alejándome de su boca, gritando su nombre, al sentir todo lo que él me da, dejándome llevar por el momento.

Pongo mi cabeza sobre su hombro, al lado de mi brazo, deteniendo mis movimientos, sin quererme separar de él, fascinada con lo que acaba de suceder.

Y así nos quedamos por un momento… Él sentado sobre la cama vestido, conmigo sobre él, completamente desnuda, con parte de él, dentro de mí, tratando de respirar más tranquilamente.

***

Cambio la estación de radio, preguntándome: ¿por qué usamos todavía la radio, pudiendo utilizar el celular? No obstante, el vehículo de Rafael, no tiene adaptadores para ello.

Nuevamente, busco otra emisora, no estando feliz con la canción que sonaba en la anterior.

—Espera —me detiene Rafael antes de que vuelva a cambiar de emisora—. Esa me gusta… Es una canción algo vieja de Justin Timberlake, que se llama "Señorita" —me explica, mientras la comienza a cantar.

Me río de él por lo bajo, viéndolo divertida, mientras él canta y baila, moviendo los hombros, al ritmo de la canción, repiqueteando con los dedos en el volante.

"On that sunny day

Didn't know I'd meet

Such a beautiful girl

Walking down the street

Seen those bright brown eyes

With tears coming down

She deserves a crown

But where is it now?"

Canta él, emocionado, sintiendo la canción por completo, moviéndose de forma alocada.

Yo me muerdo el labio inferior, tratando de no reírme de forma evidente, pero por dentro, siento ese sentimiento cálido y acogedor que siempre me embarga cada vez que lo observo.

Afuera, gotas de lluvia comienzan a caer sobre nosotros, mientras Rafael conduce. Activa los limpiaparabrisas, para poder ver.

Me mira de reojo, sonriendo, mientras canta las últimas estrofas de la canción, y me guiña un ojo.

—¿Ya notaste el doble sentido de esa canción? —le pregunto con sorna, divertida y a la vez, encantada con él, con cómo es, con todo.

Rafael me sonríe más grandemente, viéndome por un instante.

—Me doy cuenta —replica, guiñando nuevamente, el ojo, manteniendo la sonrisa, poniendo su mano derecha sobre mi rodilla, apretándola delicadamente.

La canción cambia, por una que conozco de casualidad, es de Passenger, "Let Her Go", una canción tranquila y relajante, para variar mucho de la anterior.

La lluvia, afuera, cae suave y cálidamente. Resbalan gotas diminutas sobre el cristal del auto.

Me tranquilizo más, sintiendo cómo, la sensación cálida en mi

pecho se expande por todo mi cuerpo, provocándome una gran sensación de felicidad, como nunca antes la he sentido, como si pudiera tocar las nubes con mis manos y sentir su suavidad. Sonrió en todo momento, sin poderlo evitar.

La emoción me embarga por completo.

Rafael se detiene cuando el semáforo se pone en rojo, y quedamos detrás de un auto, mientras otro se pone detrás de nosotros.

Él me voltea a ver, sonriéndome cálidamente, mostrándome esa perfecta sonrisa de la que un día me enamoré, y de la que sigo completa y perdidamente enamorada. Esa sonrisa dulce e inocente, que muestra todos sus dientes blancos y rectos, arrugando la comisura de sus ojos. Pasa su dedo pulgar por mi rodilla, transmitiéndome, por medio de ese ligero contacto, su calor y cariño.

Le devuelvo la sonrisa, conteniéndome por dentro, percibiendo un gran sentimiento en mi pecho, que me hace emocionarme más y más, al punto de nublarme un poco los ojos. Contengo el llanto de felicidad, mordiendo mi labio inferior.

"¡Pronto, ya no solo seremos nosotros dos…!" —pienso emocionada.

El pitido estridente, nos distrae a los dos, volteando hacia donde proviene el sonido.

A lejos, veo las luces de un vehículo, acercándose rápidamente a la intercepción, pitando fuerte y continuamente.

Abro grandemente los ojos cuando la luz del auto se pone frente a nosotros, y mi sonrisa decae al darme cuenta de lo que está pasando.

Las luces me ciegan, mientras mis ojos se abren más y más. Inspiro hondamente y por dentro, me contraigo, apretando todo mi cuerpo, protegiéndome. Siento la envestida del vehículo golpear nuestro auto fuertemente, resonando el sonido de este, en mis oídos, sofocando cualquier otro ruido.

Somos empujados fuera del carril y todo comienza a girar.

Escucho mi propia respiración, mientras mi corazón se paraliza por un instante, para luego latir rápidamente.

En medio de todo lo que esta pasando a mi alrededor, mi cabeza solo se encamina a una cosa: él.

Giro mi cabeza para ver a Rafael, para verificar si él está bien, pero no logro enfocar los ojos, no puedo ver nada.

El pecho se me oprime por completo.

Mi cuerpo rebota de un lado a otro. El cinturón de seguridad me retrae contra el respaldo del auto, pero los movimientos de este, me llevan de un lado a otro, golpeándome contra todo, aunque no puedo sentir nada. Lo único que ahora pienso, es en Rafael. En silencio, ruego al cielo que él esté bien, que él esté a salvo y que no le pase nada.

La quijada me tiembla, y me aferro al cinturón, viendo todo dar

vuelta y una y otra vez, sin terminar. Cierro los ojos con fuerza.

El auto se detiene, balanceándose por un instante. Toda mi sangre se va a mi cabeza. Abro mis ojos lentamente, mareada, aturdida, notando que hemos quedado de cabeza.

Mi cuerpo comienza a temblar completamente. Mis manos cuelgan al lado de mi cabeza. Solamente estoy siendo detenida por el cinturón de seguridad.

Escucho mi respiración lenta y turbia. El pecho se me ha oprimido y no puedo respirar con normalidad.

Mis sentidos comienzan a funcionar, agudizándose, pero con ello, el dolor aparece, como si mi cuerpo hubiera sido activado nuevamente.

Mi cuerpo late en un amasijo de dolor.

Grito, pero nada sale de mi boca.

Lágrimas brotan de mis ojos, rodando hacia arriba, cayendo sobre el techo del carro.

Mis lágrimas me emborronan la vista, pero no puedo evitar llorar. Todo me duele, como nunca antes me ha dolido. Giro un poco la cabeza y trato de ver cómo esta Rafael, pero no puedo vislumbrarlo a él, no veo nada, solamente noto sus manos reposadas sobre el capo del auto.

Trato de respirar un poco, y con ello, calmar mi llanto, pero en cuanto lo hago, en cuanto intento respirando profundamente, mi pecho se oprime más y mi campo de visión se comienza a cerrar, hasta que todo se vuelve negro, completamente negro.

Mi respiración se vuelve más complicada, y escucho a lo lejos las sirenas, aunque no estoy segura si son las sirenas de una ambulancia o las de la policía.

No importa.

Siento cuando varias manos me ayudan a salir del automóvil, quitando el cinturón y transportando mi cuerpo completamente adolorido. Quiero gritar de dolor, pero ni siquiera puedo abrir los ojos.

Todo es dolor…

Las manos me colocan sobre algo duro, pero eso no mejora la situación. Colocan algo en mi cuello, inmovilizándome.

Trato de respirar, pero sigo sin poderlo hacer bien.

Escucho cómo mi pecho suena con cada corta inhalación que tomo.

Trato de abrir los parpados y, con cierta dificultad, logro hacerlo. Diviso las luces crepitantes de la ambulancia frente a mí, difuminándose, unos con otros, los colores de la misma.

Las manos me siguen tocando, pero yo no puedo sentir bien qué es lo que están haciendo, debido a que mis nervios se han debilitado a causa del dolor.

Una mano grande, que reconozco al instante, se posa sobre mi

mano izquierda, cubriéndomela plenamente.

Me giro para poder verlo, para poder ver a Rafael sostener mi mano, por lo que creo que, será la última vez.

Frente a mí, está la persona que más amo en este mundo, recubierto de luz, pareciendo un ángel.

“Hermoso” —medito, mientras mis lágrimas lo convierten en un borrón de colores.

El peso sobre mi pecho, me aplasta más, pero esta vez ya no es algo corporal, es algo sentimental. Es la sensación de que ya nunca más lo podré ver.

—No te preocupes, amor, todo va a estar bien —me dice dulcemente, apretando ligeramente mi mano.

Quiero sonreírle para que él vea que le creo, porque sé que él nunca me mentiría, pero no puedo hacerlo.

Las lágrimas ruedan por mis mejillas, sabiendo que nada estará bien…

Pronto, todo se vuelve negro, y ya no puedo ver su luz, ya no puedo ver nada; ya no hay nada.

***

Oscuridad… todo a mi alrededor es oscuro, mejor dicho, estoy recubierta de la nada, de una nada lúgubre, donde no hay ni abajo ni arriba, no hay izquierda o derecha.

A lo lejos, escucho una voz, llamándome. Primero, mi nombre es dicho en un susurro muy suave, tan suave que apenas diferencio que es mi nombre. Luego, mi nombre es vuelto a decir, esta vez, más fuertemente, pero sin dejar de ser un murmuro.

Giro hacia todos lados, buscando el lugar de dónde proviene la voz que me llama, pero no hay nada que me guie hacia un lugar fijo.

Mi nombre resuena esta vez, cubriéndome completamente.

Abro los ojos rápidamente, sobresaltada, sintiéndome de pronto, muy despierta e inquieta.

Al principio la luz que esta sobre mí, me ciega de inmediato, por lo que tengo que entornar los ojos. Busco moverme, pero no lo puedo hacer con agilidad, puedo sentir todo mi cuerpo, adolorido, pero ya no es tanto como antes, y también puedo respirar bien. Recuerdo todo… el accidente, el auto envistiéndonos.

A diferencia de mi anterior accidente, hace años, con la moto, este se siente más real, más cercano.

Parpadeo y toso, aunque eso hace que me duela todo.

—¿Estás despierta? —pregunta alguien, con tono preocupado y animado, al mismo tiempo.

Encauzo mis ojos en ese lugar, de donde proviene la voz, me cuesta un poco enfocar bien, pero luego la forma borrosa se va convirtiendo

poco a poco, y veo a Leslie sentada a la par mía, levantándose.

Le estudio, por un momento. Tiene la cara maltrecha, las ojeras las tiene bien pronunciadas y se han acentuado sus arrugas.

Se acerca a mí, metiendo sus labios dentro de su boca, mordiéndolos. Sus ojos se envuelven en lágrimas, se tapa la boca y respira profundamente.

—Creo que estoy bien —murmuro, con la voz completamente ronca, y hablando, apenas, audiblemente.

Carraspeo nuevamente mi garganta.

Leslie se voltea por un segundo, dándome la espalda y la escucho sollozar levemente, encogiendo todo su cuerpo hacia delante.

Se voltea hacia mí y me ve con gran ternura, sin quitar la mano de su boca, mientras esta le tiembla.

—Estoy bien —repito, para tranquilizarla—, solo duele un poco.

Destapa su boca y se acerca rápidamente a mí, abrazándome delicadamente, sin moverme mucho.

—¡No sabes lo feliz que estoy de que estés bien! —exclama sollozando, aferrándose a mí, sin apretarme.

—Estoy bien —vuelvo a repetir, tratando de mover mi mano, lo cual hago de una forma muy lenta. La pongo en su espalda y la sobo.

Sorbe su nariz, y se aleja de mí. Limpia sus lágrimas con el dorso de la mano, para después sonreírme tímidamente.

—Ya vengo, le voy a decir a tu madre que estás despierta —me avisa, volviendo a gimotear.

Tapa su boca y luego respira profundamente, tratando de no llorar.

Sonríe, se da media vuelta y sale por la puerta del cuarto.

Desde mi posición, me observo. Estoy cubierta hasta por debajo de mi pecho por la sábana blanca, llevo puesta una bata de hospital.

Primero, me cercioro de estar completa: muevo todos los dedos de mis manos, sintiéndolos un poco entumecidos, así como el resto de mi cuerpo. Luego, muevo los dedos de mis pies, girando lentamente las rodillas hacia dentro y hacia fuera.

Con mi mano, exploro mi pecho y mis piernas, y todo parece estar bien…

Toco mi cara, pero no hay signos de alguna marca, raspón o moretón. No me duele la cara.

“Parece ser que salí bastan bien, después de todo” —pienso, relajándome un poco.

A los segundos, entra mi madre, corriendo, alegre, con los ojos nublados por las lágrimas. Se acerca a mí, y me abraza, al principio un poco fuerte, hasta que me escucha renegar, siseando; me suelta.

—Pensamos que… —gimotea mi madre, no pudiendo completar la frase. Niega con la cabeza y se aleja de mí—. Has estado muy mal, cariño —me dice ella, llorando, pero feliz, sorbiendo su nariz en todo

momento.

—Me siento bastante bien, al menos, a cómo pensé que estaría —replico yo, tratando de tranquilizarlas, ya que ambas, parecen muy afectadas.

Mi madre vuelve a negar con la cabeza, enderezándose, para recomponerse.

—Tuviste un colapso pulmonar, y una lesión leve en la cabeza. Has estado un mes entero en coma inducido —me notifica ella, viéndome fijamente, con amor, mientras trata de no volver a llorar, abanicando sus ojos con las manos.

Me quedo quieta, sorprendida con lo que me acaba de decir.

—Pero, ya estoy bien —indico, de forma automática.

Las dos asientes, sonriendo quedamente.

Veo alrededor mío. Estoy en una habitación individual. A los lados, hay algunos arreglos florales, aunque no muchos. El cuarto es un poco pequeño, pero al lado derecho hay una pequeña cama para el acompañante. Encima de la cama, hay una bolsa.

—¿Y Rafael? —pregunto al darme cuenta que no ha aparecido todavía.

Las veo fijamente. Ellas se quedan petrificadas frente a mí, hasta que Leslie rompe en llanto, tapándose completamente la cara, para luego girarse y salir de la habitación hipando sonoramente.

Mis ojos se abren al ver su reacción, y siento cómo, mi cuerpo, se debilita y tiembla.

—¿Y Rafael? —le cuestiono a mi madre, observándola, abriendo bien los ojos, exigiendo una explicación.

Mi madre se relame los labios y baja la mirada. Se sienta donde antes estaba Leslie y me toma de la mano. Vuelve el rostro hacia mí, mientras las lágrimas ruedan por sus mejillas y niega con la cabeza.

—Lo siento mucho, mi amor —dice suavemente, sobando mi mano entre la suyas.

—NO, yo lo vi, yo lo vi al lado mío. Él me hablo —le digo, negando con la cabeza, mientras la mandíbula me tiembla y vuelvo a tener esa fuerte opresión en el pecho.

Mi madre cierra los ojos por un minuto, fuertemente, apretando sus labios en una fina línea. Sorbe su nariz y luego me enfrenta, parando de llorar por un segundo.

—Lo siento mucho, Virginia… él… él no pudo lograrlo… Pensó que estaba bien, ya que solo se había golpeado un poco, nada grave, según él —se encoje de hombros, conteniéndose para no llorar y perturbarme más.

Las lágrimas comienzan a salir de mis ojos, pero mi cabeza sigue sin entenderlo.

¡YO LO VI!

Lo vi parado al lado mío, mientras era llevada a la ambulancia, lo vi bien, borroso, pero en pie y estable. Tomé su mano, me habló.

Mi respiración se acorta.

—Pensó que no tenía nada, así que le dijo a los paramédicos que te atendieran nada más a ti, incluso cuando llegaron al hospital se negó a ser auxiliado, al menos hasta que tú salieras de cirugía. Nos lo repitió muchas veces… —ella niega y cierra los ojos—. No supimos qué es lo que pasaba hasta que fue muy tarde… Los doctores, trataron de hacer algo, pero fue inútil —sorbe su nariz y se me queda viendo.

Más lágrimas caen sobre mis mejillas, pero yo no entiendo nada. ¡ÉL ESTABA BIEN!

—Un coagulo llegó a su corazón y no hubo nada que hacer —termina de explicar—. Todo fue muy rápido, y… —hace una pausa—. Lo siento mucho —toma mi mano con más fuerza.

Parpadeo, buscando comprender todo, pero no puedo, simplemente, mi cerebro no puede entender todo lo que mi madre me está diciendo.

Vuelvo la cabeza hacia la puerta y me quedo mirando hacia ella, esperando a que él entre por ella, y me diga que todo es una broma que él está vivo, que él está bien y que vamos a tener hijo muy pronto, que todo estará bien.

¡Él me lo prometió!

El aire comienza a faltar y lloro, lloro como nunca lo he hecho, gritando, moviéndome erráticamente, sintiendo cómo mi cara se calienta y mis manos se enfrían.

Pogo una mano en mi pecho y trato de respirar, pero no puedo, me cuesta, apenas logro meter aire a mis pulmones.

Escucho cuando mi madre se levanta y pide ayuda, pero yo no puedo hacer nada más que llorar.

¡No, esto no puede estar pasando!

¡Debe ser una broma!

Lloro erráticamente, sin fijarme en nada, sin dejar de ver la puerta.

Miro cuando personas con batas blancas entran a mi cuarto y siento cuando algo es colocado en mi brazo, adentrándose a mi torrente sanguíneo.

Pero yo no puedo hacer nada más que ver la puerta, hasta que los ojos se me comienzan a cerrar, y siento cómo, todo mi cuerpo, se adormece lentamente.

***

Los días han pasado, me han dado el alta, pero yo simplemente no me puedo recuperar. Me siento vacía por dentro, no hay nada en mi interior.

El cuerpo me duele, pero no es un dolor muscular; ni siquiera sé qué tipo de dolor es, simplemente, me duele hasta hacer la más mínima cosa.

Los doctores dijeron que mi caso era un milagro, que me había recuperado rápidamente, y mucho mejor de lo que se pensó en un inicio, pero nada de eso me importa.

¡No tengo nada!

Le pregunté a mi madre, hace unos días, si Rafael estaba en casa, pero ella solo me miro lastimeramente, lo que me confirmó que ya no está.

Quise volver a casa, y hundirme en mi dolor, pero ni Leslie, ni mi mamá lo quisieron y me obligaron a venirme con ellas a su casa, donde tratan todos los días de sacarme, de hacer que coma, de ayudarme, aunque sea, a salir de la habitación que antes era suya, pero yo no puedo.

Aún lo veo bailando como loco, aquí; en su cuarto, donde parece que el tiempo no ha pasado; aún puedo oler su aroma en la cama, en las que ocupo en su juventud. Aún lo siento tan cerca, pero a la vez tan lejos, que me duele, me duele todo, me duele hasta lo que no tengo.

Paso los días, encerrada, sin poder llevarme un bocado de comida a la boca, porque mi cuerpo no lo acepta, porque yo no puedo casi tragar nada, porque no quiero vivir.

No quiero ya nada, solo quiero estar con él, solamente quiero poderlo sentir, poder sentir su piel cálida y pálida junto a mi cuerpo. Solo quiero poder a ver sus ojos rasgados nuevamente, y esa sonrisa que tanto me encantaba, que tanto me enamoraba.

¡Solo lo quiero a él!

Pero ya no está…

A veces, cuando estoy entre dormida y despierta, me parece verlo, pero solo son mis ojos, que me engañan vilmente, burlándose de mí, de mi dolor.

Al dormirme, espero levantarme, en el hospital, y que él me tome de la mano y me diga que todo es una pesadilla, pero nunca pasa, nunca sucede.

Normalmente, me levanto y me quedo acostada, viendo hacia la puerta, esperando que en cualquier momento entre, y me diga lo que sea, pero que este conmigo, que me diga que estaremos juntos por la eternidad…

Me quedo ida, viendo hacia la puerta, contemplándola, mientras escucho el ruido de la calle a lo lejos, mientras todo a mi alrededor sigue.

Lágrimas caen por mis mejillas, y ya no sé si sigo llorando, o son lágrimas que se habían quedado atoradas en mis ojos, y que ahora salen.

Parpadeo lentamente.

La puerta se abre despacio, y entra Leslie, trayendo en una bandeja,

mi desayuno, o el almuerzo, o la cena, ya no lo sé, no sé qué hora es, o cuánto tiempo ha pasado.

—Debes comer —me anima, dulcemente, poniendo la bandeja frente a mí, mirándome cariñosamente, tratando de sonreír.

Veo la bandeja, pero no importa lo que sea, no quiero comer, y con solo pensar en hacerlo, el estómago se me cierra por completo.

Niego con la cabeza, pausadamente.

Ella suspira sonoramente y deja la bandeja en cualquier lugar, para luego plantarse frente a mí.

—Tenemos que ir a un lugar, así que cambiate —me instruye, poniéndose firme, no dejando lugar a las dudas.

La veo, ladeando la cabeza, frunciendo un poco el entrecejo, tratando de negar, pero no me quedan ganas para hacerlo.

Leslie me ayuda a levantarme, y luego a cambiarme. Se me queda mirando fijamente, inhalando profundamente y conteniendo el aliento, viendo mi cuerpo semidesnudo.

—¡Estás tan delgada…! —menciona, triste, bajando los hombros, tragando fuertemente saliva, como si le doliera verme así.

Yo me meto en la ropa que ella me da, y luego me calzo unos zapatos, siguiendo sus indicaciones, ayudándome de ella, porque no tengo suficiente fuerza.

Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que logré comer un poco, aunque creo que no fue hace mucho.

Una vez estoy lista, me ayuda a salir de la casa. Yo no pongo objeción, porque ya no tengo nada para renegar, ya no tengo los mismos ánimos que hace unos días… ¿Han pasado días?

Me subo al auto de ella, acomodándome en la parte trasera, porque ahora ya no me puedo poner en el lado de copiloto, aunque no sé por qué.

Leslie conduce, tratando de hacerme platica, aunque yo solamente la miro, sin decir nada, sin moverme. Me comenta sobre lo bien que se siente estar jubilada, y el gusto que le ha tomado a la jardinería, algo que antes no le gustaba ni un poco.

Ella habla de todo, buscando distraerme, o sacarme de mi cabeza, pero no sirve de nada.

Se detiene en un lugar, y me cuesta entender dónde es que estamos, hasta que miro la inscripción en el arco de la entrada, tallado en piedra.

Estamos enfrente del cementerio.

—¿Qué…? —le pregunto a ella, confundida, con la boca entreabierta, moviéndome ligeramente.

—Sé que cuando saliste del hospital no quisiste venir a verlo —me dice ella, sonriendo melancólicamente—, pero creo que es hora de un adiós —alega, relamiéndose los labios y tratando de no llorar, aunque

puedo ver que ella no está igual que yo.

La miro fijamente, sin poder dar crédito a lo que ella quiere que haga.

Niego fervientemente con la cabeza, sintiéndome violenta. La mandíbula me tiembla e hiperventilo levemente.

Leslie sonríe tristemente antes de darse vuelta y salir del auto. Observo cómo camina, rodeando el auto por delante, hasta que esta frente a mi puerta.

Ella abre la puerta y me toma de la mano.

—Sé que es duro, pero debes hacerlo, debes prometerle que estarás bien, que cuidaras de ti, y… —se le corta la voz, e inspira profundamente, deteniendo su llanto.

Me hala suavemente, y trato de resistirme, pero ya no me quedan fuerza, soy un ser de trapo, que se puede manejar al gusto de los demás.

Soy guiada por un montón de tumbas, en las que no sobresale nada, solamente hay una inscripción sobre estas, en roca, o en diferentes materiales. El lugar es completamente verde, y a excepción de algunas esculturas, nadie pensaría que es un cementerio.

No obstante, nada de eso me importa.

El corazón se me comienza a acelerar y mi respiración se hace superflua y lenta.

Cierro los ojos, cuando Leslie se detiene frente a una inscripción. No quiero abrir los parpados y ver lo que hay escrito ahí, no quiero ver dónde él se encuentra.

¡Él no está ahí!

¡Ahí no hay nada!

"Por favor, despierta, despierta" —me grito subconscientemente, apretando más los ojos, rogando para despertarme.

—Abre los ojos, preciosa —me incita Leslie, con la voz quebrantada.

Sollozo, comenzando a llorar, pero la obedezco. Paulatinamente, abro los ojos y veo lo que hay frente a mí.

"En memoria del mejor hijo y esposo. Te amamos mucho.
Rafael Alvarado Ochoa 1991-2019"

Me tapo la boca, mientras lloro amargamente, leyendo una y otra vez su inscripción, sin poderlo creer, sintiendo cómo un puñal es enterrado en mi corazón.

—Él me dijo que todo estaría bien —grito enérgicamente, desconsolada, dejándome caer sobre mis rodillas, en la grama. Llorando enojada y triste—. Él me dijo que todo estaría bien. Ese día me despedí de él pensando que yo moriría, pero que él estaría bien, que él podría estar bien… Pero NO —grito fuertemente, hasta sentir que me lastimo la garganta.

Gimoteo, poniendo mis manos en mis rodillas, sin dejar de observar la inscripción.

Lo recuerdo, tomándome la mano, viéndose luminoso… viéndose hermoso, cual ángel.

Cierro los ojos, y gimoteo, sin poder dejar de llorar. Siento la mano de Leslie sobre mi espalda, acariciándome.

—Él quería que tú estuvieras bien, preciosa —me anima ella.

—¿Y por eso se sacrificó? —le pregunto quedamente, volteando a verla, aspirando mi nariz, recogiendo con el dorso de la mano, mis lágrimas.

Ella niega con la cabeza, ladeándola, viéndome con ternura.

—Él no sabía que eso ocurriría, fue algo… inesperado. Él se veía bien, te lo puedo afirmar —me dice, sin dejar de frotar mi espalda.

—Ojalá él estuviera vivo —digo, adolorida, dejando de llorar, sintiendo la opresión en mi pecho. Muerdo mi labio inferior y vuelvo la vista hacia su lapida.

¡Ojalá él estuviera vivo, daría lo que fuera por ello!

Nos quedamos en silencio por un largo rato, hincadas frente a su tumba, sin hacer nada más que ver dónde está él.

Después de un momento, me levanto con la ayuda de Leslie.

—Lo voy a tratar —prometo, tragando saliva con dificultad, sintiéndome débil, pero con algo extraño creciendo en mí—. Creo que, de estar yo en tú lugar, no quisiera verte así —le digo a él, olvidándome de todo lo que me rodea—. Quisiera poder decir que estaré bien, pero sin ti… ya nada tiene sentido. Yo no estoy bien sin ti —le explico, conteniendo el llanto, porque ya no quiero llorar, ya no tengo ánimos para ello—. Sin embargo, yo te importaba tanto, que no puedo dejar esta vida sin más —agrego, dejando que una lágrima, la última, ruede por mi cara—. Te amo, y lo haré siempre —cierro los ojos y respiro profundamente.

Te amo tanto, Rafael, mi Rafael…

SOBRE LA AUTORA

G. Elle Arce, es un seudónimo utilizado por la autora, quien es una gran lectora, a la que le gustan los géneros románticos y de fantasías. Géneros que ha contemplado desde su primera novela conjunta: “Adiós a mi Virginidad”. Goza de una vida tranquila, pasando mucho de su tiempo sola, junto con su computadora, leyendo libros, o simplemente viendo televisión.

Todos los hechos aquí narrados son producto de la imaginación de la autora, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.
Los hechos jurídicos establecidos en esta novela, en su mayoría, están basados en las leyes salvadoreñas.